

Autora de *Un beso en París*

Stephanie Perkins

Lola
y el
chico de al lado
se



Para la diseñadora de moda en ciernes Lola Nolan, las prendas de ropa más llamativas, más brillantes, más divertidas, más salvajes, siempre son las mejores. A pesar de su estilo extravagante, Lola es una hija ejemplar y una buena amiga, y tiene grandes planes para el futuro. Todo en su vida parece bastante perfecto (incluso su guapísimo novio roquero) hasta que los gemelos Bell se mudan de nuevo a la casa de al lado. Cricket Bell ha vuelto y quiere arreglar los problemas del pasado. Y Lola deberá reconocer sus verdaderos sentimientos hacia él.



Stephanie Perkins

Lola y el chico de al lado

Un beso en París - 2

ePub r1.3

Titivillus 03.11.16

Título original: *Lola and the boy next door*

Stephanie Perkins, 2011

Traducción: Laura Ibáñez

Diseño original de cubierta: Kristina Due Well

Editor digital: Titivillus

Primer editor: Unicornblueshades1 (r1.0 - r1.1)

ePub base r1.2



Capítulo 1

Tengo tres deseos muy simples. La verdad es que no es mucho pedir.

El primero es ir al baile de invierno vestida de María Antonieta. Quiero llevar una peluca tan elaborada que un pájaro pueda confundirla con su nido, y un vestido tan ancho que sólo pueda entrar en el baile por unas puertas dobles. Pero, eso sí, cuando entre me subiré la falda y enseñaré mis botas militares de plataforma para que a nadie le quepa duda de que, pese a los volantes, soy una punki de corazón.

Mi segundo deseo es que mis padres le den el visto bueno a mi novio. Porque lo odian. Detestan que lleve el pelo decolorado y con las raíces permanentemente negras, y les supera que tenga los brazos llenos de tatuajes de telarañas y estrellas. Dicen que los mira con aires de superioridad y que tiene una sonrisa demasiado socarrona. Y están hartos de que ponga su música a todo trapo en mi habitación, y de pelearse conmigo por la hora en que debo volver a casa cuando voy a verlo tocar con su grupo a algún garito.

¿Y cuál es mi tercer deseo?

No volver a ver nunca jamás a los gemelos Bell. Jamás de los jamases.

Pero, vaya, prefiero hablar de mi novio. Ya sé que no es muy guay querer que mis padres aprueben mi relación, pero la verdad es que todo sería mucho más sencillo si aceptaran que Max es el hombre de mi vida. Eso supondría acabar con absurdas restricciones, llamadas cada dos por tres para saber qué estamos haciendo cuando quedamos y, sobre todo, pondría fin a lo de tomar el *brunch* en casa los domingos.

Y se acabarían las mañanas como ésta.

—¿Quieres otro gofre, Max?

Mi padre Nathan desliza el plato sobre la mesa rústica hacia donde se sienta mi novio. Esa pregunta retórica esconde en realidad una orden. Ahora, mis padres pueden seguir con el interrogatorio hasta que nos marchemos. ¿Nuestra recompensa por aguantar un *brunch* semanal? Una tarde de domingo a solas con menos llamadas controladoras.

Max se lleva dos gofres al plato y coge el sirope casero de frambuesa y melocotón.

—Gracias, señor, están buenísimos, como siempre. —Vierte el sirope con delicadeza, de manera que cae una gota en cada cuadradito. A pesar de las apariencias, Max es cuidadoso por naturaleza. Nunca bebe ni fuma porros los sábados por la noche para estar fresco como una rosa el domingo. Y

precisamente lo que mis padres buscan es cualquier indicio de libertinaje.

—Dale las gracias a Andy. —Nathan vuelve la cabeza hacia mi otro padre, que regenta una pastelería—. Los ha preparado él.

—Deliciosos. Muchas gracias, señor. —Max nunca pierde comba—. Lola, ¿estás llena?

Al estirarme, las pulseras de plástico que me cubren veinte centímetros del antebrazo derecho repiquetean las unas contra las otras.

—Pues sí. Hace veinte minutos. Vamos —le suplico a Andy, que es el menos reticente a dejarnos marchar pronto—, ¿podemos irnos ya?

Él me responde con un pestañeo inocente.

—¿Queréis más zumo de naranja? ¿*Fritatta*?

—No. —Me esfuerzo por no desplomarme en el asiento. No quedaría muy fino.

Nathan ataca otro gofre.

—Bueno, Max, ¿qué se cuece en el mundo de la lectura de contadores?

Cuando Max no es un dios del punk rock, trabaja para la ciudad de San Francisco. A Nathan le fastidia que Max no tenga ningún interés en ir a la universidad. Pero lo que mi padre no pillaba es que Max en realidad es muy inteligente. Lee unos libros de filosofía complicadísimos de escritores cuyos nombres no sé ni pronunciar, y siempre está viendo documentales políticos muy comprometidos. Yo no querría ponerme a debatir con él, la verdad.

Max sonrío con educación y arquea las cejas ligeramente.

—Igual que la semana pasada.

—¿Y el grupo? —pregunta Andy—. ¿No se suponía que el viernes haría acto de presencia alguien de una discográfica?

Mi novio se encoge de hombros. El tío de la discográfica no se dignó aparecer. Max decide cambiar de tema y empieza a hablarle a Andy del próximo disco de Amphetamine, mientras Nathan y yo nos miramos con el ceño fruncido. No cabe duda de que a mi padre le molesta, como siempre, no haber encontrado nada que reprocharle a Max. Excepto el tema de la edad, claro.

Ése es el verdadero motivo por el que mis padres odian a mi novio.

No pueden soportar que yo tenga diecisiete años y Max, veintidós.

Pero yo soy una firme defensora de que la edad no importa. Además, sólo son cinco años de diferencia, mucho menos que los años que separan a mis

padres. Aunque usar ese argumento no me sirve de nada, ni tampoco decir que mi novio tiene la misma edad que Nathan cuando mis padres empezaron a salir, porque entonces se ponen de los nervios.

—Puede que yo tuviera su edad, pero Andy tenía treinta años —replica siempre Nathan—. No era precisamente un adolescente. Y, además, ya habíamos salido con otras personas antes de conocernos; ya teníamos experiencia. Y tú no puedes meterte de un día para otro en una relación seria. Debes tener cuidado.

No recuerdan lo que es ser joven y estar enamorado. ¡Pues claro que puedo meterme en una relación seria! Con alguien como Max, sería una estupidez no hacerlo. A mi mejor amiga le divierte que mis padres sean tan estrictos. ¿Acaso una pareja gay no tendría que entender la tentación que supone salir con un chico sexy y con un puntito peligroso?

Nada más lejos de la realidad.

Por lo demás, soy una hija modélica. No bebo, no me drogo y nunca he fumado un cigarrillo. No me la he pegado con su coche (de hecho, no sé conducir, con lo que no tienen que pagarme el seguro, que les saldría carísimo) y tengo un trabajo bastante decente. Saco buenas notas (menos en Biología, pero fue por un tema ético; mis principios no me permiten diseccionar a ningún lechón), sólo tengo un agujero por oreja y nada de tinta en el cuerpo. Por el momento. Y no me da vergüenza abrazar a mis padres en público.

Bueno, sólo me da vergüenza cuando Nathan lleva esa cinta para ir a correr en el pelo.

Me pongo a recoger los platos para ver si la cosa avanza un poco. Max va a llevarme hoy a uno de mis sitios favoritos, el jardín de té japonés, antes de acompañarme al trabajo en coche (me toca turno de tarde). Y espero que, entre parada y parada, podamos disfrutar de nuestra compañía en su Chevy Impala del 64...

Me apoyo contra la encimera mientras me imagino en el coche de Max.

—Me horroriza que no se haya puesto el kimono —dice Nathan.

—¿Qué? —Me da mucha rabia cuando estoy en las nubes y me doy cuenta de que están hablando de mí.

—¿Un pijama chino para ir al jardín de té japonés? —sigue diciendo, mientras señala mi pantalón de seda rojo—. ¿Qué va a pensar la gente?

No creo en la moda. Creo en los disfraces. La vida es demasiado corta para ser la misma persona día tras día. Pongo los ojos en blanco para indicarle a Max que soy consciente de que mis padres dan bastante pena ahora mismo.

—Nuestra pequeña *drag queen* —dice Andy.

—Eso nunca lo había oído. —Le quito el plato y echo las sobras en el cuenco de Betsy, que abre los ojos como platos y devora lo que queda del gofre de un solo bocado perruno.

El nombre completo de Betsy es Heavens to Betsy. La rescatamos de la protectora de animales de San Francisco hace algunos años. Es una perra callejera, parecida a un golden retriever pero en negro. Quería tener un perro de color negro porque Andy recortó una vez un artículo de una revista (es algo que siempre hace, especialmente cuando se trata de artículos que tienen que ver con adolescentes que mueren de sobredosis, contraen la sífilis o se quedan embarazadas y tienen que dejar el instituto) que decía que los perros negros son los últimos en ser adoptados en las protectoras y, por lo tanto, tienen muchos números para ser sacrificados. Para mí, eso es racismo canino. Betsy es un amor.

—Lola. —Andy me mira serio—. No había acabado.

—Pues ponte otro plato.

—Lola —me dice Nathan. Le doy un plato limpio a Andy. Por un momento creo que la cosa va a ponerse fea delante de Max cuando Betsy empieza a pedir más gofres.

—No —le digo a Betsy.

—¿La has sacado hoy? —me pregunta Nathan.

—No, la ha sacado Andy.

—Antes de ponerme a cocinar —responde Andy—. No le vendría mal otro paseo.

—¿Por qué no la sacas mientras acabamos de hablar con Max? —pregunta Nathan. Otra orden camuflada de pregunta.

Miro a Max, quien cierra los ojos en un claro gesto de no creerse que hayan vuelto a emplear el mismo truco de siempre.

—Pero papá...

—No hay peros que valgan. Tú quisiste tener perra, ¿no? Pues tú la sacas a pasear.

Es una de las frases que más rabia me dan de Nathan. Heavens to Betsy era mía, sí, pero decidió enamorarse de Nathan, cosa que nos irrita a Andy y a mí hasta decir basta. Nosotros somos quienes la paseamos y la alimentamos. Voy a buscar las bolsas biodegradables y la correa (la que he decorado con corazones y *matrioskas*) y Betsy se pone como una loca.

—Vale, vale... Ya nos vamos.

Le lanzo a Max otra mirada de disculpa antes de desaparecer por la puerta con Betsy.

Hay veintiún escalones desde nuestro porche hasta la acera. En San Francisco, dondequiera que vayas te encuentras con escalones o con colinas que ascender. Hace un calor poco habitual, así que, además de mis pantalones de pijama y mis pulseras de plástico, me he puesto una camiseta de tirantes. Llevo mis gafas de sol gigantes a lo Jackie Kennedy, una peluca larga de color castaño con las puntas de color esmeralda y zapatillas de ballet. De las de verdad, quiero decir; no las bailarinas que parecen zapatillas de ballet.

En fin de año me propuse llevar cada día un conjunto diferente.

Los rayos de sol me acarician los hombros; es una sensación agradable. No importa que estemos en agosto, porque la temperatura apenas varía durante el año, al estar en la bahía. Siempre hace fresco. Me alegra que haga buen tiempo, porque así no tendré que llevarme ningún jersey a mi cita.

Betsy hace pipí en el minúsculo rectángulo de césped que hay delante de la casa de estilo victoriano color lavanda que queda junto a la nuestra (siempre hace pis ahí; lo que me parece bien) y seguimos con nuestro paseo. A pesar de que mis padres están muy pesados, me siento feliz. Tengo una cita romántica con mi novio, un buen turno en el trabajo con mis compañeros favoritos y una semana más de vacaciones de verano.

Betsy y yo avanzamos por la inmensa colina que separa mi calle del parque. Cuando por fin llegamos, un señor coreano ataviado con un chándal de terciopelo nos saluda. Está haciendo taichi entre las palmeras.

—¡Hola, Dolores! ¿Qué tal fue tu cumpleaños? —El señor Lim es la única persona, a excepción de mis padres cuando se enfadan conmigo, que me llama por mi nombre real. Su hija Lindsey es mi mejor amiga; viven a unas calles de nosotros.

—¡Hola, señor Lim! ¡Fue divino! —La semana pasada fue mi cumpleaños. Soy la primera de la clase en cumplir años, y eso me encanta. Le añade puntos a mi madurez—. ¿Qué tal va el restaurante?

—Muy bien, gracias. Todo el mundo ha pedido ternera *galbi* esta semana. ¡Adiós, Dolores! Recuerdos a tus padres.

Me pusieron este nombre de señora mayor por mi bisabuela, Dolores Deeks, quien murió unas semanas antes de que yo naciera. Era la abuela de Andy, y era fabulosa. Era el tipo de mujer que llevaba sombreros de plumas y se unía a las protestas en favor de los derechos humanos. Dolores fue la primera persona ante la que Andy se atrevió a salir del armario. Tenía trece años. Estaban muy unidos y, cuando murió, le dejó su casa en herencia. Y allí es donde vivimos; en la casa victoriana de color verde menta de la bisabuela Dolores, en el barrio de Castro.

Algo que jamás habríamos podido permitirnos sin su generoso legado. Mis padres se ganan bien la vida, pero su renta no tiene nada que ver con la de nuestros vecinos. Las casas tan bien cuidadas que hay en nuestra calle, con sus decoradas cornisas a dos aguas y sus extravagantes florituras de madera, acogen a familias adineradas. Y eso también incluye a la casa adyacente, la de color lavanda.

Tengo el mismo nombre que este parque, que se llama Mission Dolores. Y no es casual. La bisabuela Dolores se llamaba así por la antigua parroquia Mission Dolores, que recibió su nombre del arroyo de Nuestra Señora de los Dolores. ¿A quién no le gustaría que le pusieran el nombre de una deprimente masa de agua? Una de las calles principales de la zona también se llama Dolores. Es raro.

Yo prefiero que me llamen Lola.

Heavens to Betsy acaba con lo suyo y emprendemos el camino de regreso. Espero que mis padres no hayan torturado demasiado a Max. Encima del escenario no se corta un pelo, pero la verdad es que es bastante introvertido. Y estas reuniones semanales se le hacen bastante cuesta arriba.

—Tener que vérmelas con un padre protector ya es malo —me dijo en una ocasión—, pero con dos... Tus padres van a acabar conmigo, Lo.

De repente, oigo el traqueteo de un camión de mudanzas. Se me pasa el buen humor y, en un abrir y cerrar de ojos, la incertidumbre ocupa su lugar. Apretamos el paso. Seguro que Max debe de sentirse verdaderamente incómodo a estas alturas. No sé explicarlo, pero, cuanto más cerca estoy de casa, peor me siento. Se me pasan por la cabeza todo tipo de situaciones catastróficas... Una de ellas es que, tras el implacable interrogatorio de mis padres, Max decide que no valgo tanto la pena.

Mi esperanza es que algún día, cuando llevemos más tiempo, mis padres se darán cuenta de que Max es la persona con la que quiero estar el resto de mi vida, y la edad ya no será un impedimento para que estemos juntos. Pero, aunque son incapaces de aceptar la realidad, tampoco son tontos. Prefieren tolerar a Max porque creen que, si me prohibieran salir con él, acabaríamos fugándonos. Yo me mudaría a su apartamento y me convertiría en una bailarina de *striptease* o acabaría traficando con drogas.

No pueden estar más equivocados.

Sin darme cuenta, he empezado a correr y tiro de Betsy colina abajo. Estoy convencida de que ha pasado algo: Max se ha marchado, mis padres están discutiendo sobre la falta de objetivos que tiene su vida... Pero, cuando llego a casa, lo entiendo al fin.

Es el camión de mudanzas.

No es el *brunch* .

Es el camión de mudanzas.

Seguro que lo han alquilado otros; es lo que pasa siempre. La última familia, que olía a queso gruyer y coleccionaba rarezas médicas como, por ejemplo, hígados conservados en formol o maquetas gigantes de vaginas, se marchó hace una semana. En los últimos dos años, una retahíla de inquilinos se ha sucedido en la casa de al lado. Y cada vez que se marchan, no puedo evitar estar intranquila hasta que otros llegan.

¿Y si esta vez los dueños hubieran decidido dejar de alquilar la casa y regresar?

Aflojo el paso para ver mejor el camión. ¿Hay alguien en el exterior? No vi ningún coche al pasar antes, pero tengo por norma no quedarme mirando la casa vecina. Sí que hay alguien. Veo a dos personas en la acera. Fuerzo la vista y descubro, con una mezcla de agitación y alivio, que no son más que los transportistas. Betsy tira de la correa y recupero el paso.

Seguro que no hay nada de qué preocuparse. ¡La probabilidad de que regresen es pequeñísima!

Pero... está ahí. Los transportistas sacan un sofá blanco de la parte trasera del camión y siento que el corazón me va a mil. ¿Lo reconozco? ¿Me he sentado en él antes? No. Hasta ahora no lo había visto. Echo una ojeada al interior del camión en busca de algún objeto familiar, y lo único que veo son montones de muebles que no había visto antes.

No son ellos. Es imposible.

¡No son ellos!

Sonríe de oreja a oreja con una sonrisa que me hace parecer una niña pequeña y que suelo reprimir en público, y saludo a los transportistas con la mano. Gruñen y asienten con la cabeza como respuesta. La puerta lavanda del garaje está abierta, y ahora estoy segura de que antes no lo estaba. Me quedo mirando el coche y la sensación de alivio aumenta. Es pequeño y plateado, y no lo reconozco.

Estoy salvada. Una vez más. Y hoy será un buen día.

Betsy y yo entramos en casa.

—¡Se acabó el *brunch*! Vámonos, Max.

Todos miran a través de la ventana del comedor.

—Por lo visto, volvemos a tener vecinos, ¿no? —pregunto.

A Andy parece sorprenderle mi tono animado. Nunca hemos hablado del tema, pero sabe que algo pasó allí hace dos años. Sabe que me preocupa que vuelvan y que temo los días de mudanza.

—¿Qué? —Sonrío, pero me calmo porque Max está presente.

—Esto... ¿Lo? ¿No los habrás visto, por casualidad?

Que Andy se preocupe tanto me entenece. Libero a Betsy de la correa y entro a toda prisa en la cocina. Decidida a que la mañana pase lo más rápido posible para que llegue mi cita, recojo a toda prisa los platos que quedan en la mesa y voy hacia el fregadero.

—No. —Me río—. ¿Qué han traído éstos? ¿Otra vagina de plástico? ¿Una jirafa disecada? ¿Una armadura medieval? ¡Sorprendedme!

Los tres me observan fijamente.

Se me hace un nudo en la garganta.

—¿Qué?

Max me mira con una extraña curiosidad.

—Tus padres dicen que ya conoces a la familia.

No. ¡No!

Alguien me dice algo más, pero no interiorizo las palabras. Los pies me llevan hacia la ventana mientras mi cerebro me ordena a gritos que dé la vuelta. No pueden ser ellos. ¡Los muebles son diferentes, como el coche! Claro que la gente se compra cosas nuevas. Tengo los ojos clavados en la casa de al lado justo cuando alguien sale al porche. Los platos («¿Por qué sigo cargando con ellos?») chocan contra el suelo y se rompen en mil pedazos.

Allí está ella.

Calliope Bell.

Capítulo 2

Es tan hermosa como en la televisión —digo mientras meto los dedos en el cuenco de galletas y tortitas de arroz, cortesía de la casa—. Y está tan guapa como siempre.

Max se encoge de hombros.

—Es una chica más, no tienes de qué preocuparte.

Su indiferencia me resulta reconfortante, pero no logra distraer mi atención. Me apoyo contra la reja del rústico salón de té y una brisa flota por encima del estanque que tenemos al lado.

—No lo entiendes. Se trata de Calliope Bell.

—Tienes razón. No lo pillo. —Arquea las cejas por detrás de la gruesa montura estilo Buddy Holly. Es algo que tenemos en común: los dos estamos cegatos perdidos. Me encanta cuando se pone las gafas: le dan un punto intelectual y sexy a su estilo de roquero malote. Le dan el contrapunto sensible perfecto. Max tiene muy en cuenta su aspecto; a algunos les parecerá que es vanidad, pero yo lo entiendo perfectamente. Sólo tenemos una oportunidad de dar una buena primera impresión.

—A ver, que yo me aclare. En vuestro primer año de instituto...

—En mi primer año de instituto. Ella es un año mayor.

—Vale. ¿Qué pasó en tu primer año de instituto? ¿Te hizo algo malo y sigues enfadada? —Arquea las cejas como si se hubiera perdido la mitad de la película. Y tiene razón. Pero no voy a darle la información que le falta.

—Sí.

Resopla.

—Pues tiene que haberte hecho alguna guarrada bien gorda para que rompieras todos esos platos.

Tardamos quince minutos en limpiar aquel desastre. Entre las rendijas del parque quedaron atrapados trozos de vajilla y de la *frittata*, y el sirope de frambuesa y melocotón salpicó los zócalos como si fuera sangre.

—No lo sabes tú bien. —Y no añadí nada más.

Max se sirve otra taza de té de jazmín.

—¿Y por qué la tienes en un pedestal?

—En aquella época no la idolatraba. Sólo cuando éramos más pequeñas. Era tan guapa, tenía tanto talento... y además era mi vecina. De pequeñas jugábamos juntas a las Barbies y vivíamos en nuestro mundo de fantasía. Me dolió mucho que me diera la espalda, nada más. Me parece increíble que nunca hayas oído hablar de ella —añadí.

—Lo siento. El patinaje artístico sobre hielo no es lo mío.

—Ha participado dos veces en el campeonato del mundo y ha ganado dos medallas de plata. Es la gran esperanza olímpica de este año.

—Lo siento —repite.

—Ha salido en las cajas de cereales.

—Y seguro que se venden en eBay por un dólar. —Me da un toqucito en la rodilla con la suya—. ¿Y a quién narices le importa eso?

Suspiro.

—Me encantaban sus trajes: los volantes de chifón, los abalorios y cristales de Swarovski, las falditas...

—¿Falditas? —Max se bebe de un trago el resto del té.

—Además, tenía esa gracia y ese porte... Rebosaba seguridad en sí misma. —Echo los hombros hacia atrás—. Y una melena sedosa perfecta. Y una piel perfecta.

—Se le da demasiada importancia a lo perfecto. Lo perfecto es aburrido.

Sonrío.

—¿No crees que soy perfecta?

—No. Eres una excéntrica encantadora y no querría que fueras de ningún otro modo. Tómate el té.

Me lo acabo y damos otro paseo. El jardín de té japonés no es grande, pero su belleza compensa su tamaño. Las flores perfumadas de colores brillantes penden de unas plantas de delicados tonos azulados y verdes. Los senderos serpentean alrededor de estatuas budistas, estanques con carpas *koi*, una pagoda roja y un puente de madera que simula ser la luna. Aquí sólo se oye el canto de los pájaros y el delicado clic de las cámaras. Es un lugar muy tranquilo. Mágico.

¿Y qué es lo mejor del jardín?

Sus recovecos ocultos, ideales para besarse.

Damos con el banco perfecto, al abrigo de miradas indiscretas, y Max me pasa las manos por detrás de la cabeza y acerca mis labios a los suyos. Es lo que había estado esperando. Sus besos son delicados y rudos a la vez; menta y cigarrillos.

Llevamos saliendo todo el verano, pero todavía no me he acostumbrado a él. Max. Mi novio. Max. La noche en que nos conocimos fue la primera que mis padres me dejaron ir a una discoteca. Lindsey Lim estaba en el baño, de modo que me había quedado sola unos instantes, y me apoyaba intranquila contra la dura pared de cemento de Verge. Él se me acercó sin rodeos, como si lo hubiera hecho mil veces.

—Perdona —me dijo—, seguro que te has dado cuenta de que he estado mirándote durante todo el concierto.

Y era verdad. Su mirada me había llamado la atención, aunque no acabé de creérmela. La discoteca era pequeña y estaba llena de gente, por lo que podía haber estado mirando a cualquiera de las chicas que bailaban detrás de mí con cara de querer comérselo.

—¿Cómo te llamas?

—Lola Nolan. —Me coloqué bien la tiara y mis pies se movieron nerviosos sobre las *Creepers* que llevaba puestas.

—Lo-lo-lo-lo Lo-la —cantó Max, como en la canción de los Kinks. Su voz sonaba un poco ronca después del concierto. Llevaba una camiseta negra lisa; más tarde descubriría que era su uniforme. Tenía la espalda ancha, los brazos firmes, y de inmediato advertí el tatuaje que se convertiría en mi favorito, oculto en el pliegue del codo izquierdo: el de su tocayo en *Donde viven los monstruos*. El del niño que lleva el traje de lobo blanco.

Era el hombre más atractivo que jamás me había dirigido la palabra. En mi cabeza se formaban frases cortas, apenas coherentes, pero se sucedían con tanta rapidez que era incapaz de pronunciarlas.

—¿Qué te ha parecido el concierto? —Empezó a sonar a todo trapo una canción de los Ramones por los altavoces, por lo que tuvo que alzar la voz para que lo oyera.

—Has estado genial —grité—. No os había visto antes.

Intenté sonar natural al gritar esta segunda frase, como si el hecho de que no hubiera visto ningún concierto de su grupo fuera una mera casualidad. No tenía por qué saber que era el primer concierto al que iba en mi vida.

—Ya lo sé. Te habría visto. ¿Tienes novio, Lola?

El eco de aquella palabra resonó en la sala con la voz de Joey Ramone. *Hey, little girl. I wanna be your boyfriend.*

Los chicos del instituto nunca eran así de directos. No es que yo tuviera demasiada experiencia; sólo había tenido algún que otro novio que me había durado un mes. A la mayoría de los chicos les intimidó bastante o creen que soy rara.

—¿Y por qué quieres saberlo? —Levanté la barbilla, intentando mostrar seguridad en mí misma.

—*Sweet little girl . I wanna be your boyfriend .*

Max me miró de arriba abajo y en los labios se le dibujó una media sonrisa.

—Ya veo que tienes que irte. —Movié la cabeza y me di la vuelta. Allí estaba Lindsey Lim, boquiabierta. Sólo un adolescente tiene la capacidad de parecer tan sorprendido e incómodo. ¿Se habría dado cuenta Max de que todavía íbamos al instituto?—. Oye, ¿por qué no me das tu teléfono? —prosiguió él—. Me gustaría verte algún día.

Seguro que oyó lo rápido que me latía el corazón mientras rebuscaba entre los contenidos de mi bolso algo con lo que escribir: tenía un chicle de sandía, resguardos de entradas de cine, tiques de compra de burritos vegetarianos y un abanico de pintaúñas de todos los colores. Saqué al fin un rotulador de colores. Me di cuenta de que sólo los niños y las *groupies* llevan rotuladores de colores. Por suerte, no pareció importarle.

Max extendió la muñeca.

—Aquí.

Sentía su cálido aliento en el cuello mientras apretaba el rotulador contra su piel. Me temblaba la mano, pero no sé cómo conseguí anotar mi número con trazos claros y marcados debajo de sus tatuajes. Me sonrió con esa media sonrisa suya antes de desaparecer entre un enjambre de cuerpos sudorosos en dirección a la barra del bar, apenas iluminada. Me permití clavar la mirada en su trasero unos segundos. A pesar de haberle dado mi número, estaba segura de que no iba a volver a verlo.

Pero me llamó.

De lo contrario, yo no estaría hablando de esto ahora, claro.

Recibí su llamada dos días más tarde, cuando estaba en el autobús, de camino al trabajo. Max quería que quedáramos en el barrio de Haight para comer, y casi me dio algo al tener que decirle que no. Me preguntó si podía al día siguiente. Pero también me tocaba trabajar. Insistió y me preguntó si estaba libre en dos días, y yo no podía creer lo afortunada que era porque siguiera interesado en quedar. «Sí —le dije—. Sí.»

Me puse un vestido al estilo camarera años cincuenta y me recogí el pelo (de color castaño, normalito) en dos moñetes, como las orejas de Mickey Mouse. Comimos falafel y descubrimos que los dos éramos vegetarianos. Me contó

que no tenía madre, y yo le dije que, a efectos prácticos, yo tampoco. Y cuando me estaba limpiando las últimas migas de la boca, me dijo lo siguiente:

—Bueno, lo pregunte como lo pregunte, esto te sonará mal, así que voy a ir directo al grano. ¿Cuántos años tienes?

Seguro que mi expresión mientras me devanaba los sesos por hallar una respuesta aceptable debió de ser terrible, porque la cara de Max era un poema.

—Mierda. ¿Tan mal pinta la cosa?

Decidí que lo mejor que podía hacer era alargar la conversación todo lo que pudiera.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Ni de broma. Tú primero.

Seguí con mi táctica.

—¿Cuántos años crees que tengo?

—Creo que tienes una cara muy mona que parece ser demasiado joven. Y no quiero que mis palabras te ofendan, así que tienes que decírmelo.

Es verdad. Tengo la cara redonda, con unos mofletes que apetece pellizcar, y las orejas un poco de soplillo. Intento disimularlo con maquillaje y vestuario. Tener un cuerpo con curvas ayuda. Estaba decidida a contarle la verdad, en serio, cuando empezó a preguntar:

—¿Diecinueve?

Negué con la cabeza.

—¿Eres mayor o menor?

Me encogí de hombros, pero él ya sabía por dónde iban los tiros.

—¿Dieciocho? Dime por favor que tienes dieciocho...

—Pues claro que tengo dieciocho —respondí mientras apartaba la bandeja de la comida, ya vacía. Por fuera era la mujer de hielo, pero por dentro me devoraban los nervios—. ¿Estaría aquí si no los tuviera?

Entornó esos ojos ámbar suyos, incrédulo, y sentí una oleada de pánico en mi interior.

—Bueno, ¿y cuántos años tienes tú? —pregunté de nuevo.

—Más que tú. ¿Vas a la universidad?

—Iré. Algún día.

—O sea, que todavía vives con tus padres, ¿no?

—¿Cuántos años tienes? —pregunté por tercera vez.

Max hizo una mueca.

—Tengo veintidós años, Lola. Y quizá sea mejor que no hablemos más del tema. Lo siento, si hubiera sabido que...

—Soy mayor de edad. —E inmediatamente me sentí como una tonta.

Se hizo una pausa larga.

—No —repuso Max—. Eres peligrosa.

Pero lo dijo sonriendo.

Estuvimos quedando una semana hasta que lo convencí para que me besara. Yo le gustaba, pero lo ponía nervioso. Y la consecuencia era que yo sacaba mi parte más descarada, sin saber muy bien por qué. Hacía años que nadie me gustaba tanto como Max. Dos años, para ser exactos.

Fue en la biblioteca municipal. Quedamos allí porque Max me había dicho que era seguro. Pero, al verme con el vestido corto y las botas altas, abrió los ojos en un gesto que reconocí como una expresión de emoción desorbitada.

—Puedes poner en apuros a un hombre decente —afirmó. Intenté quitarle el libro que llevaba, pero acabé rozando al niño con el traje de lobo.

—Lola —me advirtió.

Lo miré, inocente.

Acto seguido, me tomó de la mano y me apartó de las mesas para llevarme hacia la zona de estanterías vacías. Me acorraló en la zona de biografías.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —me dijo con un tono provocador, pero con la mirada muy seria.

Me sudaban las manos.

—Pues claro que sí.

—No soy un buen chico. —Se acercó más a mí.

—Bueno, quizá tampoco yo sea del todo buena.

—No es verdad. Eres muy buena chica. Por eso me gustas. —Me puso un dedo debajo de la barbilla para atraer mi rostro hacia el suyo.

Nuestra relación avanzaba rápido. De hecho, yo era la que pisaba el freno. Mis padres empezaban a hacer preguntas; ya no se creían que pasara tanto tiempo con Lindsey. Y sabía que estaba mal mentirle a Max si las cosas iban a ir a más, así que le fui sincera y le confesé mi edad.

Se puso furioso. Desapareció una semana entera, y ya había perdido cualquier esperanza cuando me llamó. Me dijo que estaba enamorado de mí. Yo le dije que tenía que conocer a Nathan y a Andy.

Max no lleva bien el tema de los padres (su padre era alcohólico y su madre lo abandonó cuando tenía cinco años), pero aceptó la propuesta. Así empezaron las restricciones. Y así perdí la virginidad en su apartamento la semana pasada, en mi diecisiete cumpleaños.

Mis padres creen que fuimos al zoo.

Desde entonces hemos vuelto a dormir juntos una vez. Y no soy una boba ni tengo delirios románticos: he leído lo suficiente como para saber que pasa un tiempo hasta que las chicas empezamos a disfrutar. Espero que sea pronto.

Los besos son increíbles, así que estoy segura de que sucederá.

A excepción de hoy. No puedo concentrarme en sus labios. He estado esperando este momento toda la tarde; pero, ahora que los tengo ante mí, mi cabeza está en otra parte. Se oye el repicar de unas campanas a lo lejos (¿serán las de la pagoda?, ¿vendrán de más allá del jardín?) y no puedo quitarme de la cabeza a mis vecinos.

Han vuelto. Aquella mañana había visto a Calliope y a sus padres. Ni rastro de los hermanos de Calliope. No es que me importe ver a Aleck. Pero sí a...

—¿Qué pasa?

Doy un respingo. Max está mirándome. ¿En qué momento dejamos de besarnos?

—¿Qué pasa? —repite él—. ¿Dónde tienes la cabeza?

Me sobresalto.

—Perdona, estaba pensando en el trabajo.

No me cree. Ése es el problema de haberle mentido antes a tu novio. Suspira, frustrado, se pone de pie y se lleva una mano al bolsillo. Sé que juguetea con el mechero.

—Perdona —le repito.

—Olvidalo. —Le echa un vistazo al reloj del móvil—. De todos modos, tenemos que irnos ya.

No nos decimos nada hasta que llegamos al Royal Civic Center 16. El único sonido viene de su radio, donde suena The Clash a todo trapo. Max se ha picado y me siento culpable.

—¿Me llamarás luego? —le pregunto.

Asiente mientras da marcha atrás con el coche, pero sé que sigue molesto.

Como si necesitara otra razón para odiar a los Bell.

Capítulo 3

Mi nueva supervisora vuelve a colocar los saleros. Es algo que hace con una frecuencia alarmante. El cine está inmerso en un periodo de calma nocturna entre películas, y yo aprovecho la oportunidad para quitarme esa sensación de tener mantequilla de las palomitas en el vello del brazo.

—Prueba con esto. —Me tiende una toallita húmeda para bebés—. Da mejor resultado que una servilleta.

La acepto con verdadera gratitud. A pesar de sus neuras, Anna es mi compañera de trabajo favorita. Es un poco más mayor que yo, muy guapa, y acaba de empezar a estudiar cine. Tiene una sonrisa alegre (con los incisivos un poquito separados) y una mecha de color platino en su cabellera larga y castaña que le da un toque especial. Me gusta. Además, siempre lleva un collar con un colgante de cristal con forma de plátano.

Me gustan las personas que tienen un accesorio emblemático.

—Pero... ¿de dónde ha salido eso? —pregunta la única persona que está al otro lado del mostrador. O, para ser más exactos, encima de éste. Allí está sentado su novio, que es increíblemente atractivo y tiene un acento inglés para morirse.

Es la segunda cosa que me gusta de Anna. Allá donde va ella, él la sigue.

Hace un gesto con la cabeza hacia la toallita de bebé.

—¿Se puede saber qué más llevas en los bolsillos? ¿Trapos para limpiar el polvo? ¿Abrillantador para muebles?

—Cuidadito —le responde ella—. O los brazos que frotaré serán los tuyos, Étienne.

Sonríe.

—Bueno, mientras sea en privado...

Anna es la única persona que lo llama por su nombre de pila. Los demás utilizamos su apellido, St. Clair. No sé por qué; es una de esas cosas que va como va. Hace poco tiempo que viven aquí, pero se conocieron el año pasado en París. Iban al instituto juntos. París. Mataría por poder estudiar allí, especialmente si hay chicos como Étienne St. Clair.

No es que vaya a ponerle los cuernos a Max; sólo es un decir. St. Clair tiene unos ojos castaños espectaculares y un pelo alborotado de artista. Aunque es un poquito bajo para mi gusto; mide algunos centímetros menos que su novia.

Va a la universidad en Berkeley, pero, aunque no trabaja, pasa tanto tiempo aquí, en el cine, como al otro lado de la bahía. Y como es guapo, un poco chuleta, y tiene confianza en sí mismo, todo el mundo lo adora. Sólo tardó unas horas en entrar en la zona de empleados sin recibir ni una sola queja de la dirección.

Ser así de carismático tiene mucho mérito. Pero eso no significa que quiera que me cuenten sus intimidades.

—En media hora acaba mi turno. Por favor, esperad a que haya abandonado el local antes de seguir adelante con esa conversación.

Anna sonríe a St. Clair, quien le quita en ese momento el pin que lleva ella en el chaleco del uniforme y que reza así: «¿Quieres unirse a nuestro club de cinéfilos? Habla conmigo».

—Lola está celosa. Vuelve a tener problemas con Max. —Me mira con el gesto torcido—. ¿Qué te había dicho yo de los músicos? Que todos van de malos y acaban rompiéndote el corazón.

—Van de malos porque es lo que son: unos patéticos —musita St. Clair mientras se coloca el pin en su abrigo, un magnífico gabán negro que le da un aire francamente europeo.

—Que vosotros hayáis tenido problemas con alguien —intervengo— no quiere decir que yo tenga que tenerlos. Max y yo estamos bien. No... no hagas eso. —Le hago un gesto de desaprobación a St. Clair—. Vas a cargarte el abrigo.

—Perdona, ¿querías tú el pin? Quizá sirva como contrapunto a la colección que llevas ahí. —Señala mi chaleco granate. Entre las insignias de rigor del Royal Theater, un cine que tiene mucha historia, llevo algunos broches *vintage* brillantes. Sólo se ha quejado uno de los encargados; pero, como educadamente le expliqué, lo que en realidad consiguen mis joyas es que destaquen más los anuncios.

Así que me llevó el gato al agua.

Y, gracias a Dios, nadie ha dicho nada sobre el chaleco... Lo he arreglado un poco para que me quede entallado y me favorezca un poco más. Vaya, todo lo que un chaleco de poliéster pueda favorecerle a una, para entendernos. El teléfono me vibra en el bolsillo.

—Esta conversación no ha acabado —le digo a St. Clair. Es un texto de Lindsey Lim:

«No te imaginas a quién he visto corriendo x el parque. Prepárate.»

—¡Lola! —Anna se acerca a mí a toda prisa para agarrarme, pero tengo la sensación de estar cayéndome. ¿O tal vez sí estoy cayéndome? Con su mano me coge del brazo y me sostiene—. Pero ¿qué te ha pasado?

Seguro que Lindsey ha visto a Calliope. Seguro que la que corría por el parque, como parte de su entrenamiento, era ella. ¡Claro que era ella! Intento apartar de mi mente la otra posibilidad, enterrarla con todas mis fuerzas, pero salta como un resorte una y otra vez. Es un parásito que crece en mi interior y jamás desaparece, por mucho que me repita que debo quitármelo de la cabeza. Lo pasado, pasado está; nadie puede cambiarlo. Pero crece, haga lo que haga, porque, por muy terrible que me resulte pensar en Calliope Bell, la sensación se queda en nada comparada con el dolor que me abrumba cada vez que pienso en su hermano gemelo.

Este año serán estudiantes de último año de instituto. Lo que significa que, aunque no haya hecho acto de presencia esta mañana, no hay ningún motivo que indique que su hermano gemelo no aparecerá en algún momento. Lo mejor que puede pasarme, vista la situación, es que se produzca algún tipo de retraso. Necesito tiempo para mentalizarme. Por toda respuesta al mensaje de Lindsey, le envíé un interrogante. «Por favor, por favor, por favor —le suplico al universo—. Por favor, que sea Calliope.»

—¿Es por Max? —me pregunta Anna—. ¿Por tus padres? Ay, Dios, es por ese tío al que echamos ayer del cine, ¿verdad? ¡El loco ese que lleva el teléfono gigante y el cubo de pollo! ¿De dónde ha sacado tu número de...?

—No me ha escrito él. —Pero no puedo hablarle del tema. Y mucho menos ahora—. No pasa nada.

Anna y St. Clair intercambian idénticas miradas de incredulidad.

—Es Betsy. Mi perra. Andy dice que se hace la enferma, pero estoy segura de que... —Mi teléfono vuelve a vibrar, y casi se me cae al suelo al cogerlo como una loca para leer el mensaje.

«Calliope. Investigación sugiere nuevo entrenador. Vuelve para siempre.»

—¿Y bien? —pregunta St. Clair.

Calliope. Gracias a Dios. Es Calliope. Miro a mis amigos.

—¿Qué?

—¡Betsy! —responden a la vez.

—¡Ay, sí! —Sonríe aliviada—. Falsa alarma. Resulta que ha vomitado un zapato.

—¿Un zapato? —pregunta St. Clair.

—Oye —me dice Anna—, me has dado un buen susto. ¿Tienes que ir a casa?

—Podemos cerrar nosotros si tienes que marcharte —añade St. Clair como si él también trabajara aquí. Seguro que quiere que me marche para poder morrear con su novia.

Voy hacia la máquina de palomitas, avergonzada por la escenita que acabo de protagonizar.

—Betsy ya se encuentra mejor, pero gracias —digo justo cuando mi móvil vibra una vez más.

«¿Estás bien?»

«Sí. La vi por la mañana.»

«¿Y no me has dicho nada?»

«Iba a llamarte después del trabajo. ¿Has visto a...?»

«No, pero estoy en ello. Llámame luego, Ned.»

Lindsey Lim cree que es detective; tiene una obsesión por el misterio desde que le regalaron el *Set de investigador novel de Nancy Drew* (el que incluye desde *El secreto del viejo reloj* hasta *El secreto de la granja de la puerta roja*) en su octavo cumpleaños. De ahí viene lo de llamarme «Ned». Intentó llamarme Bess, como la amiga coqueta y adicta a las tiendas de Nancy, pero no me convencía demasiado porque aquélla siempre estaba diciéndole a Nancy lo peligrosa que era la situación y repitiéndole que lo dejara.

¿Qué tipo de amiga te dice una cosa así?

Y quien no soy seguro es George, la otra mejor amiga de Nancy, porque George es una marimacho de complexión atlética y nariz chata. George no se pondría ni en sueños un vestido de María Antonieta, ni siquiera con botas militares de plataforma, para ir al baile de invierno. Así que sólo quedaba Ned Nickerson, el novio de Nancy. La verdad es que Ned es bastante útil y suele ayudar a Nancy en los momentos de vida o muerte. Y eso me basta. Aunque sea un chico.

Me imagino a Lindsey plantada delante del ordenador. Seguro que se ha puesto a navegar por los sitios web de patinaje artístico y por eso se ha enterado de que tiene nuevo entrenador. Aunque no me extrañaría que se hubiera acercado ella misma a Calliope para preguntárselo. Lindsey no se deja intimidar fácilmente; por ese motivo algún día será una gran detective. Es racional, directa, y no le da miedo decir la verdad.

Por eso nos compensamos la una a la otra.

Somos mejores amigas desde... bueno, desde que los Bell dejaron de ser mis mejores amigos. Pasó cuando empecé a ir a la guardería y se dieron cuenta de que no era demasiado guay quedar con la vecina que sólo pasaba medio día en el colegio. Pero la historia no es tan dura como parece. Porque enseguida conocí a Lindsey, y descubrimos que a las dos nos encantaban las cochinillas, las ceras de color verde y las galletitas con forma de árbol de Navidad. Una amistad instantánea. Y cuando pasó el tiempo y empezaron a meterse conmigo en clase por llevar puesto un tutú o zapatos de color rubí, Lindsey

era la que gruñía:

—¡Que os den, pringados!

Mi lealtad hacia ella es absoluta.

¿Habrá descubierto algo del otro hermano Bell?

—¿Cómo? —pregunta St. Clair.

—¿Qué? —Me doy la vuelta y veo que tanto él como Anna me miran raro otra vez.

—Has dicho «bell» o algo así. —Anna levanta la cabeza—. ¿Seguro que te encuentras bien? Pareces un poco ausente hoy.

—No me pasa nada, ¡de verdad! —¿Cuántas veces tendré que mentir hoy? Me ofrezco voluntaria para limpiar los aseos de la cuarta planta para dejar de tirarme piedras sobre mi propio tejado; pero, cuando Andy aparece para llevarme a casa (a mis padres no les gusta que coja el autobús de noche), veo que me mira con la misma cara de preocupación.

—¿Va todo bien, Lola?

Lanzo mi bolso contra el salpicadero.

—Pero ¿se puede saber por qué todo el mundo me pregunta lo mismo hoy?

—Bueno, quizá porque pareces... —Andy se queda callado un instante. Oculta a duras penas una expresión de esperanza mal disimulada—. ¿Max y tú habéis roto?

—¡Papá!

Se encoge de hombros, pero la nuez se le mueve de arriba abajo, señal de que se siente culpable por preguntar. Quizá no todo esté perdido entre mis padres y Max. O, por lo menos, entre Andy y Max. Siempre es el primero que se ablanda en las situaciones más complicadas.

Cosa que, por cierto, no implica que desempeñe el papel de «la mujer». No hay nada que me moleste tanto como que alguien asuma que uno de mis padres es menos padre que el otro. De acuerdo, Andy se gana la vida haciendo pasteles. Y se quedó en casa para educarme. Y sabe cómo hablar de sentimientos. Pero también sabe arreglar enchufes, desatascar las tuberías de la cocina, aplastar cucarachas y cambiar neumáticos.

Además, puede que Nathan sea un amante de la disciplina y un abogado duro de pelar en la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles, pero también disfruta decorando nuestra casa con antigüedades y llora cuando la gente se casa en las series.

Así que ninguno de ellos es «la mujer» en la relación. Los dos son homosexuales y punto. ¡Es obvio!

—¿Es por... los vecinos? —se aventura a preguntar Andy. Sabe que, si ésta es la razón, no le explicaré nada.

—No pasa nada, papá. He tenido un día muy largo.

Nos quedamos en silencio todo el camino. Al salir del coche me doy cuenta de que estoy temblando, pero no es por el cambio de temperatura. Miro la casa victoriana. La ventana que queda delante de la mía. La luz está apagada. El frío que noto en el corazón remite un poco, pero sin marcharse del todo. Tengo que ver lo que hay en esa habitación. La adrenalina me hace subir las escaleras que llevan a casa y las que suben al primer piso a toda velocidad.

—¡Oye! —me llama Nathan—. ¿No le das un abrazo hoy a tu querido padre?

Andy le dice algo en voz baja. Por fin tengo ante mí la puerta de mi habitación, pero me da miedo abrirla, lo que es totalmente absurdo porque no soy una cobarde. ¿Por qué tendría que darme miedo esa ventana? Me quedo quieta un instante para comprobar que Nathan no me sigue. Sea lo que sea lo que me encuentre al otro lado, no quiero interrupciones.

No viene. Andy debe de haberle dicho que me deje tranquila. Bien.

Abro la puerta con falsa confianza. Busco con la mano el interruptor de la luz, pero cambio de idea y decido entrar en plan Lindsey Lim. Avanzo lentamente entre las sombras. En esta ciudad, las hileras de casas de color pastel están tan cerca las unas de las otras que la ventana de enfrente, la que queda alineada de modo perfecto con la mía, está a apenas unos metros. Observo a través de la oscuridad en busca de signos que me desvelen si la habitación está ocupada.

Las ventanas no tienen cortinas. Achino los ojos, pero, por lo que alcanzo a ver, la habitación parece... vacía. Allí no hay nadie. Miro a la derecha, hacia la habitación de Calliope. Allí sí hay cortinas. Bajo la vista en dirección a la cocina. Cortinas. Vuelvo a mirar enfrente.

Ni rastro del gemelo.

NO ESTÁ.

Todo mi cuerpo suspira aliviado. Enciendo la luz y pongo música. Suenan las canciones de Max, por supuesto. Subo el volumen, me quito las zapatillas de ballet y las lanzo hacia la montaña de zapatos que se apila contra mi armario. Me quito la peluca de un tirón. Me suelto el pelo y tiro al suelo el chaleco del trabajo. La camisa de manga corta y cuello almidonado que me obligan a llevar y los feísimos y aburridos pantalones negros siguen el mismo recorrido que el chaleco. Vuelvo a ponerme los pantalones rojos de seda de mi pijama chino, con la camiseta a juego. Vuelvo a ser yo.

Miro hacia la ventana vacía.

Definitivamente sí, vuelvo a ser yo.

Amphetamine suena a toda potencia en los altavoces, y bailo en busca de mi teléfono. Primero llamaré a Lindsey y después a Max. Me disculparé por haberme comportado como una lunática en el jardín de té. Puede que mañana por la mañana esté libre... No trabajo hasta las dos, así que podríamos comer juntos. O quizá podemos decir que vamos a comer algo y escaparnos a su apartamento...

Cierro los ojos. Salto y me agito siguiendo el compás de la batería. Doy vueltas en círculo, río y me agito. La voz de Max transmite cabreo. Sus letras son provocadoras. La energía de la guitarra va en aumento y el bajo resuena en mi interior. Soy invencible.

Y entonces abro los ojos.

Cricket Bell sonrío.

—Hola, Lola.

Capítulo 4

Está sentado en la ventana. Literalmente. Tiene el trasero apoyado en la repisa, y las piernas (increíblemente largas y esbeltas) penden sobre el exterior de su casa, dos plantas por encima del suelo. Tiene los brazos cruzados en el regazo, como si espíar a una vecina fuera la cosa más natural del mundo.

Me quedo mirándolo, impotente y atónita, y él empieza a reírse a carcajadas. Todo el cuerpo se le mueve al compás de la risa. Echa la cabeza hacia atrás y da una palmada.

Cricket Bell se está riendo de mí. Y encima, aplaude.

—Te he llamado. —Intenta dejar de sonreír, pero lo único que consigue es abrir más la boca. Casi puedo contarle todos los dientes—. Te he llamado una docena de veces, pero tenías la música tan alta que opté por esperar. Oye, bailas muy bien.

La mortificación que siento es tal que no puedo responder nada inteligente.

—Lo siento. —Su sonrisa no ha desaparecido, pero su tono es sincero—. Sólo quería saludarte.

En un ágil movimiento, balancea las piernas hasta meterlas dentro de su habitación. Pone los pies en el suelo con una delicadeza, con una gracia, que es inconfundible. Siento una punzada familiar. Se estira y me quedo embobada de nuevo.

—Cricket, qué... alto estás.

Seguramente ésa sea la frase más absurda e idiota que pudiera haberle dicho.

Cricket Bell siempre había sido más alto que la mayoría de los chicos, pero en los últimos dos años había crecido quince centímetros, por lo menos. Su cuerpo esbelto (antes delgado y un poco desgarrado, a pesar de sus gráciles movimientos) también había cambiado. Su silueta se ha completado y se ha dulcificado. Pero decir que alguien es alto es como ponerse a hablar del tiempo en un día de lluvia. Algo obvio e irritante a la vez.

—Es por el pelo —me responde, serio—. La gravedad siempre ha sido mi archienemiga.

Y es cierto, lleva el pelo disparado hacia arriba. No sé cómo puede conseguir que le quede así sin utilizar cantidades ingentes de espuma o de gel; pero, desde que era un niño, Cricket siempre ha tenido el pelo así. Le da un aire de científico loco, lo que no se aleja demasiado de la realidad. El pelo es una de

las cosas que siempre me han gustado de él.

Hasta que él dejó de gustarme del todo, claro.

Espera mi respuesta y, como ve que no digo nada, carraspea.

—Tú también has crecido. Ha pasado mucho tiempo.

Nos miramos. La cabeza me da vueltas intentando conectar al Cricket del presente con el Cricket del pasado. Ha crecido y se ha desarrollado, pero sigue siendo él. El mismo chico del que me enamoré cuando tenía catorce años. Mis sentimientos habían ido en aumento desde que éramos niños; pero, ese año, cuando él cumplió los dieciséis, todo cambió.

La culpa la tuvieron sus pantalones.

Cricket Bell siempre había sido... un chico agradable. Y era mono, inteligente, más mayor... Era natural que sintiera algo por él. Pero el día en que verdaderamente me di cuenta fue cuando descubrí que de repente le dio importancia a su aspecto exterior. No en plan egoísta, sino en plan «quizá llevar unos pantalones cortos muy anchos y unas zapatillas deportivas enormes no sea lo que más le favorece a un chico como yo».

Así que empezó a ponerse esos pantalones.

Eran unos pantalones bonitos. No eran pantalones de pijo o de moderno ni nada por el estilo. Eran unos pantalones que decían que le importaba lo que se ponía. Estaban hechos para adaptarse a su delgada silueta. Llevaba algunos lisos y otros de raya diplomática para acentuar su estatura. Y los combinaba con camisas retro y chaquetas poco comunes de un modo que le quedaba genial.

Así que, mientras los chicos de mi clase tenían problemas para recordar que debían subirse la cremallera (y los que se preocupaban por su aspecto eran homosexuales incipientes), hete aquí a este chico atractivo, perfectamente vestido y hetero que casualmente era mi vecino.

Pues claro que me enamoré de él.

Pues claro que acabó mal.

Y aquí estaba de nuevo. Y su estilo al vestir seguía siendo el mismo. Bueno, quizás había incluso mejorado. Tanto los pantalones como la camisa le quedaban ajustados, y además llevaba accesorios. En una muñeca llevaba una correa de reloj de cuero negra, y una multitud de pulseras desgastadas y gomas elásticas de colorines en la otra. Cricket Bell tiene buen aspecto. Incluso está MEJOR que antes.

Esa revelación me sorprende, pero la siguiente todavía me descoloca más.

«Ya no estoy enamorada de él.»

Mirarlo, en cambio, me hace sentir... vacía.

—Bueno, ¿qué tal estás? ¿Cómo te han ido las cosas? —Le dedico una sonrisa que es cálida y a la vez serena. Una que espero que le transmita que «ya no soy esa persona. No me hiciste daño y nunca pienso en ti».

—Bien; la verdad es que muy bien. Acabo de empezar en Berkeley; allí tengo todas mis cosas. En Berkeley. He venido para ayudar a mis padres con la mudanza. —Cricket señala hacia atrás, como si las cajas de la mudanza estuvieran allí. Siempre ha sido muy expresivo con las manos.

—¿Berkeley? —Mi sorpresa es mayúscula—. ¿Te refieres a...?

Baja la vista y se queda mirando el callejón que separa nuestras casas.

—Bueno, esto... Me gradué antes de tiempo. Calliope y yo nos escolarizamos en casa, aunque ella no irá a la universidad todavía para concentrarse en su carrera.

—Así que... ¿vas a vivir allí? —le pregunto, incrédula—. ¿En una residencia de estudiantes?

—Sí.

¡Viva! ¡Gracias a Dios! ¡VIVA!

—Bueno, me traeré algunas cosas —añade— para los fines de semana, vacaciones y eso...

—¿Fines de semana? —Siento un peso en el pecho.

—Supongo que sí. —Me dice con tono de disculpa—. Todo esto es nuevo para mí. Todos hemos bailado al compás de Calliope, ¿sabes?

Lo sé perfectamente. Para los Bell, la carrera de Calliope siempre ha sido lo primero. Debe de ser la primera vez que Cricket no depende de lo que su hermana haga o deje de hacer.

—La vi en la tele el año pasado —le digo, intentando ocultar mi pesadumbre por tener que verlo regularmente—, en el Campeonato del Mundo, cuando quedó segunda. ¡Qué pasada!

—Ya. —Cricket se encorva contra el marco de la ventana y se rasca la nariz por un lado, revelando un mensaje escrito en la palma de su mano izquierda: «CIRCUITO REVERSO»—. Pero será mejor que no se lo digas.

—¿Por qué no? —Me quedo mirando su mano. Es surrealista. Siempre se escribía recordatorios crípticos como ése, y siempre con el mismo rotulador negro. Yo solía hacer lo mismo para parecerme a él. Se me hace un nudo en el estómago al recordarlo. Me pregunté si se habría dado cuenta de que lo copiaba, y si Calliope le tomaba el pelo por ello cuando yo no estaba.

—Bueno, ya conoces a Cal. Si no queda la primera, lo demás no cuenta. —Se endereza de repente y gesticula con las manos en mi dirección—. Pero, dime, ¿tú cómo estás? Lo siento, he monopolizado por completo esta conversación.

—Bien, ¡estoy genial!

«¿Estoy genial?» ¿Dos años soñando con vengarme y lo único que se me ocurre es soltarle eso? Claro que en mis fantasías yo no iba en pijama.

¡Madre mía, y el pelo! ¡La peluca me lo ha dejado chafado y sudado!

Todo va mal. Se suponía que, cuando llegara este momento, yo llevaría puesto algo glamuroso y especial, que estaríamos en una sala llena de gente y que, al verme, él se quedaría embelesado. En ese momento yo estaría riéndome por algo, y él se sentiría atraído hacia mí como por una fuerza magnética. A mí me sorprendería verlo, pero no le prestaría demasiada atención. Y entonces Max aparecería. Me rodearía los hombros con su brazo y yo me marcharía con mi dignidad totalmente recuperada. Cricket se quedaría allí, muerto de la rabia por no haber luchado por mí cuando tuvo la oportunidad.

Y, en vez de eso, Cricket está mirándome con una cara rarísima. Frunce el ceño. Tiene los labios separados, pero ya no sonrío. Parece que quiera resolver una ecuación difícil. ¿Y por qué me pone cara de resolver una ecuación difícil?

—¿Y tu familia? —me pregunta—. ¿Cómo está?

Esa cara me está sacando de quicio.

—Esto... bien, sí. —«Estoy segura de mí misma y soy feliz. Y lo he superado. No lo olvides: ya lo he superado»—. Andy montó su propio negocio: prepara y envía unos pasteles increíbles, de todos los sabores posibles. Le va bien. Y Nathan igual. Quiero decir, que le va todo bien también. —Aparto la mirada en dirección al callejón. Ojalá dejara de mirarme.

—¿Y Norah? —Lo pregunta con cuidado, incluso con delicadeza.

Se hace otro silencio incómodo. No hay demasiada gente que sepa lo de Norah, pero hay detalles que no se les pueden ocultar a los vecinos. Detalles como Norah, mi madre biológica.

—Bueno, Norah... es Norah, ya sabes. Le ha dado por leer el futuro en las hojas de té. —Me pongo roja. ¿Cuánto tiempo estaremos así, comportándonos educadamente?—. Ahora vive en un apartamento.

—Es genial, Lola. Me alegro mucho. —Y, como es Cricket, sí parece que de verdad se alegre. Esto es demasiado raro—. ¿La ves a menudo?

—Pues no. Y este año tampoco he visto a Snoopy. —No sé por qué le digo eso.

—¿Todavía está...?

Asiento. Su nombre verdadero es Jonathan Head, pero nunca he oído a nadie llamarlo así. Snoopy conoció a Norah cuando los dos eran adolescentes. También eran alcohólicos, drogadictos y unos *punkarras* que vivían en la calle. Cuando Norah se quedó embarazada, le pidió ayuda a su hermano mayor, Nathan. No me quería, pero tampoco quería abortar. Y Nathan y Andy, que llevaban siete años juntos, me adoptaron. Andy adoptó el apellido de Nathan para que todos tuviéramos el mismo.

Efectivamente. Mi padre Nathan es mi tío biológico.

Mis padres han intentado ayudar a Norah. Hace años que no vive en la calle. Antes de encontrar el apartamento, estuvo viviendo en varias residencias sociales, pero dista mucho de ser una persona en la que puedas confiar. Lo mejor que puedo decir de ella es que por lo menos lleva tiempo sobria. Y sólo veo a Snoopy de tarde en tarde, cuando aparece por la ciudad. Llama a mis padres, lo llevamos a tomar una hamburguesa y ya no sabemos nada más de él en meses. La gente no se da cuenta de lo mucho que se desplazan los sin techo.

No me gusta hablar de mis padres biológicos.

—Me gusta mucho cómo ha quedado tu habitación —dice Cricket de repente—. Las luces son muy bonitas. —Hace un gesto hacia las tiras de luces tintineantes rosas y blancas que cruzan el techo—. Y las cabezas de maniqués, también.

He puesto unos estantes en la parte más alta de las paredes de mi habitación, de lado a lado, y en ellos he alineado unas cabezas de maniquí turquesas. Allí coloco mis pelucas y mis gafas. Tengo las paredes forradas con carteles de películas de época y retratos satinados en blanco y negro de actrices clásicas. Mi escritorio es de color rosa chillón y tiene detalles de purpurina dorada (la tiré mientras la pintura se secaba). La mesa está completamente cubierta de botes abiertos de maquillaje brillante, pintaúñas medio secos, pasadores de niña pequeña y pestañas postizas.

En la estantería tengo infinitas latas de pintura en spray y botes de pegamento. Mi mesa de costura está forrada de recortes de moda urbana japonesa y, sobre ésta, se apilan rollos de tela de modo caótico. Y la pared de detrás tiene todavía más estantes, repletos de botes de cristal que contienen botones, hilos, agujas y cremalleras. Encima de la cama tengo un dosel que hice con saris indios y sombrillas de papel que compré en Chinatown.

Es caótica, pero me encanta. Mi habitación es mi refugio.

Observo la habitación de Cricket. Las paredes están desnudas y no hay nada en el suelo. Está vacía. Me dedica una mirada cómplice.

—No es lo que solía ser, ¿a que no? —me pregunta.

Antes de que se mudaran, su habitación estaba tan abigarrada como la mía.

Botes de café llenos de engranajes, pistones, tuercas, ruedecillas y tornillos. Planos emborronados pegados al lado de mapas estelares y tablas periódicas. Bombillas, cables de cobres y relojes desmontados. Y las ilustraciones de los increíbles mecanismos de Rube Goldberg.

Rube se hizo famoso por dibujar viñetas de máquinas complejas que realizaban tareas sencillas. Del tipo «tira de la cuerda para que la bota le dé una patada a la taza, que a su vez suelta la pelota, que va a parar a la pista, se desliza por el balancín, que suelta el martillo y apaga el interruptor de tu habitación». Pues así era el cuarto de Cricket.

Lo miré, sonriéndole cauta.

—La verdad es que está diferente, CGB.

—¿Te acuerdas de mi segundo nombre? —Arqueó las cejas, sorprendido.

—No es que sea muy fácil de olvidar, Cricket Graham Bell.

Efectivamente. La familia Bell es esa familia Bell. Sí, los del teléfono. Exacto. Uno de los inventos más importantes de la historia.

Se lleva una mano a la frente para frotársela.

—Mis padres me hicieron una jugarreta poniéndome ese nombrecito.

—Venga ya. —Se me escapa una carcajada—. Si siempre andabas pavoneándote.

—Las cosas cambian. —Los ojos azules se vuelven más grandes, como si bromeara, pero hay algo más en su expresión. No se siente cómodo. Cricket siempre estuvo muy orgulloso del apellido de su familia. Como inventor, igual que su tátara tatarabuelo, era imposible no estarlo. De repente, se sumerge en la penumbra de su habitación.

—Tengo que coger el tren. Mañana tengo clase.

Esa reacción me sorprende.

—Oh.

Y entonces emerge de nuevo, y tiene el rostro iluminado por lucecitas brillantes rosas y blancas. La cara de ecuación difícil ha vuelto.

—Ya nos veremos, ¿no?

¿Qué otra cosa puedo decirle? Señalo mi habitación.

—Estaré por aquí.

Capítulo 5

Max recoge su camisa negra del suelo de su apartamento para ponérsela. Yo ya estoy vestida. Hoy soy una fresa. Llevo un vestido rojo de los años cincuenta, un collar de minúsculas piedrecitas negras y una peluca cuya melena he cortado a lo Louise Brooks, con flequillo y a la altura de los pómulos. Mi novio, juguetón, me mordisqueea el brazo, que huele a sudor y crema hidratante de moras.

—¿Estás bien? —me pregunta. Y no por lo del mordisco.

Hago que sí con la cabeza. Esta vez sí ha sido mejor.

—Vamos a tomar unos burritos. Me muero de ganas de comer guacamole y frijoles. —No le digo que también quiero irme para no cruzarme con su compañero de piso, que a su vez es el batería de Amphetamine. Johnny no es mal chico, pero a veces me siento totalmente fuera de lugar cuando estamos con los amigos de Max. Me gusta más cuando estamos los dos solos.

Max coge su monedero.

—Lo que tú digas, Lo-li-ta —canturrea.

Le doy un golpe en el hombro y él me dedica su característica media sonrisa. Sabe que odio que me llame así. No se lo permito a nadie, ni siquiera a mi novio. Ni Max es Humbert Humbert ni yo soy una niña.

—Acabas de recibir tu último aviso —le replico—. Y me debes un burrito.

—Con extra de guacamole. —Sella su promesa con un buen beso y justo entonces suena mi móvil.

Me pongo roja.

—Perdona.

Se aparta sin ocultar su frustración, pero me dice con dulzura:

—No es culpa tuya.

Le digo a Andy que ya estamos en el restaurante, y que antes hemos estado paseando. Pondría la mano en el fuego a que se lo ha tragado. Pero nos ha cortado el rollo. Max y yo elegimos un restaurante que queda a sólo una manzana. Tiene unas luces de plástico de color verde cactus en las ventanas y del techo cuelgan loros de papel maché. Max vive en el barrio de Mission, donde hay cantidad de increíbles restaurantes mexicanos.

El camarero nos trae nachos con salsa picante extra, y le hablo a Max de las clases, que se reanudan en tres días. Estoy cansada de ir al instituto; ya estoy lista para ir a la universidad y empezar a labrarme una carrera profesional. Quiero diseñar el vestuario de películas y obras de teatro. Algún día, desfilaré por la alfombra roja con algo que jamás se haya visto antes, como Lizzy Gardiner cuando aceptó el Óscar por *Las aventuras de Priscilla, reina del desierto* con un vestido hecho de tarjetas de crédito doradas. Con la única diferencia de que el mío estará hecho de algo nuevo y original.

Como, por ejemplo, tiras de fotos de fotomatones o cadenas de rosas blancas o boletos de la lotería mexicana. O puede que lleve unas enormes botas de espadachín y un sombrero con pluma. Y llegaré al escenario pavoneándome, con un sable en el cinturón y un pistolón enfundado. Les daré las gracias a mis padres por ponerme *Lo que el viento se llevó* cuando tuve gripe en segundo, porque gracias a esa película supe lo que era un miriñaque y aprendí todo lo que debía saber sobre éstos.

Sobre todo, supe que necesitaba tener uno. Y pronto.

Max me pregunta sobre la familia Bell. Me estremezco. Cuando oigo ese apellido parece que sienta una descarga eléctrica.

—No has hablado de ellos en toda la semana. ¿Has vuelto a ver a... Calliope?
—Se queda en silencio después de decir su nombre. Espera a que le confirme que ha dicho bien el nombre; pero, por un segundo de locura pasajera, pienso que sabe lo de Cricket.

Lo que es del todo imposible, porque no le he contado nada del asunto.

—Sólo por la ventana. —Recorro con los dedos el frío borde de mi refresco de mandarina—. Por suerte. Estoy empezando a pensar que es posible ser vecinas y no tener que hablar la una con la otra.

—No puedes pasarte la vida escapando de tus problemas. —Frunce el ceño y tira ligeramente de uno de sus pendientes—. Nadie puede.

Se me escapa una carcajada.

—Qué divertido suena eso viniendo de alguien cuyo último disco tiene tres canciones que hablan de salir corriendo.

Max me dedica una sonrisilla breve pero divertida.

—Nunca he dicho que yo no sea un hipócrita.

No sé por qué no le he dicho nada de Cricket. Supongo que no he encontrado el momento. No he vuelto a verlo, pero sigo hecha un lío. El reencuentro no fue tan terrible como podía haber sido, pero... me dejó intranquila. Supongo que es resultado de la tranquilidad característica de Cricket, combinada con mi poco habitual intranquilidad y el hecho de saber que volveré a verlo. Pronto.

Cricket no habló de la última vez que nos vimos. Como si no importara. Mejor dicho, como si no le afectara. He pasado tantas noches intentando sacármelo de la cabeza... Me parece injusto que él haya podido olvidarse de mí.

Hay demasiado que explicarle a Max. No puedo.

Y no quiero que piense que Cricket Bell es algo más para mí de lo que es en realidad. Ese capítulo de mi vida está cerrado. Se ha acabado para siempre.

Lo que nunca se acaba es la charla que tengo con Lindsey al día siguiente. La misma que siempre mantenemos últimamente.

—A ver, a mí me gusta Max —le digo—. Y yo le gusto a él. ¿Qué problema hay?

—La ley —responde.

Es el último viernes de las vacaciones de verano, y estamos apretujadas la una contra la otra en el minúsculo porche de entrada a mi casa. Mientras yo pinto con un spray unas botas que me he comprado en una tienda benéfica, ella controla lo que pasa en la casa victoriana de color lavanda. Lindsey, por lo general, no se opone a mi relación, a excepción del tema de la edad. Del que hablamos una y otra vez.

—Es un buen chico —le digo—. Y nuestra relación es como es.

—No te estoy diciendo que sea mal chaval; lo único que te recuerdo es que salir con él podría tener consecuencias —me dice con voz tranquila y racional mientras escanea lo que pasa en el vecindario antes de volver a centrarse en la casa de los Bell.

Lindsey nunca deja de observar lo que sucede a su alrededor. Ella es así.

Mi mejor amiga es guapa tirando a del montón. Lleva ropa práctica y siempre va arreglada. Es bajita, lleva ortodoncia y jamás se ha cambiado de peinado. Tiene el pelo negro, a la altura de los hombros y con el flequillo bien cortado. Lo único que parece fuera de lugar son sus gastadas y adoradas Converse rojas. Las llevaba puestas el día que le hizo la zancadilla a un sospechoso al que perseguía la policía en Market Street, y desde entonces son una pieza imprescindible en su armario.

Me río. A veces no puedo hacer más que seguirle el rollo.

—Consecuencias... ¿Como cuáles, ser feliz? ¿Enamorarse? Tienes razón, quién querría ena...

—Aquí lo tenemos —me dice.

—¿A quién, a Max? —Me vuelvo, todavía con el spray en la mano, evitando por poco mancharle las Converse.

—Cuidadito, Ned. —Se aparta—. No todo el mundo quiere llevar las zapatillas del color del autobús escolar.

Pero no; no habla de mi novio. Siento que el alma se me cae a los pies al ver que Cricket Bell espera para cruzar la calle.

—Ostras, has manchado el porche.

—¿Qué? —Me doy la vuelta. Y allí está: hay una horrible mancha amarilla debajo del papel de periódico que había colocado para proteger la madera. Cojo el trapo húmedo que había sacado para esa misma función y me pongo a frotar. Gruño.

—Nathan me matará.

—¿Todavía no te ha perdonado por teñir las juntas de su cuarto de baño de negro?

La mancha se vuelve más grande.

—¿Tú qué crees?

Vuelve a mirar a Cricket.

—¿Por qué no me dijiste que estaba tan...?

—¿Alto? —Froto con más fuerza todavía.

—Pintoresco.

Levanto la vista. Cricket cruza la calle a grandes zancadas. Los largos brazos se balancean con cada paso. Lleva unos pantalones ajustados parecidos a los del cartero, con una veta roja en la costura lateral. Le quedan un poco cortos (a propósito, lo sé), revelando unos calcetines rojos a juego y unos puntiagudos zapatos. De repente, sus movimientos se vuelven exagerados, y empieza a canturrear una canción irreconocible. Cricket Bell sabe que tiene público.

Siento una punzada familiar en el estómago.

—Viene hacia aquí —me dice Lindsey—. ¿Qué quieres que haga? ¿Le doy una patada en sus partes? Me muero de ganas de darle una patada en los...

—No hagas nada —le susurro—. Puedo apañármelas.

—¿Apañártelas cómo?

Le dedico una tos forzada a mi amiga mientras Cricket sube por las escaleras con la agilidad de una gacela.

—¡Lola! —Sonríe de oreja a oreja—. Qué curioso encontrarte aquí.

—Sí que es curioso, sí —responde Lindsey—. Sobre todo porque estás en su porche.

—¿Éste es tu porche? —Cricket da unos pasos torpes hacia atrás y no oculta su sorpresa—. Todas las casas se parecen tanto...

Nos quedamos mirándolo.

—Me alegro de verte, Lindsey —añade un instante después. Se nota que está un poco cortado—. Acabo de pasar por delante del restaurante de tus padres, y estaba lleno. Es genial.

—Ya —responde ella.

—¿Qué haces aquí? —le suelto sin más.

—Vivo aquí. Bueno, no siempre. Vivo allí pero también aquí. —Señala la casa de al lado—. A veces. Los fines de semana. Bueno, mis padres me dijeron que han puesto mi cama en la habitación, así que supongo que sí que estaré por aquí.

—Es verdad —le respondo sin poder contenerme, de lo que me arrepiento inmediatamente—. Vi que la traían ayer. Aunque sigues sin tener cortinas.

—Qué pena. —Juguetea con los brazaletes de sus brazos—. Prométeme que no te reirás cuando me veas en calzoncillos.

Lindsey se queda atónita.

—Tengo una pinta bastante patética sin ropa —sigue diciendo—. Aunque, la verdad, con ropa tampoco me quedo corto. O a medio vestir. Con un calcetín sí y el otro no. O sólo con un sombrero. O sin sombrero. Podéis decirme que me calle en cualquier momento. No os cortéis.

—Cállate, Cricket —le digo.

—Gracias. ¿Te has teñido el pelo? Porque la semana pasada no eras rubia. Ah, es una peluca, ¿verdad?

—S...

—Oye, qué pasada de botas. Nunca había visto ningunas de ese color. Bueno, a excepción de botas para la lluvia, claro. Pero éstas no son botas para la lluvia.

—Pues n...

De repente, se abre la puerta de la entrada y aparece Andy con un delantal blanco puesto. Lleva en la mano un cucharón de madera recubierto de harina, como si fuera una extensión de su brazo.

—Chicas, ¿puedo convencerlos para que probéis...

Cricket entra en el porche de una zancada y estira su largo torso entre las dos para estrecharle la mano a mi padre.

—Me alegro de verlo de nuevo, señor Nolan. ¿Cómo está usted?

Lindsey me mira y mueve los labios sin mediar palabra. «¿Qué narices se ha fumado éste?»

Yo estoy igual de sorprendida que ella. Es Cricket elevado a la décima potencia.

—Muy bien, gracias. —Andy me mira en un intento de averiguar si debe echarlo de nuestra propiedad. Le dedico a mi padre el movimiento de cabeza más sutil del mundo y él vuelve a centrar su atención en Cricket. Algo que es inevitable hacer, la verdad, teniendo en cuenta la energía que irradia—. ¿Y tú? ¿Sigues inventando objetos misteriosos e increíbles?

—Ah —duda Cricket—. La verdad es que nadie está interesado en eso hoy en día. Pero, dígame, tengo entendido que está usted llevando a cabo una misión pastelera exitosa, ¿verdad?

A mi padre parece halagarlo que se haya corrido la voz.

—Bueno, ahora iba a decirles a las chicas si les importaba probar mi nueva creación. ¿Te gustaría comer un trozo?

—Me encantaría. —Y pasa por delante de Andy, quien lo sigue hacia el interior de la casa.

El porche se queda en silencio. Me doy la vuelta para mirar a Lindsey.

—¿Puedes decirme qué acaba de pasar?

—Pues que tu padre acaba de invitar a tomar pastel al antiguo amor de tu vida.

—Fantástico. Exactamente lo que yo pensaba.

Nos quedamos en silencio un momento.

—Todavía tenemos tiempo de inventarnos una excusa. No tenemos por qué entrar.

—Sí. Tenemos que entrar. —Suspiro.

—Vale. Porque ese tío está pidiendo una buena investigación a gritos. —Dicho lo cual, se adentra en la casa.

Vuelvo a fijar la vista en la mancha de pintura y veo que está seca. Mierda.

Pinto con el spray la parte de la bota que se ha quedado a medio pintar, llevo mi obra a otra parte para que nadie se tropiece con ella y me resigno a entrar. No sé qué clase de tortura me espera. Están todos de pie al lado de uno de los módulos de la cocina. La verdad es que tenemos una cocina muchísimo más grande que las que suelen verse en una ciudad, porque mis padres cambiaron de sitio la sala de estar para que así Andy tuviera espacio para su negocio. Todos se han servido ya un trozo de pastel y un vaso de leche.

—Espectacular. —Cricket se limpia con sus largos dedos las migas que se le han quedado en los labios—. Nunca se me habría ocurrido ponerle kiwi a un pastel.

Andy ve que me he quedado pasmada en el recibidor.

—Será mejor que te des prisa antes de que éste se lo coma todo. —Asiente en dirección a su invitado. Por fuera, mi padre aparenta seriedad, pero sé que por dentro está más feliz que una perdiz. Qué rápido cambia uno ante un cumplido... Sonrío como si nada de esto fuera para tanto. Pero estoy histérica. Cricket Bell. En mi cocina. Con esos pantalones. Comiendo pastel de kiwi. Me dirijo al espacio vacío que queda junto a él, y de nuevo me sorprende su extraordinaria altura. Es alto como una torre.

Andy señala con el tenedor la mitad restante del pastel verde.

—Acábatelo, Cricket.

—Ay, no, no podría... —Pero sus ojos brillantes sugieren lo contrario.

—Insisto. —Mi padre le acerca el plato con un toquecito—. Nathan siempre se queja de que quiero que se ponga gordo, así que será mejor que el pastel se haya acabado antes de que llegue a casa.

Cricket se vuelve hacia mí con todo su cuerpo: cabeza, hombros, pecho, brazos, piernas... Con Cricket, los gestos nunca se quedan a medias tintas.

—¿Te pongo otro trozo? —dice.

Me acerco al trozo que tengo delante de mí y al que todavía no le he hincado el diente.

—¿Y a ti, Lindsey? —pregunta.

Ella niega con la cabeza y dice:

—Como estoy casi siempre por aquí, no es que me falten oportunidades de comer pastel.

¿Qué narices hace aquí? ¿No tendría que estar en alguna fiesta universitaria? Cuanto más pienso en eso, más rabiosa me pongo. ¿Cómo se atreve a aparecer y a esperar que yo me comporte como si nada? No somos máquinas. Las cosas no funcionan así.

—¿Qué tal está tu familia? —pregunta Andy.

Cricket traga saliva.

—Bien. Mis padres están como siempre. Papá está demasiado cansado y mamá tiene demasiada energía. Pero están bien. Y Cal está muy ocupada con los entrenamientos, claro. Es un año importante por lo de las Olimpiadas. Y Aleck se ha casado.

—¿Sigue componiendo? —pregunta Andy. Alexander, o Aleck, como lo llaman en casa, es el hermano mayor de los gemelos. Cuando Calliope empezó a entrenar, él ya iba al instituto, así que quedó al margen de casi todas las movidas familiares. Nunca llegué a conocerlo del todo, pero recuerdo como si fuera ayer las piezas de piano que solía tocar. Eran melodías complicadas, que llegaban a nosotros a través de las paredes. Los tres Bell son verdaderos prodigios en sus especialidades.

—Y dando clases —explica Cricket—. Y el año pasado fue padre.

—¿Niño o niña? —pregunta Lindsey.

—Niña. Se llama Abigail.

—Tío... Cricket —digo.

A Lindsey y a Andy se les escapa una carcajada, pero de inmediato detecto que mi padre se arrepiente de haberse reído. Me fulmina con la mirada.

—Lola...

—No, no pasa nada —replica Cricket—. Queda fatal; muy ridículo.

—Lo siento —le digo.

—No, por favor, no lo sientas. —Pero se le entrecorta la voz, y lo dice tan rápido que me quedo mirándolo, sorprendida. Nuestros ojos se encuentran un brevísimo instante. En ellos hay un poso de dolor. Se da la vuelta. No lo ha olvidado.

Cricket Bell lo recuerda todo.

Me arden las mejillas. Aparto el plato inconscientemente.

—Tengo que... prepararme para ir a trabajar.

—Vamos. —Lindsey me da la mano—. Vas a llegar tarde.

Andy le echa un vistazo al calendario de pared de Frida Kahlo en el que anoto mi horario. Le frunce el ceño a la uniceja de Frida.

—Pues no lo tienes apuntado —dice.

Lindsey me arrastra escaleras arriba.

—Es una sustitución de última hora —le contesto.

—¿Tengo que ir a buscarte? —pregunta dando voces.

Me apoyo en la barandilla y miro hacia la cocina. Cricket me mira con los labios separados y el ceño fruncido. La cara de ecuación difícil. Como si yo fuera el problema, y no él. Me obligo a apartar la vista.

—Sí, a la hora de siempre. Gracias, papá.

Lindsey y yo corremos a toda prisa hacia mi habitación. Cierra el pestillo.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —Me dice con voz grave y tranquila.

—¿Con Cricket?

Coge el chaleco de poliéster que está encima de mi cama.

—No, con el trabajo.

Me pongo a buscar el resto del uniforme, intentando no llorar.

—Iré a casa de Max. Puede acercarme en coche al trabajo antes de que Andy vaya a buscarme.

—Bien. —Asiente con la cabeza—. Me parece un buen plan.

Es la tarde anterior al inicio de las clases, y estoy trabajando (esta vez de verdad). Anna y yo (y su novio, por supuesto) estamos en nuestro puesto. El vestíbulo principal del cine es enorme. Hay ocho taquillas bajo un techo de casi ocho metros labrado con cruces y estrellas geométricas. Los pilares blancos gigantescos y las molduras de madera oscura le añaden todavía más opulencia al edificio y ponen de manifiesto que la construcción no era originalmente un cine que perteneciera a una cadena. Primero fue un lujoso hotel y, después, un lujoso concesionario de coches.

Todo está muy tranquilo. Anna escribe algo en una libreta hecha polvo especial para zurdos mientras St. Clair y yo debatimos sobre las medidas de las taquillas. Anna acaba de conseguir otro trabajo a media jornada, sin cobrar, escribiendo reseñas de cine para el periódico de su universidad. Como está en el primer año, sólo le han dado las pelis más chungas. Pero no le importa. «Es divertido escribir una reseña si odias la película —me ha explicado—. Es fácil hablar de aquellas cosas que odiamos; pero, en cambio, muchas veces es difícil explicar con exactitud por qué nos gusta algo.»

—Sé que te gusta —me dice St. Clair mientras se echa hacia atrás en la silla—. Pero es demasiado mayor para ti.

Otra vez con lo mismo.

—Max no es mayor —le respondo—. Sólo tiene unos años más que tú.

—Pues eso mismo. Demasiado mayor.

—La edad no es importante.

Resopla.

—Ya, claro, quizá cuando hayas cumplido los cincuenta y...

—Te guste el golf —interviene Anna sin apartar la vista de su libreta.

—O tengas que pagar la hipoteca —añade St. Clair.

—O comprarte una furgoneta.

—Con dos airbags.

—¡Y posavasos!

Paso de su cachondeo.

—No lo conocéis.

—Porque nunca ha entrado. Siempre te deja en la acera —afirma St. Clair.

Levanto las manos (tatuadas con un boli Bic a falta de *henna*) con desesperación.

—¿Es que no sabéis lo difícil que es aparcar en esta ciudad?

—Lo único que digo es que, si estuviéramos hablando de Anna, a mí me gustaría conocer a sus compañeros de trabajo. Y saber dónde pasa las horas.

Lo fulmino con la mirada.

—Ya, eso está clarísimo, vamos.

—Clarísimo —dice con una sonrisa.

Le dedico otra mirada asesina.

—A ver si te buscas un trabajo.

—Puede que sí lo haga.

Anna despega la vista de su libreta al fin.

—Tendré que verlo para creerlo. —Pero se lo ha dicho con una sonrisa. Acaricia el colgante de cristal en forma de plátano que lleva en el collar—. Por cierto, ha llamado tu madre. Quiere saber si mañana iremos a cenar...

Y de nuevo están los dos en su mundo, al margen de todo. Como si no se vieran lo suficiente. Él se queda a dormir en la residencia de ella entre semana, y ella en la de él los fines de semana. Aunque debo admitir que esa dinámica me atrae bastante. Espero que algún día Max y yo tengamos algo así. Bueno, en realidad espero que algún día tengamos un apartamento y...

—¡Oye! —St. Clair vuelve a dirigirse a mí—. He conocido a una de tus amistades.

—¿A Lindsey? —Me incorporo en la silla.

—No, a tu antiguo vecino. Cricket.

El techo ornamental se inclina y empieza a curvarse.

—¿Y cómo sabes que Cricket Bell era mi vecino? —Mi pregunta suena sofocada.

St. Clair se encoge de hombros.

—Pues porque me lo ha dicho.

Me quedo mirándolo.

—Está en la misma planta que yo, en la residencia. Un día estábamos hablando en el vestíbulo y le dije que me iba a ver a Anna, y que trabajaba en...

Su novia sonríe de oreja a oreja, y me sorprende al sentir una extraña punzada de celos. ¿Le hablará Max de mí a los demás?

—... y él me dijo que también conocía a alguien que trabajaba aquí. A ti.

Sólo había pasado una semana y ya no podía escapar de él. También tenía tela que Cricket viviera justo al lado de la única persona que conozco que estudia en Berkeley. ¿Y cómo narices sabe dónde trabajo? ¿Se lo he dicho? No, estoy segura de que no. Debió de preguntárselo a Andy cuando me marché.

—Me preguntó por ti —continúa St. Clair—. Es majo, el chaval.

—Ya —acierto a responder.

—Ese «ya» tiene una historia detrás, me parece a mí —añade Anna.

—No hay ninguna historia —le digo—. Nada de nada.

Anna se queda callada un instante antes de volverse hacia St. Clair.

—Oye, ¿te importa ir a buscar unos cafés?

Él arquea una ceja. Y un segundo después dice:

—Ah, claro. —Se acerca para robarle un beso de despedida, y luego otro. Anna se queda mirando su trasero mientras se aleja antes de volverse hacia mí con una sonrisa pícaro.

Resoplo.

—Se lo vas a contar luego, cuando estéis solos.

—Pues sí. —Sonríe con más ganas.

—Entonces seguro que no te lo cuento.

—Bonita —dice Anna mientras se acomoda en la silla que queda a mi lado—, te estás muriendo de ganas de contármelo.

Y tiene razón. Me muero de ganas. Y se lo cuento.

Capítulo 6

Cuando yo tenía cinco años, Cricket Bell construyó un ascensor. Era un invento maravilloso, fabricado con cuerda blanca, ruedas de camiones de juguetes y una caja de zapatos. Gracias a ese artilugio, mis Barbies podían ir del primer piso de su casa de muñecas al segundo sin tener que caminar con esos pies anormalmente inclinados.

La casa estaba en mi librería, y siempre había deseado ponerle un ascensor. La casa oficial de Barbie tenía uno, hecho de plástico; pero, por mucho que se lo suplicara a mis padres, ellos no daban su brazo a torcer. Nada de la casa oficial. Era demasiado cara.

Así que Cricket decidió hacerme uno. Y mientras Calliope y yo decorábamos la casa con pantallas de lámpara hechas con los tapones de la pasta de dientes y alfombras con muestras de tejidos, Cricket inventó un ascensor. Poleas, manivelas y engranajes eran para él algo tan natural como respirar.

El ascensor había conseguido realizar con éxito su primer ascenso. A la Barbie veterinaria le encantaba el segundo piso. Calliope bajaba el ascensor para ir a recoger a Skipper cuando me puse de pie, arrugué los labios y los coloqué sobre los de su sorprendidísimo hermano.

Y Cricket Bell me devolvió el beso.

Sabía a las galletas calentitas que nos había traído Andy. En los labios tenía el polvillo azul del azúcar. Y cuando nos separamos, se tambaleó.

Pero nuestro romance fue tan fugaz como nuestro beso. Calliope dijo que éramos «repugnantes» y se fue a su casa, llevándose a Cricket a rastras. Y yo decidí que tenía razón. Porque Calliope era del tipo de chica a la que quieres impresionar, lo que implicaba que siempre tenía razón. Así que decidí que los chicos eran horripilantes y que nunca saldría con ninguno.

Y mucho menos con su hermano.

Poco después del asunto del ascensor, Calliope decidió que yo también era repugnante, y mi amistad con los gemelos se acabó. Supuse que Cricket no se habría opuesto a la decisión al estar bajo el influjo de una persona con una personalidad mucho más fuerte.

No volvimos a hablarnos en años. El contacto se limitaba a oír el ruido de las puertas de su coche al cerrarse y a verlos muy brevemente por la ventana. Calliope siempre había sido un as de la gimnasia; pero, el día que se decidió por el patinaje artístico, pasó a otro nivel. Sus padres presumían ante los míos, hablándoles de su potencial, y su vida se convirtió en una eterna sesión de entrenamiento. Y Cricket, que era demasiado pequeño para quedarse en

casa solo, sin padres, tuvo que seguirla a todas partes.

En las raras ocasiones en que estaba en casa, se quedaba en su habitación, inventando mecanismos que volaban, repicaban y emitían zumbidos. A veces probaba alguno en el pequeño espacio que separaba nuestras casas. Oía una explosión que me obligaba a asomarme a la ventana a toda prisa. Y entonces, sólo entonces, intercambiábamos sonrisas secretas.

Cuando yo tenía doce años, los Bell se marcharon dos años. Por el entrenamiento de Calliope. Y, cuando volvieron, los gemelos habían cambiado. Eran mayores.

Calliope se había convertido en la belleza que todos en el vecindario esperaban que fuera. Irradiaba seguridad en sí misma por todos los poros de su piel y en cada uno de sus gestos. A mí me imponía y me intimidaba tanto que no era capaz de dirigirle la palabra, pero de vez en cuando hablaba con Cricket. No era guapo como su hermana. Los dos gemelos eran esbeltos; pero, si bien esta cualidad le daba a Calliope una silueta de bailarina de ballet, a Cricket lo hacía parecer desgarbado. Además, tenía acné y un comportamiento peculiar, típico de alguien que no está acostumbrado a socializar demasiado. Hablaba por los codos y muy rápido. Pero a mí me encantaba su compañía, y a él parecía gustarle la mía. Estábamos a punto de hacernos amigos cuando los Bell volvieron a mudarse.

Regresaron apenas unos meses después, el primer día de verano antes de mi primer año en el instituto. Ese agosto yo cumplía quince años y los gemelos, dieciséis en septiembre. Calliope estaba exactamente igual que el día antes de marcharse.

Pero, una vez más, Cricket había cambiado.

Lindsey y yo estábamos en mi porche, tomándonos unos helados de Ben & Jerry's, cuando, de repente, un coche se paró en la casa de al lado y de él salió Cricket Bell como nunca lo había visto antes. Primero vi una hermosa pierna envuelta en un pantalón de raya diplomática y después, la otra.

Algo se removió en mi interior.

Esa sensación era tan sorprendente y desagradable como emocionante y revolucionaria. Todo a la vez. Entonces yo ya sabía que recordaría esa imagen (esas piernas, esos pantalones) el resto de mi vida. Así de trascendental fue el momento. Lindsey le dedicó un alegre «hola». Cricket levantó la vista, desconcertado, y nuestros ojos se encontraron.

No hizo falta nada más.

No apartamos la vista en un buen rato, más tiempo del que se supone que dos personas deben mirarse, antes de que Cricket respondiera con la mano al saludo de Lindsey. Su familia emergió entonces del coche. Todos hablaban a la vez, y su atención volvió a centrarse en ellos. No sin antes echarme una mirada. Y otra, todavía más fugaz, antes de desaparecer en la casa de color

lavanda.

Le cogí la mano a Lindsey y se la apreté muy fuerte. Teníamos los dedos pegajosos por el helado. Lo supo. No fue necesario añadir ninguna palabra: le apreté la mano de tal manera que eso lo explicó todo.

Me sonrió.

—Vaya, vaya.

Esa misma noche hablamos. Lo raro es que no recuerdo lo que yo llevaba puesto, pero sé que lo elegí con mucho cuidado, en previsión de que pudiéramos vernos. Cuando por fin aparté las cortinas, no me sorprendió verlo de pie, delante de su ventana, mirando hacia la mía. Pues claro que estaba allí. Todavía llevaba los mismos pantalones (¿cuándo había aprendido a vestirse así?), combinados con una camiseta de algún evento de patinaje. Estaba manchada de grasa, por lo que supuse que sólo la llevaba cuando trabajaba. Pero mi aparición lo sorprendió. Hasta su pelo parecía más sorprendido de lo habitual.

—Yo... iba a tomar un poco el aire —le dije.

—Yo también. —Cricket asintió y, acto seguido, inhaló exageradamente.

No sé si era una broma, pero me hizo reír. Él me respondió con una sonrisa nerviosa, que muy pronto se convirtió en una sonrisa de oreja a oreja. Nunca ha podido controlarla. Al tenerlo cerca, vi que ya no tenía acné y que su rostro se había vuelto mayor. Nos quedamos allí, de pie, sonriendo como tontos. ¿Qué se le dice a alguien que no es el mismo de siempre pero a la vez sigue siendo el mismo? ¿Había cambiado yo también, o sólo él?

Cricket se marchó primero. La excusa fue que tenía que ayudar a su madre a sacar los platos de las cajas. Me prometí a mí misma que al día siguiente iniciaría una conversación normal, pero... su presencia no me dejaba pensar con claridad. Me cohibía. Y a él tampoco se le daba mucho mejor.

Así que empezamos a saludarnos con la mano.

Hasta entonces nunca nos habíamos saludado así, por la ventana, pero al menos era una forma de reconocer la presencia del otro. Y nos vimos obligados a aceptar la presencia del otro día y noche sin tener nada que decirnos y, a la vez, queriendo decirnos tantas cosas.

Pasaron semanas hasta que la situación, que era una tortura, cambió. Betsy y yo salíamos de casa justo cuando él regresaba a la suya, con sus pantalones de raya diplomática y ese pelo que parecía querer tocar las estrellas.

Nos paramos, vergonzosos.

—Me alegro de verte —dijo—. Fuera de casa y no dentro, quiero decir. Ya me entiendes.

Sonreí para que supiera que lo entendía.

—Voy a sacar a Betsy. Supongo que no querrías venir...

—Sí.

—... con nosotras.

Cricket apartó la vista.

—Sí, así podríamos ponernos al día. Tenemos que ponernos al día.

Miré hacia otra parte en un intento de no ruborizarme.

—¿Tienes que dejar eso en casa?

Llevaba una bolsa de plástico de la ferretería.

—¡Ah! Sí, sí, espera un segundo. —Cricket salió disparado escaleras arriba, antes de detenerse a medio camino—. No te muevas de ahí —añadió. Se metió dentro de un salto y salió, sólo unos segundos después, con dos chupa-chups —. Sé que soy un poco cutre —me dijo—. Perdona.

—¡No! ¡Me encantan! —Y otra vez se me subieron los colores.

La lengua se nos puso de color verde manzana, pero hablamos tanto que, cuando regresamos a casa, ya volvía a estar rosa. Lo que sentía en mi interior crecía. Empezamos a coincidir todos los días, a la misma hora. Él fingía que tenía que hacer algún recado, yo me hacía la sorprendida, y después se unía a Betsy y a mí en nuestro paseo.

Pero un día no apareció. Me quedé quieta ante su casa, decepcionada. Lo busqué en la calle. Betsy tiró de la correa, la puerta de los Bell se abrió de par en par y Cricket bajó a tal velocidad que casi choca contra mí.

Le sonreí.

—Llegas tarde.

—Me has esperado. —Se retorció las manos.

Dejamos de fingir.

Cricket definía mis horas del día. La hora en la que recorría las cortinas (la misma a la que él recorría las suyas), para poder compartir un saludo matutino. La hora de la comida, para poder verlo mientras él se tomaba la suya. La hora a la que salía de casa para dar nuestro paseo diario. La hora a la que llamaba a Lindsey y desmenuzábamos cada detalle del paseo. La hora de después de la cena, cuando Cricket y yo charlábamos antes de volver a echar las cortinas.

Por la noche, en la cama, me imaginaba durmiendo en la suya. ¿Pensaba él en mí? ¿Se imaginaba entrando en mi dormitorio, igual que yo me imaginaba colándome en el suyo? Y si estuviéramos a oscuras y no a plena luz del día... ¿se atrevería a besarme? Quería que me besara. Se supone que los chicos tienen que dar el primer paso...

¿Por qué no daba el primer paso? ¿Cuánto tendría que esperar?

Estos pensamientos febriles no me dejaron dormir aquel verano. Me despertaba cubierta de sudor, sin saber a qué hora me había quedado dormida ni qué había soñado. Lo único que resonaba en mi cabeza era el eco de dos palabras: «Te necesito».

Te necesito.

Qué palabras tan poderosas y aterradoras. Representaban mis sentimientos hacia él, pero cada noche mis sueños las ponían en sus labios.

Necesitaba que me tocara. Me encantaba cómo movía las manos constantemente. Cómo las frotaba cuando estaba contento, cómo se le escapaba de vez en cuando alguna palmada. Que tuviera mensajes secretos escritos en la palma de la mano izquierda. Y sus dedos. Largos, entusiastas, salvajes... pero, al haberlo visto construir aquellos mecanismos, sabía que también eran delicados, cuidadosos, precisos. Fantaseaba con esos dedos.

Y me consumía el hecho de que, siempre que hablaba, le brillaban los ojos. Como si ese día fuera el mejor de su vida. Y cómo su cuerpo se inclinaba hacia el mío cuando yo hablaba. Un gesto que demostraba que estaba interesado en mí. Que me escuchaba. Nadie me había mostrado eso con su lenguaje corporal.

Los días pasaron despacio aquel verano. Cada día era más agónico y maravilloso que el anterior. Cricket empezó a frecuentar la compañía de Lindsey y de mis padres, incluso la de Norah, cuando aparecía por aquí. Empezaba a meterse en mi mundo. Pero, cada vez que yo intentaba entrar en el suyo, me encontraba con la hostilidad de Calliope. Era fría conmigo. A veces fingía que yo no estaba presente; incluso se marchaba mientras yo hablaba. Era la primera vez que Cricket había elegido a alguien que no era ella, y estaba resentida conmigo. Le estaba robando a su mejor amigo. Era una amenaza.

Pero, en vez de enfrentarnos a ella, nos retirábamos a la seguridad de mi casa.

Aunque... él seguía sin hacer nada. Lindsey suponía que estaba esperando a que llegara el momento oportuno; algo que tuviera un significado especial. Quizá mi cumpleaños, que es exactamente un mes antes del suyo, también el día 20, por lo que siempre lo recordaba. Aquella mañana, me sentí esperanzada al ver algo pegado con celo en su ventana. Una nota: «¡ES TU DÍA, LOLA! ¡VOLVEMOS A TENER LOS MISMOS AÑOS!».

Me incliné sobre mi ventana.

—¡Durante un mes!

Él apareció en la suya, sonriendo de oreja a oreja y frotándose las manos.

—Es un buen mes.

—Seguro que te olvidarás de mí cuando cumplas dieciséis —lo provoqué.

—Eso es imposible. —La voz se le quebró al decir la última palabra, y sentí que el corazón quería salirseme del pecho.

Andy se hizo cargo del paseo vespertino de Betsy para que pudiéramos tener toda la tarde para nosotros. Cricket me saludó a la hora de siempre, levantando dos cajas de pizza por encima de la cabeza. Estaba a punto de decirle que todavía no tenía hambre cuando...

—¿Están llenas o vacías? —pregunté taimadamente.

Abrió una caja y sonrió.

—Vacías.

—¡Hace años que no he estado allí!

—Yo tampoco. Creo que la última vez que fui fue contigo y con Calliope.

Empezamos a correr cuesta abajo, hacia el parque que queda al otro lado de nuestra calle (uno que apenas cuenta porque es pequeño y está encajado entre dos casas), pasamos por delante de la señal escrita con espray que reza «PROHIBIDO EL PASO A LOS ADULTOS, A MENOS QUE VAYAN ACOMPAÑADOS DE NIÑOS» y seguimos hasta subirnos a los toboganes de Seward Street.

—Madre mía. —Sentí una breve oleada de terror—. ¿Siempre han tenido esta pendiente?

Cricket desmontó las cajas y colocó la parte grasienta boca abajo en cada uno de los estrechos toboganes de cemento.

—Me pido el izquierdo.

Me senté en la caja.

—Pues lo siento por ti, pero el derecho va más rápido.

—¡Qué va! El izquierdo siempre gana.

—Lo dice el chico que no se ha subido desde que tenía seis años. No saques

los brazos.

Sonrió de oreja a oreja.

—Te aseguro que no me he olvidado de las rascadas ni de las quemaduras.

A la de tres, nos lanzamos por el tobogán. Son cortos y rápidos, con lo que llegamos abajo como un relámpago, conteniendo los gritos para no molestar a la bruja de Seward, la malvada anciana que le soltaba barbaridades a la gente que se lo pasaba demasiado bien y armaba jaleo... Ésa era otra razón por la que los toboganes eran tan divertidos. Los pies de Cricket fueron los primeros en salir disparados, seguidos rápidamente por su trasero. Acabó pegándose tal topetazo contra el suelo que nos dio un ataque de risa.

—Creo que mi culo está al rojo vivo —dijo él.

Me contuve para no responderle con un comentario obvio... que sus pantalones habían dejado eso bastante claro durante todo el mes de junio.

Estuvimos allí media hora, compartiendo los toboganes con dos tíos de unos veinte años que estaban colocados y un grupo de madres y preescolares. Estábamos esperando detrás de las madres, dispuestos a tirarnos por el tobogán una vez más, cuando oí unas risitas. Eran tres chicas del instituto. Se me cayó el alma a los pies.

—Bonito vestido —dijo Marta Velázquez—. ¿Es de tu mami?

Yo llevaba un vestido de lunares retro estilo años cincuenta. Como era dos tallas más grande, me lo había ajustado con imperdibles. Debajo me había puesto una camisa de rayas de manga larga y unos tejanos con el dobladillo hacia arriba en plan rockabilly. Quería estar guapa el día de mi cumpleaños.

Y ya no me sentía guapa.

Cricket se dio la vuelta, confundido. Y entonces... hizo algo que cambiaría las cosas para siempre. Se puso delante de ellas para que no las viera.

—No les hagas caso. A mí me gusta tu modo de vestir.

Me senté en la caja de pizza.

—Ahora nos toca a nosotros.

Pero, en realidad, lo que quería decir era: te necesito.

De regreso a casa, consiguió que bromeara y me riera de la gente que había estado haciéndome la vida imposible durante años. Me di cuenta al fin de lo absurdo que era que me preocupara tanto lo que pensarán de mí mis compañeros de clase. Ni que yo quisiera parecerme a ellos...

—¡Cricket! —exclamó Andy cuando vio que nos acercábamos—. Vas a venir a

la cena de cumpleaños, ¿verdad?

Miré a Cricket, esperanzada. Él se llevó las manos a los bolsillos.

—Claro.

Todo fue sencillo y perfecto. Mis únicos invitados fueron Nathan, Andy, Lindsey y Cricket. Comimos pizza Margarita, y a continuación una extravagante tarta que tenía forma de corona. Yo me comí el primer trozo y Cricket, el más grande. Cuando acabamos, acompañé a mis amigos al porche. Lindsey me dio un toquecito en la espalda y desapareció.

Cricket se movía nervioso.

—No se me dan demasiado bien los regalos.

El corazón me dio un vuelco, pero, en vez de besarme, se sacó un manojito de piezas de reloj y envoltorios de caramelo del bolsillo. Cricket rebuscó entre aquel montón hasta que encontró el tapón de una botella de refresco, de color rosa metálico. Me lo mostró.

—El primero.

Quizás a la mayoría de las chicas les habría decepcionado el regalo, pero yo no soy como la mayoría de las chicas. Habíamos visto un cinturón hecho de tapones en el escaparate de una tienda, y yo le había dicho que quería confeccionarme uno.

—¡Te has acordado!

Cricket sonrió, aliviado.

—Pensé que éste estaba bien. Es colorido. —Y, mientras me lo ponía en la mano, releí por centésima vez el mensaje que se había garabateado en la palma de la mano: FUSIONAR AHORA.

Era el momento.

Cogí el tapón y me acerqué a él. Su respiración se aceleró. Como la mía.

—¡Me prometiste que vendrías!

Nos separamos bruscamente. Calliope estaba en el porche de su casa, a punto de echarse a llorar.

—¡Te necesitaba, y no viniste!

En sus ojos se reflejó el pánico un instante.

—Ay, Dios, Cal. Lo siento, no puedo creer que se me olvidara.

Calliope llevaba una delicada rebeca, pero su pose de enfado, con los brazos cruzados, no tenía nada de delicada.

—Últimamente se te olvidan muchas cosas.

—Lo siento. Se me ha pasado. Lo siento muchísimo. —Intentó meterse en los bolsillos las piezas de reloj y los envoltorios, pero acabaron cayéndose en mi porche.

—Muy bien, Cricket. —Me miró, fulminándome con los ojos—. No sé por qué pierdes el tiempo de esta manera.

Pero seguía hablando con él.

—Gracias por la cena —musitó Cricket mientras se colocaba las piezas y los envoltorios en los bolsillos—. Feliz cumpleaños.

Se marchó sin mirarme. Calliope seguía fulminándome con la mirada desde su porche. Sentía que acababan de darme una bofetada en plena cara. Estaba avergonzada. Y no tenía nada de qué avergonzarme, pero tal era el efecto que ella tenía en mí. Si Calliope quería que te sintieras de determinada manera, lo conseguía.

Más tarde, Cricket me dijo que tenía que haber ido a una reunión, pero no me lo explicó en profundidad. Después del incidente, las cosas se ralentizaron. Parecía que hubiéramos dado un paso atrás. Empezó el instituto y él quedaba con Lindsey y conmigo, mientras Calliope hacía nuevos amigos. Entre los gemelos había cierta tensión. Cricket no hablaba del tema, pero yo sabía que estaba disgustado.

Un viernes después de clase, me enseñó un vídeo de una maravilla mecánica suiza que había visto durante la visita a un museo de Chicago. No había estado en su casa desde principios de verano, cuando Calliope empezó a ignorarme. Deseé que fuera una excusa para llevarme a su habitación, pero su portátil estaba en el comedor. Se sentó en el sofá de dos plazas, dejándome sitio a su lado. ¿Era una invitación o un gesto de amabilidad para que yo me sentara en el otro sofá, más grande?

¿Por qué narices era todo tan complicado?

Me arriesgué y me senté a su lado. Cricket puso el vídeo y yo me acerqué más con la excusa de verlo mejor. No podía concentrarme; pero, al ver cómo salía disparada una bola plateada a través de túneles, poniendo en marcha silbato, empecé a reírme. Me acerqué más hasta situarme entre los dos cojines del sofá. Percibí muy brevemente su sudor, pero no era un olor desagradable. Todo lo contrario. Y entonces le rocé la mano con la mía y sentí que el corazón me iba a estallar.

Estaba muy quieto.

Carraspeé.

—¿Vas a hacer algo especial mañana, por tu cumpleaños?

—No. —Movi6 la mano y se la llev6 al regazo, nervioso—. Nada. No voy a hacer nada.

—Vale... —Me qued6 mirando su mano.

—Bueno, Calliope tiene no s6 que de patinaje... As6 que me espera otra tarde de comer mal, soportar a proveedores y o6r grititos de chicas.

¿Era una excusa para evitarme? ¿Hab6a estado equivocada todo ese tiempo? Llegu6 a casa, triste, y llam6 a Lindsey.

—Ni de broma —me respondi6—. Le gustas.

—No lo has visto hoy. Est6 rar6simo y muy reservado.

Pero, a pesar de todo, a la ma6ana siguiente qued6 con Lindsey para encontrar un regalo para 6l. No estaba dispuesta a rendirme. No pod6a. Sab6a que necesitaba una llave inglesa poco com6n para uno de sus proyectos, y tambi6n sab6a que estaba cost6ndole mucho encontrarla. Nos pasamos el d6a busc6ndola en las tiendas especializadas de la ciudad y, ya de regreso a casa por la noche, orgullosa de mi hallazgo, sent6 que la esperanza regresaba. Y entonces vi lo que vi.

Una fiesta.

La casa de los Bell estaba llena de gente y hab6a mucho ambiente. Hab6a hileras de farolillos colgando de sus ventanas. Esa fiesta no era una fiesta planeada a 6ltima hora. Era una fiesta organizada con tiempo. A la que yo no hab6a sido invitada.

Me qued6 de piedra, hecha polvo, mientras apretaba la llave inglesa en la mano y contemplaba la escena. Delante de m6 pas6 un grupo de chicas que acto seguido subi6 las escaleras. ¿C6mo hab6an hecho amigos los gemelos tan r6pido? Las chicas llamaron a la puerta y Calliope sali6 a recibirlas, ri6ndose alegremente. Entraron en la casa. Y entonces ella vio que la miraba desde la entrada.

Se qued6 quieta antes de ponerme mala cara.

—¿Qu6 pasa? ¿Esta fiesta no es lo suficientemente guay para t6?

—¿Qu6?

—Ya sabes, despu6s de pasar tanto tiempo con mi hermano, me parece que lo normal es que entres y lo felicites, ¿no?

—No me ha invitado. —Todo me daba vueltas.

Calliope cambió su expresión y puso cara de sorpresa.

—Pero... Cricket me ha dicho que no podías venir.

Explosión. Dolor.

—Yo... No me lo preguntó.

—Ya. —Me miró, nerviosa—. Bueno. Adiós.

La puerta de la casa lavanda se cerró de un portazo. Me quedé mirándola mientras el cuerpo me ardía por el dolor y la humillación. ¿Por qué no había querido que fuera a su fiesta? Me tambaleé hasta casa, eché las cortinas y me puse a llorar desconsoladamente. ¿Qué había pasado? ¿Qué había hecho mal? ¿Por qué ya no le gustaba?

A medianoche, encendió la luz de su habitación. Me llamó.

Intenté centrarme en el intenso dolor que sentía en el pecho. Me llamó otra vez. Y otra. No quería hacerle caso, pero ¿cómo podía ignorarlo? Descorrí las cortinas.

Cricket se miraba los pies.

—Bueno, y... ¿qué has hecho esta noche?

—Nada. —Mi voz sonaba cortante mientras repetía las palabras que él me había dicho el día anterior—. No he hecho nada. —Parecía disgustado. Eso todavía hacía que lo odiara más, por intentar hacer que me sintiera culpable—. Buenas noches. —Empecé a cerrar la ventana.

—¡Espera! —Se pasó una mano por el pelo, echándoselo aún más hacia arriba—. Acabo de saber que... me mudo.

Sentí que alguien me había dado un golpe en el cráneo. Pestañeé, y me sorprendió descubrir que me había puesto a llorar de nuevo.

—¿Te vas? ¿Otra vez?

—El lunes.

—¿En dos días? —¿Por qué no podía parar de llorar? ¡Era una idiota total!

—Sí. —Parecía resignado—. Calliope volverá con su antiguo entrenador. Aquí las cosas no van bien.

—¿Hay algo que vaya bien? —le espeté—. ¿No quieres decirme nada antes de marcharte?

Cricket separó los labios, pero no dijo nada. La cara de ecuación difícil. Pasó un minuto, tal vez dos.

—Por lo menos tenemos eso en común —dije al fin—. Tampoco yo quiero decirte nada.

Y cerré la ventana de golpe.

Capítulo 7

—¡Te lo digo en serio, era algo descarado! —exclamo—. Te juro que Charlie estaba pegándole un buen repaso a tu trasero en clase de Química.

Lindsey le quita hierro al asunto.

—Aunque fuera así, cosa que dudo, ya sabes cuáles son mis normas. Nada de chicos...

—Hasta que te gradúes. Es que pensaba que tratándose de Charlie... y como no te quitaba la vista de encima en clase...

—No. —Y le da un buen mordisco a su bocadillo de mantequilla de almendra y mermelada para finalizar la conversación. Levanto las manos en señal de paz. Sé que es mejor no discutir con ella, aunque lleve coladita por Charlie Harrison-Ming desde que ganó el doble de puntos que ella en el concurso de preguntas y respuestas del año pasado.

La primera semana en el instituto, el Harvey Milk Memorial High, transcurre exactamente como estaba previsto. Las mismas clases aburridas, las malas pécoras y los pervertidos de siempre. Por lo menos, Lindsey y yo comemos juntas. Eso ayuda.

—Oye, Cleopatra, ¿quieres navegar por mi río Nilo?

Hablando de idiotas... Gregory Figson choca los nudillos con un amigo musculitos. Hoy llevo una peluca larga de color negro con flequillo recto, un vestido blanco que me hice con una sábana, aparatosas joyas doradas y, por supuesto, los ojos pintados con khol negro al estilo del Antiguo Egipto.

—No —le respondo inexpresiva.

Gregory se agarra el pecho con las manos.

—Bonitas pirámides —me suelta antes de marcharse pavoneándose, entre risas.

—Y yo que pensaba que era imposible ser más desagradable. —Dejo mi hamburguesa vegetal. Se me ha quitado el hambre de golpe.

—Un motivo más para esperar —dice Lindsey—. Los tíos del instituto son todos unos lerdos.

—Por eso no salgo con niñatos de instituto. Sólo salgo con hombres.

Lindsey pone los ojos en blanco. El motivo principal por el que quiere esperar

para salir con alguien es que cree que un novio se interpondría en su agenda. «Agenda» es la palabra que utiliza ella, no yo. Cree que los chicos supondrían una distracción que le impediría conseguir sus metas educativas, así que no quiere salir con nadie hasta que esté bien ubicada en su vida posterior al instituto. Respeto su decisión, aunque preferiría ponerme pantalones de chándal antes que renunciar a mi novio.

O renunciar a ir al baile de invierno. Es el acontecimiento más importante del año en el instituto, y es sólo para estudiantes de cursos superiores. Todavía quedan unos cuantos meses para que tenga lugar, pero no puedo dejar de pensar en el vestido de María Antonieta, para el que ya he empezado a recolectar telas. Brillante seda Dupioni y crujiente tafetán. Un lazo de suave raso. Delicadas plumas de avestruz y joyas de cristal decorado. Nunca he trabajado en un proyecto de estas dimensiones y con tanta complejidad. Tardaré todo el otoño en confeccionarlo.

Decido que lo empezaré cuando llegue a casa. Es viernes y, por una vez, no tengo que trabajar. Además, Amphetamine toca esta noche en un local que no permite la entrada a los menores de veintiún años. Y que no deja que Max me cuele.

Por lo que he leído en Internet, tengo que empezar por la parte interior. El vestido tiene que confeccionarse comenzando por dentro, de manera que cuando tenga las medidas del vestido, pueda aplicarlas sobre el jubón (palabra utilizada hasta el siglo XVIII para referirse al corsé) y el descomunal miriñaque (las faldas ovales de aros interiores que llevaban María Antonieta y sus damas).

Busco durante horas instrucciones para confeccionar miriñaques con rigor histórico y no encuentro nada. A menos que decida hacerlo con aros de gimnasia rítmica (cosa que no quiero), tendré que ir a la biblioteca a por más información. La búsqueda de jubones es más provechosa. Me supera un poco la cantidad de esquemas e instrucciones, pero decido imprimir algunas páginas para comenzar a tomar medidas y crear un patrón.

Llevo tres años cosiendo, y no se me da nada mal. Empecé con cosas pequeñas, como todo el mundo: coser dobladillos, hacer faldas acampanadas, almohadas... Aunque pronto me atreví con proyectos más grandes, cada uno más complejo que el anterior. No me interesa lo fácil.

Lo que me interesa de verdad es crear algo bello.

Cuando me pongo a confeccionar algo, siento que pierdo la noción del tiempo: dibujo los patrones en papel de seda, los uno, los transformo y los recoloco. La gente que no cose no sabe la cantidad de problemas que hay que solucionar cuando se confecciona una prenda, y los novatos suelen rendirse, presas de la frustración. Pero a mí me encanta el rompecabezas. Si concibiera este vestido en su totalidad, como un enorme proyecto, sería demasiado para mí. Nadie podría crear un vestido así. Pero, al fragmentarlo en pequeños procesos independientes, se convierte en algo que sí me veo capaz de conseguir.

Cuando mi habitación se queda al fin sumida en la oscuridad, me veo obligada a levantarme del suelo y encender mi guirnalda de lucecitas. Estiro los doloridos músculos y me quedo mirando la ventana.

¿Vendrá este fin de semana?

Ese pensamiento me llena de intranquilidad. No entiendo por qué ha estado preguntándoles a Andy y a St. Clair sobre mí. Sólo hay tres posibles explicaciones, cada una más improbable que la siguiente. Quizá no haya hecho demasiados amigos en la universidad y, por algún extraño motivo, haya decidido de repente que no soy mala colega del todo. Es curioso que haya vuelto a casa los dos últimos fines de semana... Parece bastante obvio que no hay nadie lo suficientemente interesante en Berkeley. O puede que se sienta mal por cómo acabó todo entre nosotros y quiera compensarme. Lavar su mala conciencia.

O... puede que... yo le guste.

Antes de que él viniera, yo estaba la mar de feliz. No me preocupaba por nada. Habría sido mejor que no me hubiera hecho caso. Calliope y yo todavía no hemos hablado; podría haber sucedido lo mismo entre Cricket y yo. Voy hacia la ventana y me sorprende encontrarme con unas cortinas a rayas.

Y entonces se enciende la luz del cuarto.

Echo las cortinas de golpe. El corazón me va a mil mientras apoyo la espalda contra la pared. A través de las cortinas alcanzo a ver una silueta que es indiscutiblemente la de Cricket Bell, quien en ese momento lanza dos bolsas al suelo: una es una bandolera, de esas que se llevan al hombro, y la otra, por la forma, sé que es la bolsa de la ropa sucia. Se acerca a la ventana y siento pánico. ¿Y si me llama?

Una repentina claridad inunda la habitación cuando descorre las cortinas. Su cuerpo deja de ser una sombra y se convierte en el de un ser de carne y hueso. Me echo todavía más hacia atrás. Cricket se queda quieto y se sorprende al ver que otra figura entra en su habitación. Apenas oigo el murmullo de una voz femenina. Calliope.

No puedo esconderme eternamente. Mis cortinas son bastante gruesas, y confío en que me ocultarán. Respiro hondo y doy un paso, pero me tropiezo con mis patrones y me cargo uno sin querer. Suelto una palabrota. Se oyen risas en la casa de al lado y, por un instante, creo que me han visto y me invade el pánico. Pero todo es fruto de la paranoia. Sea lo que sea de lo que se ríen, no es de mí. Odio que los gemelos me condicionen de esta manera.

Ya sé lo que necesito. Lo llamo y me responde antes de que salte el buzón de voz.

—¡Hola! —exclama Max.

—¿Qué tal? ¿Cómo va la noche? ¿Cuándo os toca salir? —Hay mucho ruido en

el local y no oigo bien lo que me dice—. ¿Qué?

—(Ininteligible)... después de las once... (ininteligible).

—Ah, pues vale. —No tengo nada más que añadir—. Te echo de menos.

—(Ininteligible.)

—¿Qué? ¡Perdona, no te oigo!

—(Ininteligible)... es mal momento... (ininteligible).

Supongo que me está diciendo que tiene que irse.

—¡Vale! ¡Nos vemos mañana, adiós! —Se oye un clic al otro lado de la línea telefónica y ya no está. Tendría que haberle mandado un mensaje. Pero no voy a hacerlo ahora, porque no quiero molestarlo. No le gusta hablar antes de los conciertos.

La llamada no me reconforta; más bien todo lo contrario. Las risitas siguen al otro lado de la ventana, y contengo la tentación de lanzar mis tijeras para cortar tela contra la ventana de Cricket y hacer que se callen. De repente, suena mi móvil. Respondo ansiosa.

—¡Max!

—Tienes que decirle a Nathan que venga a buscarme.

No es Max.

—¿Dónde estás? —le pregunto mientras bajo las escaleras. Nathan se ha quedado medio frito con Heavens to Betsy delante de la tele viendo un programa en el que se tasan antigüedades—. ¿Y por qué no puedes decírselo tú misma?

—Porque se va a enfadar, y ahora mismo no estoy como para que alguien se enfade conmigo. —La voz suena gruñona y cansada.

Me paro en seco.

—Otra vez no.

—El casero ha cambiado la cerradura, así que he tenido que forzar la puerta para poder entrar en mi propia casa. En mi casa, ¿me entiendes? Y dicen que es un altercado.

—¿Un altercado? —pregunto.

Acto seguido, mi padre pone los ojos como platos. Le paso el móvil sin esperar a que me responda, enfadada.

—Norah se ha metido en otro lío y te necesita.

Nathan suelta un exabrupto al coger el teléfono.

—¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado?

Mientras Norah le responde, él coge las llaves del coche y se calza los zapatos.

—Me llevo tu teléfono, ¿vale? —me dice—. Dile a Andy adónde voy. —Dicho lo cual, desaparece por la puerta.

No es la primera vez que mi madre biológica nos llama desde una comisaría de policía. Norah tiene un largo historial por cometer idioteces tales como robar enchiladas orgánicas congeladas o no querer pagar multas de tráfico. Cuando yo era pequeña, solían detenerla por embriaguez o alteración del orden público. Y, de verdad, hay que estar muy borracho o muy alterado para que te arresten en esta ciudad.

Cuando se lo explico a Andy, me escucha sin decir nada. La relación que Nathan y yo tenemos con Norah es difícil, pero es todavía más complicada en el caso de Andy. No es su hermana ni su madre. Sé que una parte de él desea que nos libremos de ella. A mí me pasa lo mismo.

De pequeña, los gemelos Bell me preguntaron por qué no tenía mamá. Yo les dije que mi madre era la princesa de Pakistán (había oído ese título en las noticias y me parecía bonito) y que me había dado en adopción a mis padres porque yo era la hija secreta que tuvo con el jardinero, y su marido, el malvado príncipe, nos mataría si supiera de mi existencia.

—Entonces... ¿eres una princesa? —me preguntó Calliope.

—No; mi madre lo es.

—Entonces tú también —añadió Cricket, fascinado.

Calliope entrecerró los ojos.

—No es ninguna princesa. Ni Pakistán ni los príncipes malvados existen.

—¡Sí existen! ¡Y sí que soy una princesa! —Pero todavía recuerdo lo roja que me puse cuando volvieron esa misma tarde y me di cuenta de que me habían pillado.

Calliope se cruzó de brazos.

—Sabemos la verdad. Nuestros padres nos la han explicado.

—¿Es verdad que tu madre no tiene casa? —preguntó Cricket—. ¿Por eso no puedes vivir con ella?

Es uno de los momentos más vergonzosos de mi infancia. De modo que, cuando mis compañeros de clase empezaron a preguntarme dónde estaba mi madre, decidí no complicarme la vida.

—No tengo ni idea. No la conozco.

Así, mi historia se convirtió en la de una niña adoptada más. Lo de tener dos padres no resulta problemático en San Francisco; pero, hace unos años, Cricket y yo estábamos viendo la tele cuando, de repente, se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Por qué finges que no tienes madre?

—¿Qué? —Me estremecí.

Cricket jugueteaba con un clip y le daba formas extrañas.

—Quiero decir que ya está mejor, ¿no? —Sobria, quería decir. Y llevaba un año así. Pero seguía siendo Norah.

Lo miré.

Y veía que recordaba el pasado. Los Bell se habían pasado años escuchando los chillidos de mi madre biológica cada vez que aparecía sin avisar, totalmente borracha.

Cricket bajó la vista y aparcó el tema.

Me alegro de que a Max no le importe mi genética. Su padre es un borracho que vive en Oakland, en un barrio nada recomendable, y ni siquiera sabe dónde vive su madre. Lo de Norah, en realidad, fortalece nuestra relación. Nos entendemos.

Dejo a Andy y subo a mi cuarto. Veo a través de la ventana que Calliope se ha ido de la habitación de Cricket, quien se pasea de un lado a otro. Mi patrón hecho trizas se ríe de mí. Las espléndidas telas azul pálido que había colocado en mi mesa de coser han perdido su lustre. Las toco con delicadeza. Su suavidad sigue intacta. Todavía guardan la promesa de algo mejor.

Hoy voy a conseguir que el día de ayer no sea más que un mal recuerdo.

—Hoy, lo más importante es brillar.

Heavens to Betsy ladea la cabeza. Me escucha sin entenderme. Le pongo un pasador de brillantes (de imitación, claro) a mi peluca rosa pálido. Además, llevo un vestido largo de lentejuelas que he customizado hasta convertirlo en un minivestido, una chaqueta tejana cubierta de chapas de David Bowie y pestañas postizas brillantes. Le rasco a Betsy detrás de las orejas y trota feliz detrás de mí. En las escaleras nos encontramos a Andy. Lleva la cesta de la ropa limpia.

—¡Dios mío! —exclama—. ¡Me ciega tanto brillo!

—Muy gracioso.

—Pareces una bola de discoteca, hija mía.

Sonrío y paso por delante.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—¿Cuándo te trae Max de vuelta a casa?

—¡Más tarde!

Nathan me espera en el rellano.

—¿Cuándo, Dolores? Me gustaría que fueras un poco más específica.

—El remolino ese ya está haciendo de las suyas. —Dejo el bolso en el suelo mientras peino a mi padre. Nathan y yo tenemos el mismo pelo grueso y castaño. Y los dos tenemos un remolino delante que siempre se descontrola. Nadie pone en duda que Nathan y yo somos parientes. Además, tenemos los mismos ojos grandes e idéntica sonrisa aniñada. Cuando nos permitimos sonreír, claro. Andy es más esbelto que Nathan y lleva el prematuro pelo canoso muy corto. A pesar del pelo y de que tiene nueve años más que Nathan, todo el mundo cree que Andy es más joven porque siempre sonrío. Y lleva camisetas divertidas.

—¿Cuándo? —repite Nathan.

—Pues... ¿en unas cuatro horas?

—A las cinco y media, pues. No llegues más tarde.

Suspiro.

—Sí, papá.

—Y llámanos tres veces.

—Sí, papá. —No sé qué he hecho para merecer a los padres más estrictos de todo el planeta. En otra vida debí de ser perversa. La verdad, ni que yo me pareciera a Norah. Nathan no volvió a casa hasta mediodía. Por lo visto, le habían cambiado la cerradura a Norah porque llevaba tiempo sin pagar la renta, y ella la había liado al tirar la tumbona del vecino contra la ventana, haciéndola añicos, para poder entrar en el apartamento. Nathan irá a ver hoy a su casero para hablar de los pagos. Y del incidente de la ventana, claro.

—Entonces vale. —Asiente—. Pásatelo bien. Y no hagas nada que no haría yo.

Mientras salgo por la puerta, oigo a Andy.

—Cariño, te das cuenta de que esa amenaza no funciona cuando eres gay, ¿verdad?

No paro de reírme hasta que llego a la acera. Al andar, mis botas militares, tatuadas con remolinos de purpurina rosa a conjunto con mi peluca, dejan un rastro de polvo de hadas.

—Eres una estrella fugaz —dice una voz desde el porche vecino—. Resplandeciente.

Mi felicidad temporal se vuelve vacía y nula.

Cricket baja a toda velocidad las escaleras y se reúne conmigo en la acera.

—¿Vas a algún sitio especial? —me pregunta—. Estás muy guapa. Resplandeces. Pero ya te lo he dicho, ¿verdad?

—Sí, gracias. Me voy por ahí un rato. —No tengo que darle más explicaciones a Cricket, la verdad. Ni que se las hubiera ganado. Pero me avergüenzo por pensar así, de modo que añado de inmediato—: Puede que vaya más tarde a Amoeba Records a ver discos.

¿Por qué me siento culpable? No estoy haciendo nada malo... No le debo nada. Niego con la cabeza (es un gesto más para mí misma que para él) y me voy hacia la parada del autobús.

—Nos vemos —le digo. He quedado otra vez con Max en el barrio de Haight. No ha venido a buscarme porque antes tenía que ir a coger una sorpresa. ¡Una sorpresa! No tengo ni idea de lo que es. Podría ser un chicle y me daría igual. Tener un novio que me prepara sorpresas es más que suficiente.

Noto que Cricket me mira. Siento una ligera presión en el cogote. A decir verdad, me pregunto por qué no me sigue. Me doy la vuelta.

—¿Qué haces hoy?

Cricket recorre la distancia que nos separa en tres pasos.

—No tengo planes.

—Oh. —Me siento incómoda otra vez.

Se rasca la mejilla y las letras inscritas en la mano dicen: CARPE DIEM. Aprovecha el momento.

—Bueno, quiero decir que tengo deberes y tal, pero, vaya, que no tardaré mucho. Una hora, quizá dos.

—Ya, claro, deberes. —Estoy a punto de añadir algo más a la incómoda conversación cuando oigo el gruñido del autobús—. ¡Es mi bus! —Y me

marcho corriendo. Cricket me grita algo, pero no lo oigo por el ruido que hace el tubo de escape cuando el autobús se acerca a la calzada. Me siento al lado de una huesuda mujer que lleva un blusón de estampado de cachemir y lee *El libro tibetano de los muertos*.

Miro por la ventana. Sigue mirándome. Nuestros ojos se encuentran y, esta vez, su sonrisa es tímida. No sé por qué... pero me hace sonreír.

—¡Oh! —dice la señora que está a mi lado—. ¡Cómo brillas! Resplandeces.

Capítulo 8

Pues ojalá el regalo hubiera sido un chicle.

—Será genial para los conciertos —me dice Max, bastante más animado que de costumbre—. Ya sabes que era una lata cargar con el equipo en tres coches diferentes. ¡Ya sólo por el tema de aparcar en esta ciudad vale la pena! Es imposible.

—¡Es genial, sí!

Es una furgó. Max acaba de comprarse una furgoneta. Es enorme, blanca y... una furgoneta. Adiós al Chevy Impala del 64. Mi novio lo ha usado como canje para comprarse una furgó.

Se pasea a su alrededor. Parece que le fascina su... ¿qué? ¿El tamaño, quizá?

—Ya te había dicho que queríamos tocar por la costa. Craig conoce a gente en Portland, Johnny tiene contactos en Los Ángeles... Es lo que necesitamos. Y ahora podemos planteárnoslo.

—¡Vais a ir de gira! ¡Genial!

Se van de GIRA. Largos periodos sin Max. Sensuales y provocativas mujeres en otras ciudades, coqueteando con mi novio. Recordándole mi inexperiencia. Se van... de GIRA.

Max se ha quedado callado.

—Lola.

—¿Eh?

—Estás haciendo eso que hacéis las chicas. Decir que te alegras cuando no es verdad. —Se cruza de brazos. Las telas de araña tatuadas en sus codos me miran, acusadoras.

—De verdad que me alegro.

—Estás enfadada porque crees que cuando me vaya conoceré a alguien. Más mayor.

—No estoy enfadada. —Estoy preocupada. Y me da rabia que hayamos hablado de esto antes, porque ahora sabe perfectamente lo que pienso—. Estoy... sorprendida. Me gustaba tu coche, qué quieres que te diga. Pero la furgó no está mal.

—¿Te gustaba mi coche? —Arquea una ceja.

—No es que me gustara. Es que me encantaba.

—Bueno... —Max me empotra contra la furgoneta. Siento el frío metal contra la columna—. Las furgonetas no están nada mal para hacer otras cosas...

—¿Otras cosas?

—Ajá.

Vale. Puede que acabemos sacándole algún provecho al tema de la furgoneta. Mis manos se enredan en su pelo decolorado y nuestros labios se unen cuando de repente alguien nos gruñe:

—¿Tenéis unas monedas, colegas?

Nos separamos bruscamente y vemos a alguien ataviado con ropa de pana (sucía) de pies a cabeza.

—Lo siento —le digo.

—No pasa nada. —Me mira con odio a través de sus rastas de chico blanco—. Sólo me estoy muriendo de hambre, cojones.

—¡Gilipollas! —le grita Max mientras el tío se va.

San Francisco está plagada de gente sin techo. De camino al instituto, me cruzo por lo menos con doce. Me siento incómoda, aunque no les hago caso. Voy a lo mío. Porque si no... es agotador.

En Haight, sin embargo, los sin techo van en un plan bastante pasivo-agresivo.

No me gusta venir a este barrio, pero Max tiene amigos que trabajan en las tiendas de ropa de segunda mano (que son muy careras), en las de cultivo de cannabis, librerías y locales de burritos para llevar. A pesar de los grafitis psicodélicos y de los escaparates bohemios, Haight Street (la meca del amor libre en los sesenta) es sin duda un lugar más peligroso y sucio que el resto de la ciudad.

—Oye, pasa de ése —me dice Max.

Como ve que necesito que me animen un poco, me lleva a tomar un falafel al sitio al que fuimos en nuestra primera cita. Después vamos a una tienda de *drag queens* a probarnos pelucas y se ríe cuando poso con una ridícula peluca crepada de color lila. Me encanta su risa. No se ríe demasiado a menudo, y por eso sé que cuando la oigo es que me la he ganado. Incluso me deja que le ponga a él una rubia, en plan Marilyn.

—¡Como te vean Johnny y Craig! —le digo, refiriéndome a sus compañeros de

grupo.

—Les diré que he decidido dejarme el pelo largo.

—El crecepelo ha funcionado —le digo imitando su voz.

Max se ríe mientras vuelve a ponerme mi peluca rubia.

—Tenemos que irnos, le dije a Johnny que quedaría con él a las tres y media.

Me coloco bien el pelo debajo de la peluca.

—Como no lo ves en casa lo suficiente...

—Tú sí que no lo ves casi nunca.

Johnny Ocampo (el bajista de Amphetamine y compañero de piso de Max) trabaja en Amoeba Records, lo único que me gusta de este vecindario. Amoeba es un enorme refugio de cemento repleto de vinilos descatalogados, carteles de grupos e infinitas hileras de CD clasificados por colores según el estilo. Aquí, todavía hay esperanza para discos y CD.

—Era una broma. Además —añado—, tú nunca quedas con Lindsey.

—Venga ya, Lo. Es una cotilla. Y muy inmadura. No pega con nosotros.

Lo que dice es verdad, pero... duele. A veces, mentir es lo más educado. Frunzo el ceño.

—Es mi mejor amiga.

—Prefiero estar contigo. —Max me coge la mano—. A solas.

Entramos en Amoeba en silencio. Johnny, un chico filipino grandote pero fortachón, está donde siempre, detrás del mostrador de información, que se eleva sobre una tarima, como si quienes están detrás de él estuvieran en posesión de la verdad suprema sobre el buen gusto y el conocimiento musical. Johnny y Max se saludan con un gesto mientras el primero acaba de atender a un cliente. Yo lo saludo con la mano y me adentro en la tienda.

Suelo escuchar bastante rock, pero me gusta curiosarlo todo, porque nunca sé cuándo descubriré algo que no sabía que me gustaba. Hip-hop, música clásica, punk, ópera, electrónica... Hoy nada me llama la atención, por lo que me voy a la sección de rock. Estoy por la P y la Q cuando un escalofrío me recorre la espalda. Levanto la vista.

Y allí está él.

Cricket Bell está en el centro de la tienda, buscando algo. A alguien. Y entonces me ve y se le ilumina la cara con el brillo de cien estrellas. Sonríe (es una sonrisa grande, que le llega hasta los ojos) y rezuma dulzura, pureza y

esperanza.

Y sé exactamente lo que va a pasar.

Mis manos empiezan a sudar. «No lo digas, por favor, no digas nada.» Pero a estas palabras las siguen otras, traicioneras: «Dilo. Dilo».

Cricket se abre paso entre los demás clientes como si en la tienda sólo estuviéramos él y yo. La música que suena en los altavoces pasa de ser una cancioncilla pop a una dramática sinfonía rock. El corazón me late cada vez más rápido. Cuánto anhelé este momento. Y cuánto deseo que no llegue ahora.

Cuánto anhelo que continúe.

Se queda quieto ante mí y juguetea con sus brazaletes.

—Yo... esperaba encontrarte aquí.

La sangre se me agolpa en las mejillas. No. Esto no puede estar pasando. Es una vieja emoción, que se agita para atormentarme y confundirme. ¡Cómo odio que me pase eso! ¡Cómo lo odio a él!

Pero si odio a Cricket es porque no consigo odiarlo. Aparto la vista y me quedo mirando la portada del disco de Phoenix que tengo en las manos.

—Te dije que vendría aquí...

—Sí, lo sé. Y no podía esperar más. Tengo que decirte que...

Siento una oleada de pánico y aprieto con fuerza el disco del grupo francés.

—Cricket, por favor...

Pero sus palabras son un torrente.

—No puedo dejar de pensar en ti. Y ya no soy quien era antes; he cambiado...

—Cricket... —Lo miro y siento que pierdo el sentido.

Los ojos azules le brillan intensamente. Es una mirada sincera. Desesperada.

—Sal conmigo esta noche. Mañana por la noche. Todas las no... —La palabra se le ahoga en la garganta al ver algo detrás de mí.

Cigarrillos y menta. Quiero morirme.

—Éste es Max, mi novio. Max, te presento a Cricket Bell.

Max asiente con la cabeza. Lo ha oído todo, seguro.

—Cricket es... mi vecino. —Me vuelvo hacia Max—. Era... mi vecino. Y ahora lo es otra vez.

Mi novio achina los ojos casi imperceptiblemente mientras procesa la información. Es el polo opuesto a Cricket, a quien se le da fatal ocultar sus emociones. Su cara es un poema, y empieza a dar unos pasos atrás. Creo que ni se da cuenta de que lo hace.

La expresión de Max cambia ligeramente. Acaba de darse cuenta de quién es Cricket Bell. Alguien que tiene una relación de parentesco con Calliope Bell.

Y sabe que lo he excluido intencionadamente de nuestras conversaciones.

Max me rodea los hombros con un brazo. Puede que parezca un gesto natural, pero tiene los músculos muy tensos. Está celoso. Y yo debería sentirme feliz por ello, pero lo único que veo es lo avergonzado que está Cricket. Ojalá no me importara lo que piensa.

¿Y ahora, qué pasa? ¿Estamos empatados? ¿Esto es lo que se siente?

La tensión se palpa en el aire. Tengo que actuar ya. Le dedico a Cricket una sonrisa amable.

—Me alegro de haberte visto. Nos vemos luego, ¿vale? —Y me llevo a Max de allí. Sé que mi novio quiere decirme algo; pero, como de costumbre, se lo guarda para él hasta que sepa exactamente cómo formularlo. Caminamos tensos, de la mano, y pasamos por delante de su amigo, el del mostrador de información.

No quiero mirar hacia atrás, pero no puedo evitarlo.

Está observándome. Por primera vez en mi vida, Cricket Bell parece pequeño. Está a punto de desaparecer delante de mis ojos.

Capítulo 9

Me avergüenza admitirlo; pero, cuando Max y yo salimos por ahí, siento que quiero volver a casa más tarde, caminar más y hablar más alto para que todo el mundo nos vea. Quiero encontrarme con todos aquellos compañeros de clase que se metían conmigo por llevar zapatos puntiagudos de elfo o mocasines indios, porque sé que les bastará con mirar una vez a Max, con esas cejas oscuras, esos tatuajes y esa actitud chulesca, para saber que algo debo de estar haciendo bien.

Normalmente me siento tan orgullosa que creo que voy a explotar. Pero ahora, de camino a la furgoneta nueva, no veo las caras de quienes pasan a nuestro lado. Porque Cricket Bell me ha pedido que salgamos juntos. Cricket Bell me ha pedido que salgamos juntos... ¿Qué tengo que hacer yo ahora con esa información?

Max abre la puerta del copiloto y la sostiene para que entre. Ninguno de los dos ha hablado desde que salimos de Amoeba. Musito un «gracias» y subo. Se sienta en el asiento del conductor, enciende el motor y me dice:

—No me gusta.

El tono de voz inexpresivo de Max me revuelve el estómago.

—¿Cricket? ¿Por qué?

—Porque no.

No soy capaz de responder. No sé qué decirle. No vuelve a hablarme hasta que dejamos atrás el histórico cartel luminoso del cine Castro, que queda a sólo unas manzanas de mi casa.

—¿Por qué nunca me habías hablado de él?

Me miro las manos.

—No es alguien importante en mi vida.

Max espera, con la mandíbula tensa.

—Me hizo daño hace tiempo, nada más. No me gusta hablar del tema.

Se vuelve hacia mí, esforzándose por no perder la calma.

—¿Que te hizo daño?

Me hundo en el asiento. Lo último que quiero en este momento es explicarle

lo de Cricket.

—No en sentido físico, no... Antes éramos amigos, pero acabamos mal, y ahora ha vuelto y me lo encuentro en todas partes...

—Así que lo has visto antes. —Mira a la carretera otra vez. Se aferra con fuerza al volante y los nudillos se le ponen blancos.

—Bueno... por el barrio. Pero no significa nada para mí, Max, de verdad.

—Pues bien que te has preocupado de ocultármelo.

Niego con la cabeza.

—Cricket me da absolutamente igual, te lo juro.

—¿Quiere quedar contigo «todas las noches» y pretendes que me crea que no pasa nada?

—¡Es la verdad!

La furgoneta se para bruscamente delante de mi casa y Max aporrea el volante.

—¡Dime la verdad, Lola! ¿Por qué no puedes ser sincera por una vez en la vida?

Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Te estoy diciendo la verdad.

Me mira fijamente.

—Te quiero a ti. —Estoy empezando a desesperarme. Tiene que creerme—. ¡No a él! ¡Si ni siquiera me gusta! Te quiero...

Max cierra los ojos y me parece que pasa una eternidad hasta que vuelve a abrirlos. Tiene los músculos del cuello tensos y rígidos. Por fin los relaja.

—Lo siento. Yo también te quiero.

—¿Y me crees? —le pregunto con una voz apenas audible.

Me coge de la barbilla y la acerca a la suya para responderme con un beso. Siento la presión de sus suaves labios contra los míos, y los presiono todavía con más fuerza. Cuando nos separamos, su mirada es penetrante.

—Te creo.

Max se aleja a toda velocidad con la furgoneta. Tras de sí deja una nube de polvo y de notas musicales de los Misfits. Me da un bajón. Vaya día libre.

—¿Quién era ése?

Doy un respingo al oír la afilada voz. Me doy la vuelta para verla por primera vez en dos años. Tiene el oscuro cabello recogido en una coleta tirante, y lleva ropa de calentamiento. Y aun así está mucho más guapa de lo que yo conseguiré estar nunca.

—Hola, Calliope.

Se queda mirándome, como diciendo: «¿Se puede saber por qué no contestas a mi pregunta?».

—Era mi novio.

Calliope parece sorprendida.

—Qué interesante —añade un momento después. Y noto que de verdad está interesada en el tema—. ¿Has visto a mi hermano? Salió a buscarte.

—Sí, lo he visto. —Elijo mis palabras con cautela. Espera que le diga algo más, pero no pienso hacerlo. Además, ¿cuánto es «más» para Calliope?—. Me alegro de verte. —Me voy hacia las escaleras.

Estoy a medio camino cuando me dice:

—Estás diferente.

—Y tú, igual que siempre.

Cierro la puerta y veo que Nathan está esperándome al otro lado.

—No me has llamado.

Ay, Dios.

Está enfadadísimo.

—Se supone que tenías que llamarme hace una hora. Te he llamado cinco veces y salía tu buzón de voz. ¿Se puede saber dónde estabas?

—Se me olvidó llamarte. Perdóname, papá.

—¿Esa furgoneta era de Max? ¿Es nueva?

—¿¡Nos estabas espiando!?

—Estaba preocupado, Lola.

—¿¡Y eso lo justifica?!

—¿Sabes para qué quieren tener furgoneta los chicos, Lola?

—¿Para llevar las guitarras y las baterías, por ejemplo? ¿Para ir de gira? — Paso a su lado hecha una furia, en dirección a mi habitación.

Mi padre sube unos peldaños.

—Esta conversación no se ha acabado, señorita. Cuando sales con Max tienes que llamarnos, es lo acordado.

—¿Qué crees que puede pasar? ¿Por qué no confías en mí? —Me arranco la peluca rosa y la lanzo al aire—. No me emborracho, no me drogo y no voy por ahí rompiendo ventanas. No soy ella. No soy Norah.

Me he pasado. Al mencionarle a su hermana, a Nathan le cambia la cara y se le llena de amargura. Sé que he dado en el blanco. Me dispongo a aguantar el chaparrón, pero, en vez de regañarme, se da la vuelta sin mediar palabra. Lo que es obviamente peor. Pero es culpa suya por castigarme por cosas que no he hecho. Por cosas que ha hecho ELLA.

¿Por qué el día ha acabado tan mal? ¿Cuándo empezó a torcerse?

Cricket.

Su nombre explota en mi interior como un cañonazo. Me acerco a la ventana. Las cortinas de rayas están descorridas. Sus bolsas siguen en el suelo, pero no hay ni rastro de él. ¿Qué se supone que tengo que decirle la próxima vez que nos veamos? ¿Por qué no deja de arruinarme la vida?

¿Por qué tiene que pedirme que salga con él justo ahora?

Y Max ahora sabe quién es. No debería tener mayor importancia, pero la tiene. Max no es el tipo de persona que saca el tema todo el rato, pero se lo guarda para cuando lo necesite. ¿Me creyó de verdad cuando le dije que lo quería y que Cricket no me importaba nada?

Sí.

Y estoy enamorada de Max. Entonces... ¿por qué no sé si la otra mitad de mi afirmación era mentira?

No soy la única que tiene problemas. Lindsey ha estado bastante distraída esta semana. No se dio cuenta de que el lunes el profe de mates usó mal la fórmula de la ecuación de segundo grado. O de que el martes Marta Velázquez, la chica más popular del instituto, olvidó quitarse la etiqueta de sus vaqueros nuevos. Su pierna decía 12 12 12 12 12. ¿Cómo puede ser que Lindsey no se diera cuenta si estuvo sentada detrás de ella durante toda la clase de Historia?

No soy consciente de lo que le pasa hasta el jueves, a la hora de comer, cuando Charlie Harrison-Ming pasa a nuestro lado y entona un «Hola,

Lindsey» y ella le devuelve un «Hola, Charlie». Veo, además, que los dos llevan las mismas Converse rojas. A Lindsey se le da genial resolver los problemas de los demás, pero se le da fatal gestionar los suyos.

—Podrías decirle algo de los zapatos —le sugiero.

—Tú eres la especialista en ropa —me responde, triste—. A ti se te da bien hablar de eso. Yo parezco tonta.

Hoy llevo puestas unas gafas con montura de ojo de gato y un vestido de estampado de guepardo que me hice la primavera pasada. Me he puesto unos enormes broches rojos en la parte de delante, como si fueran heridas de bala, y me he colocado unas cintas de color rojo sangre en los brazos y en mi pelo natural, como protesta por las cacerías en África.

—Tú nunca pareces tonta —protesto—. Además, no soy yo la que lleva las mismas zapatillas que él.

—Ya te lo he dicho, no quiero salir con nadie. —Pero ya no lo dice con convicción.

—Te apoyaré hagas lo que hagas. Lo sabes, ¿verdad?

Lindsey hunde la nariz en una de sus novelas detectivescas, poniendo punto final a nuestra conversación. Pero no lee. Se limita a mirar las páginas. Esa mirada me sobresalta: me recuerda de repente a la de Cricket en la tienda de discos. No volvió a casa el fin de semana pasado. Las cortinas siguen descorridas y las bolsas, en el suelo. Siento una extraña fascinación por la bandolera: es una cartera vieja de piel marrón, de esas que llevaría un profesor de universidad o un explorador en la selva. Me pregunto qué habrá dentro. Seguramente, un cepillo de dientes y una muda.

Aun así, parece tan sola... Hasta la bolsa de la ropa sucia parece triste, apenas llena.

El móvil me vibra una vez más contra la pierna, a través de la mochila que he dejado en el suelo. Un mensaje. Uy. Se supone que tendría que haberlo apagado en clase. Pero... ¿quién me mandará un mensaje a esta hora? Me agacho para mirarlo y las gafas (que me quedan muy grandes porque son de segunda mano, muy antiguas) se me caen al suelo. Tienen que estar cerca, pero no alcanzo a verlas. No veo nada. Por el runrún de voces femeninas sé que se nos acerca un grupo de chicas.

—Ay, madre, ay, ay...

Lindsey las encuentra justo antes de que aparezcan las chicas, que pasan a nuestro lado dejando un rastro de perfume y de risas.

—¿Te ha empeorado la vista?

Me las pongo y el mundo vuelve a estar enfocado. Frunzo el ceño.

—Por favor, si cada año la tengo peor... A esta velocidad, a los veinte me habré quedado ciega.

Hace un gesto con la cabeza para señalar las gafas.

—¿Y cuántos pares tienes ya?

—Sólo tres. —Ojalá no fueran tan caras. Las encargo por Internet, con descuento, pero aun así me cuestan nóminas enteras. Mis padres me pagan las lentillas, pero me gusta la variedad. Aunque me gustaría poder variar más, la verdad. Le echo un vistazo al teléfono y me pongo como unas castañuelas al ver que es Max quien me ha escrito:

«Vi dos ramas caídas con forma de corazón y pensé en ti.»

Sonríó de oreja a oreja como una idiota.

—¿Quién era? —me pregunta Lindsey.

—¡Max! —Pero entonces veo la cara que me pone, me encojo de hombros y apago el teléfono—. No es nada. Vio... una cosa.

—Ah. —Y vuelve a abrir la novela.

De repente, se me ocurre la solución perfecta a su problema. A Charlie le gusta ella; eso está claro. Lo que Lindsey necesita es que alguien la guíe cuando dé los primeros pasos; los más difíciles. Me necesita... y voy a organizar una cita doble. ¡Soy un GENIO! Y también soy la novia de Max. Y seguro que él no está de acuerdo con mi plan... Miro a mi mejor amiga, que vuelve a tener la mirada perdida en su novela. Intentando resolver su propio misterio. Me quedo callada, con el teléfono en la mano.

Y siento que soy una amiga desleal.

El sábado tengo turno de mañana. Y ayer me tocó cerrar. Tengo la sensación de que nunca me voy de este cine. Quizá tendría que aceptarlo y guardar mi viejo saco de dormir de princesa Disney debajo del mostrador. Cuando llego al cine, me sorprende encontrarme con St.Clair en la taquilla. Se supone que Anna no trabaja hoy. Mi sorpresa es todavía mayor cuando veo lo que lleva puesto.

—¿Qué haces con el uniforme? —le pregunto.

Se encoge de hombros con un gesto lento e intencionado que lo hace parecer... más europeo.

—Uno de los responsables del cine me dijo que, como pasaba tanto tiempo aquí, lo mejor era que trabajara. Y aquí estoy.

—Un momento. ¿En serio trabajas aquí?

—Sí, pero no se lo digas a nadie. Es un secreto. —Bromea, divertido.

—¿Tú... trabajando? —St. Clair nunca habla del tema, pero todo el mundo sabe que su familia está forrada. No necesita trabajar. Y tampoco me parece que a él le apetezca demasiado.

—¿No me crees capaz de romper entradas?

—Mis cansadísimos pies me dicen que el trabajo consiste en algo más que eso...

St. Clair sonrío de oreja a oreja, y siento una punzada en el corazón. Qué guapo es. Pero ¿qué me pasa? Debo de estar más cansada de lo que pensaba. Y no me gusta el novio de Anna; es demasiado bajito y chuleta. Aunque el hecho de que me atraiga me preocupa. Decido centrarme en el trabajo y cambiar de planta para no pensar en temas cada vez más incómodos. Pero St. Clair se me acerca horas después, cuando la actividad del cine se ha calmado un poco.

—Que sepas que mis pies están estupendamente —me dice—. De hecho, estoy pensando en unirme a un grupo de danza. ¿Te interesa a ti también?

—Ya, claro. —Sigo de mal humor. Las seis personas que se han quejado de las plazas de aparcamiento del cine no han contribuido a mejorar mi estado de ánimo—. En serio, ¿por qué te has buscado un trabajo?

—Porque creo que es un buen modo de forjar mi personalidad. —Pega un brinco y se sube a mi mostrador—. Porque se me han caído todos los dientes y no puedo permitirme una dentadura postiza. Porque...

—De acuerdo. Lo que tú digas. Tú sigue tocándome las narices.

—Tendría que estar haciendo algo productivo, ¿a que sí? —St. Clair salta otra vez y coge una escoba del armario—. Vale, vale... Estoy ahorrando para nuestro futuro juntos.

—¿Para nuestro futuro? —Le dedico una sonrisita tímida—. Me siento halagada, de verdad, pero no hacía falta.

Me da un golpecito en la espalda con el palo de la escoba.

—¿Y qué dice Anna de que estés ahorrando para nuestro futuro?

—Pues le parece muy bien. —St. Clair barre las palomitas que han quedado huérfanas alrededor de mis tobillos mientras atiendo a un cliente que quiere una Coca-Cola light y un dulce. Cuando acabo, sigue hablando—: ¿Crees que aceptaría un trabajo sin consultárselo antes?

—No, pero pensaba que... Ya sabes... —Parece confundido, así que me veo obligada a acabar la frase—: Pensaba que no te faltaba el dinero.

A St. Clair se le escapa una sonora carcajada, como si acabara de soltarle una tontería.

—Mi padre tiene dinero. Y me gustaría que no tuviera demasiado que ver en mi futuro.

—Vaya, qué mal suena eso.

Vuelve a encogerse de hombros al estilo europeo por segunda vez. En esta ocasión, para cambiar de tema.

—Y estaría bien tener un poco de dinero extra para invitarla a cenar. Siempre tomamos algo en las cafeterías de nuestras residencias. —Frunce el ceño—. Ahora que lo pienso, desde que nos conocemos casi siempre comemos en cafeterías de residencias.

—¿También en París?

—Sí —confirma él.

Suspiro.

—No sabes la suerte que tienes.

—Pues, a decir verdad, creo que sí. —St. Clair apoya la escoba contra la pared—. Y tú, ¿por qué trabajas? ¿Para poder pagarte los cambios de vestuario? Y por cierto, ¿qué quieres expresar con tu peinado hoy?

—Quería ver qué tal me quedaban los moñitos. Y les he añadido plumas para que parecieran nidos. —Tiene razón. Ése es el motivo por el que tengo que trabajar. Además, mis padres me dijeron que cuando cumpliera los dieciséis tendría que buscarme un trabajo para aprender lo que es ser responsable. Y eso es lo que hice.

St. Clair observa mi peinado de cerca.

—Es espectacular.

Me aparto.

—¿Y cómo de lejos llega ese futuro que estás planeando?

—Digamos que lejos.

Las palabras, cargadas de significado y de fuerza, quedan suspendidas entre nosotros. Max y yo hemos hablado de marcharnos a Los Ángeles y empezar una nueva vida allí (yo diseñaré el vestuario de alguna película y él destrozará garitos de rock por la noche), pero tengo la impresión de que las conversaciones que mantienen Anna y St. Clair son bastante más serias que las que tengo yo con Max. Ese pensamiento me incomoda. Me quedo mirando a St. Clair. No es mucho más mayor que yo.

¿Cómo puede estar tan seguro de todo?

—Si es la mujer de tu vida, es sencillo —responde a la pregunta que no he formulado—. Lo contrario que tu peinado.

Capítulo 10

La luna se ve muy grande esta noche, a pesar de que le falta su otra mitad. Una línea que parece trazada con una regla separa el lado oscuro del claro. Está suspendida a poca distancia del bullicioso barrio de Castro. El otoño se acerca. Le hablo a la luna desde que tengo uso de razón. Le pido que me guíe. Ese brillo pálido, la superficie llena de cráteres, su naturaleza menguante y creciente... Todo ello tiene algo profundamente espiritual. Cada noche se ve de modo diferente, sin dejar de ser ella misma.

Y siempre está ahí.

He salido antes del trabajo, así que he cogido el autobús y luego el tren para ir a casa. No sé por qué me alivia tanto estar de nuevo en mi barrio. Mi trabajo no es precisamente duro, pero la familiaridad de las calles del barrio de Castro me reconforta: el agradable olor a chocolate que emana de Hot Cookie, los grupos de hombres enfrascados en conversaciones, el escaparate de Cliff's Variety, que ya está decorado para Halloween...

Soy afortunada porque vivo en un lugar que no oculta lo que es. Comercios como La Fábrica de Salchichas (un restaurante), La Leche (una peluquería) o Trabajos Manuales (salón de manicura) dejan muy claro cómo son los residentes de la zona, pero se respira un verdadero sentimiento de amor y de comunidad. Somos una familia. Y, como pasa en las familias, se sabe todo. Pero no me parece algo malo. Me gusta que los chicos que trabajan en Spike's Coffee me saluden al pasar. Y que en Jeffery's sepan que Betsy necesita la bolsa de dos kilos de cordero fresco, boniato y verduras. O que...

—¡Lola!

Siento una punzada en el estómago. Me doy la vuelta con terror y me encuentro con Cricket, que esquiva con una pirueta a una pareja de ancianos que entra en el colmado Delano's, del que él sale en ese momento. Lleva un cartón de huevos de corral en cada mano.

—¿Vas a casa? ¿Tienes un segundo?

No puedo mirarlo a los ojos.

—Sí, sí, claro.

Mientras me alcanza de una carrera, yo sigo avanzando a mi paso. Lleva puesta una camisa blanca de vestir, un chaleco negro y corbata negra. Parecería un camarero, de no ser por los brazaletes y gomas elásticas de colores que lleva en las muñecas. Y por los pantalones ajustados, claro.

—Lola, me gustaría disculparme...

Me paro en seco.

—Me siento como un tonto, como un idiota total por... por haberte puesto en una situación tan incómoda la semana pasada. Tendría que haberte preguntado si tenías novio. No sé por qué no te lo pregunté. —Su voz está llena de dolor—. Cómo no ibas a tener novio, si siempre has sido tan preciosa... Al verte otra vez he vuelto a sentir ese torbellino de emociones y... No sé qué más decirte, sólo que lo siento y que me perdones. No volverá a pasar.

No doy crédito.

No sé qué esperaba que me dijera, pero esto no. Cricket Bell cree que soy preciosa. Cricket Bell cree que siempre he sido preciosa.

—Y espero que lo que te he dicho no complique más la situación —añade—, sólo quería aclarar las cosas. Creo que eres una persona increíble, y ser amigo tuyo aquel verano hizo que fuera el mejor verano de mi vida y... Sólo quiero ser parte de tu vida... otra vez.

Apenas puedo pensar.

—Vale.

—Pero entiendo que no quieras verme si...

—No —contesto sin dudar.

—¿No? —Está nervioso. Ha entendido al revés lo que le he dicho.

—Quiero decir que... podemos quedar igualmente. —Elijo las palabras con cuidado—. A mí me gustaría.

Cricket baja los hombros, aliviadísimo.

—¿De verdad?

—Claro que sí. —Me sorprende la obviedad de la afirmación. Pues claro que quiero tenerlo en mi vida. Siempre ha sido parte de mi vida. Incluso cuando no estaba, porque quedaron fragmentos de él en el ambiente. En el espacio entre nuestras ventanas.

—Quiero que sepas que he cambiado —afirma—. Ya no soy el de antes.

Todo su cuerpo se vuelve hacia mí, con decisión, y ese movimiento me sobresalta. Me tropiezo y caigo hacia delante, hasta darme un golpe contra su pecho. Uno de los cartones de huevos se le cae de la mano y está a punto de espachurrarse contra la acera, pero Cricket logra atraparlo antes de que aterrice en la calzada.

—¡Perdona! ¡Lo siento! —le digo.

El lugar en el que su pecho y el mío se han tocado me quema. Siento que las partes de mi cuerpo que han estado en contacto con el suyo están más vivas que nunca. ¿Quién se creía que era? ¿Y quién cree que es ahora?

—No te preocupes. —Mira dentro del envase de cartón—. No ha habido daños. Todos los huevos están ahí.

—Espera, deja que coja éste. —Hago el ademán de coger el otro envase, pero lo sostiene por encima de su cabeza. No llego ni de broma.

—No te preocupes. —Sonríe, dulce—. Ahora ya tengo un mejor control de la situación.

Me acerco al otro cartón.

—Lo menos que puedo hacer es llevarte uno.

Cricket empieza a levantarlo también, pero algo le nubla la vista repentinamente. Baja la vista y me da uno de los envases. En la palma de su mano se lee «HUEVOS».

—Gracias —me dice.

Miro al suelo. Alguien ha dibujado una raya en el suelo con tiza rosa.

—De nada.

—Aunque tendrás que devolvérmelos. Mi madre tiene antojo de huevos rellenos, y me ha pedido que fuera a buscar unos. Es una misión capital.

Silencio.

Ahora o nunca. Éste es el momento en el que hago que la situación entre Cricket y yo sea rara para siempre o me decido a afianzar nuestra amistad. Levanto la vista (tengo que echar el cuello hacia atrás bastante para llegar a verle la cara) y le pregunto:

—¿Qué tal la universidad?

Cricket cierra los ojos. Sólo es un instante, lo que dura un suspiro, pero es más que suficiente para que yo sepa lo mucho que me agradece esa pregunta. Quiere estar en mi vida...

—Bien —responde—. Me va... bien.

—Intuyo que en esa frase hay un «pero».

Sonríe.

—Pero hacía bastante tiempo que no me rodeaba de más estudiantes,

supongo que me costará un poco acostumbrarme.

—Me dijiste que estudiasteis en casa, ¿no? Después de mudaros...

—Bueno, como cambiábamos de ciudad tan a menudo, era más sencillo estar escolarizado en casa que matricularnos en escuelas y tener que cambiarnos todo el rato y hacer las mismas clases... Y ser siempre los nuevos. Ya lo habíamos hecho antes, y no queríamos repetir la situación. Además, así podíamos organizarnos mejor según el calendario de Cal.

Esa frase me deja un mal sabor de boca.

—¿Y qué pasa con tu calendario?

—Ah, no es tan terrible como parece. Calliope sólo tiene unos años para afianzar su carrera, y tiene que aprovecharlos al máximo. —Supongo que no debo de parecer demasiado convencida, por lo que añade—: Le quedan cinco años más, y entonces podré ser yo el centro de atención de la familia...

—¿Y por qué no puede ser tu turno ahora? Quizá sea egoísta porque soy hija única, pero...

—No. Tienes razón. —Y veo por primera vez un destello de cansancio entre su frente y los ojos—. Pero nuestras circunstancias son diferentes. Tiene talento, y no sería justo no esforzarme al máximo por apoyarla...

—¿Y qué hace ella por apoyarte a ti? —le pregunto sin poder contenerme.

Cricket me mira, astuto.

—Lava los platos. Saca la basura. Me deja la caja de cereales en la mesa el fin de semana.

—Perdona —me disculpo—. Me estoy metiendo donde no me llaman.

—No pasa nada, no me molesta. —Pero no me responde.

Caminamos unos minutos en silencio cuando, de repente, me viene un pensamiento a la cabeza.

—Pero si hoy... ¡es tu cumpleaños!

Aparta la cara tan rápido como si fuera un acto reflejo.

—¿Por qué no me has dicho nada? —Pero ya sé la respuesta antes de acabar la pregunta. Los recuerdos de aquel otro cumpleaños me traen de vuelta la humillación que sentí.

Cricket juguetea con sus pulseras.

—Sí. Dieciocho ya.

Decido seguir esta nueva línea de conversación e ir hacia delante.

—Eres oficialmente adulto.

—Es verdad. Me siento muy maduro. Pero, vaya, que la madurez siempre ha sido mi fuerte...

Esta vez, su autodesprecio me provoca un escalofrío. Siempre ha sido más maduro. Excepto cuando estaba conmigo.

—Así que... ¿has venido a ver a Calliope? —Niego con la cabeza por la vergüenza—. Pues claro. Si es su cumpleaños también. Me sorprende verte, porque es sábado por la noche. Suponía que estarías al otro lado de la bahía, en alguna fiesta, bebiendo cerveza.

Se rasca el cuello.

—Cal nunca lo admitirá, pero este cambio ha sido duro para ella. No lleva bien que yo me marche y ella esté aquí. Eso no quiere decir que no habría venido igualmente esta noche; claro que habría venido. Y sí he ido a una de esas fiestas, como un favor a otra persona, pero... —Cricket se ajusta la corbata—. Quizá no te has dado cuenta, pero no encajo demasiado en el perfil de fiestero...

—Yo tampoco. —Y no tengo que explicarme porque él sabe lo de Norah.

—¿Y qué hay de tu novio? —pregunta con tono forzado.

Me da vergüenza que lo dé por hecho, pero la verdad es que Max podría pasar por alguien así.

—A Max tampoco le van las fiestas. Bueno, no demasiado. Bebe y fuma, pero respeta mi voluntad, no me dice que me una ni nada...

Cricket agacha la cabeza para pasar debajo de una rama donde descansan unas flores rosas. Nuestro vecindario está lleno de flores todo el año. Paso debajo de la rama sin necesidad de agacharme.

—¿Y a tus padres qué les parece que salgas con alguien tan mayor? —pregunta.

Me estremezco.

—Tengo que confesarte que estoy bastante harta de tener que hablar del mismo tema siempre.

—Perdona. —Pero añade sin poder evitarlo—: Y esto... ¿cuántos años tiene?

—Veintidós. —Me siento incómoda al confesarlo.

Se hace una larga pausa.

—Vaya. —Lo dice despacio y con contundencia.

Siento que se me cae el alma a los pies. Quiero que seamos amigos, pero... ¿cómo podría funcionar? Han pasado demasiadas cosas entre nosotros. Subimos por nuestra calle hasta llegar a mi casa.

—Adiós, Cricket. —No puedo mirarlo a los ojos—. Feliz cumpleaños.

—¿Lola?

—¿Qué?

—Los huevos. —Señala el cartón—. Te los has quedado.

Oh.

Avergonzada, le doy el cartón. Estira los largos dedos para cogerlo, y me sorprende preparándome para el contacto físico. Pero no llega. Lo toma por un lado. Es un gesto cuidadoso y deliberado. Me recuerda que no debería estar con él.

Y me recuerda que no puedo contárselo a Max.

Capítulo 11

Cuantas más vueltas le doy a nuestra conversación, más frustrada me siento. Cricket dice que ha cambiado, pero... ¿en qué ha cambiado? ¿Se ha decidido a decir lo que piensa? ¿Se ha atrevido a decirme al fin que le gusto? ¿O hay algo más? Al final de nuestra amistad, él se volvió tan distante que decidió apartarme completamente de su vida y no invitarme a aquella estúpida fiesta. Tema del que todavía no quiere hablar. Y ahora pretende que seamos amigos, pero se marcha a la mañana siguiente, a primera hora, y no vuelve en dos semanas. ¡DOS SEMANAS!

Ya se apañará.

—Lola no puede salir a jugar hoy. —Andy está ocupado con sus cacharros y sus sartenes, armando un jaleo de mil demonios, y con el ruido no me he enterado de que Cricket ha llamado a la puerta. La dejamos abierta para que la cocina se ventile un poco, porque se acumula mucho calor cuando todos los hornos están en marcha—. Hoy le toca preparar pasteles. Ha habido un cambio en un pedido enorme esta mañana, así que es una emergencia.

—Papá. Que no ha venido a «jugar».

Cricket nos enseña una caja y dice:

—Nos ha llegado a casa, pero es vuestro. —Andy levanta la vista—. De Lola —aclara.

Cricket deja la caja en el suelo, fuera de la cocina, mientras Betsy corretea en círculos a su alrededor. Siempre lo ha adorado.

—Gracias —digo la palabra con prudencia. Dejo una bolsa de harina en la encimera y voy hacia la caja para examinarla—. ¡Genial, las ballenas para mi jubón!

—¿El qué?

—Los palitos para montar el corsé —añade Andy, distraído—. Lola, ven aquí ya mismito.

Cricket se sonroja.

—Oh.

Y Andy se lleva su segundo punto del día por conseguir avergonzarme otra vez. Cricket se agacha para achuchar a Betsy, quien inmediatamente se tira al suelo, panza arriba, mientras yo finjo que no me he dado cuenta de que se ha puesto rojo. Aunque no sé si se merece que le haga ese favor. O que mi perra

le enseñe la barriga.

—Es para un vestido —aclaró.

Cricket asiente sin mirarme.

—Así que tenéis una emergencia, ¿no? —Le da el último achuchón a Betsy y entra en la cocina mientras se arremanga y se quita las pulseras—. ¿Os echo una mano?

—Ay, no hace falta. —Estoy inquieta—. Gracias, pero ya nos las apañamos.

—Coge un delantal, están en el cajón de arriba; allí —le indica Andy.

—No puedes pedirle que nos ayude —le reprocho—. No tiene por qué hacerlo.

—No me lo ha pedido. —Cricket se ata a la cintura un largo delantal blanco. Sus pantalones de rayas se vuelven invisibles por delante—. Yo me he ofrecido voluntario.

—¿Lo ves? —responde Andy—. Este chico tiene criterio. No como otros adolescentes que conozco.

Lo miro entrecerrando los ojos. No es culpa mía que prefiera pasar el único día libre que tengo este fin de semana con mi amiga Lindsey. He tenido que cancelar el plan de comer sushi e ir de compras a Japantown. Cuando le pregunté si quería venir a ayudarnos, me dijo:

«No, gracias, Ned. Me buscaré otros planes.» Y lo entiendo. Pero es que, si no queda conmigo, lo que hace es quedarse en casa y tragarse un maratón de capítulos de *CSI* o *Veronica Mars*.

Y ella es feliz con eso, pero...

—Tienes que quitarles las pepitas a las calabazas para que pueda ponerlas en el horno. Pon las pepitas y los hilos en esa pila, para el abono orgánico —dice Andy.

—Calabazas, calabazas... Vale. —Cricket se lava las manos y coge la más grande.

Yo sigo pesando la harina para hacer dos docenas de bases. Cuando preparas cantidades industriales, tienes que usar la balanza por fuerza; no basta con las jarras medidoras.

—De verdad, no te preocupes, nosotros podemos. Seguro que tienes deberes.

—No me cuesta nada. —Cricket se encoge de hombros—. ¿Dónde está el otro señor Nolan?

Andy cierra los ojos. Cricket se pone tenso al darse cuenta de que ha metido

la pata por algo.

—Nathan está con Norah hoy —le explico.

—¿Va todo... bien? —pregunta.

—De rechupete —responde Andy.

—Bueno, hay algunos problemillas... de dinero. —Le paso a Cricket el cuchillo más grande para que parta las calabazas y me disculpo con la mirada por la salida de tono de Andy. Cricket me devuelve una discreta sonrisa. Sabe que mi padre no suele ser así.

La voz de Andy es la única que se oye durante la siguiente hora, en la que nos indica qué pasos debemos seguir. El pedido original era de seis pasteles en total, pero ahora tenemos que hacer seis de cada variedad: pastel de calabaza clásico, pastel de frutas vegano, pastel de pera y jengibre y pastel de boniato con nueces pacanas. Llevo años ayudándolo a preparar tartas, por lo que se me da bastante bien. Pero me sorprende lo rápido que se adapta Cricket. Andy le explica que la pastelería es una ciencia; que hay que saber de fermentación, proteínas y féculas... Y él lo entiende todo a la primera. Claro. Es lo suyo. Los buenos inventores son buenos pasteleros.

Pero... ¿por qué quiere pasarse el sábado haciendo pasteles si no tiene ninguna obligación? ¿Es porque es majo? ¿O porque espera que, si pasamos tiempo juntos, acabaré enamorándome de él? Aunque no coquetea en ningún momento conmigo. Está totalmente concentrado en el trabajo y no se acerca a mí. Es una locura que alguien tan transparente como Cricket haga cosas que no sepas entender.

Cuando el temporizador suena a mediodía, Andy deja escapar un grito de sorpresa.

—¡Vamos bien! Podemos hacerlo. —Y sonrío por primera vez en todo el día.

Cricket y yo nos sonreímos, aliviados. Andy pone la radio y busca la emisora que emite clásicos de los cincuenta, y el ambiente en la cocina se vuelve distendido. Cricket corta manzanas con ritmo y precisión al compás de *Peggy Sue* mientras Andy y yo aplanamos la masa en perfecta sincronización.

—Podríamos incluir esta actuación en el campeonato nacional si lo repetimos todo sobre hielo —dice Cricket.

Al oír hablar de patinaje, Andy deja de amasar. A mi padre le encanta esta disciplina. Es (y no me gusta utilizar esta expresión sin más) el rasgo más gay de mi padre. Cuando era pequeña, me llevó a ver el espectáculo *Estrellas sobre hielo*. Aplaudimos a los patinadores que realizaban las piruetas más bonitas y nos chupamos el algodón de azúcar que se nos había pegado en los dedos. Es uno de los recuerdos más felices que tengo. Cuando Calliope empezó con el patinaje artístico, yo también quise probarlo. No éramos amigas, pero seguía pensando en ella como en alguien que merecía mi

admiración. Es decir, que la copiara.

—Está bien, pero —dije después de la primera clase— ¿cuándo me dan un vestido?

Andy señaló los leotardos rosas que llevaba puestos.

—Hasta que tengas más experiencia, éste será tu uniforme.

Y perdí el interés, claro.

A mis padres les molestó bastante, porque las clases eran caras y ya las habían pagado. Así que tuve que asistir toda la temporada. Y estoy en posición de decir que el patinaje artístico sobre hielo es muy difícil. Andy me convenció para ir a otro *Estrellas sobre hielo* cuando tenía trece años, pero mis sueños de dar triples saltos embutida en falditas de lentejuelas hacía tiempo que se habían esfumado. Todavía me siento mal al recordar que ni siquiera hice un esfuerzo por pasármelo bien. Nunca más ha vuelto a pedírmelo.

Supongo que Andy debe de haber preguntado por Calliope, porque Cricket está hablando de su agenda.

—Tiene un año muy ajetreado por lo de los Juegos Olímpicos. Tiene que esforzarse todavía más: más entrenamientos, más patrocinios, más estrés...

—¿Cuándo sabrá si está en el equipo olímpico? —pregunta Andy.

—Si se clasifica en el campeonato nacional, irá. Eso será en enero. Ahora está preparando las nuevas actuaciones, que llevará a algunas de las próximas competiciones importantes. Este año irá a Skate América y Skate Canadá. Después vienen el campeonato nacional, los Juegos Olímpicos, el Mundial... —Flexiona los dedos a medida que los enumera.

—¿Y tú tienes que ir a todo? —le pregunto.

—A casi todo. Pero no creo que pueda ir a Canadá. Esa semana tengo mucho trabajo en la universidad.

—Has visto un montón de actuaciones de patinaje sobre hielo...

Cricket saca las calabazas, cuya pulpa ya está tierna, de los hornos.

—¿Ah, sí? ¿Y no es algo normal? —me pregunta con cara seria. Sin embargo, los ojos le brillan, divertidos.

Me aganto las ganas de tirarle un trapo.

—¿Y qué pasa con lo de quedar segunda siempre? La primera noche que te vi me dijiste que...

—Cal es la patinadora femenina sobre hielo con más talento, pero nunca ha conseguido clavar las dos actuaciones del programa en una competición importante. Está convencida de que es una maldición. Por eso siempre cambia de entrenador y prefiere quedar tercera antes que segunda. Cuando queda en tercera posición, por lo menos está contenta de haber conseguido plaza en el podio. Pero segunda... es estar demasiado cerca de la primera.

Por segunda vez he dejado lo que estaba haciendo.

—Ser el segundo duele... —Me mira un instante antes de bajar la vista hacia las calabazas.

Andy lleva un rato amasando, despacio y con mimo, la base para los pasteles con el rodillo. Deja el rodillo y hace ademán de quitarse la harina de su camiseta de «¡Viva el queso!».

—¿Y qué tal te va a ti, Cricket? ¿Qué estudias en Berkeley?

—Ingeniería mecánica. No es demasiado guay... ¿a que no?

—Pero te va como anillo al dedo —le digo.

Se ríe.

—Sí, eso es verdad.

—No... Quiero decir que te va como anillo al dedo estudiar esa carrera porque siempre has construido mecanismos, robots y...

—Autómatas —me corrige—. Son como los robots, pero completamente inútiles.

El tono negativo que rezuma su voz me desconcierta. Es algo raro en Cricket Bell. Pero, antes de poder decirle nada, se deshace del pesimismo con una sonrisa.

—Pero tienes razón, me va como anillo al dedo.

—No conozco a nadie que haga lo que haces tú —añade Andy—. Y desde tan pequeño. Nunca olvidaré el día que arreglaste la tostadora utilizando una percha. ¡Tenías... cinco años! Tus padres deben de estar muy orgullosos de ti.

Cricket se encoge de hombros, incómodo.

—Supongo.

Andy ladea la cabeza y estudia a Cricket largo rato. Se ha puesto manos a la obra de nuevo, cosa que me recuerda que yo debo hacer lo mismo. Empiezo a preparar el puré de boniato. Ese gesto repetitivo me resulta reconfortante. Me fastidia echar a perder mi día libre, pero también me encanta ayudar a mi padre en su negocio. Se dio cuenta de que lo suyo eran los pasteles por

accidente, cuando preparó para una fiesta una tarta de cerezas con el clásico enrejado en la parte superior, y todo el mundo flipó en colores. Nadie había probado una masa casera antes.

Alguien le pidió que preparara otra tarta para otra fiesta y, a su vez, en aquella fiesta le pidieron que preparara más para la siguiente. En un abrir y cerrar de ojos, la idea se materializó en un negocio. Nathan, de broma, lo llamaba «Pastelero con salero», y se le quedó ese nombre. El logotipo es un hombre a la antigua, con mostacho y delantal de cuadritos, que guiña el ojo y lleva en la mano una humeante tarta.

A medida que se acerca la hora de la entrega, hablamos menos. Cuando las últimas tartas salen del horno y las colocamos en sus respectivas cajas, Andy vuelve a estar de los nervios. Los tres sudamos. Mi padre sale a toda prisa de casa para abrir las puertas del coche, y yo cojo dos cajas y salgo corriendo detrás de él. Acabamos de colocar los pasteles en el coche cuando oímos que se abre la puerta principal.

Andy se queda boquiabierto.

Levanto la vista y veo a Cricket. Lleva seis cajas... en cada mano. Y está bajando las escaleras a toda velocidad. «Ay, Dios mío, ay, Dios mío», musita Andy. Le agarro el brazo, aterrorizada, pero Cricket llega sin complicación alguna a la entrada de casa, donde tenemos aparcado el coche.

—¿Hay sitio para éstas? —nos pregunta.

Los pasteles están perfectamente apilados.

Andy se queda callado un instante. Acto seguido, suelta una carcajada.

—Al coche. Ya.

—¿Qué pasa? —me pregunta Cricket cuando mi padre se aleja.

—¿Quizá la próxima vez que quieras echar una carrerita por nuestras escaleras podrías coger menos cajas?

—Oh. —Sonríe de oreja a oreja.

—Serías un malabarista fantástico.

Hace un gesto hacia sus piernas.

—No necesitaría zancos, eso seguro.

Me doy cuenta de que quiere que le formule la pregunta que tantas veces me ha rondado la cabeza, pero dudo.

—Espero que no te parezca que soy maleducada, pero...

—Entonces seguro que lo eres.

Me está provocando, así que sigo.

—¿Cuánto mides?

—Vaya, la pregunta de la altura... —Cricket se frota las palmas. Hoy lleva una ecuación matemática escrita—. Metro noventa y cinco. —Sonríe de oreja a oreja otra vez—. Sin contar el pelo.

Me río.

—Y, como estoy delgado, parezco todavía más alto.

—Los pantalones ajustados también contribuyen —añado.

Cricket se queda tan sorprendido que casi se atraganta.

MADRE MÍA, ¿CÓMO SE ME OCURRE DECIRLE ESO?

Andy reaparece, le da una palmadita en la espalda, y nos enfrascamos en la agradecida distracción de cargar el resto de los pasteles en el coche. Me subo en el asiento trasero para controlar que no se caigan. Cricket entra después de mí y, aunque no tiene por qué estar ahí, parece natural que venga a realizar la entrega. El tráfico en nuestro barrio es lento, pero Andy aprieta el acelerador hasta llegar a Russian Hill. Dejamos atrás las vistas de Alcatraz y los tranvías para llegar a una de las zonas que cuenta con las propiedades más caras.

Conseguimos aparcar al pie del famoso trecho de Lombard Street, la empinada colina con curvas en zigzag conocida como «La calle más torcida de Estados Unidos». La estrecha y serpenteante carretera está adoquinada con ladrillos rojos y rodeada de flores de vivos colores. Cogemos los pasteles —me quedo muy sorprendida al ver que Andy los coloca casi todos en los brazos de Cricket, confiando en él— y corremos para realizar la entrega, dos manzanas más allá.

—Llegas diez minutos tarde, Pastelero. —Una severa mujer, con el pelo echado hacia atrás, nos abre la puerta—. Ponlas aquí. Límpiame los pies —le dice a Cricket cuando éste pasa por el umbral de la puerta, cegado por las cajas de pasteles.

Se da la vuelta, se limpia las suelas y entra.

—Están sucios —le replica—. Vuelve a limpiártelos.

Me quedo mirando su alfombra. Cricket no tiene los zapatos sucios. Repite el proceso una vez más, y al fin podemos dejar las tartas en el comedor, junto a un surtido de decantadores de cristal. La mujer nos fulmina a Cricket y a mí con la mirada, como si no le gustara lo que ve: que unos adolescentes tengan algo que ver con su cena. Nos quedamos callados, en un incómodo silencio,

mientras le extiende un cheque a Andy, quien lo dobla y se lo coloca en el bolsillo trasero.

—Gracias. —Andy mira en nuestra dirección antes de seguir—. Y no me llame nunca más. No es una clienta bienvenida.

Dicho lo cual, se marcha.

La mujer, sorprendida, no oculta su rabia. A Cricket, las cejas se le han disparado hacia arriba y casi le ocupan la frente. A mí me cuesta contener la risa al pasar junto a ella y salir por la puerta.

—Bruja —añade Andy cuando llegamos hasta él—. Os habéis matado ayudándome por esta arpía.

Cricket se mira.

—Tendría que haberme tapado los tatuajes pandilleros.

—Desde luego, yo no te habría dejado entrar en mi casa —replica Andy.

Me duele la tripa de reírme tanto.

—Por cierto, hablando de apariencias. —Cricket se vuelve para mirarme—. Ya casi me había olvidado de cómo eres.

La risa se me queda petrificada en los labios. Cuando Andy me despertó por la mañana, no tuve tiempo de nada, así que me puse unos tejanos y una camiseta negra lisa, de Max. No me he maquillado y llevo el pelo suelto. Hoy no esperaba ver a nadie más, excepto a mis padres.

—Oh. —Cruzo los brazos—. Ya. Pues sí, ésta soy yo.

—Ver a Lola al natural no es algo que pase todos los días —añade Andy.

—Sí, lo sé —responde Cricket—. No he visto a la Lola de verdad desde la primera noche que regresé a casa.

—Me gusta ser diferente.

—Y a mí me gusta eso de ti —afirma Cricket—, pero me gusta más tu yo real.

Estoy demasiado cohibida para contestar. La vuelta a casa en coche me resulta insoportable. Andy y Cricket hablan mientras yo me dedico a mirar por la ventana y a intentar no pensar en el chico que tengo a mi lado. Su cuerpo ocupa tanto espacio, con esos brazos y esas piernas tan largas... Tiene que estar encorvado para no darse con la cabeza contra el techo, aunque el pelo sí lo roza.

Me pego todavía más a la ventana.

Cuando llegamos a casa, un dulce olor a pastel recién hecho nos da la bienvenida, así como una contentísima Heavens to Betsy. Me lanzo hacia ella y la rodeo con los brazos. Disfruto de su olor perruno. Es más seguro que me centre en Betsy. Cricket se ofrece para ayudar con los platos, pero Andy se niega en redondo mientras va a buscar la cartera.

—Ya nos has ayudado demasiado por hoy.

Cricket se sorprende.

—Pero no os he ayudado por eso...

Andy sostiene algunos billetes de veinte dólares.

—Anda, coge algo, por favor.

Pero Cricket se lleva las manos a los bolsillos.

—Tendría que marcharme a casa ya. Sólo vine para traer el paquete. —Señala la caja, dirigida a mí, con un gesto rápido de la cabeza. Todavía sigue en el suelo, fuera de la cocina.

El pánico se dibuja en el rostro de Andy.

—¿Has avisado a tus padres? ¿Sabes dónde estás?

—Ah, no pasa nada. Hoy tenían mucho lío con Cal, seguro que ni se han dado cuenta de que me he ido.

Pero Andy sigue intranquilo. Hay algo que lo reconcome.

—Bueno, nos vemos. —Cricket pone una mano en el pomo.

Andy da un paso adelante.

—¿Te gustaría venir con nosotros al Parque Nacional de Muir Woods el domingo que viene? Vamos a pasar un día familiar, y me encantaría que vinieras. Es lo menos que puedo hacer.

¿Muir Woods? ¿Un día familiar? Pero ¿qué narices está diciendo?

—Esto... —Cricket me mira, nervioso—. Vale.

—¡Genial! —exclama Andy, que se emociona y empieza a hablar de cestas de picnic y bocadillos de aguacate. Tengo la cabeza como un bombo. No sólo es la primera vez que oigo hablar de esta excursión, sino que además... está Max.

—¿Y qué pasa con el *brunch* de cada domingo? —interrumpo. Betsy se retuerce entre mis brazos al notar que la aprieto con más fuerza.

Andy se vuelve hacia mí.

—El de mañana sigue en pie.

—No, me refiero al del domingo que viene.

—¡Oh! —exclama Andy, como si no se le hubiera pasado por la cabeza—. Bueno, pues tendremos que dejarlo para la siguiente semana.

Sigo atónita cuando se despiden y Cricket se marcha. Mis padres NUNCA le dirían a Max que viniera con nosotros de excursión. Y Max es mi NOVIO. Y Cricket... ¡no sé quién se supone que es Cricket! ¿Cómo se lo voy a explicar a Max? No puedo decirle «mira, que me voy por ahí con Cricket Bell». Abro la boca para decir algo, pero estoy demasiado rabiosa y no me salen las palabras.

Andy cierra la puerta y suspira.

—¿Por qué no sales con un chico como éste?

Capítulo 12

—¿Andy te ha dicho eso? —pregunta Lindsey—. ¡Uf! Qué mala pinta tiene esto.

—Ya lo sé. Como si fuera a salir con él sólo porque lo diga mi padre.

—Como si fueras a salir con él, y punto.

—Sí, eso quiero decir.

Se hace un silencio al otro lado del teléfono.

—Lola Nolan, haz el favor de decirme que no estás empezando a ver a Cricket Bell con otros ojos...

—¡Pues claro que no! —Y es verdad. Totalmente cierto.

—Porque te rompió el corazón. Nos pasamos dos años odiándolo. ¿Te acuerdas de la carta de dieciséis páginas que enterraste en mi patio? ¿Y del día que lanzamos el tapón rosa desde el puente de la Bahía?

Claro que me acuerdo.

—¿Y qué pasa con tu novio? ¿Te acuerdas de Max?

Le frunzo el ceño a la foto de Max que tengo al lado de la cama, y él me devuelve el gesto.

—Claro, el novio que va a dejarme para marcharse de gira.

—Que no va a dejarte... ¿Quieres parar de ponerte dramática, Ned?

No estoy de acuerdo con mi amiga. Esta mañana, durante el *brunch*, Max ha anunciado que Johnny les ha conseguido una actuación en el sur de California. Es un milagro que justo sea el próximo sábado por la noche: no habría podido venir al *brunch* de todos modos. Así que no he tenido que inventarme ninguna excusa para cancelarlo.

—No tengo ganas de hablar más de chicos —le digo—. ¿Por qué no volvemos a hablar de *Alias*?

Sólo hay un tipo de programa de televisión que nos gusta a las dos: el que muestra a gente disfrazada o caracterizada que soluciona delitos. *Alias*, *Criando malvas*, *Dollhouse*, *Los ángeles de Charlie* y *Los vengadores* son nuestras series favoritas. A mi amiga le parece perfecto, así que no hablamos de chicos en toda la semana. Pero, aun así, no me los quito de la cabeza.

Mi novio. Cricket. Mi novio. Cricket.

¿Cómo ha podido Andy ponerme en esta situación? ¿Cómo se le ocurre organizar una salida familiar así, de repente? Además, estoy frustrada porque, desde que los Bell se mudaron a la casa de al lado, cada evento importante tiene lugar el fin de semana. Siempre se me habían hecho largos los días de clase, pero jamás como ahora. Parece que el viernes no llega nunca.

En cuanto al trabajo... es horrible. Ya no sé cuántas entradas he dado mal, cuántas bebidas se me han derramado ni cuántas veces he entrado a barrer la sala que no correspondía. Anna, mi supervisora y alguien a quien estoy empezando a ver como una amiga, que siempre se lo toma todo con tranquilidad, pierde la paciencia conmigo el sábado, cuando vuelvo veinte minutos tarde de mi pausa para comer.

—¿Se puede saber dónde estabas? ¡Estamos a tope y me has dejado sola! —
Mueve la cabeza hacia el vestíbulo, que está abarrotado, mientras le devuelve el cambio a un cliente y le saca la entrada al siguiente.

—Perdona, he perdido la noción del tiempo. Mañana mis padres han organizado...

—Ayer hiciste lo mismo. Me dejaste aquí sola. Había unas sesenta personas en la cola (con unos pelos horribles, por cierto), mogollón de niños gritones, y encima una mujer va y me deja todas las babas en el cristal al toser. Y seguro que lo hizo aposta, y...

—Lo siento mucho, Anna.

Levanta la palma de la mano, frustrada, como diciendo que no quiere saber nada más, y me siento fatal. Me he ido a un café turco para tomarme algo que me animara, en la misma manzana, y me he quedado ensimismada en mis pensamientos. Pero no estoy más animada. Cuando acaba mi turno y Andy me trae de vuelta, no hay luz en casa de los Bell. ¿Habrá venido Cricket este fin de semana? Las cortinas están exactamente en la misma posición. Si no aparece mañana... ¿estaré contenta o decepcionada?

Pienso en lo que voy a ponerme mañana. Si de verdad vamos a ir de excursión, tengo que estar mejor que la última vez que lo vi, aunque tampoco quiero parecer interesada. No quiero darle ánimos. Elijo una camisa de cuadros blancos y rojos (mona) y unos tejanos (aburridísimos). Pero por la mañana decido que el conjunto es bastante penoso y me cambio dos veces de camisa y tres de pantalones.

Me decido por un vestido también de cuadros rojos y blancos atado al cuello que me hice, por cierto, con un mantel de pícnic que usamos el pasado 4 de julio. Me pinto los labios de rojo y le añado al *look* unos pendientes con forma de hormigas. Me pongo las botas militares de plataforma porque sé que nos tocará caminar. Es el calzado más deportivo que tengo. Paso una mano por el vestido para alisarlo, pongo la espalda recta y desfilo escaleras abajo.

Y no hay nadie.

—¿Hola?

Nadie me responde.

Bajo los hombros.

—¿Para qué narices tenemos una escalera si no hay nadie abajo que vea mi entrada triunfal?

Detrás de mí oigo un «hola» entrecortado.

Me doy la vuelta y veo a Cricket. Está sentado en mi cocina y, no sé por qué, al verlo yo también siento que se me entrecorta la respiración.

—No... no sabía que estabas en casa.

Cricket se pone de pie y casi tira la silla al suelo en un momento de rara torpeza.

—Me estaba tomando un té. Tus padres están cargando el maletero. Te daban tres minutos más. —Mira su reloj—. Te quedaban treinta segundos.

—Oh.

—Tu entrada no ha estado nada mal.

Nathan irrumpe en la cocina.

—¡Aquí estás! ¡Y con veinte segundos de más! —Me da un abrazo, pero de inmediato se aparta y me mira de arriba abajo—. Pensaba que te habíamos dejado claro que íbamos a explorar la naturaleza...

—Ja, ja...

—¿Qué haces con un vestido? ¿Y esas botas? ¿No crees que tendrías que ponerte algo un poco menos...

—No vale la pena gastar saliva. —Aparece Andy—. Vámonos.

Lo sigo para evitar que Nathan continúe con sus comentarios. Cricket camina detrás de mí, a unos pasos, creo que para respetar mi espacio.

¿Estará mirándome el trasero?

¿Por qué he tenido que pensar eso? Seguro que tengo el culo ENORME. Quizá me mira las piernas. ¿Es eso mejor? ¿O peor? ¿Quiero que me mire? Me cojo el borde del vestido al entrar en el coche y me arrastro a mi sitio. Seguro que está mirándome el trasero. No puede ser de otro modo: es enorme y lo tiene

justo delante. Es gigantesco.

No. Me estoy volviendo paranoica.

Lo miro y él me sonríe mientras se pone el cinturón. Siento calor en las mejillas.

PERO  QU  NARICES ME PASA?

Como de costumbre, habla con total naturalidad con mis padres. Cuanto más relajados est n ellos, más inquieta estoy yo. Casi hemos llegado al Golden Gate, por lo que debemos de llevar unos...  quinze minutos?  C mo puede ser!

—Lola, hija, est s muy callada —comenta Nathan—.  Est s bien?

— Est s mareada? —pregunta Andy—. Hace años que no te pasa, pero puede ser...

— C MO VOY A ESTAR MAREADA SI NI SIQUIERA HEMOS SALIDO DE LA CIUDAD?

Todos se quedan en silencio, sorprendidos.

—Quizá sí sea eso —miento—. Perdón, me duele... la cabeza también. —No puedo creer que haya gritado eso delante de Cricket.

«Respira hondo.» Me coloco bien el vestido, pero la tela se me pega a la pierna y le enseño sin querer el muslo a Cricket. Esta vez, lo pillo mirándome. Juguetea con las pulseras y las gomas elásticas. Nuestros ojos se encuentran.

Una goma sale disparada por los aires en dirección al parabrisas.

Nathan y Andy se vuelven de golpe, asustados, pero estallan en risas al ver lo que ha pasado.

Cricket se encoge en el asiento.

— Perd n! Lo siento.

Es raro, pero me alivia saber que no soy la única que est  de los nervios.

Capítulo 13

Hacia años que no iba al Parque Nacional de Muir Woods, pero todavía me hace sentir que estoy en un cuento de hadas. Es un bosque encantado, eso seguro. Entre los árboles se esconden malvados duendecillos agrestes, setas de cabeza roja moteada de puntitos blancos y hadas que tientan a los mortales con deliciosas frutas. Las secuoyas me dan tanta paz interior como la luna. Parecen tan antiguas como ella. Primitivas, hermosas y sabias.

Y ahora mismo necesito esa paz.

He estado inquieta el resto del viaje, pero por lo menos éste ha pasado rápido. El Parque Natural está a sólo cuarenta minutos en coche de casa. Después de caminar un rato por el sendero, nos separamos. Por una parte se van Nathan y Andy, y por la otra, Cricket y yo. Nos reuniremos en el coche en unas horas y, como no se trata de Max, mis padres no me piden que los llame todo el rato. Si no conociera a mis padres, pensaría que están intentando emparejarnos a Cricket y a mí.

Un momento. ¿Será que están intentando emparejarnos?

No puede ser, saben que tengo novio. Y que yo salga con chicos es algo que Nathan no puede soportar. Supongo que verán a Cricket como al amigo de confianza que es, ¿no?

—¿Puedo comerme esto delante de ti? —Cricket parece dudar.

Estamos sentados al lado del arroyo que atraviesa el parque, con la mitad del mantel desplegado. Sostiene el bocadillo que Andy le ha preparado. Es de salmón ahumado con queso y aguacate.

—Pues claro, ¿por qué no ibas a poder?

Señala mi rollito de *hummus*.

—Todavía eres vegetariana, ¿no?

—Sí, pero no me molesta que los demás coman carne. No puedo imaginarme a mí misma comiendo carne, simplemente. —Me quedo callada un instante—. Pero gracias por preguntármelo. La mayoría nunca lo hace.

Cricket se vuelve hacia el arroyo y estira las piernas. Lleva unos pantalones bastante gastados: las rayas empiezan a difuminarse y los dobladillos están deshilachados. Su atuendo es adecuado para una excursión a la naturaleza, teniendo en cuenta su vestuario, pero aun así la elección es muy personal.

Dios mío, qué buen gusto tiene para vestir.

—Es que no quiero ofenderte. —Deja el bocadillo en el mantel y se pone a jugar con las semillas del panecillo—. Más de lo que ya lo he hecho, quiero decir.

Se me forma un nudo en la garganta.

—Cricket, tú nunca me has ofendido.

—Pero te hice daño. —Su voz pierde intensidad—. Ojalá nunca lo hubiera hecho.

Las palabras me salen de los labios antes de que pueda impedirlo.

—Estábamos tan bien juntos, y de repente pasaste de mí. Me sentí como una idiota. No entiendo lo que ocurrió.

Cricket deja de lanzar las semillas al aire.

—Lola, tengo que explicarte algo.

Mi corazón se acelera tan rápido que me duele.

—¿Qué pasa?

Cricket se gira hacia mí con todo el cuerpo.

—Cuando hablamos por la ventana esa última noche —me confiesa—, yo sabía que algo iba mal. Veía que estabas dolida, y pensaba que quien debía estar dolido era yo. Pero estaba tan alterado por la mudanza que tardé semanas en encajar las piezas.

Me aparto. ¿Por qué tenía que estar dolido? Si fue él quien se alejó de mí.

—Mi hermana mintió. No supe nada de la fiesta hasta que llegamos a casa y un montón de gente salió de la nada para felicitar me. Cal me dijo que te había invitado y que tú le habías dicho que no. Yo la creí. No fue hasta más tarde cuando me di cuenta de que estabas enfadada porque no te había dicho nada.

La rabia empieza a apoderarse de mí.

—¿Por qué haría una cosa así?

—Ella eludió la pregunta, pero está claro, ¿no? Me dijo que intentaba hacer algo especial para mí; que preparó una fiesta para mí; no para ella o para los dos. A veces... mi familia no me presta demasiada atención. Pero lo hizo por miedo, porque pensaba que me estaba perdiendo.

—Quieres decir que lo hizo para fastidiar, porque es una bruja. —Mi propia rabia me sorprende.

—Ya sé que eso es lo que parece, pero no lo es. Y sí que lo es a la vez. —Niega

con la cabeza—. Es difícil de entender, pero durante mucho tiempo hemos estado siempre los dos juntos. Su carrera no le dejaba tiempo para tener una vida más allá de la competición, y tenía miedo de quedarse sola. Y yo soy igual de culpable: permitía que se saliera con la suya cuando actuaba así, porque ella era todo lo que tenía.

«No. Eso no es verdad.»

Se mira las manos. La palabra que tenía allí escrita está tachada. Ahora es sólo un cuadrado negro.

—Lola, tú eras la única persona a la que yo quería ver esa noche. Estaba loco por ti, pero no sabía qué hacer. Estaba paralizado. Quise cogerte la mano tantas veces, pero... no podía. Ese gesto tan pequeño se me hacía una montaña.

Ahora yo también me estoy mirando las manos.

—Yo te habría dejado.

—Lo sé. —Y la voz se le quiebra.

—Tenía un regalo para ti...

—Y seguro que me habría encantado. Fuera lo que fuera. —Su tono es desconsolado y hace que se me rompa el corazón—. Yo también tenía algo para ti.

—¿El día de tu cumpleaños?

Es algo tan propio de Cricket... Siento otra dolorosa punzada en el corazón.

—Creé un mecanismo que recorría la distancia entre nuestras ventanas; pensé que podíamos usarlo para enviarnos cartas o regalos. O lo que quisiéramos. Ahora parece una tontería, ya lo sé. Algo que inventaría un niño...

«No. No es ninguna tontería.»

—Tenía que haberlo tenido listo el día de tu cumpleaños, pero quería que fuera perfecto. Por lo menos eso es lo que me dije a mí mismo entonces. Pero lo estropeé todo.

Arranco el borde de mi rollito de *hummus*.

—Calliope fue la que lo estropeó todo.

—No. Ella lo habría aceptado si yo le hubiera dicho lo que sentía por ti. Pero no lo hice; ni siquiera cuando supe que nos mudábamos...

—¿Sabías que ibais a mudaros? —Estoy aturdida. Esta información, no sé por

qué, me resulta más difícil de aceptar que la traición de Calliope. ¿Cómo pudo ocultármelo?

—No podía decírtelo. —Su cuerpo se retuerce, triste—. Pensaba que te cansarías de mí. Y deseaba que al final lo de la mudanza no fuera verdad. Pero me lo confirmaron esa misma noche.

Espera a que lo mire, cosa que hago. La tristeza y la confusión me superan. Soy incapaz de asimilar nada más. No quiero que me diga nada más, pero él sigue hablando:

—Sólo te lo diré una vez más y seré claro para que no haya lugar a equívocos. —Su mirada se vuelve intensa, profunda—. Me gustas. Siempre me has gustado. Estaría mal que apareciera de nuevo en tu vida y fingiera que no es así.

Me he puesto a llorar.

—Cricket... tengo novio.

—Ya lo sé. Qué mierda.

Esa respuesta me sorprende, y ahogo una carcajada. Cricket me pasa una servilleta para que me suene la nariz.

—Lo siento —me dice—. ¿He hecho mal en decírtelo?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

Somos capaces de reírnos mientras me seco las lágrimas, negras por el rímel, pero luego seguimos comiendo en un silencio mortificante. La distancia que nos separa parece menguar, y luego aumentar, y menguar. Estamos demasiado cerca y demasiado lejos a la vez. Bajo las copas de los árboles, la temperatura es más cálida de lo que debiera. Siento un martilleo en la cabeza. «Siempre me has gustado.» ¿Cómo habría sido mi vida si lo hubiera sabido?

Él se habría marchado de todos modos.

«Siempre me has gustado, siempre me has gustado, siempre me has gustado.»

Pero quizás habríamos mantenido el contacto. Quizás incluso estaríamos juntos ahora. O tal vez yo hubiera perdido el interés por él. ¿Estoy obsesionada con Cricket por nuestro traumático pasado? ¿Porque fue mi primer flechazo? ¿O hay algo más?

Se pasa una manzana por el brazo para limpiar la piel. Hadas. Tentación.

—¿Te acuerdas del día que te hice el ascensor? —me pregunta de repente.

Le dedico una tenue sonrisa.

—¿Cómo iba a olvidarlo?

—Ese día me diste mi primer beso.

Mi sonrisa se desvanece.

—Ahora se me da mejor. —Coloca la manzana a mi lado—. Besar, quiero decir. Sólo te lo digo para que lo sepas si...

—Cricket...

Me aguanta la mirada. Su sonrisa es triste.

—No voy a intentarlo. Puedes confiar en mí.

Trato de no llorar por segunda vez.

—Ya lo sé.

A pesar de la complicación que supone saber que entonces yo le gustaba, que sigo gustándole ahora y que nunca quiso hacerme daño a propósito, la neblina que nos envolvía en el bosque se desvanece. El aire se vuelve claro. ¿Soy así de egoísta? ¿Necesitaba sentirme deseada? Pero cuando lo observo en el trayecto de vuelta a casa... no puedo evitar fijarme en sus ojos.

Esos ojos azules tienen algo.

Son de ese color azul que te sobresalta cada vez que miran en tu dirección. De ese azul que hace que te mueras de ganas de que te miren otra vez. No son de un color azul verdoso ni azul grisáceo, sino azules. De ese tipo de azul que sólo es azul.

Así son los ojos de Cricket.

Y su risa. No recordaba que tenía una risa tan fácil. Los cuatro estamos riéndonos de una tontería, de esa manera en que uno se ríe cuando está cansadísimo. Cricket cuenta un chiste y se vuelve hacia mí para ver si me estoy riendo. Es muy gracioso y quiero que lo sepa, y quiero que sepa también que me alegro de que seamos amigos, y quiero que sepa que es la persona con el corazón más grande de todas las que conozco. Y quiero ponerle una mano sobre el pecho para sentir cómo le late el corazón, para comprobar que está aquí, conmigo.

Pero no podemos tocarnos.

Todos vuelven a reírse, y no estoy segura del porqué. Cricket espera mi reacción, y no puedo evitar reírme. Se le iluminan los ojos. Tengo que bajar los míos, porque no puedo dejar de sonreír. Veo que mis padres nos miran por el espejo retrovisor. Tienen una sonrisa diferente de la nuestra, como si supieran un secreto que nosotros desconocemos.

Pero se equivocan. Yo sé cuál es el secreto.

Bajo los párpados, que me pesan como nunca. Sueño que alargo el brazo y le toco la mano. Sólo una mano. Él la estrecha, muy despacio, contra la mía. El contacto de su piel con la mía me deja sin aliento. Nunca he sentido nada así.

No me despierto hasta que oigo su voz.

—¿Quién es? —pregunta con voz soñolienta.

Hay quien dice que sabe cuándo va a pasar algo malo justo antes de que ocurra. Siento pánico al oír esa pregunta, aunque no sé por qué. Su tono era de lo más inocente. Quizá sea por el silencio que se produce en los asientos delanteros del coche. Abro los ojos justo cuando éste se para delante de casa. Y descubro que el temor que siento en el estómago está más que fundado. No falla.

Porque en el porche está mi madre biológica, medio inconsciente.

Capítulo 14

Norah está en los huesos. No la había visto desde hacía meses. No sé cómo ha ocurrido, pero ha perdido más peso. Siempre ha sido un pellejo y ahora, al verla así, apoyada contra la barandilla del porche y con el jersey hecho una bola a modo de almohada para descansar la cabeza, me parece un montoncito de huesos cubiertos con andrajos *hippiosos*.

¿Se ha quedado dormida o es que ha vuelto a beber?

Me pongo roja de la vergüenza. «Ésa es mi madre.» No quiero que Cricket la reconozca, aunque es obvio que sabe quién es. Nathan está muy tenso. Aparca el coche en la entrada y apaga el motor. No sale nadie. Andy suelta una palabrota entre dientes.

—No podemos dejarla aquí —dice cuando ha transcurrido un minuto.

Nathan sale del coche y Andy lo sigue. Me vuelvo para ver cómo le dan un toquecito para que se despierte. Ella reacciona de inmediato. Exhalo. Hasta ese momento no me doy cuenta de que he estado conteniendo la respiración. Al salir del coche, me ahoga una vaharada de olor corporal. Cricket está a mi lado y me habla, pero sus palabras no alcanzan mis oídos.

Porque ésa es mi madre.

Huele fatal.

Y está en mi porche.

Esquivo a Cricket y subo a toda prisa las escaleras, dejando atrás a Norah y a mis padres.

—Me quedé dormida esperándoos —les dice, brusca—. No estoy borracha, sólo me he quedado sin casa.

Pero yo únicamente puedo ver la llave que tengo en la mano, la llave que coloco en la cerradura. Mis pies me llevan al dormitorio. Me derrumbo en la cama, pero una voz me dice algo de una cortina, me repite sin cesar algo sobre una cortina, así que me pongo de pie para abrirla y después vuelvo a la cama. Los oigo hablar en la sala de estar.

—¿Dieciocho meses?! —exclama Nathan—. Me dijiste que habían pasado doce desde la última vez que pagaste el alquiler. ¿Qué quieres que haga yo...?

—¡NO TE ESTOY PIDIENDO AYUDA, SÓLO QUE ME DEJES QUEDARME AQUÍ UNOS DÍAS!

«Seguro que todo el vecindario lo ha oído.» Pasan nueve interminables minutos hasta que baja la voz. Miro el reloj del teléfono.

Lindsey me llama. Me quedo mirando el nombre en la pantalla, pero no respondo.

De pequeña, pensaba que mis padres eran dos buenos amigos que habían decidido vivir juntos. Yo quería vivir con Lindsey cuando me hiciera mayor. Tardé un poco en entender que la situación era en realidad más complicada; pero, cuando lo hice, nada cambió.

Mis padres eran mis padres. Se querían y me querían a mí.

Pero siempre he tenido ese pensamiento oculto en algún lugar remoto de la cabeza.

Nathan y Andy me querían, y yo los quería a ellos. Pero ¿por qué Norah no me quería a mí? Sé que no estaba en condiciones de cuidarme, pero ¿por qué no era yo una razón de peso para que lo intentara? ¿Y por qué no somos los tres, su familia, una razón suficiente para que lo intente ahora? Puede que ya no viva en la calle, pero... Bueno, quizás esta vez sí acabe en la calle. ¿Por qué es tan difícil para ella comportarse como una adulta?

El móvil vibra. Lindsey me ha mandado un mensaje:

«Me he enterado. ¿Puedo hacer algo? Besos.»

¿Se ha enterado? Se me cae el alma a los pies. ¿Cuánto tiempo llevaba Norah en el porche? ¿Cuánta gente la habrá visto? Imagino lo que dirán mis compañeros de clase cuando sepan que tengo el fracaso grabado a fuego en la mitad de mi ADN. «Claro, ahora lo entiendo todo», dirán. «Eso explica que esté como un cencerro. Su madre debía de estar borrachísima mientras llevaba a Lola en el vientre.» Pero no es verdad. No soy un producto parcial de un fracaso vital. Soy producto del fracaso al cien por cien. Fui creada a partir de basura callejera.

Andy llama a mi puerta.

—¿Lo? ¿Puedo pasar?

No le contesto.

Vuelve a preguntármelo y, como ve que no digo nada, me avisa:

—Voy a entrar. —La puerta se abre—. Ay, cielo —me dice con la voz rota. Se sienta en el borde de la cama, me pasa una mano por la espalda y rompo a llorar. Me atrae hacia él y me abraza, y me siento pequeña e indefensa y le lleno la manga de lágrimas.

—Me avergüenza tanto... La odio.

Me abraza más fuerte.

—A veces yo también.

—¿Qué pasará?

—Se quedará unos días.

Me aparto.

—¿Cuánto tiempo? —Le he dejado un charco rojizo en el hombro, por la sombra de ojos. Intento limpiarlo, pero él me coge la mano con cariño. Ahora no importa la camisa.

—Sólo una semana o dos. Hasta que le encontremos un apartamento.

Me quedo mirando las yemas de los dedos, rojas, y me da rabia que Norah haya conseguido que llore una vez más. Me da rabia que esté en mi casa.

—A ella no le importamos nada. Sólo está aquí porque no tenía otra alternativa.

Andy suspira.

—Entonces a nosotros no nos queda otra alternativa que ayudarla, ¿no crees?

Oscurece. Llamo a Lindsey.

—¡Menos mal! Cricket me llamó hace dos horas, ¡estaba muy preocupada! ¿Cómo estás? ¿Quieres que vaya a verte? ¿Prefieres venir tú? ¿Se ha liado una gorda en casa?

La cabeza va a estallarme.

—¿Cómo? ¿Que Cricket te lo ha contado?

—Estaba preocupado. Y yo también.

—¿Cricket te lo ha contado?

—Llamó al restaurante y les dio su número a mis padres, y les dejó el recado de que me llamaran. Les dijo que era una emergencia.

Agarro el teléfono con más fuerza.

—Entonces ¿no la has visto? ¿Ni la has oído? ¿Tampoco te lo ha contado nadie?

Lindsey se da cuenta de cuál es el problema. Suaviza el tono de voz.

—No, nadie del barrio me ha dicho nada. Y creo que nadie la ha visto.

Esa frase me tranquiliza. Ahora ya puedo dejar que la tristeza y la frustración vuelvan a apoderarse de mí. Después de un minuto de silencio, Lindsey me pregunta si quiero quedarme en su casa.

—No —le respondo—, pero puede que mañana sí.

—¿Estaba...?

Es muy fácil adivinar cómo acaba la pregunta.

—No estaba ni borracha ni drogada. Era simplemente Norah.

—Bueno —responde—, por lo menos...

Pero es humillante que haya tenido que preguntarlo. Oigo un pitido en la línea: Max.

—Tengo que colgar. —Cambio de llamada, preocupada. Se me pasa por la cabeza la imagen de mi novio, en el *brunch*, con Norah. Seguro que esta novedad pondrá todavía más presión sobre nuestra relación. ¿Qué pensará de ella? ¿Cambiará su opinión de mí? Y... ¿qué pasa si reconoce algo de mí en Norah?

—Te he echado de menos —me dice—. ¿Vendrás esta noche a vernos tocar?

Lo había olvidado. Estaba tan obsesionada con que tocaban la noche anterior que no recordé que volverían a tocar aquí esta noche.

—Ay, no lo creo. —Siento que las lágrimas empiezan a asomarse a mis ojos. «No, no, no llores más. Ya has llorado suficiente hoy.»

Casi lo oigo sentarse.

—¿Qué pasa?

—Norah está en casa. Va a quedarse con nosotros.

Se hace el silencio. Hasta que añade:

—Jooooder. Lo siento mucho.

—Gracias, yo también —añado.

Suelta un resoplido de rabia, y me sorprende lo mucho que se enfada cuando le cuento toda la historia.

—¿Y espera que vosotros la saquéis del aprieto?

Me giro en la cama para colocarme de lado.

—Como siempre...

—Me parece una locura que tus padres dejen que se aproveche de ellos otra vez.

He tenido ese pensamiento muchas veces a lo largo de los años, pero todavía no sé si es del todo verdad. ¿Son ellos (especialmente Nathan) quienes se lo permiten? ¿O Norah estaría mucho más perdida sin ellos?

—No lo sé —le digo—. No tiene a nadie más.

—Escúchate a ti misma. Estás defendiéndolos. Si yo fuera tú, estaría enfadadísimo. ¡No soy tú y ya lo estoy!

Su rabia alienta la mía. Ahora me resulta más fácil hablar del tema; de cualquier cosa, en realidad. Seguimos al teléfono una hora más hasta que tiene que cargar los instrumentos en la furgoneta para el concierto.

—¿Quieres que pase a buscarte? —me pregunta.

Le digo que sí.

Me visto con una rabia que no sentía en años. Encuentro un vestido negro de gasa que tenía arrinconado en el armario y que nunca me ha gustado demasiado y, de un tirón, le arranco el dobladillo para que sea más corto. Elijo para maquillarme el naranja y el amarillo. Me pongo una peluca roja. Y botas de cordones hasta las rodillas.

Esta noche soy el fuego.

Bajo las escaleras hecha una furia. Mis padres hablan en voz baja en la cocina. No tengo ni idea de dónde está Norah ni me importa. Abro la puerta de la entrada con un gesto enérgico y alguien me grita un «¡Oye!», pero yo ya casi he llegado a la acera. ¿Dónde está Max? ¿Dónde se ha metido?

—¡Dolores Nolan, ya estás dando media vuelta! —exclama Nathan desde el umbral de la puerta.

Andy está detrás de él.

—¿Adónde crees que vas?

—¡Me voy al concierto de Max!

—Tú no vas a ninguna parte vestida así —me dice Nathan.

Una furgoneta blanca gira la esquina y acelera colina arriba. Andy suelta un exabrupto. Mis padres se bloquean el paso al querer salir por la puerta a la vez. La furgoneta se detiene. Johnny Ocampo abre la puerta corredera.

—¡Ni se te ocurra subirte a esa furgoneta! —grita Nathan.

Le doy la mano a Johnny. Éste tira de mí para meterme dentro y cierra la puerta. Aterrizo en un soporte para platillos de la batería cuando la furgoneta acelera y grito de dolor. Max suelta una ristra de palabrotas al ver el reguero de sangre que me recorre el brazo. La furgoneta se para bruscamente mientras él se acerca a mí para comprobar que estoy bien.

—¡No pasa nada, estoy bien! ¡Vámonos!

Miro por la ventana y veo a mis padres en la acera. Se han quedado de piedra, atónitos. Y detrás de ellos, sentados en los escalones de la casa victoriana de color lavanda, como si llevaran allí mucho tiempo, están Cricket y Calliope Bell.

La furgoneta se aleja con un rugido del motor.

Capítulo 15

No tendría que haber venido.

Tardan muchísimo en colocar los instrumentos, y todo ese rato lo paso sola. No me he traído el teléfono, por lo que no puedo llamar a Lindsey. El local es frío, poco acogedor. Me he limpiado la sangre del brazo en el baño. Sólo ha sido un rasguño. Estoy intranquila. Y me siento estúpida. Mis padres estarán furiosos, Norah seguirá en mi casa y los gemelos habrán sido testigos de otro de mis ramalazos. Cuando recuerdo la expresión de sus rostros, deseo que me trague la tierra: el desdén de Calliope, el dolor de Cricket, la sorpresa de mis padres.

Me he metido en un buen lío.

Como siempre, acabo pensando en Cricket Bell. Los recuerdos de Muir Woods parecen tan lejanos... Recuerdo lo que sentí, pero ya no puedo recordar cómo fue.

—¿Lola?

¿QUIÉN ES? ¿A quién han enviado mis padres? Casi me sorprende que no hayan venido ellos...

—Ya nos parecía que eras tú. —Es Anna.

—A veces es difícil reconocerte. —Y St. Clair.

Van de la mano y sonríen. Me siento tan aliviada al verlos que me dejo caer contra el muro de ladrillo del local.

—Madre mía, menos mal que sois vosotros.

—¿Estás borracha? —me pregunta ella.

Me pongo recta y levanto la barbilla.

—¡Pues claro que no! ¿Qué hacéis aquí?

—Hemos venido a ver el concierto del grupo de Max —responde despacio St. Clair.

—Porque nos invitaste la semana pasada —añade Anna—. ¿No te acuerdas?

No me acordaba. Estaba tan preocupada por la gira de Max y por la excursión con Cricket que podría haber invitado a un autobús lleno de *drag queens* y se me habría olvidado.

—¡Pues claro que me acuerdo! Gracias por venir —les digo, distraída.

No se lo tragan. Y entonces decido contarles la historia de mis padres biológicos.

—Lo siento, Lola. No tenía ni idea. —Anna se aprieta el colgante en forma de plátano que lleva en el collar, como si fuera un talismán.

—No lo saben demasiadas personas.

—Entonces ¿Cricket estaba contigo cuando os la encontrasteis en el porche?
—inquieta St. Clair.

Esa pregunta capta toda mi atención. Había dejado a Cricket fuera del relato a propósito. Lo miro, suspicaz.

—¿Cómo lo sabes?

St. Clair se encoge de hombros, pero parece arrepentirse de lo que acaba de decir.

—Bueno... algo me dijo de que iba de excursión contigo, pero nada más.

«Lo sabe.»

St. Clair sabe que a Cricket le gusto. Me pregunto si habrán hablado esta misma tarde. Si St. Clair ya sabía lo de mi madre.

—No me lo creo —le suelto.

—¿Cómo? —me pregunta.

—Cricket te lo ha contado. Te lo ha explicado todo, y además te ha hablado de mi madre. —Siento que la rabia renace en mi interior—. ¿Por eso estáis aquí? ¿Os ha enviado para comprobar que estoy bien?

—Hace dos días que no hablo con él. Nos invitaste a Anna y a mí a venir, y por eso hemos venido.

Dice la verdad, pero estoy de un humor de perros. Anna me coge del brazo y empezamos a avanzar por el local.

—Vale —me dice—. Vamos a tomar el aire. Nos irá bien.

Me aparto de ella y me siento fatal al ver que está molesta conmigo.

—Lo siento mucho. —No puedo mirar a ninguno de los dos—. Tenéis razón. Necesito que me dé el aire. Ya salgo yo sola.

—¿Seguro? ¿No quieres que te acompañemos? —Parece aliviada.

—No, vuelvo enseguida. Lo siento —balbuceo.

Paso unos quince minutos de lo más deprimentes fuera. Cuando vuelvo a entrar en el local, está a tope. Casi no hay sitio ni para estar de pie. Anna se ha hecho con un taburete de madera, uno de los pocos asientos que hay. St. Clair está delante de ella, y le pasa una mano por la mecha platino que lleva en el pelo. Ella lo atrae hacia sí tirando de la cintura de sus pantalones con un dedo. Es un gesto íntimo. Me da vergüenza mirar, pero no puedo apartar la vista de la escena.

Él la besa despacio y con pasión. No les importa que los vean. O quizás han olvidado que no están solos. Cuando se separan, Anna le dice algo que lo hace reír con una risa tonta, infantil. No sé por qué, en ese instante decido dar media vuelta. Hay algo en ese amor que me duele.

Voy hacia la barra para pedir una botella de agua, pero Anna me llama en ese momento. Me doy la vuelta mientras siento una inexplicable irritación hacia ellos por estar aquí.

—¿Ya estás mejor? —me pregunta St. Clair sin mala intención. Parece preocupado.

—Sí, gracias. Perdón por lo de antes.

—No pasa nada. —Y creo que el tema queda zanjado hasta que añade—: Sé lo que es que te avergüencen tus padres. Mi padre no es buena persona. Yo tampoco hablo de él. Gracias por confiar en nosotros.

Su tono serio me descoloca y su confidencia me llega al corazón, porque sé que no le gusta hablar de su vida. Anna le aprieta la mano y cambia de tema.

—Tengo ganas de ver el concierto. —Señala con la cabeza en dirección al grupo, que ya está en el escenario. Max ajusta algo en el amplificador mientras la guitarra pende de la correa. Están a punto de empezar.

—Nos lo presentarás después, ¿verdad?

Max ha estado demasiado liado para bajar a saludarnos. Me siento mal por ello. Esta noche, me siento mal por todo.

—Pues claro; os lo prometo.

—Olvidaste decir que es mucho más guay que nosotros. —La voz de Anna se tiñe de preocupación.

St. Clair, que vuelve a ser él, tiene preparada una respuesta ingeniosa, y me alegra que, cuando se dispone a abrir la boca, Amphetamine empiece con la actuación. Sus palabras, todas las palabras, se pierden en la nada. Menos las de mi novio.

La intensidad que irradia Max es el espejo de lo que yo siento en mi interior,

que me quemara. Las letras de sus canciones son a veces tiernas y dulces, a veces mordaces y crueles. Hablan del amor, de rupturas y huidas. Y no es algo a lo que no se haya cantado antes, pero nadie sabe expresarlo como él. Cada palabra está cargada de dolorosa verdad.

Johnny y Craig inician un ritmo agresivo, y Max ataca la guitarra con tal ferocidad que parece que vaya a romper las cuerdas. Las canciones se vuelven cada vez más maliciosas, como si recelaran del público allí congregado. Cuando al final llega el solo acústico, ese momento normalmente intimista rebosa beligerancia y cinismo. Sus ojos ámbar se encuentran con los míos y me siento partícipe de esa actitud agresiva y cruel. Sé que no está bien, pero eso hace que lo desee más. La multitud está totalmente entregada, presa del frenesí. Es la mejor actuación de su vida.

Y es para mí.

Cuando se acaba, me vuelvo hacia mis amigos para ver su reacción. Anna y St. Clair están sorprendidos. Les ha impresionado, pero... sin duda les ha sorprendido.

—Lo ha hecho muy bien, Lola... Es muy bueno —dice Anna al fin.

—¿Se le ha pasado por la cabeza ir a terapia? —pregunta St. Clair, y Anna le da un codazo en las costillas—. Ay. —Le lanzo una mirada de odio y él se encoge de hombros—. Ha sido increíble —sigue diciendo—. Y no sólo me refiero a ese odio descontrolado...

—Pero ¿cómo puedes decir que...?

—Tengo que ir al baño —interviene Anna—. Por favor, no mates a mi novio en mi ausencia. ¡Y no os vayáis hasta que haya conocido a Max!

Mi novio saluda con la mano en nuestra dirección. La gente lo aplaude e intenta charlar con él, pero sus ojos son sólo para mí mientras se abre paso entre la multitud. El corazón me late más rápido. Tiene las raíces negras llenas de sudor, como la camiseta. Me acuerdo de la noche en que nos conocimos y siento una llama dentro de mí que es casi animal.

Max se pone tenso al acercarse a mí y ver a St. Clair. Aprieta la mandíbula mientras lo observa, pero St. Clair se presenta, amable:

—Étienne St. Clair. Mi novia Anna... la que se marcha por ahí, y yo trabajamos en el cine con Lola. Tú debes de ser Max.

Mi novio se relaja.

—Sí. —Le estrecha la mano a St. Clair, quien se la ha ofrecido antes, y empieza a tirar de mí para sacarme del local—. Venga, vámonos de aquí.

Max. Sí, quiero estar con Max.

—Gracias por venir. Saluda a Anna de mi parte, ¿vale?

St. Clair está evidentemente molesto.

—Ya, claro.

Max me lleva manzana abajo hasta la furgoneta. Abre la puerta y me sorprende ver que está vacía. Nos subimos.

—El siguiente grupo usará la batería de Johnny. Les he pedido a los chicos que esperen un poco antes de cargar el resto de las cosas en la furgoneta.

Cierro la puerta con un golpe brusco y ya nos estamos besando, el uno encima del otro. Quiero olvidarlo todo. Lo beso con todas mis fuerzas, y él me atrae hacia sí con pasión. No tardamos demasiado.

Caemos derrumbados.

Cierro los ojos. Todavía siento un martilleo en las sienes por el sonido atronador de la música de Max, quien enciende el mechero en ese momento. El olor que me llega no es el del humo de un cigarrillo. Es un aroma dulzón y pegajoso. Me da un toquecito a modo de ofrenda silenciosa. Lo rechazo. El subidón que tengo por el contacto con su piel me basta.

Max me deja en casa sobre las dos de la mañana. Me olvido la peluca en su furgoneta. Me siento como si me hubiera atropellado un tren. Una vez más, me reconcomen la culpa, la rabia y la confusión. Me arrastro hacia casa y allí están mis padres, como si hubieran estado esperándome al lado de la puerta desde que me marché. Lo que seguramente han hecho. Me preparo para el huracán.

Pero no llega.

—Gracias a Dios. —Andy se deja caer en el diván.

Mis dos padres están a punto de echarse a llorar, y verlos así hace que me ponga a llorar por enésima vez ese día, con gimoteos e hipo incluidos.

—Lo siento.

Nathan me abraza y me aprieta muy fuerte.

—No vuelvas a hacer algo así jamás.

Tiemblo.

—No volveré a hacerlo. Lo siento.

—Ya hablaremos de esto mañana, Dolores. —Nathan me guía escaleras arriba, y Andy nos sigue. Ya estoy cerrando la puerta del dormitorio cuando Nathan añade—: Hueles a porro. También hablaremos de eso mañana.

Abro la ventana y levanto la vista hacia la oscura noche.

—Necesito que me ayudes.

La luna es apenas una línea menguante. Pero me escucha.

Son las cuatro de la madrugada. Como no puedo dormir, le hablo de mis últimas veinticuatro horas.

—No sé qué hacer —le digo—. Todo me está pasando de golpe; pero, haga lo que haga, siento que todo me sale mal. ¿Qué tengo que hacer?

La ventana de Cricket se abre. Me lanzo a buscar el par de gafas más cercano para verlo bien. Tiene el pelo enmarañado por el sueño, todavía más vertical que de costumbre, y los ojos soñolientos.

—¿Todavía hablas con la luna? —No lo pregunta con tono condescendiente, sino curioso.

—Qué tontería, ¿verdad?

—No, nada de eso.

—¿Te he despertado? ¿Me has oído?

—Te he oído hablar, pero no he escuchado lo que decías.

Suspiro, aliviada. Debo tener más cuidado. Aunque sé que me está diciendo la verdad.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto—. Es domingo por la noche, tendrías que estar en la residencia.

Cricket se queda callado. Está decidiendo cómo responder a esa pregunta. En ese momento, un coche con la música a tope pasa por nuestra calle, buscando un sitio para aparcar. Cuando se pierden las últimas notas del bajo, me dice:

—Quería asegurarme de que estabas bien. Me quedé esperando a que encendieras la luz, pero me dormí —dice con tono culpable.

—Oh.

—Me voy mañana a primera hora. —Cricket le echa un vistazo al reloj de su habitación. Suspira—. En dos horas, vaya.

—Bueno, aquí estoy. He vuelto. Hecha un desastre.

Cricket me mira. Sus ojos me contemplan con tanta intensidad que casi me siento invadida. Aparto la mirada y observo el callejón que separa nuestras casas. Un gato se pasea por el contenedor de abono orgánico de Andy.

—No tenías por qué hacerlo —le digo.

—Puede que no. No soy la persona más indicada para hablar contigo.

—¿Por eso llamaste a Lindsey?

Se encoge de hombros, incómodo.

—¿Hablaste con ella antes de marcharte?

—Sí. —El gato se pone de un salto encima del contenedor de reciclaje. Mira hacia arriba y sus ojos embrujados brillan en la oscuridad. Me estremezco.

—Tienes frío —dice Cricket—. Deberías meterte en la cama.

—No puedo dormir.

—¿Estás mejor después de ver a Max? —me espeta.

Me siento avergonzada.

—No lo sé —musito.

Nos quedamos callados unos minutos. Vuelvo la cabeza y observo la calle, la luna y la calle otra vez. Noto que él me mira a mí, después a las estrellas y otra vez a mí. El viento es cortante. Quiero entrar en la habitación, pero tengo miedo de quedarme sin su compañía. Nuestra amistad vuelve a estar en la cuerda floja. No sé lo que quiero, pero sí sé que no quiero perderlo.

—¿Cricket?

—¿Qué?

Aparto la mirada del cielo y busco sus ojos.

—¿Vendrás el fin de semana que viene?

Él los cierra. Tengo la extraña sensación de que le da las gracias a alguien.

—Sí —me responde—. Por supuesto.

Capítulo 16

Nathan me despierta temprano para que podamos hablar antes de ir al instituto. También como castigo, supongo. Sólo he dormido tres horas. Mientras me visto, le echo una ojeada a la ventana y descubro que Cricket ha dejado la suya abierta. La bandolera y la bolsa de la ropa sucia se han esfumado. Siento una punzada en el estómago.

Me arrastro al piso de abajo. Andy está despierto (a estas horas, nunca lo está) y prepara unos huevos revueltos. Nathan mira el correo en la mesa. Lleva puesto uno de los trajes más bonitos que tiene. Ni rastro de Norah. Seguramente está durmiendo en el sofá cama del estudio de Nathan.

—Toma. —Andy me pasa una taza de café. No está de acuerdo con que yo tome café, por lo que el tema debe de ser bastante grave. Nos sentamos al lado de Nathan, que en ese momento deja el teléfono en la mesa—. Lola, entendemos por qué te marchaste anoche —me dice.

No doy crédito. Además, me alivia saber que soy «Lola» y no «Dolores».

Nathan prosigue:

—Pero eso no excusa tu comportamiento. Nos has dado un susto de muerte.

Eso ya me parece más normal.

El sermón que esperaba oír viene a continuación. Es un discurso largo, duro y que concluye con un mes de castigo sin salir. No se creen que no me fumara ningún porro, y saben que era de Max. No logro convencerlos de lo contrario. Me sermonean sobre los peligros de tomar drogas, cuando lo más fácil sería que yo señalara la puerta del estudio y soltara un «sólo hace falta ver a Norah».

Pero me callo.

El camino al instituto se me hace largo y las clases, eternas. Lindsey intenta distraerme contándome historias del camarero lleno de tics al que sus padres han contratado para que los ayude en el restaurante. Está convencida de que oculta algún oscuro secreto, como una identidad falsa o el conocimiento de alguna tapadera del Gobierno. Pero yo sólo puedo pensar en esta noche. No trabajo. No he quedado con Max. Y no podré quedar con él... Sólo lo veré en el *brunch* del domingo (eso si viene) durante el próximo mes. Y... nada de Cricket.

Por lo menos, el mes que viene tendré mucho tiempo para diseñar mi vestido.

Ese pensamiento no me anima. El corpiño tiene cada vez mejor aspecto, y casi

he empezado la peluca, pero el miriñaque no va por buen camino. Me frustra. No encuentro instrucciones claras en ninguna parte. Paso la tarde haciendo los deberes, chateando con Lindsey y poniendo malla de alambre encima de la base de la peluca. Las pelucas de María Antonieta eran DESCOMUNALES. El alambre me permitirá darle la altura suficiente sin aumentar el peso. Más tarde la cubriré con un postizo de pelo a juego.

Norah habla con Andy en la cocina. Él ha ido a buscar sus cosas antes, y las cajas inundan ahora la sala de estar y tapan las antigüedades de Nathan. El cartón huele a incienso y mugre. El tono de voz cansado de Norah me da escalofríos. Subo la música. Todavía no la he visto. Tendré que hacerlo pronto, pero estoy alargando al máximo ese momento. Que tendrá lugar a la hora de la cena, supongo.

Alguien llama a la puerta a las seis y media.

Me quedo quieta. No muevo los alicates de la malla y agudizo los oídos. ¿Será Cricket?

Pero oigo la voz profunda y rugosa de Max. Se me caen los alicates al suelo y bajo corriendo las escaleras. «No puede ser, no puede ser, no puede...» Y ahí está. Además, ha cambiado su habitual camiseta negra por una camisa abotonada. Los tatuajes le asoman por encima de las mangas. Y se ha puesto las gafas. Claro.

—Max —le digo.

Me sonrío.

—Hola.

Andy parece tan sorprendido como yo. No tiene ni idea de qué hacer. Rodeo con los brazos a Max, quien me abraza fuerte pero se aparta enseguida.

—Sólo quería saber si estabas viva —me susurra.

Le aprieto la mano y no se la suelto. No era consciente de las ganas que tenía de verlo, de saber que todo marchaba bien entre nosotros. No sé por qué pensaba que las cosas iban a cambiar. Quizá porque ayer fue diferente. Se disculpa ante mi padre. Sé que lo mortifica hacerlo. Habla despacio y es conciso.

—Gracias por decírmelo, Max. —Andy duda, porque lo que viene a continuación no le gusta en absoluto—. ¿Vas a quedarte a cenar?

—Muchas gracias. Me encantaría.

Max sabía que mis padres le irían con la cantinela, por lo que ha preferido adelantárseles y presentarse aquí esta noche. Es tan listo...

—Así que tú eres el novio.

Max, Andy y yo nos tensamos al ver a Norah apoyada contra el marco de la puerta que separa la sala de estar de la cocina. Aunque Nathan es algunos años mayor que su hermana, parece que Norah tenga por lo menos una década más. De niña, tenía la misma cara redonda que Nathan y yo, pero el paso del tiempo y el abuso de las drogas la han dejado frágil y cascada. La piel le cuelga tanto como el desaliñado pelo. Por lo menos se ha duchado.

—Max, te presento a Norah —le digo.

Max asiente con la cabeza a modo de saludo. Ella se queda mirándolo, inexpresiva.

—Valiente idea la de presentarte aquí después de lo de ayer.

Todos nos quedamos helados al oír la voz de Nathan. Max y yo, todavía cogidos de la mano, nos damos la vuelta. Mi padre deja el maletín al lado de la puerta de entrada. Los músculos de la mano de Max se contraen, pero él mantiene la calma y habla sereno, ocultando lo que siente (lo sé):

—He venido a disculparme. Fui un irresponsable al llevarme a Lola ayer por la noche. Estaba disgustada, y quise ayudarla. Pero lo hice del peor modo posible.

—Desde luego que elegiste el peor modo posible.

—Papá.

—Nathan —interviene Andy rápidamente—. Hablemos en el estudio.

Esperamos un rato que se me antoja interminable hasta que Nathan deja de fulminar a Max con la mirada para seguir a Andy. Se cierra la puerta del estudio. Me sudan las manos. Suelto la de Max y me doy cuenta de que, además, me tiemblan.

—Lo peor ya ha pasado —me dice.

—Me han castigado un mes entero sin salir.

Se queda callado.

—Mierda.

Se oye un resoplido en la puerta de la cocina, y estoy a punto de perder la calma.

—Lo siento. —Ahora Max sí parece enfadado de verdad—. No sabía que esta conversación era de tu incumbencia.

Norah sonrío, cruel.

—Tienes razón. ¿Qué sabré yo sobre chicas adolescentes enfadadas con el

mundo que se escapan de casa con su novio y se meten en líos?

—Yo no me escapé de casa —protesto mientras Max apostilla:

—Ese comentario está totalmente fuera de lugar.

Norah se mete en la cocina y desaparece de nuestra vista.

—¿Tú crees? —grita desde dentro.

Quiero que me trague la tierra.

—Lo siento... Perdóname por este follón.

—No tienes que disculparte por nada. —Su tono es duro—. No he venido por ellos. He venido por ti.

La puerta del estudio se abre con brusquedad y de él sale Nathan, que sube al dormitorio sin mirarnos. En la cara de Andy se dibuja una sonrisa tensa y forzada:

—La cena estará en diez minutos.

Nathan ya no lleva puesta la ropa del trabajo. Está haciendo un esfuerzo, pero pequeño. No sabía que era posible pasarle a alguien un plato de lasaña vegetariana con tal hostilidad.

—Bueno, Max... ¿qué tal fue el concierto de Los Ángeles? No sabíamos que estarías de vuelta tan pronto.

¿Podría ir peor la cena?

—Estuve en Santa Mónica. Y fue bien. Nos salieron dos conciertos más allí.

Pues sí. Podía ir peor.

—¿Tenéis pensado ir de gira? —pregunta Andy. No sé si está esperanzado o escéptico.

—Nos gustaría dar más conciertos fuera. No quiero pasarme el resto de la vida leyendo contadores.

—¿Y crees que es una buena elección para tu carrera? —pregunta Nathan—. ¿Crees que así tendrás éxito?

—¡Ya está bien! —exclamo.

Nathan levanta las manos en señal de disculpa, pero no dice nada. Max se queda callado, nervioso, a mi lado. Norah mira por la ventana, deseando estar en cualquier otra parte menos aquí. Paseo la lasaña de espinacas por el plato, sin llegar a pincharla con el tenedor.

—Sólo he mencionado lo del concierto —añade Nathan un minuto después— porque fue una pena que te perdieras nuestra excursión. Fuimos a Muir Woods con...

—¡Una cesta de pícnic!

Nathan me mira, desafiante. Era una prueba. Estaba poniéndome a prueba para saber si le había explicado a Max lo de la excursión con Cricket.

—No te perdiste nada —afirmo—. Excepto la comida, claro.

Max intuye que hay gato encerrado, aunque no se atreve a decir nada delante de mis padres. Entre ellos empieza a levantarse un muro.

—Oye, tengo una idea —intervengo—. Hablemos de Norah.

—Lola —dice Andy.

Ella vuelve la cabeza hacia mí con un gesto brusco, como si acabara de salir de un trance.

—¿Qué? —dice antes de pestañear—. Por cierto, ¿qué demonios llevas puesto?

—¿Perdona?

—¿Qué es eso que llevas? ¿Quién se supone que eres hoy?

Llevo un vestido que tiene una enagua de tul multicolor debajo y me he trenzado con gel de purpurina el pelo en dos largas coletas. La miro con odio.

—Yo. Soy yo.

Norah se encoge de hombros en señal de reproche, y Nathan se vuelve hacia ella.

—Basta ya. Déjala en paz.

—Pues claro que tiene todo el derecho a quejarse de mi vestuario. —Señalo su holgado jersey; el mismo de siempre, ese que es del color de los cereales que se quedan olvidados en la pila del fregadero—. Está claro que ella se sabe al dedillo las últimas tendencias de la moda.

A Max se le dibuja una sonrisa socarrona en la cara.

—Bueeeeno... —Andy se levanta de un salto—. ¿Quién quiere un poco de pastel?

—Pues espera a ver el vestido que tengo para el baile de invierno —le digo a Norah—. Es enorme, ostentoso y precioso, y te va a encantar.

Norah aparta la cara y se queda mirando la ventana. Como si tuviera derecho a estar molesta después de meterse conmigo. Max vuelve a ponerse tenso y Nathan no puede evitar lanzarse al ataque.

—¿Qué vas a llevar tú al baile, Max?

—Se pondrá un esmoquin —le espeto—. No le haría llevar un traje a juego, por supuesto.

Max se pone de pie.

—Tengo que irme.

Me echo a llorar. Nathan parece avergonzado. Max me coge de la mano y me lleva a la puerta de entrada. Salimos afuera. Aunque esté castigada. Me da igual.

—Lo siento.

Esta vez no me dice que no me disculpe.

—Qué mal, Lola. No me parece normal.

—Ya lo sé.

—¿Acaso Nathan se enorgullece de la carrera de pitonisa de Norah?

Empiezo a encontrarme mal.

—No pasará lo mismo el domingo.

—El domingo. El *brunch*. —Max levanta una ceja—. Ya. —Me suelta la mano y esconde las suyas en los bolsillos—. Y lo del baile, ¿va en serio?

No doy crédito. Le he hablado un millón de veces de mi vestido. Me enjugo las lágrimas de las mejillas con los dedos. Ojalá tuviera algo con que secarlas.

—Lola, tengo veintidós años. —Max reacciona de inmediato porque ve que me he quedado hecha polvo—. Pero, si te hace feliz, iré. Si puedo sobrevivir a estas comidas familiares, podré sobrevivir a un baile.

Sé que lo dice de verdad, pero suena como un castigo.

Capítulo 17

—¡Sorpresa! —St. Clair aparece en el vestíbulo con ademanes de mago. Quiere presumir delante de Anna, como de costumbre. Es jueves, y no le toca trabajar, pero está aquí, como siempre. Aunque esta noche algo cambia.

Ha traído a alguien consigo.

Esto es lo que pasa con Cricket Bell: que no puedes verlo cuando aparece en un lugar. Lo primero que notas es su altura y de inmediato sientes su energía. Sus movimientos son gráciles, como los de su hermana, pero se ven desbordados por un entusiasmo que parece incapaz de controlar: el cuerpo, que no deja de moverse, las manos, los pies... Las últimas veces que lo he visto estaba bastante contenido, pero hoy vuelve a ser él al cien por cien.

—Anna —dice St. Clair—, te presento a Cricket.

Cricket hace que St. Clair parezca aún más bajo. Son como el punto y la i. La conexión que hay entre ellos es tan buena que parece que hayan sido amigos desde siempre. Supongo que cuando una persona es demasiado buena y otra, demasiado extrovertida, surge la amistad. Es así de sencillo.

Anna sonrío.

—Me alegro de conocerte al fin.

—Lo mismo digo —añade Cricket—. Sólo he oído cosas buenas de ti. Si ahora mismo tu novio no estuviera aquí, te pediría que salieras conmigo.

Anna se pone como un tomate y, acto seguido, St. Clair entra a toda velocidad en la taquilla y le hace un nudo karateka a modo de abrazo.

—¡Es miiiií! —La pareja que en ese momento está comprando las entradas lo mira con recelo—. La chica, quiero decir; no la sala de cine.

—Cállate ya. —Anna se lo quita de encima, divertida—. Harás que te despidan, y yo tendré que mantenerte el resto de nuestras vidas.

El resto de sus vidas.

¿Por qué me siento incómoda cuando dicen eso? No será que me molesta que sean felices, ¿no? St. Clair se sienta de un brinco en el mostrador, como siempre, y enseguida empiezan a reírse y bromear. Cricket espera al otro lado de la mampara, divertido. Le doy el cambio a la pareja que ha comprado las entradas.

—Bueno, y... ¿qué haces en la ciudad entre semana? —le pregunto.

—Hace una hora me encontré a St. Clair, y me convenció para que viniera. Me dijo que veríamos una peli —añade en voz alta.

—¡Cierto! —exclama St. Clair—. La peli, sí, claro. Veámosla. —Pero de inmediato está hablando con Anna otra vez.

Cricket y yo nos sonreímos.

—Entra. —Señalo la puerta de la taquilla con un gesto de la cabeza.

Un hombre vestido con un jersey verde amarillento se acerca a la ventanilla, pero ni siquiera eso logra que deje de mirar a Cricket mientras se dirige a la puerta. Da esas zancadas largas, tan armoniosas... Siento una punzada en el pecho, además del dolor de un amor que se perdió. Entra en la taquilla y aparto la mirada.

—Disfrute de la película —le digo al hombre del jersey.

Cricket espera detrás de mí mientras saco dos entradas más. No puedo concentrarme con él de pie junto a mí. El vestíbulo se queda vacío otra vez, y se sienta en la silla de al lado. El dobladillo del pantalón se le sube, y se le ven los calcetines, a rayas azules y violetas. En la mano izquierda lleva escrita una lista: CAP 12, CHAMPÚ, CAJA.

—¿Qué tal estás? —No lo pregunta por preguntar.

Me quito las gafas un segundo para frotarme los ojos.

—Sobrevivo.

—Pero no se quedará muchos días. —Juguetea con el reloj—. ¿Verdad?

—No tiene dinero, y en ningún apartamento la han aceptado porque no pasa la fase previa de admisión.

Hace una mueca.

—Vaya, que no se va mañana.

—Tampoco ayuda la factura de lo que tiene que pagar por romper la ventana de su antiguo apartamento. —Me cruzo de brazos—. Quiere que Nathan apele para que le quiten los cargos, pero él no piensa hacerlo. Norah no tiene razón.

Cricket frunce el ceño aún más, y caigo en la cuenta de que no sabe nada sobre la última detención de Norah. Se lo explico porque... ya sabe todo lo demás.

—Lo siento. —Su tono de voz refleja la angustia que siente—. ¿Puedo hacer algo para ayudar? —Hay una contención en sus músculos al obligarse a no acercarse más a mí.

—¿Qué quiere decir «caja»?

Se sorprende.

—¿Qué?

Le señalo la mano.

—Leer capítulo 12 y comprar champú, ¿verdad? ¿Y qué es «caja»?

Se tapa instintivamente la mano izquierda con la derecha.

—Ah... Bueno, es que necesito una.

Espero a que continúe.

Aparta la vista, gesto que acompaña con todo el cuerpo.

—Y ya la tengo. He dejado algunas cosas en casa de mis padres. Tengo la habitación de la residencia a tope. Y mi otro dormitorio está vacío. Hay mucho espacio. Para dejar cosas.

—Pasas... muchos fines de semana aquí.

—*Ypientesyvacaciones*. —Las palabras le salen a borbotones, y enseguida la expresión se le ensombrece, como si estuviera avergonzado por su ansia. Ya no podemos hablar con tranquilidad. St. Clair nos interrumpe justo a tiempo, así que debía de estar escuchándonos.

—Oye, ¿sabíais que Cricket Bell es descendiente de Alexander Graham Bell?

—Todos los que conocen a Cricket lo saben —le respondo.

—¿En serio? —Anna parece interesada de verdad—. ¡Qué pasada!

Cricket se rasca la nuca.

—No, es una tontería sin importancia...

—¿Estás de broma? —interviene St. Clair—. ¡Es uno de los inventores más importantes de la historia de la humanidad! Y además...

—No es nada —interrumpe Cricket.

Me quedo muy sorprendida al oír las palabras de Cricket. Y entonces recuerdo la primera noche que lo vi. Cuando le mencioné su segundo nombre, la conversación se volvió incómoda. Algo ha cambiado, pero ¿el qué?

—Perdónalo por entusiasmarse tanto. —Anna sonrío a su novio—. Se pirra por la historia. Es un empollón.

No puedo evitar presumir:

—Pues tenéis que saber que Cricket también es un inventor increíble.

—No es verdad. —Cricket se retuerce, incómodo—. Son tonterías. Nada relevante...

St. Clair está fascinado.

—¡Eso es lo que tú crees! Eres descendiente directo del hombre que inventó... —saca su teléfono móvil— ¡esto!

—Eso no lo inventó él —responde cortante Cricket.

—Vale, esto no —le dice St. Clair—, pero la primera idea la tuvo él...

—No. —Nunca había visto a Cricket tan frustrado—. Quiero decir que no fue él quien inventó el teléfono. Así de sencillo.

Los tres nos quedamos de piedra.

—Anna confundida —dice Anna.

—Alexander Graham Bell no inventó el teléfono. Fue un hombre llamado Elisha Gray. Mi tatarabuelo le robó la idea. Y Gray tampoco fue el primero. Hubo más, incluso antes de que naciera Alexander. Pero no se dieron cuenta de las implicaciones que tenía lo que habían creado.

St. Clair no oculta su fascinación.

—¿Qué quieres decir, que le robó la idea?

—Quiero decir que Alexander robó la idea, se adueñó de ella para recibir todo el mérito y ganó una cantidad obscena de dinero que no le correspondía. —Cricket está furioso—. El legado de mi familia se basa en una mentira.

Vale. Eso explica el cambio.

St. Clair parece sentirse culpable por haber forzado a Cricket a contarnos todo eso. Abre la boca para decir algo, pero Cricket niega con la cabeza.

—Lo siento. No debería permitir que me afectara de este modo.

—¿Cuándo lo has sabido? —le pregunto en voz baja.

—Hace un par de años lo leí en un libro.

No me gusta verlo así. Me vienen a la mente imágenes de cuando rechazó hablar de sus invenciones.

—Cricket, que él robara la idea no quiere decir que lo que tú haces es...

Pero en ese momento se lanza hacia St. Clair.

—¿Vamos a ver la peli?

Anna y yo miramos a Cricket, preocupadas; pero St. Clair toma las riendas en ese momento.

—Sí. Señoritas, si no precisan de nuestros servicios, con su permiso nos marcharemos. —Cricket está ya casi en la puerta. Una repentina agonía me traspasa el corazón.

Se detiene antes de llegar a la puerta. Parecería que se ha parado por la presencia de algún obstáculo invisible a nuestra vista.

—¿Estarás aquí luego? —me pregunta—. ¿Cuando haya acabado la peli?

Se me seca la garganta.

—Aquí estaré.

Se muerde el labio inferior y se marchan.

—Le gustas un montón —dice Anna.

Me pongo a reordenar las monedas para calmar los latidos en mi pecho. ¿Qué acaba de pasar?

—Cricket siempre ha sido así de buena persona.

—Entonces es que le gustas un montón desde siempre.

Sí. Ahora lo sé.

Anna saca el líquido limpiacristales y lo vaporiza sobre la mampara de la taquilla para quitarle la marca de la espalda de St. Clair. Cuanto más concentrada está en la tarea, más seria se pone.

—¿Te pasa algo? —le pregunto. Estoy desesperada por cambiar de tema.

—¿A mí? No, qué va.

—Ya, claro —le digo—. Es tu turno. Te toca.

Anna se queda callada antes de asentir con la cabeza.

—Bueno, es que... mi familia viene de visita. —Deja el limpiacristales, pero aprieta la boquilla con la mano—. Conocieron a Étienne durante nuestra graduación y les gustó, pero mi madre está preocupada porque cree que

vamos demasiado rápido...

Le quito el limpiacristales de la mano y lo aparto.

—¿A ti te parece que vais demasiado rápido?

En la cara de Anna se dibuja una sonrisa de enamorada.

—Para nada.

—Pues entonces todo saldrá bien. Además, todo el mundo adora a tu novio. Quizá tu madre se ha olvidado de lo encantador que es...

Anna se ríe. Otro habitual se acerca a la taquilla, y le saco la entrada. Cuando se va, Anna se vuelve hacia mí y me pregunta:

—Oye, ¿y tú qué tal? ¿Cómo te va con Max?

—¡Ostras! —En ese momento me doy cuenta de algo terrible—. ¡Queríais conocerlo y nos marchamos!

Levanta una ceja.

—Tuviste una noche muy movida. No te preocupes.

—Ya, pero...

—No pasa nada, de verdad. Todos nos equivocamos. —Anna se pone de pie y coge las llaves del cine—. Lo importante es no tropezar otra vez con la misma piedra.

Me siento cada vez más culpable.

—Siento lo de la semana pasada. No tendría que haber vuelto tan tarde de mi pausa...

Niega con la cabeza.

—No me refería a eso.

—¿A qué, entonces?

Anna me mira detenidamente.

—A veces uno no se equivoca con algo, sino con alguien.

Dicho lo cual, se va a la otra punta del vestíbulo a cortar entradas, dejándome hecha un lío. ¿Se refiere a Max o a Cricket? Una hora más tarde, llega Franko. Tiene unos treinta años y el pelo lleno de trasquilones por las calvas.

—¡Lola! ¿Qué taaaaal? Oye, ¿lo has visto?

—¿El qué?

—El folio ese... con las horas y tal.

—¿Te refieres a nuestros turnos?

—Sí. ¿Lo has visto por aquí?

Echo un vistazo a mi alrededor.

—Aquí no está; lo siento. —Pero Franko ya se ha puesto a buscarlo en una pila de papeles que hay en el mostrador. Le da un golpe al teléfono, el auricular sale disparado y me agacho para recogerlo—. ¡Ten cuidado!

—¿Lo has encontrado? —Franko se gira justo cuando estoy poniéndome de pie. Me da un codazo en la cara y mis gafas acaban en el suelo.

—¡Ay! Espera, que las recojo yo.

Se oye un horripilante crujido.

—¡¡Franko!! Sólo veo lucecitas y destellos de colores.

—Uy, lo siento, Lola. ¿Eran de verdad?

Anna entra a toda prisa en la taquilla.

—¿Qué pasa? ¡Ostras! —Se agacha para recoger del suelo lo que intuyo son mis gafas. Su tono de voz no resulta nada prometedor—. Vaya.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunto.

—¿No lo ves? —Me acerca lo que queda de las gafas. Pedacitos. Muchos.

Se me escapa un quejido.

—Perdona —repite Franko.

—¿Quieres hacer el favor de volver a la segunda planta, a admisiones? —le pide Anna—. ¿Tienes otro par? ¿O lentillas? ¿Lo que sea? —me pregunta. Le respondo con otro quejido—. Vale, no pasa nada. Igualmente, ya casi habías acabado por hoy. Tu padre vendrá a buscarte pronto.

—Hoy iba a volver en transporte público... —Justamente esta noche mis padres están ocupados y no pueden venir a buscarme. Ya es casualidad.

—Pero... puedes volver con el bus, ¿verdad?

—Anna, estás delante de mis narices y no sé si me sonríes o me pones cara de enfado.

—Vale... —Se sienta para pensar mejor, pero de inmediato salta como un resorte—. ¡Étienne y yo podemos llevarte a casa! No estás demasiado lejos de mi residencia.

—No tenéis que...

—No se hable más —me interrumpe. Y me siento aliviada al oírlo.

Durante el resto de mi turno, no sirvo para nada. Estamos listas para marcharnos cuando vuelven los chicos. Anna se acerca a St. Clair. Vaya, si es que esa mancha bajita es él.

—Vamos a llevar a Lola a casa.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —pregunta la mancha alta (que sé que es Cricket).

Me miro a los pies mientras relato lo sucedido.

—¿No me ves? —me pregunta St. Clair—. ¿Qué estoy haciendo ahora?

—Para ya —le dice Anna, y se ríen. No sé qué pasa. Me siento mal.

—Yo te llevaré a casa —dice Cricket.

St. Clair protesta.

—¿No tienes que...?

—Estoy al lado. No me desvío de mi camino.

Me avergüenza mi propia impotencia.

—Gracias.

—No hay de qué. —La sinceridad que hay detrás de esta respuesta me llega al corazón. No aprovecha la situación para meterse conmigo o hacer que me sienta mal. Pero Anna se muestra preocupada al darme mi bolso.

—¿Te parece bien? ¿Seguro?

En realidad, lo que Anna está preguntándome es: «¿Te parece bien ir con Cricket? ¿Seguro que estarás bien con Cricket?».

—Sí, de verdad. —Sonrío para tranquilizarla—. Estoy bien. —Y es verdad hasta que salimos a la calle y me tropiezo en la acera.

Cricket me agarra.

Y, al sentir el contacto con su cuerpo, vuelvo a caerme. Me levanta y siento un cosquilleo en el brazo debajo del abrigo, a pesar de que éste nos separa.

—Lo peor son las aceras —me dice—. Los terremotos han hecho que parezcan campos de minas. —Cricket aparta la mano. Parpadeo en su dirección, y él me ofrece el brazo con delicadeza.

Dudo.

Y lo acepto.

Y estamos tan cerca que noto su aroma. Cricket huele a limpio, a pastilla de jabón, con el matiz dulzón del aceite de engrasar. Avanzamos en silencio por la calle en dirección a la parada de autobús. Me acerco a él un poco, para refugiarme. El otro brazo se le dispara de repente. Lo baja pero luego lo levanta de nuevo, lentamente, y su mano acaba descansando sobre la mía. Me quema. El calor transmite un mensaje: me importas. Quiero que estemos conectados. No me sueltes.

Pero me suelta.

Me coloca en uno de los asientos abatibles de la parada del autobús. Rehúye el contacto y no me mira. Esperamos en un incómodo silencio. La distancia que nos separa se hace más grande cada minuto que pasa. ¿Volverá a cogerme del brazo o tendré que cogérselo yo? Lo sorprendo mirándome pero, claro, no puedo ver la cara que pone. El autobús ruge contra la acera y la puerta se abre.

Cricket se acerca a mí.

Veo un brillo amarillento en el cielo, que sólo puede ser la luna. «Gracias.»

Nos subimos. Me paga el billete antes de que me dé tiempo a encontrar mi bono de transporte. El autobús está vacío. Arranca sin esperar a que nos sentemos, y Cricket me sostiene con más fuerza. No necesito agarrarme a él, pero lo hago de todos modos, con las dos manos. Nos sentamos. Juntos. Me aferro a su camisa. El corazón le late muy deprisa.

—Hola —le susurro.

Se libera de mis manos y se gira hacia el pasillo.

—Por favor, no me lo pongas más difícil de lo que ya es —me susurra él a su vez.

Y me siento como la mayor idiota del mundo.

—Sí. —Me aparto de él todo lo que puedo—. Perdona. No...

El fantasma de Max toma asiento entre los dos y separa las piernas para marcar su terreno. Hace frío en el autobús. Tardamos poco en llegar a la estación. Esta vez, soy yo la que lo coge del brazo. Él me guía como un robot. El trayecto desde Van Ness a Castro transcurre sin pena ni gloria. El tren traquetea al pasar por los túneles, y cada vez que choco contra su hombro me

siento peor. Tengo que salir de aquí. Ya mismo. Se abren las puertas y salgo disparada. Cruzo la estación a toda velocidad y salgo por el torniquete. Cricket me pisa los talones. No lo necesito.

«No lo necesito. No lo necesito. No lo necesito.»

Pero vuelvo a tropezarme, y siento que me coge de la cintura. Quiero zafarme, pero él me agarra con más fuerza. Se produce una lucha silenciosa entre los dos al intentar escapar.

—Para ser tan flacucho, no veas la fuerza que tienes. Casi no me dejas respirar —le digo entre dientes.

A Cricket se le escapa una carcajada. Deja de agarrarme con fuerza y consigo escaparme. Doy un tropezón y salgo disparada hacia delante.

—Ay, Lola, venga ya, deja que te ayude. —Todavía se está riendo.

—Nunca más saldré de casa sin unas gafas de repuesto o un plan B.

—Eso espero.

—Y sólo acepto tu ayuda porque no quiero darme un golpe contra algo y echar a perder este fantástico uniforme de poliéster.

—Entendido.

—Y esto no cambia nada entre nosotros. —Me tiembla la voz.

—Vale. Entendido también —responde con delicadeza.

Respiro hondo.

—Bien.

No nos movemos. Está dejando que sea yo la que tome la iniciativa. A tientas, lo busco. Extiende un brazo, y yo lo acepto. Es el gesto de un amigo que ayuda a otro. Y nada más, porque mientras esté Max no puede haber nada más. Y quiero a Max.

Y así son las cosas.

—Bueno —me dice cuando llevamos una manzana en silencio—. Háblame del famoso vestido.

—¿Qué vestido?

—El vestido para el que estás confeccionando el corsé. Parece un proyecto importante.

Recuerdo en ese momento la conversación con Max y me da vergüenza hablar

del tema. Los bailes son algo tan de chicas... Y no podría soportar que Cricket se burlara de mí.

—Es para el baile de invierno —le digo—. Nada importante.

—Bueno, explícame cómo es.

—Es un vestido... grande.

—¿Grande como un paracaídas o como una carpa de circo?

Como siempre, me hace sonreír cuando más me obligo a no hacerlo.

—Grande... del estilo de María Antonieta.

Silba.

—¡Caramba, sí que es un proyecto grande! ¿Cómo se llama eso que llevaba debajo de la falda? ¿Polisón?

—Sí, más o menos. En esa época se le llamaba miriñaque. Más que rodear la cintura en círculo, iba de lado a lado.

—Qué difícil.

—Lo es.

—Y qué divertido, ¿no?

—Supongo que lo sería si tuviera la más mínima idea de lo que debo hacer. Los miriñaques son verdaderos armatostes. No tiene nada que ver con la costura, sino con la construcción. Tengo algunos dibujos, pero no encuentro instrucciones decentes.

—¿Me enseñas los dibujos?

Frunzo el ceño.

—¿Para qué?

Se encoge de hombros.

—Quizá se me ocurra algo.

Estoy a punto de decirle que no necesito que me ayude cuando... me doy cuenta de que precisamente él es la única persona que puede echarme una mano.

—Esto... gracias. Te lo agradecería mucho. —Hemos llegado a los escalones de mi casa. Le aprieto el brazo en señal de cariño y lo suelto—. Ahora ya puedo seguir yo.

—Si te he traído hasta aquí —dice con voz trémula—, puedo llevarte todavía más lejos. —Y me atrae hacia sí una vez más.

Me preparo para el contacto.

—¡Cricket! —Alguien lo llama entre las dos casas, y él baja el brazo a la velocidad del rayo. Debe de haber salido a tirar la basura. Calliope lo abraza por detrás. No la veo, pero parece que esté a punto de echarse a llorar—. El entrenamiento ha sido un desastre. Qué bien que hayas venido, casi no me lo creo; me habías dicho que no podías... Me alegro tanto de verte. Ahora mismo te preparo un tazón de chocolate y te explico... Oh. Lola.

Cricket no dice nada ni se mueve.

—Tu hermano me ha acompañado a casa desde el trabajo. Es un sol —le explico—. Se me rompieron las gafas. No veo nada.

Se queda callada un instante.

—¿Dónde trabajas? En un cine, ¿no?

Me sorprende que lo sepa.

—Sí.

Calliope se vuelve hacia Cricket.

—¿Has ido al cine? ¿Y qué pasa con el proyecto que tienes que entregar mañana? Pensaba que por eso no podías venir a casa... Qué raro, ¿no?

—Cal —interviene Cricket.

—Estaré en la cocina. —Dicho lo cual, se marcha con paso majestuoso.

Espero a que entre en su casa.

—¿Tienes un proyecto para mañana?

Tarda bastante en contestar.

—Sí.

—No ibas a venir a casa hoy, ¿no?

—No.

—Lo has hecho por mí.

—Sí.

Nos quedamos en silencio. Lo tomo del brazo.

—Entonces llévame a casa.

Capítulo 18

Le estoy dando pie. Y no puedo evitarlo.

¿Por qué no puedo parar?

Apoyo la palma de la mano en la puerta de entrada y después la frente. Oigo sus pisadas. Se alejan. Camina despacio, sin prisa. Yo soy la que está complicándolo todo: la amistad, nuestras vidas... Pero él no deja de venir a mí. Es inteligente. Tendría que saber que debe seguir con su vida y alejarse de mí.

Pero yo no quiero que se aleje.

¿Qué es lo que quiero? Las respuestas son confusas, aunque sé que lo que no quiero es vérmelas con otro corazón roto. Ya sea el mío o el suyo. Tiene que alejarse de mí.

Pero no quiero que se aleje.

—El chico de los Bell está hecho un hombrecito —me dice Norah.

Doy un respingo. Está sentada en el diván situado delante del ventanal. ¿Cuánto tiempo llevará ahí? Debe de habernos visto. ¿Nos habrá oído? Se queda mirando a Cricket hasta que su silueta desaparece. Entonces yo capto su atención.

—Pareces cansada, Lola.

—Mira quién fue a hablar.

—Tienes razón.

Pero está en lo cierto. Estoy hecha polvo. Nos miramos. La veo borrosa, aunque alcanzo a distinguirla bien. Lleva una camisa gris que le va enorme y se ha enrollado en uno de los edredones antiguos de la madre de Andy para no pasar frío. El pelo y los brazos, tan delgados, le cuelgan sin gracia, como lo demás. Parecería que su propio cuerpo la ha rechazado.

Me pregunto qué debe de pensar cuando me mira.

—¿Sabes qué nos vendría bien ahora?

No me gusta que hable de nosotras en plural.

—¿Qué?

—Té. Necesitamos té.

Suspiro.

—No quiero tomar té. Lo que necesito es meterme en la cama.

Norah se levanta entre quejidos, como si le dolieran las articulaciones y éstas fueran tan viejas como el edredón que le tapa los hombros. Me coge del brazo y me estremezco. La calidez y el consuelo que emanaban de la mano de Cricket se ven reemplazados por el tacto húmedo y cortante de la mano de Norah. Me lleva a la cocina. Estoy demasiado cansada y no me resisto.

Norah saca una silla. Me dejo caer en ella.

—Ahora mismo vuelvo —me dice. La oigo alejarse escaleras arriba y me pregunto qué tramará. Norah nunca sube al piso de arriba. Vuelve y me da otro par de gafas.

Me sorprende el gesto.

—Gracias.

—¿Qué les ha pasado a las que llevabas?

—Me las han pisado.

—¿Alguien te ha pisado las gafas? —Norah parece enfadada de verdad.

—Oye, que lo hizo sin querer. —Le pongo mala cara—. ¿Mis padres aún están por ahí?

—Supongo. ¿Debería importarme? —Llena la tetera de cobre de agua del grifo y la deja en el fogón con tanta fuerza que la cocina de gas se zarandea.

—Habéis vuelto a pelearos —afirmo.

Norah no contesta, pero se pone a rebuscar con rabia en la caja de cartón que tiene para los tés.

Es su caja de cartón...

—¡No! —Doy un brinco—. No quiero que me leas las hojas.

—No seas tonta. Eso es precisamente lo que nece...

—¡Tú no tienes ni idea de qué es lo que necesito de verdad! —Las palabras, llenas de resentimiento, se me escapan de la boca.

Se queda helada. El pelo le cae sobre la cara como si fuera un escudo. Se lo pasa por detrás de las orejas, como si yo no hubiera dicho nada, y saca algo

de la caja.

—*Fenghuang dancong oolong*. «Fenghuang» quiere decir «fénix». Es el símbolo que te corresponde.

—No.

Norah abre el armario donde guardamos los vasos y saca una taza rosa. No la reconozco, así que supongo que debe de ser una de las suyas. La rabia vuelve a apoderarse de mí.

—¿Has puesto tus tazas en nuestros armarios?

—Sólo dos. —Saca otra, del color del jade—. Ésta es la mía.

—Bueno, ¿y dónde has escondido tu bola de cristal? ¿Detrás del televisor? ¿Has dejado tu turbante en la cesta de la ropa sucia?

Las tazas repiquetean contra los platillos al colocarlas.

—Ya sabes que no creo en nada de eso. Que te disfraces no quiere decir que sepas más ni que tengas más experiencia. Es mentira.

—¿Y lo que tú haces no es mentir?

—Siéntate —me dice con tono tranquilo.

—A ver... si nunca he dejado que me leas las hojas del té, ¿por qué iba a hacerlo ahora?

Norah se queda pensativa.

—¿No sientes curiosidad por saber lo que dicen?

—No. —Pero respondo demasiado rápido. Norah ve en las comisuras de mis labios que mi mente piensa de otro modo. ¿Quién no siente algo de curiosidad? Ya sé que es un engaño, pero mi vida se ha complicado tanto que en este momento no me vendría mal que alguien me diera alguna respuesta. Quizá la Fortuna me diga algo de Cricket. Puede que ella sepa algo que yo desconozco, o quizás hará que piense en algo que he pasado por alto.

Detecto un aire de suficiencia en sus labios. Vuelvo a sentarme, pero evito mirarla para que se dé cuenta de lo poco que me gusta estar aquí. La tetera silba, y Norah le echa una cucharada de té. La casa cruje casi imperceptiblemente mientras el *oolong* tiñe el agua de la tetera. Cuanto más esperamos, más pierdo la paciencia. Estoy a punto de levantarme casi una docena de veces, pero la curiosidad me puede.

—Bebe —me ordena Norah una vez que el té ya ha macerado—. Deja en la taza una media cucharada de líquido.

Sorbo el té porque quema. Es un té suave que sabe a melocotón, pero con un regusto a algo más oscuro, como a humo. A Norah le da igual la temperatura. Se lo bebe casi de un trago y se sirve otra taza. Por fin llego al fondo de la mía. Me la acerco, en busca de alguna señal, y frunzo el ceño al ver el pegote de hojas verdes amarronadas.

—¿Y ahora, qué?

—Coge la taza con la mano izquierda.

—¿Es mi mano mágica?

Hace caso omiso de mi provocación.

—Ahora, gírala tres veces en el sentido contrario al de las agujas del reloj. Más rápido. Vale, bien. Ahora, vuélcala sobre el plato.

—¿No me quedaré sin hojas?

—Silencio. Deja la mano sobre la taza. Cierra los ojos y piensa en lo que te gustaría saber.

Lo que pienso en ese momento es que soy tonta de remate. Y en... Cricket Bell.

—Dale la vuelta. Con cuidado —añade. Despacio, levanto la taza y la pongo recta. Las últimas gotas de líquido que quedaban han hecho que las hojas se enganchen a los lados de la taza—. Ahora ya puedo seguir yo.

Se queda en silencio un buen rato. Con las huesudas manos va inclinando la taza en todas las direcciones, como si analizara las diversas perspectivas o quizá para ver mejor las formas bajo la tenue luz de la cocina.

—Bueno. —Norah deja la taza sobre la mesa y me pide que me acerque más—. ¿Ves esta especie de nube, cerca del asa?

—Más o menos. Sí.

—Quiere decir que estás atravesando un periodo confuso o problemático. La verdad es que no hacía falta que las hojas nos lo dijeran, teniendo en cuenta mi presencia en esta casa. Y este triángulo de aquí significa que tienes un don natural para la creatividad. Aunque tampoco hacía falta que nos lo dijeran.

Me sorprende su franqueza, además del insólito cumplido. Me acerco un poco más.

—¿Ves ahora esta serie de puntos, cerca del borde de la taza?

Asiento.

—Un camino de puntos implica un viaje. Y las hojas nos dicen que será un

viaje que durará unos meses. Si le dieran la vuelta a la taza, sería de un año como mínimo —me explica—. Pero este viaje acaba aquí. Se convierte en esta forma. ¿A qué te recuerda?

—Pues... ¿a la luna? ¿A una luna con... un palito?

—¿Como una cereza?

—¡Sí! Ya lo veo.

—Las cerezas representan el primer amor. En otras palabras: este camino te lleva al primer amor.

Pego un bote y me golpeo las piernas contra la mesa. A Norah no parece sorprenderle mi reacción, por lo que creo que se la esperaba. ¿Sabe ella lo que siento por Cricket? ¿O, mejor dicho, lo que sentía? Ella estuvo presente, pero... ¿se dio cuenta de algo?

Norah está tomándose el pelo.

Se queda en silencio, pensativa.

—¿Por qué no me dices qué formas ves en la taza?

Observo la taza unos minutos. Busco perros o zapatos o algo vagamente reconocible, pero lo único que veo son hojas mojadas. Los ojos siempre se me van hacia la cereza. Dejo la taza en la mesa.

—No lo sé. Algunos palitos en ese lado. Y una especie de floritura.

—Vale. El bucle está cerca del borde, lo que indica que has actuado por impulso o que lo harás pronto.

—¿Y eso es bueno o malo?

Se encoge de hombros.

—Podría ser las dos cosas. Aunque... ¿tú crees que es buena idea reaccionar de modo impulsivo ante algo?

—¿Qué pasa, es algo que te ha dicho tu psicólogo, o qué? —le espeto.

El tono de Norah se vuelve sombrío.

—¿Ves que los palitos están cruzados y se amontonan unos encima de otros? Eso sugiere que se producirán discusiones, lo que suele implicar que habrá una separación —dice con tono brusco.

—Una separación —repito—. Ya, claro. Una charla muy educativa.

Pelears, separaciones, impulsos, nubarrones de confusión... Y yo que pensaba

que a uno le leían el futuro para que se sintiera MEJOR. Para eso paga la gente, ¿no? ¿Qué quería decir con eso del primer amor? Que Max la insultara no significa que tenga que incitarme a que me lance en brazos de otro chico.

Aunque es verdad que parecía una cereza.

No sé por qué pierdo el tiempo pensando en estas tonterías. Norah cree que mis disfraces son una estupidez, que no quieren decir nada... Tendría que mirarse en el espejo. Su vida entera (mejor dicho, lo que le queda de ella) carece de sentido. Me lavo los dientes, presa del mal humor, y me preparo para meterme en la cama. Apago la luz justo en el momento en que otra luz se enciende, más allá de mis cortinas.

Cricket se queda esta noche.

¿Habrá hablado con Calliope? Me pregunto si le dará tiempo de acabar el proyecto que tiene que presentar, sea lo que sea. Seguramente no. Doy mil vueltas en la cama. No puedo dormir: me siento culpable por Cricket. O quizá sea la teína. O esa estúpida cereza. Quizá las cerezas no tengan nada que ver con el primer amor. Puede que hablen de la persona con la que has perdido la virginidad. Eso tendría más sentido. Y, de ser así, mi camino o viaje o lo que sea iría hacia Max.

Lo que quiere decir que... estoy en el camino adecuado, ¿no?

Cricket abre la ventana.

Y... no se oye nada más.

No sé por qué, creo que me llama. Pero no es así. Cojo las gafas y salgo de la cama. Miro a través de las cortinas. Cricket contempla el cielo. Lo observo en silencio. No se mueve. No puedo reprimir el impulso de descorrer las cortinas y abrir la ventana.

—Hola —le digo.

Me mira sin rodeos. Su mirada es profunda; como si todavía estuviera contemplando las estrellas.

—¿Va todo bien con tu hermana?

Cricket asiente, despacio.

—Sobreviviré.

—Siento lo de tu proyecto.

—No te preocupes.

—¿Te dará tiempo a hacerlo?

—Quizá.

—¿Quieres... quieres que te dé los dibujos que te comenté?

En sus labios se dibuja una sonrisa.

—Claro.

—Vale. Espera un segundo. —Rebusco entre los montones de papeles que hay en el suelo hasta que encuentro la carpeta llena de dibujos que imprimí de Internet y de fotocopias de libros viejos. La creé a principios de verano, cuando conocí a Max. Quiero que me sirvan de inspiración para el baile de invierno. Vuelvo a la ventana. Cricket está sentado en la suya, igual que la primera vez que lo vi. A finales de verano—. ¿Te la lanzo? —Miro hacia el contenedor del abono orgánico de Andy, en el callejón.

Cricket medita medio segundo y me dice:

—Espera, ahora vuelvo.

Desaparece, y yo me quedo mirando su habitación. Sigue casi vacía, pero han empezado a aparecer rastros de él: una revista de ciencias al lado de la cama, un montoncito de gomas elásticas de colores en la cómoda, un vaso de zumo a medias en el escritorio, una chaqueta colocada en el respaldo de la silla... Cricket vuelve un minuto más tarde con una escoba y una canasta metálica con fruta dentro. Quita la fruta, pieza por pieza, y la va dejando sobre la cómoda.

Si saca una cereza, me da algo.

Por suerte, no la saca.

Ensarta la canasta en el palo de la escoba. La levanta por un extremo y ésta se desliza hacia su mano. Cricket se inclina sobre la ventana y alarga el brazo para que el palo de la escoba llegue hasta mi ventana. Tiene los brazos tan largos que el palo de la escoba llega sin problemas. Incluso sobran unos centímetros.

—¿Lista?

Me preparo para coger la canasta.

—Sí, mi capitán.

Inclina la escoba y la canasta sale disparada en mi dirección. La atrapo. Me río, encantada.

—Oye, de verdad que podría haberte lanzado la carpeta.

—Mejor no arriesgarse. Quizá se me habría escapado.

—Venga ya, que tú no fallas una. —Coloco la carpeta en la canasta—. Pesa bastante.

—La tengo. —Cricket sostiene el palo de la escoba y lo coloca en ángulo. Alargo los dedos todo lo que puedo para que la canasta se deslice por el mango, pero se me escapa de las manos. El peso hace que la escoba se vaya hacia abajo, pero Cricket consigue alzarla justo a tiempo para que salga volando en su dirección—. ¡Ajá! —La hebilla del cinturón choca contra la ventana al echar el cuerpo hacia dentro, y me sorprende reconocerlo; es el mismo cinturón de siempre: negro, de piel cuarteada. Se baja la camiseta porque se le ha subido un poco. Tiene un torso tan largo que las camisetas siempre le quedan cortas. Otro detalle que había olvidado.

Niego con la cabeza, intentando apartar de ella pensamientos extraños sobre su abdomen. Pero no puedo evitar sonreír.

—Ha sido muy sencillo y, a la vez, nos hemos complicado muchísimo la vida.

Me devuelve la sonrisa.

—Ésa es mi especialidad.

Capítulo 19

El gemelo Bell al que menos aprecio me corta el paso cuando voy a pasar por delante de su casa.

—Tenemos que hablar.

Calliope tiene los brazos cruzados y lleva ropa deportiva, como de ir a correr, del mismo tono azul pálido que sus ojos. Los mismos ojos de Cricket. Los gemelos también comparten ese tono de pelo casi negro, aunque ella lo lleva pulcramente cepillado.

Pero sus sonrisas son como la noche y el día. La de Cricket es natural, como si no pudiera contenerla; mientras que la de Calliope parece ensayada. Y, sin duda, lo es. Ella se entrega en cuerpo y alma al entrenamiento y a los ensayos.

Lleva un buen rato esperando a que yo salga antes de empezar su carrera matutina. Decir que estoy de los nervios es quedarse corto.

—¿Hablar de qué? —Me llevo al pecho la mochila que hoy me acompaña al instituto (una bolsa de bolos brillante de estilo retro).

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?

Le echo un vistazo a la calle.

—Esto... ¿ir a clase, quizá?

—Con mi hermano. —Su voz es áspera y dura—. Esta tontería se acaba ahora mismo. Estoy harta de ver cómo te aprovechas de él.

—¿Per-do-na?

—No te hagas la tonta. Sabes perfectamente de lo que te hablo. Siempre ha sido tu perrito faldero. Y hará cualquier cosa que le pidas. Así que dime... ¿antes de llegar a tu casa del brazo de Cricket, ayer por la noche, habías roto con tu novio?

Me pongo roja como un tomate.

—Se ofreció a ayudarme porque se me rompieron las gafas. No veía nada.

—¿Y de qué iba eso de coquetear con él y arrimarle tanto el pecho contra su brazo? ¿Eso también te ayudaba a ver mejor?

Me pillan tan de sorpresa que no atino a responderle nada.

—Mi hermano no es como tú —sigue diciendo—. No tiene demasiada experiencia, ¿sabes? Sólo ha tenido una novia, si es que se la puede llamar así, que no le duró mucho. Dudo que hicieran algo más que besarse.

Ahora mi sonrojo alcanza proporciones estratosféricas. Su razonamiento implica que yo sí he hecho «algo más», cosa que no es en absoluto de su incumbencia.

—Te lo diré con otras palabras: mi hermano no tiene ni idea de cómo actuar con las chicas, y no sabe cuándo se están aprovechando de él. Pero yo sí. ¡Y por eso te repito que lo dejes en paz!

Empiezo a ver borroso. Sigo sin saber qué responder.

Calliope da un paso adelante.

—Los viajes en tren para venir a verte, la decepción al descubrir que sales con Max... Basta ya de marear a mi hermano de esa manera.

BASTA YA.

—Estás muy equivocada. —Endezco la espalda, vértebra por vértebra—. Cricket y yo sólo somos amigos. ¿Sabes lo que es eso? —Me quedo en silencio un instante y niego con la cabeza—. Supongo que no.

—Para que lo sepas, tengo un buen amigo. Y te estás pasando mucho con él.

—¿Que me estoy pasando? ¿Y qué me dices de la mentira que le contaste hace dos años, que yo no quería ir a su fiesta?

Esta vez, es ella quien se pone roja.

—Te preocupa perder a Cricket otra vez. Ahora que él se ha ido a la universidad, seguro que estás muy sola. —Me abro paso, brusca—. Seguro que la vida se te hace cuesta arriba cuando tu animador número uno decide que es hora de vivir su vida.

Me coge del abrigo para detenerme.

—No lo hago por mí.

—Siempre lo haces por ti. —Me zafo, furiosa—. Pero, para que lo sepas, tu hermano tiene su propia vida. Puede que no actúe delante de una multitud de personas, pero tiene tanto talento como tú. Aunque nunca te des cuenta porque toda tu familia sólo está pendiente de lo que pasa en el mundo de la egoísta Calliope.

—Por cierto... —Vocaliza las palabras muy despacio y con toda la intención del mundo—. No tengo un hermano, sino dos. Ambos con muchísimo talento. Y Cricket sabe que nos importa.

—¿Ah, sí? ¿Estás segura?

—Si tuviera alguna duda, hablaría. —Pero, de repente, parece insegura.

—Sí que habla —le digo, apretando la mandíbula con rabia—. Pero no con tu familia, sino con la mía. Conmigo. Y ahora, si no te importa, voy a llegar tarde a clase.

No puedo quitarme las acusaciones de Calliope de la cabeza. Que me aprovecho de él, dice... No lo hago aposta; nunca le haría daño a Cricket intencionadamente. Pero, eso sí, sé que no le estoy haciendo ningún favor. Y me ha dolido oírsele decir a Calliope. Como lo de mi coqueteo. Me estremezco al recordarlo.

Sin embargo, mucho más incómoda me hace sentir el saber que Cricket ha tenido novia. Aunque la cosa no haya ido a más, no debería sentirme como me siento al saber que ha salido con alguien... Se me revuelven las tripas. Yo estoy con Max; Cricket es libre de salir con quien quiera; antes y ahora. Ay. La posibilidad de que tenga una nueva novia hace que me sienta enferma. «Por favor, que no tenga novia hasta que yo acabe de acostumbrarme a que seamos amigos...»

Y luego me siento peor por pensar eso, porque es ser muy egoísta.

Max me llama después de las clases para decirme que el sábado por la noche toca en Santa Mónica. Sé que el grupo tiene más conciertos programados por esa zona, pero que no me haya hablado antes de esa actuación hace que mi yo paranoico sospeche que lo ha organizado para escapar del *brunch* del domingo. No he vuelto a ver a Max desde la horrible cena del otro día. Lo único que quiero es perderme en su abrazo y saber que todo va bien entre los dos.

Me propone ir a buscarme al cine para que comamos juntos durante la pausa para el almuerzo. Quedamos en un bar tailandés cutre, y estoy especialmente pegajosa con Max. Me muero por estar lo más cerca posible de él. Nos enrollamos en la mesa de la esquina del local y el dueño nos mira fatal.

—¿Vienes a casa después del trabajo? —me pregunta.

—Andy viene a buscarme. Además, sigo castigada... ¿Y mañana, antes de que te vayas? Puedo decirles que entro antes a trabajar.

—Saldremos muy pronto. Queremos echarle un vistazo a una tienda de Los Ángeles. No me mires así, Lola —dice cuando se me dibuja un mohín en los labios. Entrelaza sus dedos con los míos—. Te veré pronto.

El fin de semana pasa muy despacio sin él. Cricket tampoco está. Ha dejado un rastro (que nada tiene que ver con el de las hojas de té): una nota, escrita con rotulador negro y enganchada con celo en su ventana. «SKATE AMÉRICA. HASTA LA SEMANA QUE VIENE.» ¿Por qué no me dijo que se marchaba este fin de semana? ¿Le habrá hablado Calliope de nuestra pelea?

Quiero llamarlo, pero no tengo su teléfono. Podría pedírselo a Lindsey; seguro que todavía lo tiene guardado, pero sospecharía (sin motivo) de mi inusitado interés por conseguir el número de Cricket. Y Calliope sería capaz de pegarme un mordisco si se enterara de que he llamado a su hermano. Así que me resigno a hacer los deberes mientras observo fijamente la nota de la ventana.

Es miércoles. Y la nota sigue ahí.

Y cuanto más contemplo su letra (muy contundente), más quiero demostrarme a mí misma que podemos ser amigos. Cricket me cae bien y yo le caigo bien a él. No es justo que Calliope quiera intimidarnos por querer ser amigos.

Y por ese motivo he subido a un tren de camino a Berkeley. Creo. Le he dado muchas vueltas al tema de la amistad, y también he pensado mucho en la carpeta que guarda mis ideas para el vestido. No puedo creer que se la diera entera; así, tal cual. Nada de «te doy las cinco páginas más importantes». Voy yo y le entrego el resultado de seis meses de planificación y fantasía. ¿Qué se le pasará por la cabeza al ver esos papeles? Pienso en mis dibujos, llenos de volantes, exagerados, etéreos; en los corazones, notas y tonterías que he dibujado, y quiero que me trague la tierra. Seguro que se ha vuelto diabético por el empacho de azúcar.

Tengo que hacerme con esa carpeta.

Además, necesito mis apuntes esta semana. Tengo que dedicarle bastantes horas al vestido. Así que, en realidad, he salido a toda prisa de clase y he subido a este tren por unos motivos puramente prácticos. Los trenes que viajan hacia las ciudades que rodean San Francisco son mucho más elegantes que los que la atraviesan. Pasan a toda pastilla por las estaciones, con feroces gruñidos, aunque sus pasajeros comparten las mismas caras de cansancio y aburrimiento. Jugueteo con mis gafas de montura roja en forma de corazón mientras veo pasar ante mis ojos la zona industrial de Oakland.

Es un trayecto solitario. Sólo se tarda veinte minutos en llegar; pero, contando el tiempo de espera en la estación y el que ha tardado el tren de cercanías al que he tenido que subirme antes para llegar a éste, llevo más de una hora de recorrido. No puedo creer que St. Clair haga esto cada día. Ahora ya sé dónde hace las tareas para la universidad... Cada día invierte una hora (¡dos, porque tiene que volver!) para ir a ver a Anna. Y ella hace lo mismo el fin de semana para ir a verlo a él.

¿Cómo reaccionará Cricket cuando me vea? Sabe que no es un viaje que se haga rápido. Quizá le diga que estaba curioseando por las tiendas de segunda mano de la zona y que se me ha ocurrido pasarme. Es lo que hacen los amigos, ¿no? Y entonces podría comentarle lo de la carpeta y llevármela. Sí; voy a verlo porque somos amigos y porque necesito la carpeta.

«¿Y por qué no le has dicho nada a Max?»

Me retuerzo en el asiento e intento no pensar en eso.

Al parecer, estoy castigada en todo lo relativo a mi novio. Cuando le he dicho a Andy que iba a casa de Lindsey a ver un maratón de capítulos de *Criando malas*, ni se ha inmutado. Incluso me ha dado dinero para una pizza. Creo que se siente culpable por lo de Norah. Lleva ya una semana y media en casa y no hay ningún indicio de que vaya a marcharse. Ayer por la noche, hasta uno de sus clientes habituales se presentó en casa para que le leyera el futuro. Mis padres y yo ya estábamos acostados cuando alguien se puso a llamar al timbre como si no hubiera un mañana. Supongo que cuando Nathan vuelva del trabajo esta noche, habrá follón. Me apostaría lo que fuera a que Andy también preferiría ver la tele tranquilo y comerse una pizza.

No sé por qué no le he dicho a Andy que voy a visitar a Cricket. Seguro que no le importaría. Quizá lo que temo es que mis padres se lo comenten a Max. A ver, yo misma se lo diré, pero sólo cuando esté clarísimo que Cricket y yo únicamente somos amigos.

Cuando nos sintamos cómodos estando juntos.

Bajo en la estación de Downtown Berkeley. Sé dónde está la residencia de Cricket porque St. Clair lo ha mencionado en alguna conversación. Me he imprimido un mapa. Supongo que no será difícil de encontrar, aunque hace muchísimo que no vengo por aquí. Antes convencía a Lindsey para ir de tiendas por Telegraph Avenue el fin de semana; pero, desde que trabajo (y desde Max), la verdad es que no hemos hecho ninguna excursión juntas.

Aquí, los edificios son más parecidos a los de California, y menos a los de San Francisco. Son bonitos, pero más nuevos y rectangulares. En vez de tener casitas victorianas, con sus vidrieras de colores y sus paredes desconchadas, aquí los edificios están hechos de ladrillo. Y por todas partes hay árboles muy bonitos, alineados en unas calles que son mucho más anchas, limpias y tranquilas que las de mi barrio. Aunque hay bastante ambiente, y casi todos los peatones y ciclistas parecen universitarios.

Echo los hombros atrás para parecer más segura.

Es raro pensar que Cricket vive aquí. Los recuerdos que tengo de él están tan vinculados a la casa lavanda de Castro que me cuesta muchísimo imaginármelo en otro lugar. Pero ése debe de ser el colmado en el que compra. Y ése, su bar. ¡Y seguro que en esa tienda compra sus recuerdos de los Golden Bears de California!

No. Eso ya no. Me resulta imposible imaginarme a Cricket con una camiseta que lleve la mascota de la universidad.

Por cosas como ésa somos amigos.

Tardo otros quince minutos en recorrer la calle larga y de pendiente pronunciada que lleva a la residencia de estudiantes de Foothill. No puedo evitar sumar los minutos que estoy tardando en llegar y pensar en St. Clair y en Anna. Es una barbaridad el tiempo que invierten a diario para poder verse. Y nunca los he oído quejarse. Ni una sola vez. Me sorprende que Cricket

vuelva a casa tan a menudo, teniendo en cuenta lo que tarda. ¡Y encima cargando con el macuto de la ropa sucia!

Me asalta un pensamiento inquietante.

Su bolsa de la ropa sucia... suele estar a medio llenar. Cricket tiene bastante ropa para ser un chico. Y es imposible que se la lleve toda a casa. Lo que implica que lava algunas prendas aquí. Lo que significa que... ¿Qué significa? ¿Que lo de la ropa es una excusa para volver a casa? Pero... no necesita ninguna excusa para estar con Calliope: ella quiere que Cricket esté en casa. Así que la excusa debe de ocultar otra razón para volver a casa.

La voz de Calliope resuena en mi cabeza:

«Los viajes en tren para venir a verte...»

Una pregunta incómoda me nace en la boca del estómago. ¿Y qué estoy haciendo yo ahora? «Viajando para ir a verlo.»

Oh, no.

Freno en seco. La residencia de estudiantes de Foothill consta de dos módulos, uno en cada lado de la calle. Me esperaba un edificio alto. Y pensaba que podría preguntar en alguna especie de... recepción. Pero no veo nada parecido, y no sólo hay dos módulos, sino que cada uno de ellos es un verdadero laberinto de edificios que parecen chalés suizos. Pero en su versión terrorífica, rodeados de verjas muy altas.

¿Y AHORA QUÉ HAGO?

Vale, calma. Seguro que la solución es sencilla. Puedo conseguirlo. Sin problemas. Si he logrado llegar hasta aquí...

Intento abrir una de las verjas. Cerrada.

¡Maldita sea!

Un momento. ¡Viene alguien! Saco el móvil y me pongo a hablar sola.

—¡Y tú que lo digas! ¿Te fijaste en las espuelas que llevaba ese vaquero en la gasolinera? —Finjo que quiero abrir la portezuela de la valla justo cuando sale una chica. La sostiene para que pase y levanto la palma de la mano en señal de agradecimiento mientras sigo hablando por teléfono conmigo misma.

He entrado. ¡Lo conseguí!

Lindsey estaría orgullosísima de mí. Vale. ¿Qué haría ella ahora? Me quedo mirando el patio y se me cae el alma a los pies al ver que la situación se complica: hay una red de edificios, plantas y vestíbulos que parece infinita. Y cerraduras por todas partes. Esto es una fortaleza.

Qué idea tan absurda la mía. Es la más absurda que jamás se me haya pasado por la cabeza. Tendría que marcharme a casa. No sé qué le diría a Cricket si lo viera. Pero me da rabia haber llegado tan lejos. Me dejo caer en un banco y llamo a Lindsey.

—Necesito ayuda.

—¿Qué clase de ayuda? —pregunta con tono de sospecha.

—¿Cómo averiguo cuáles son el edificio y la habitación de Cricket?

—¿Para qué narices necesitas esa información?

Le respondo con un hilillo de voz:

—Porque estoy en... Berkeley.

Se hace una pausa al otro lado del teléfono.

—Ay, Lola. —Suspira—. ¿Quieres que lo llame?

—¡No!

—¿Y qué vas a hacer? ¿Presentarte sin avisar? ¿Y si no está?

Ostras. No había pensado en eso.

—No pienses en eso —me dice Lindsey—. Vale, puedes llamar a ese... a St. Clair.

—Me da vergüenza. ¿No puedes acceder a los archivos de la universidad o algo así?

—Si pudiera, ¿no crees que ya lo habría hecho? Necesitas una fuente. Y tu fuente es St. Clair.

—¿Y no eres tú?

—Adiós, Lola.

—¡Espera! Si llaman mis padres, diles que estoy en el baño. Se supone que estamos comiendo pizza y viendo *Criando malvas*.

—¡Maldita!

—Yo también te quiero —le respondo.

Y me cuelga.

—Vale —dice alguien con un acento muy peculiar—. A: No estás en los aseos.

B: Yo no veo que estés comiendo pizza. Y C: ¿A quién le has dicho que lo quieres?

De un brinco, me lanzo sobre St. Clair, contentísima.

—¡No puedo creérmelo!

Él me devuelve el abrazo antes de separarse para preguntarme:

—¿Qué haces en mi residencia?

—¿Ésta es la tuya? ¿Vives aquí? ¿En qué edificio? —Me pongo a mirar en todas las direcciones.

—No sé si decírtelo... ¿Debo confiar en una chica que se pone un impermeable amarillo cuando hace sol?

Sonrío.

—¿Cómo es posible que siempre aparezcas cuando más se te necesita?

—Es un talento que tengo. —Se encoge de hombros—. Oye, ¿estás buscando a Cricket?

—¿Sabes dónde está?

—¿Sabe él que has venido? —me pregunta. Como no respondo, añade un «ah».

—¿Crees que le importará?

St. Clair niega con la cabeza.

—Tienes razón. Lo dudo mucho. Vámonos, pues. —Atravesamos el patio hasta llegar a un edificio de teja situado en la parte trasera. Subimos unas escaleras, abre una puerta que nos lleva al segundo piso y vamos a parar a un pasillo feísimo y hecho polvo. Anda con paso seguro delante de mí, pero hace mucho ruido con las botas, llenas de rozaduras. Cricket se mueve sin hacer apenas ruido.

¿Y Max? ¿Hace ruido al andar?

—Ésta es mi habitación. —St. Clair hace un gesto con la cabeza hacia una puerta de madera barata. Me río al ver que ha pegado un retrato de él con sombrero napoleónico—. Y ésta... —pasamos por cuatro puertas más— es la habitación de Monsieur Bell. —También hay algo enganchado en su puerta. Es un cartelito ilustrado de una mujer que blande un hacha hacia los cielos. Está montada en un tigre y va desnuda.

St. Clair sonrío.

—¿Estás seguro de que ésta es su habitación?

—Sí. Segurísimo.

Me quedo mirando a la señorita ligera de ropa subida a horcajadas en el tigre. Está muy delgada y no se parece en nada a mí. No es que me importe. La opinión de alguien que pega algo así en su puerta no debería importarme. Pero aun así...

—Bueno, tengo un tren al que subirme —interviene St. Clair—. ¡Suerte! — Sale a toda pastilla del edificio. Si está tomándome el pelo, se las verá conmigo.

Respiro hondo una vez. Y otra.

Y llamo a la puerta.

Capítulo 20

—¿Lola? —Cricket se ha quedado de piedra—. ¿Qué haces aquí?

—Yo... —Allí de pie, junto a su puerta, me doy cuenta de que las excusas que había ideado son ridículas. «Estaba por el barrio y pensé en pasar a saludarte. Ah, y necesito esa carpeta llena de tonterías que te dejé... porque fuiste tan amable al ofrecerte a idear algo que llevaré a un baile al que me acompañará otro chico»—. He venido a ver si se te había ocurrido alguna cosa para mi miriñaque. Voy escasita de tiempo.

«¿Escasita de tiempo?» Pero ¿qué tipo de expresión es ésa? Nunca la había utilizado, qué vergüenza...

Cricket sigue sin reaccionar.

—Bueno, y he venido a verte a ti también, claro.

—Pues ya me has encontrado. Hola.

—¿Pasa algo? —Una chica asoma la cabeza de repente, al lado de Cricket. Es más alta y esbelta que yo. Tiene el pelo rubio ondulado y está morena por el sol. Quizá haga surf. No es un moreno artificial.

Y no oculta su enfado al verme.

La chica le pone una mano encima del brazo, en plan posesivo. Cricket se ha subido las mangas de la camisa, por lo que la mano de la chica se posa directamente sobre la piel de él. Noto un agujero en el estómago.

—Yo... siento haberme presentado así. Te veo luego, ¿vale? —Y me pongo a caminar a toda prisa por el pasillo.

—¡Lola!

Freno en seco. Me doy la vuelta, despacio, hacia la habitación.

Cricket parece desconcertado.

—¿Adónde vas?

—No quería interrumpir. Estaba comprando por la zona, así que... Y estás ocupado, claro, no sé... —«Calma. Puede salir, enrollarse o irse a la cama (ay, Dios mío) con quien le dé la gana.»

—¿Está lloviendo? —La chica se queda mirando el impermeable y las botas de goma que llevo puestas con cara de pocos amigos.

—Ah, no. Es que pegaban con el vestido. —Me desabrocho el chubasquero para revelar un bonito vestido en el mismo tono de amarillo. Cricket se sobresalta de repente, como si acabara de darse cuenta de que la chica le ha puesto una mano en el brazo. Se libera de ella y sale al pasillo.

—Ésta es mi amiga Jessica. Estábamos haciendo los deberes de Física. Jess, te presento a Lola. La chica... de la que te hablé.

A Jessica no le gusta nada este dato.

LE HA HABLADO DE MÍ.

—Bueno... Así que has venido por lo del vestido, ¿no?

—No es nada importante. Ya hablaremos en otro momento.

—¡No! Has venido hasta aquí. Y nunca estás por aquí. —Mira a Jessica de reojo—. Lo terminamos mañana, ¿vale?

—Vale. —Me lanza una mirada de odio antes de irse.

Cricket no se da cuenta de nada. Abre la ventana.

—Pasa, pasa. ¿Cómo me has encontrado?

—St. Cla... ¡Oh!

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?

Dos camas. Al lado de una de ellas, un mapa estelar, una tabla periódica y un escritorio lleno de papeles, cables y pequeños objetos metálicos. Al lado de la otra, más mujeres de mundos fantásticos desnudas, un televisor descomunal y videojuegos.

—Compartes la habitación.

—Sí —afirma, desconcertado.

—Esto... El dibujo de la puerta me había descolocado un poco.

—No, no... a mí me gustan más las chicas que no van acompañadas de bestias feroces ni de armas. —Se queda en silencio antes de sonreírme—. No me importa que vayan ligeras de ropa. Lo que esa chica necesita es un perro golden retriever y un telescopio. Entonces quizá sí me gustaría un poco...

Me río.

—Aunque estaría mejor con una ardilla y un vaso de medición de laboratorio.

—O con un conejito y una pizarra —añado.

—Vale, pero sólo si en la pizarra hay ecuaciones.

Finjo que me desmayo sobre su cama y me pongo a hacer aspavientos.

—¡Es demasiado para mí! ¡Basta, basta! —digo. Cricket se ríe al verme hacer el tonto, pero pronto se le borra la sonrisa. Parece apenado. Me acodo para poder sentarme—. ¿Qué te pasa?

—Estás en mi habitación —dice en voz baja—. Hace cinco minutos no estabas. Y, ahora, aquí estás.

Acabo de sentarme bien y de repente me doy cuenta de que estoy en su cama y de que huele a jabón y a aceite de engrasar. Dirijo la vista hacia él, pero sin llegar a mirarlo.

—No tendría que haberme presentado así como así, perdona.

—No. Me alegro de que hayas venido.

Reúno el valor suficiente para mirarlo a los ojos, pero ahora es él quien no me mira. Estira el brazo para buscar algo en el escritorio, lleno de hojas de papel milimetrado y proyectos a medio acabar. Pero hay una zona del escritorio que está despejada. Y en ella descansa mi carpeta.

—Hice algunos esbozos este fin de semana, en Pensilvania.

—Ah, es verdad. —Me informé sobre Skate América. Este año se celebraba en Reading. Para ser educada, pregunto—: ¿Qué tal le fue a Calliope?

—Muy bien. Quedó primera.

—Entonces se acabó la racha de acabar en segundo puesto, ¿no?

Levanta la vista.

—¿Cómo? Ah, no. Siempre queda la primera en las primeras competiciones de la temporada. No es por quitarle mérito —añade, distraído. Como no se ha sobresaltado al mencionarle el nombre de su hermana, intuyo que no sabe nada de nuestra tensa charla. Mejor así—. Mira —me dice—, esto es lo que he hecho hasta ahora.

Cricket se sienta en la cama, a mi lado. Está en su papel de científico inventor, así que ha pasado completamente por alto la norma autoimpuesta de mantener cierta distancia conmigo. Saca algunas ilustraciones que había guardado en la carpeta y se pone a hablar de materiales, circunferencias y otras cosas en las que no puedo pensar, porque lo único que veo es el cuidado con el que sostiene mi carpeta en el regazo.

Como si fuera algo frágil. Importante.

—¿Qué te parece?

—Es maravilloso —le respondo—. Muchas gracias.

—Será un vestido grande, ya lo verás. Es lo que querías, ¿verdad? ¿Tendrás tela suficiente?

Uy. Tendría que haber prestado más atención. Estudio las dimensiones. Me pasa una calculadora para poder aclararme con las cifras, y me sorprende ver lo perfecto que es el resultado.

—¡Caramba! Hasta me quedará algo de tela en caso de emergencia.

—Mañana iré a buscar los materiales. Así podré ponerme manos a la obra este fin de semana, en casa de mis padres. Necesitaré... —Se pone rojo de repente.

Sonrío.

—¿Mis medidas?

—Bueno... todas no. —Ahora se ha puesto como un tomate.

Las anoto en un papel.

—No tengo complejos —le digo—, no te preocupes. No me importa dártelas.

—No tendrías que tenerlos. Eres perfecta. Guapísima.

A pesar de su precaución extrema, lo ha dicho.

—No tendría que haberlo dicho. —Cricket deja la carpeta sobre la cama y se levanta de un salto. Se aparta de mí—. Lo siento. —Se rasca la nuca y mira por la ventana.

—No pasa nada. Gracias por decírmelo.

Nos quedamos callados. Empieza a oscurecer.

—Oye... —Me abrocho y desabrocho el chubasquero—. Pasamos demasiado tiempo disculpándonos. Quizá tendríamos que dejar de hacerlo. Y esforzarnos más para volver a ser amigos. Los amigos pueden decirse cosas así sin que la situación resulte incómoda.

Cricket se vuelve hacia mí y me mira.

—O aparecer sin avisar.

—Aunque, si me dieras tu número, podría avisarte.

Sonríe. Saco el móvil y se lo lanzo. Él me pasa el suyo. Introducimos nuestros números de teléfono. Como si fuera algo oficial. Cricket me devuelve el mío y

me dice:

—En tu agenda aparezco como «Mujer desnuda sobre tigre».

Se me escapa una carcajada.

—¿De verdad? Porque yo he elegido para mí «Señorita desnuda sobre tigre».

—¿En serio?

Me río con más ganas.

—No. He escrito «Lola».

—La única e inimitable.

Me levanto y le pongo el teléfono en la palma de la mano.

—Me ha encantado ese cumplido, Cricket Bell.

Arquea las cejas, como formulando una pregunta.

Y entonces se enciende la luz del cuarto.

—¡Uy! —Un chico que mide la mitad que Cricket y lo duplica en anchura lanza una bolsa de Doritos en la otra cama—. Perdona, tío.

Cricket se echa para atrás de un brinco.

—Te presento a mi compañero de habitación, Dustin. Dustin, te presento a Lola.

—Y yo que pensaba que eras gay —afirma Dustin.

—Pues vaya —responde Cricket.

—Siempre estás en la ciudad y no le haces caso a Heather cada vez que aparece por aquí.

¿Heather? ¿Y ésa quién es? ¿Otra rubia?

—Supongo que me equivoqué. —Dustin niega con la cabeza y se tira en la cama, junto a las patatas—. Bueno, ahora no tendré que preocuparme de que me mires el trasero.

Me pongo tensa y le espeto:

—¿Y por qué tendría que interesarle tu trasero? ¿Verdad que a ti no te gustan todas las chicas del mundo? ¿Por qué tendrían que gustarle entonces a él todos los tíos, eh?

—Qué genio. —Dustin mira a Cricket—. ¿Y a ti qué te pasa?

Cricket se pone el abrigo.

—Vámonos, Lola, seguro que tienes que coger el tren pronto.

—¿No estudias aquí? —me pregunta Dustin.

—Estudio en la ciudad. —Pongo la carpeta en mi bolsa.

Me pega un buen repaso.

—A ver si lo adivino: estudias Arte, ¿verdad?

—No. Voy al Harvey Milk Memorial.

—¿Y allí qué se estudia?

—Educación secundaria. Es un instituto.

Dustin arquea las cejas. Se vuelve hacia Cricket y le espeta:

—¿Es menor de edad? —Su voz se tiñe de admiración y respeto.

—Adiós, Dustin. —Cricket me sostiene la puerta para que pase.

—¡¿Es menor o no?! —exclama justo cuando Cricket da un portazo.

Cierra los ojos.

—Lo siento.

—Oye, nada de disculparse, y mucho menos por ése. —Salimos a la calle y me echo a temblar. No me extraña que Cricket vaya a casa casi todos los fines de semana—. Además —sigo diciendo—, ya estoy acostumbrada. Todo el día tengo que oír que soy...

Cricket se ha quedado quieto.

—... pequeña.

—Ya, claro. —Con un esfuerzo sobrehumano, Cricket esquiva el fantasma de Max. Siempre está presente. Su presencia nos persigue—. Bueno, ¿y qué hace tu novio esta noche?

—No lo sé. Hoy no he hablado con él.

—¿Hablas con él todos los días?

—Sí —respondo, incómoda. Estoy perdiendo a Cricket. Su cuerpo se aleja

cada vez más del mío a medida que construye de nuevo ese muro que nos separa y nos protege—. ¿Quieres que cenemos algo? —le suelto sin más. No me contesta—. No me hagas caso, seguro que tienes muchas cosas que hacer.

—¡No! —Y después, más comedido, añade—: Lo de cenar es una buena idea. ¿Te apetece algo en especial?

—Bueno... Andy me dio dinero para pizza.

Cricket me lleva por el campus, enseñándome durante el recorrido los edificios donde va a clase. Son todos grandiosos y magníficos. Me habla de sus profesores y de sus compañeros y, una vez más, me sorprende ante esta parte de la vida de Cricket que desconozco. Una parte en la que yo no estoy.

Subimos por Telegraph Avenue, la calle más bulliciosa del centro de Berkeley. Es la zona que más se parece a San Francisco: hay tiendas de accesorios estrafalarios, estudios de tatuajes, librerías, tiendas de discos, de cultivo de cannabis y de objetos nepalíes. Pero también hay vendedores callejeros que promueven la artesanía cutre: bisutería fea, cordones de zapatos teñidos en plan hippie, cuadros horribles y toda clase de objetos con la cara de Bob Marley. Tenemos que pasar a través de un grupo de *hare krishnas* que baila feliz, tocando los chinchines y ataviado con ropajes del color del polvo efervescente que te tomas cuando estás resfriado, y casi choco con un hombre que lleva puesto un gorro de piel de estilo ruso y una capa. Está colocando una mesa pequeñísima en mitad de la calle, con un mantel de terciopelo, para la lectura del tarot. Por lo menos, Norah tiene tan poco sentido de la estética que nunca acabará vistiéndose como ese tipo. Ese pensamiento me alivia.

Hay vagabundos por todas partes. Un señor mayor, que tiene la cara curtida como un marinero, aparece de la nada. Cojea y se tambalea al caminar, como si fuera un muerto viviente. Por instinto, me echo hacia atrás y me aparto de él.

—Lola —dice con delicadeza Cricket. Me doy cuenta de que ha visto mi reacción. Me reconforta saber que me entiende. Que no tengo que explicarle el porqué de mi reacción. Y que no me juzga por ello. Me sonrío—. Ya hemos llegado.

Ya dentro de Blondie's, insisto en pagar con el billete de veinte dólares que me ha dado Andy. Nos sentamos a una barra con vistas a la calle y nos comemos una porción de pizza al pesto vegetariana (yo) y tres de *pepperoni* (él). Cricket le da sorbos a un refresco de cola con sabor a cereza.

—Qué detalle ha tenido Andy al darnos dinero para cenar —dice—. Pero ¿por qué tenía que ser pizza?

—Bueno, porque la pizzería quedaba de camino —le respondo. Cricket parece confundido—. De camino a casa de Lindsey, quiero decir. Creen que estoy con ella.

Cricket deja la bebida sobre la barra.

—Dime que es una broma, por favor.

—No... Era más sencillo decirle eso que explicarle a Andy que... —Me quedo callada de repente. No sé cómo acabar la frase.

—¿Que explicarle que te apetecía quedar conmigo?

—No. Bueno, sí. Pero, vaya, que no creo que a mis padres les importe —añado rápidamente.

Cricket se desespera.

—¿Y por qué no se lo has dicho, entonces? Madre mía, Lola. ¿Y si te pasaba cualquier cosa? ¡Nadie sabría dónde estás!

—Le he dicho a Lindsey que venía. —«Bueno, se lo he dicho después.» Aparto el cuenco del parmesano—. Oye, empiezas a parecerme bastante a mis padres.

Cricket echa la cabeza hacia delante y se pasa las manos por el pelo. Cuando levanta la vista, lo lleva mucho más encrestado y de punta que de costumbre. Se levanta del taburete.

—Vamos.

—¿Qué?

—Tienes que irte a casa.

—Pero ¡si no he acabado de comer! ¡Y tú tampoco!

—No puedes estar aquí, Lola. Tengo que llevarte a casa.

—No lo dices en serio, ¿verdad?

—¡Sí! No quiero que... mi expediente quede manchado.

—¿Y eso qué narices quiere decir?

—Quiere decir que, si tus padres saben que has estado aquí sin su permiso, no voy a caerles demasiado bien.

Ahora soy yo la que se pone de pie. Cricket mide unos treinta centímetros más que yo, pero intento empuñarlo con la mirada.

—¿Se puede saber por qué te preocupa tanto caerles bien a mis padres? ¿Es necesario que te recuerde otra vez que tengo novio?

Las palabras son crueles, y me horrorizo en el momento mismo de decirlas. Los ojos de Cricket se tiñen de rabia.

—¿Y entonces por qué has venido?

Está empezando a entrarme el pánico.

—Porque te ofreciste a ayudarme.

—Yo ya estaba ayudándote. De hecho, antes de que te presentaras... ¡en mi habitación! Ya sabías que iba a casa el fin de semana siguiente.

—Pero ¡el fin de semana pasado no viniste, por ejemplo!

—¿Y ahora qué pasa? ¿Que necesito tu permiso para ir a donde yo quiera? ¿Es que disfrutas sabiendo que estoy allí... sufriendo por ti?

Tiro lo que me queda de la porción de pizza en la papelera y salgo pitando de allí. Como siempre, Cricket me sigue. Me atrapa.

—Espera, Lola. Ya no sé lo que digo. Esta conversación se nos está yendo de las manos. Volvamos a intentarlo.

Aparto el brazo bruscamente y echo a andar hacia la estación de tren. Me sigue.

—Cricket, me voy a casa, como me has dicho.

—Por favor, no te vayas —dice con desesperación—. Así no.

—¿Te das cuenta de que no puedes tenerlo todo? —Freno en seco. Me lo estoy diciendo a mí misma, no a Cricket.

—Lo estoy intentando —responde él—. Créeme: me estoy esforzando muchísimo.

Esas palabras me hacen añicos el corazón.

—Ya —le digo—. Bueno, yo también.

De nuevo, reina la confusión.

Y de repente...

—¿A ti también te cuesta? ¿Como a mí? —Las palabras le salen de los labios a borbotones.

Todo sería tan fácil si pudiera decirle que no me interesa, que no tiene ninguna posibilidad conmigo... Pero Cricket me mira de una manera, como si nada en el mundo fuera tan importante como mi respuesta, que sólo me permite decirle la verdad.

—No lo sé, ¿vale? Te veo y pienso en ti y... No lo sé. Nadie me confunde tanto como tú.

De nuevo, la cara de ecuación difícil.

—Y eso... ¿qué quiere decir?

—Quiere decir que estamos en el punto de partida. Y yo ya estoy en la estación de tren. Así que me voy.

—Voy contigo...

—No.

Cricket quiere ponerse a discutir. Quiere asegurarse de que llego a casa bien. Pero sabe que, si viene conmigo, cruzará una línea que yo no quiero cruzar. Me perderá.

Así que se despide. Y yo me despido de él.

Y, cuando el tren arranca, siento que he vuelto a perderlo.

Capítulo 21

Me encanta ver a Max sobre el escenario. En este momento, su grupo toca una de sus versiones favoritas. La primera vez que cantó *I saw her standing there* (la letra dice algo así como «Tenía diecisiete años / y ya sabes lo que quiero decir») y me dedicó una miradita pícaro, pensé que iba a darme algo. Yo era una de esas chicas a las que se les dedican canciones.

Y sigue siendo igual de emocionante.

Lindsey y yo estamos en el Scare Francisco, un festival de rock que dura todo el día y que se celebra con motivo de Halloween en el Golden Gate Park. Es sábado y sigo castigada, pero había comprado las entradas hacía muchísimo tiempo. Además, no puedo escapar de Norah. No le han concedido ningún apartamento de renta baja, por lo que ha decidido mudarse con Ronnie Reagan. Me explico: Ronnie es el sobrenombre de su amiga Verónica. Que a su vez es un hombre. El único problema es que el compañero de piso de Ronnie no se marcha hasta... enero. Mis padres se sienten muy culpables. Por eso me han dejado venir.

Como marca la tradición anual, hoy me he puesto tejanos, una blusa bonita, una peluca lisa con flequillo y zapatillas rojas. Lindsey lleva un vestido estilo años cincuenta, un delantal retro, tacones de diez centímetros, una peluca rubia con las puntas hacia fuera y unos pendientes brillantes con cierre de clip.

Hoy me he vestido de Lindsey y ella, de mí. Está claro. Cada año me pongo lo mismo. Y ella, algo diferente.

El concierto de Amphetamine llega a su fin en el escenario cuatro. Se ponen a recoger los instrumentos mientras el siguiente grupo, Pot Kettle Black, prepara los suyos. Me abanico con un folleto que me han dado de una casa encantada, e intento disimular que estoy abanicándome las axilas mucho más que la cara. No quiero oler mal cuando vea a Max. Todavía no hemos podido vernos. Un sol de justicia me quema la nariz, a pesar de habérmela cubierto de protector solar de factor 25. En esta ciudad, a veces se producen extrañas olas de calor en pleno otoño.

—Me muero de ganas de que por fin seas detective. Así podré ponerme tu placa —le comento a Lindsey—. Y arrestaría a todas las chicas que se visten de gatita sexy. Qué originales son...

—Y yo me muero de ganas de que tu podólogo te prohíba llevar tacones.

—Pero si estás fabulosa, cariño.

—¿Lola? —dice una voz femenina desde atrás.

Me doy la vuelta y me encuentro con Calliope. Me mira perpleja.

—Así que eres tú. Tenías razón. —Mira a algún punto por encima del hombro. Sigo su mirada y veo emerger al otro gemelo Bell de detrás de un motero más corpulento que un armario empotrado. O de alguien que va disfrazado de motero, claro. Me abanico las mejillas. Otra vez tengo calor. No sé qué gemelo me provoca más dolores de cabeza.

—¿Cómo te has dado cuenta? —pregunta Calliope—. Parece tan... normal.

—Me lo tomaré como un cumplido —me susurra Lindsey al oído.

—Siempre se disfraza de Lindsey para Halloween —afirma Cricket. Los gemelos no se han disfrazado, pero Cricket lleva unos pantalones increíbles de color azul marino que nunca había visto. En su mano se lee «¡Bu!»—. Muy bonito tu disfraz, Lindsey. Estás genial.

Para darle igual lo que los demás piensen de ella, Lindsey parece bastante contenta con el cumplido.

—Gracias.

A Cricket le está costando mucho mirarme a los ojos. ¿Habrá visto el concierto de Max? ¿Qué le habrá parecido? La última vez que supe algo de él desde nuestro encuentro en Berkeley fue esa misma noche. Recibí un mensaje de «Mujer desnuda sobre tigre» en el que me preguntaba si había llegado bien a casa. Si alguien me hubiera mandado un mensaje así después de una pelea, me habría puesto de los nervios. Pero Cricket es Cricket, y no puede evitar ser una buena persona.

No sé si Calliope sabe algo de mi visita a Berkeley. Supongo que no, porque me habla. Gracias a Dios, existen los milagros.

—Oye —les digo, buscando los ojos de Cricket—, ¿qué hacéis aquí?

—Pues lo mismo que tú —responde Calliope con tono seco—, escuchar música. El entrenamiento se ha cancelado. Petro está enfermo.

—¿Quién es Petro? —pregunta Lindsey.

—Mi entrenador. Petro Petrov.

Lindsey yo nos aguantamos la risa. Por suerte, Calliope no se da cuenta. Es curioso; de repente, reparo en que no había visto a los dos gemelos juntos en mucho tiempo. Tienen el cuerpo muy parecido, si bien el de Calliope es más menudo. Aun así, sigue siendo más alta que sus competidoras. Después de dar el estirón, tardó unos años en acostumbrarse a su nueva estatura en la pista de hielo. Cricket me explicó en una ocasión que, si eres alto, tu centro de equilibrio también está situado más arriba y es más fácil cometer errores. Parece lógico. La confianza y la fuerza que posee Calliope son dignas de admirar. Si quisiera, podría darme una buena paliza.

Sé que se ha dado cuenta de que entre Cricket y yo hay tensión. Seguro que le está dando vueltas al tema.

—¿Por qué no os habéis disfrazado? —pregunta Lindsey.

—Sí nos hemos disfrazado —le responde Calliope, sonriente—. Vamos de gemelos.

Lindsey le devuelve la sonrisa.

—Ajá, ya veo. ¿Vais de gemelos idénticos o de mellizos?

—Te sorprendería saber cuánta gente nos lo pregunta —interviene Cricket.

—¿Y qué les decís? —inquire Lindsey.

—Que yo tengo pene.

Ay, mi madre. Las mejillas me arden mientras ellos se ríen, divertidos. «Piensa en otra cosa, Dolores. En lo que sea. Pepinos. Plátanos. Calabacines. ¡Ay! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!» Miro hacia otra parte.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de cambiar de tema —afirma Calliope.

—Qué hambre tengo —anuncia Cricket.

—Dijo el chico que acaba de zamparse tres bocatas —responde su hermana.

Cricket se pasa una mano por la barriga. Las pulseras y las gomas elásticas de colores repiquetean.

—No te pongas celosa.

—Es tan injusto... Cricket se pasa el día comiendo guarradas de todo tipo.

—Delicias de todo tipo, dirás —interviene su gemelo.

—Vale, guarradas y delicias de todo tipo, y no engorda ni un gramo. Y yo tengo que contar las calorías de cada brote de alfalfa que me llevo a la boca.

—¿Cómo?! —exclama Lindsey, tan sorprendida como yo—. Pero si estás en perfecta forma. O sea, perfecta del todo.

Calliope pone los ojos en blanco.

—Pues díselo a mi entrenador. Y a los comentaristas.

—Y a mamá —añade Cricket. Calliope lo fulmina con la mirada y, a su vez, su gemelo hace lo mismo. Es rarísimo que los dos tengan idéntica mirada de

mala uva.

Y entonces se echan a reír.

—¡He ganado! —exclama un victorioso Cricket.

—¡Qué dices! —protesta Calliope—. Te has reído tú antes.

—Estáis empatados —interviene Lindsey.

—Oye —me dice Calliope. La sonrisa se le esfuma del rostro—, ¿ése de ahí no es tu novio?

Por el amor de...

La confusión que sentía había hecho que olvidara que Max aparecería en cualquier momento. Me entran ganas de esconder a Cricket detrás del motero, y veo en su rostro que a él tampoco le importaría. Max se abre paso entre la multitud como un lobo al acecho. Lo saludo con la mano. Él asiente con la cabeza, pero no aparta la vista de Cricket.

Max me atrae hacia sus brazos tatuados.

—¿Cómo hemos estado?

—Fenomenales —le digo, sincera. Me abraza con fuerza, obligándome a sacar el tema—. Éste es mi vecino Cricket, ¿te acuerdas de él? —Como si alguno de los dos pudiera olvidarlo.

—Hola —dice Cricket, volviéndose cada vez más pequeño.

—Qué tal —responde Max con tono aburrido. Un tono aburrido que no es el suyo. Parece impostado. Como si quisiera decirle a Cricket: «¿Te das cuenta de lo poco que me importas?».

—Y ésta es su hermana, Calliope.

—Hemos visto tu concierto —le dice ella—. Habéis estado geniales.

Max la mira.

—Gracias —responde un momento después. Su tono es correcto pero indiferente. Tal frialdad desconcierta a Calliope. Max se vuelve hacia mí y frunce el ceño.

—¿Qué llevas puesto?

No me gusta el modo en que me lo pregunta. No tengo ganas de contestarle.

—Va disfrazada de mí —interviene Lindsey.

Max finalmente se da cuenta de la presencia de mi amiga.

—Así que tú debes de ser Lola. Bueno, pues la verdad es que no lo sentiré cuando se acabe esta fiesta de disfraces.

Estoy horrorizada. La presencia de Cricket lo ha alterado.

—Yo creo que están increíbles. —Cricket saca pecho. Es mucho más alto que mi novio—. Y me parece estupendo que repitan cada año esta tradición.

Max se acerca a mí y me habla en voz baja, para que sólo lo oiga yo.

—Voy a cargar las cosas en la furgoneta. —Dicho lo cual me da un beso. Es un beso sin más hasta que algo parece pasársele por la cabeza. Y empieza a besarme muy despacio. De un modo bastante explícito—. Te avisaré cuando acabe. —Y se marcha sin despedirse de nadie.

Quiero que me trague la tierra.

—No se siente demasiado cómodo... cuando hay mucha gente.

Calliope no oculta su disgusto. Y se me revuelven las tripas porque sé que cree que he estado dándole evasivas a Cricket por seguir saliendo con un tipo como ése. Sólo que ese tipo no es exactamente mi novio. El desdén que veo en los ojos de Cricket hace que me sienta todavía más humillada. Casi puedo imaginar lo que le dirá Calliope más tarde; que alguien tan superficial como yo no es digno de su amistad.

Me vuelvo hacia Lindsey.

—Lo siento. Seguro que no quería decir eso.

—Da igual. —Pone los ojos en blanco—. Ya sabes que me odia. A mí tampoco es que me caiga de maravilla.

Bajo el tono de voz.

—Max no te odia.

Se encoge de hombros. No puedo soportar que los gemelos sean testigos de esta conversación, así que cojo a Lindsey de la mano y me la llevo de allí.

—Tenemos que marcharnos, perdonad. Me muero de ganas de ver al grupo que toca en el escenario seis.

—Vale, pues vamos con vosotras —responde Calliope—. Tú conoces mejor a los grupos que nosotros.

Reprimo las ganas de gritar. Los gemelos nos siguen y Lindsey está más callada que nunca. Nos abrimos paso entre esqueletos, fantasmas y piratas, y al fin llegamos al escenario seis, donde un grupo punk muy mediocre destroza

en ese momento *Thriller*. Achino los ojos para ver lo que pone en el tambor de la batería. Las lentillas que llevo tienen una graduación antigua.

—¿The Flaming Olives?

—The Evening Devils —me corrige Lindsey, molesta.

—Pues vaya nombre más idiota —concluyo.

—El que tú has dicho era peor todavía —interviene Calliope—. Pensaba que te morías de ganas de verlos.

—Y yo pensaba que era otro grupo el que tocaba —gruño.

—Ah —dice Cricket.

Es un «ah» incrédulo que me hace sentir todavía peor. No retrocedo e intento perderme en la música, pero no puedo quitarme de la cabeza que mi novio tratara tan mal a Lindsey. Y que Cricket presenciara la escena. Me alegro de que interviniera antes de que Max dijera algo peor, pero... ¿por qué he dejado que fuera él quien defendiera a mi amiga? ¿Por qué no he tenido el valor de hacerlo yo? El sol vuelve a salir con fuerza y empiezo a sudar otra vez. La peluca atrapa el calor. Seguro que llevo el pelo fatal; no puedo quitármela. Por suerte, en ese momento pasa una nube y oculta el sol. Suspiro aliviada.

—De nada —me dice Cricket.

Y entonces me doy cuenta de que está detrás de mí. Cricket es la nube que me ha tapado el sol.

Me sonrío con un gesto extrañamente triste.

—Parecías bastante incómoda.

—Este grupo no vale un pimiento, y los pies me están matando —dice Lindsey—. Vámonos.

El teléfono me vibra en el bolsillo. Es un mensaje de Max.

«Estoy en Marx Meadow, en el prado, cerca de primeros auxilios. ¿Dónde estás?»

Mi plan era pasar unas horas con Max y Lindsey antes de volver a casa, al caer la tarde. Me encanta Halloween. En el barrio de Castro solían cortar las calles para celebrar una fiesta espectacular a la que asistían más de cien mil personas; pero, hace unos años, alguien murió en plena celebración. Se decidió que era mejor no cortar las calles y se aconsejó a la gente que festejara Halloween en su barrio. Aunque hay que admitir que, cuando llega el 31 de octubre, no hay nada mejor que salir a pasarlo bien con un grupo de *drag queens*.

Pero ahora ya no quiero salir con Max y Lindsey a la vez. Y quiero quedarme aquí, con mi amiga, aunque hace dos semanas que no he estado a solas con Max.

No. Tengo que estar con Lindsey.

—¿Es Max? —me pregunta.

—Sí. Dice que ya ha acabado, pero voy a decirle que nosotras nos iremos temprano a casa.

—Se enfadará si no vas.

—No se enfadará —le respondo mientras miro, nerviosa, a Cricket. Pero sé que sí se enfadará. Aunque Lindsey lo ha dicho de una manera que parece peor de lo que es.

—Ya, bueno, hace mucho que no lo ves. No seré yo quien se interponga en tus líos amorosos.

Ojalá Lindsey dejara de hablar delante de Cricket.

—No pasa nada —sigue diciendo—. Me quedaré con ellos un rato más. — Señala a los gemelos Bell—. Y después volveré a casa en autobús. Estoy bastante cansada.

Lindsey está furiosa y por eso quiere librarse de mí. Cuando se pone en este plan, es imposible razonar con ella. Lo mejor es hacer lo que dice y punto.

—Bueno, entonces... ¿hablamos por la noche?

—Va, vete —me dice.

Antes de marcharme, le dedico una mirada fugaz a Cricket. Y ojalá no lo hubiera hecho. Su mirada refleja la tortura que siente en ese momento. Parece que quiere evitar a toda costa que me marche, pero sus demonios internos le impiden actuar.

Musito un adiós. De camino al prado, me quito la peluca. No llevo bolso, porque es algo que Lindsey nunca lleva, así que la dejo colgada en la rama de un arce japonés. Puede que alguien se la ponga como complemento a su atuendo. Me suelto el pelo, me desabrocho el botón superior de la camisa y me arremango. Mejor; pero sigo sin ser yo.

Bueno, la verdad es que soy más yo. Me siento desnuda.

Max está apoyado en la caseta de primeros auxilios. Relaja los hombros al verme. Lo alegra ver que no he venido acompañada; pero, cuando me acerco para darle un beso, vuelve a ponerse tenso. Y me entra un escalofrío.

—Ahora no, Lola.

Su reproche me duele. ¿No querrá besarme por mi apariencia?

—Todavía quedas con él —me dice.

No. Está celoso. Por eso me rechaza. Me entran los sudores otra vez.

—¿Con quién? —le pregunto para ganar tiempo.

—Con ese del nombre raro.

Me estremezco al ver que se burla del nombre de Cricket de esa manera.

—No tiene gracia. Y lo que le has dicho a Lindsey ha estado fatal.

Se cruza de brazos.

—¿Cuánto tiempo hace que quedas con él?

—No quedo con él. Nos lo hemos encontrado con su hermana por casualidad, te lo prometo. —Su silencio me intimida y provoca mi incontinencia verbal—. Te juro que Lindsey y yo nos lo hemos encontrado sin más. De verdad; tres minutos antes de que aparecieras tú.

—No me gusta cómo te mira.

—Es mi vecino, Max. Nada más.

—¿Cuántas veces lo has visto desde el día de Amoeba?

Dudo un instante y decido ir con la verdad por delante.

—A veces lo veo a través de mi ventana; los fines de semana.

—¿Cómo? ¿Que lo ves por la ventana de tu habitación?

Lo miro, suspicaz.

—Sí, y entonces corro las cortinas. Fin de la historia.

—Lola, no me creo que...

—¡Nunca me crees!

—¡Porque te pasas el día mintiendo! No creas que no sé que sigues ocultándome cosas. ¿Qué pasó el día de Muir Woods, Lola?

—¿Qué?

—Ya me has oído. Nathan quería que me contaras algo durante la cena. ¿Estaba él, verdad? Tu vecinito.

—Ay, Dios mío. Estás fatal. Fue una excursión familiar. Estás poniéndote paranoico. Y te estás inventando cosas. —Empiezo a sentir pánico. ¿Cómo lo ha sabido?

—¿De verdad?

—¡Sí!

—Pues sé de alguien que parece bastante preocupada en este momento.

—¡Porque estás acusándome de cosas horribles! No puedo creer que pienses que te mentaría sobre algo así. —«Ay, Dios. Voy a ir directa al infierno.» Me he puesto a llorar—. ¿Por qué estás tan convencido de que soy capaz de ponerte los cuernos?

—No lo sé. Quizá porque nunca veo a la misma Lola dos veces. Tengo la sensación de que nada es real en ti.

Esas palabras me destrozan por dentro.

Max sabe que se ha pasado. Se me acerca, como si de repente se hubiera roto la maldición que lo alejaba de mí.

—No quería decir eso. Ya sabes que me encantan tus disfraces.

—Tú siempre dices lo que piensas —balbuceo.

Max se pasa los dedos por las sienes para tranquilizarse.

—Lo siento. Ven aquí. —Me rodea con sus brazos y yo lo abrazo con fuerza, pero siento que se desvanece ante mis ojos. Quiero decirle que yo también lo siento, pero tengo miedo de contarle la verdad. No quiero perderlo.

Si dos personas están enamoradas, se supone que la relación tiene que funcionar. Es así. Sin importar lo difíciles que sean las circunstancias. Pienso en las canciones tan dulces que ha compuesto, esas que toca en su apartamento, sólo para mí. Pienso en nuestro futuro, cuando yo ya no dependa de lo que me ordenen mis padres. Disfraces de día, locales de rock por la noche... Los dos tendremos éxito en lo nuestro. Y todo será gracias al otro.

Nuestro amor hará que todo sea un éxito.

Max me besa el cuello, el mentón, los labios. Sus besos son apasionados y posesivos. Max es el hombre de mi vida. Nos queremos, así que tiene que serlo.

Se aparta de mí.

—Éste es mi yo de verdad. ¿Es éste el tuyo?

Estoy mareada.

—Ésta soy yo.

Pero en sus labios siente mi miedo. Saben a otra mentira.

Capítulo 22

Estoy hablándole de Max a la luna, pero la conversación es de lo más insatisfactoria. Sus rayos proyectan una luz fantasmagórica sobre la ventana de Cricket.

—A Max no le gusta que vaya vestida normal, pero cuando discutimos aprovecha para reprocharme mi apariencia. Nunca soy quien quiere que sea.

Un nubarrón oscurece la luna.

—De acuerdo, le he mentado. Pero ya has visto lo celoso que se pone. Por eso siento que tengo que mentirle. Y no tendría que justificar mi derecho a ser amiga de otro chico.

Espero. El cielo sigue tapado.

—Vale; es verdad que la situación con ya sabes quién es bastante rara. Quizá Max y Calliope no son tan distintos. Pero si Max desconfía de mí desde el principio... ¿Cómo espera que yo confíe en él? ¿Me entiendes? ¿Te das cuenta de lo rara que es la situación?

Cierro los ojos.

—Por favor, luna, dime qué puedo hacer...

La luz se vuelve más brillante detrás de mis párpados. Abro los ojos. Las nubes han desaparecido y la ventana de Cricket está bañada por la luz de la luna.

—Tienes un sentido del humor de lo más retorcido —le digo.

Los rayos de luna siguen posados en la ventana de Cricket, inalterables. Y, casi sin darme cuenta, me sorprendo rebuscando en los cajones un manojo de horquillas. Las lanzo contra la ventana vecina. «Plinc, plinc, plinc.» Siete horquillas más tarde, Cricket abre la ventana.

—Truco o trato —le digo.

—¿Qué pasa? —Está medio dormido y desorientado. Sólo lleva puestos los pantalones cortos del pijama, además de sus pulseras y gomas elásticas de colores.

OH, DIOS MÍO. SÓLO LLEVA PUESTOS LOS PANTALONES.

—Nada.

Cricket se frota los ojos.

—¿Nada?

«No te quedes mirándolo embobada. No te... »

—¿Has ido a algún sitio divertido esta noche? Yo me he quedado en casa y he repartido caramelos. Nathan ha traído chokolatinas caras; no las cutres que compra a veces... ya sabes, esas que saben a lima y a chocolate... Seguro que han ido muchos niños a vuestra casa, ¿verdad?

Me mira atónito.

—¿Me has despertado... para hablar de chokolatinas?

—Hace calor, ¿verdad? —le suelto sin pensar. ¡Tierra, trágame!

Cricket acaba de darse cuenta de que va medio desnudo y se ha quedado muy cortado. Yo, en cambio, apenas me había dado cuenta. Qué va.

—¿Vamos a pasear?

Mi pregunta lo desconcierta y lo saca de su estado de estupefacción. Desaparece, en un intento de parecer tranquilo.

—¿Ahora? —pregunta desde la oscuridad de su cuarto—. Si son las tres menos veinte de la madrugada...

—Me vendría bien hablar con alguien.

Cricket reaparece. Ya ha encontrado los pantalones. Y se los ha puesto.

Me sonrío.

Se queda mirándome un momento, se pone una camiseta y asiente. Bajo las escaleras con cuidado para que no me oigan ni mis padres ni Betsy ni Norah. Logro escabullirme y salir a la calle sin que nadie se dé cuenta. Llevo unos pantalones de pijama con dibujos de sushi estampados y una camisola blanca. Verlo con la ropa puesta otra vez hace que me sienta desnuda; una sensación que se intensifica al ver que se fija en mi piel. Más de una vez. Subimos por la colina hasta llegar a la esquina de nuestra calle. Los dos parecemos saber adónde nos dirigimos.

La ciudad está en silencio. El estridente espíritu de Halloween se ha ido a dormir.

Llegamos a la colina, todavía más pronunciada, que nos separa de Dolores Park. Ochenta escalones (los he contado) conducen a su entrada. Cuando llevamos veinte, Cricket se detiene.

—¿Vas a decirme qué te pasa o voy a tener que adivinarlo yo? Lo digo porque

no se me da nada bien. Lo mejor sería que todo el mundo dijera lo que piensa. Así otras personas no tendrían que ir dando tropezones todo el rato.

—Lo siento.

Me sonrío por primera vez desde hace siglos.

—Oye, nada de disculpas. ¿Recuerdas?

Le devuelvo la sonrisa. Pero se me borra rápidamente.

La suya también se desvanece.

—¿Es por Max?

—Sí —le respondo en voz baja.

Reanudamos la marcha hacia el parque.

—Creo que le sorprendió verme. No sabe que a veces quedamos, ¿no?

La tristeza que transmite su tono de voz me obliga a frenar el paso. Me rodeo el cuerpo con los brazos.

—No. No lo sabe.

Cricket frena en seco.

—¿Te avergüenzo?

—¿Y por qué ibas a avergonzarme?

Se lleva las manos a los bolsillos.

—Porque no soy un tío guay.

Estoy perpleja. Cricket no es guay en el mismo sentido que Max, pero es la persona más interesante que conozco. Es bueno, inteligente y atractivo. Y sabe vestir. De hecho, viste de maravilla.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido eso?

—Venga ya, Lola. Max es guapo y un dios del punk. Y yo soy el típico tío normalito, del montón. Un empollón al que le encanta la ciencia y que se pasa la vida en pistas de patinaje sobre hielo. Acompañando a su hermana.

—Cricket, tú no eres un empollón. Y si lo fueras, ¿qué problema hay? ¿Por qué está mal que te guste la ciencia?

Cricket está más nervioso que de costumbre.

—Ay, no —le digo—. Por favor, dime que esto no tiene nada que ver con tu tátara... tatarabuelo o lo que sea. Porque eso no quiere decir nada...

—No es verdad. Es importantísimo. Su patrimonio, gracias al cual tenemos la casa, pagamos el entrenamiento de Calliope, mis clases en la universidad, todo lo que he tenido durante mi vida... no nos pertenece. ¿Sabes lo que le ocurrió a Alexander Graham Bell después de hacerse famoso? Que se pasó el resto de su vida oculto en un lugar remoto de Canadá. Avergonzado por lo que había hecho.

—¿Y por qué lo hizo?

Cricket se pasa una mano por el pelo.

—Por el mismo motivo por el que todo el mundo se equivoca. Por amor.

—Oh. —Ese comentario me hiere. No sé exactamente por qué, pero me hace daño.

—El padre de la chica era rico y poderoso. Y Alexander no. Es cierto que tenía algunas ideas relativas al teléfono, pero no lograba llevarlas a cabo. Su padre se enteró de que alguien estaba a punto de patentar el invento, un tal Elisha Gray, de modo que se dirigieron a la oficina de patentes el mismo día que Elisha, copiaron su idea, la presentaron y dijeron que ellos habían sido los primeros. Alexander se convirtió en uno de los hombres más ricos de Estados Unidos y pudo casarse con mi tátara tatarabuela. Cuando Elisha se dio cuenta del engaño, ya era demasiado tarde.

No doy crédito.

—Eso es algo terrible.

—Los libros de Historia están llenos de mentiras. La escriben los ganadores de las guerras.

—Pero, aun así, Alexander era un hombre inteligente; un inventor. Y eso lo consiguió de modo honrado. Lo más importante en la vida no es lo que obtienes, sino lo que haces con lo que has logrado.

—Yo invento cosas que no sirven para nada —dice con tono sombrío—. Y eso es igual de malo. Tendría que crear algo que cambiara la vida de las personas, algo bueno... que compensara los errores del pasado.

Empiezo a enfadarme.

—¿Y qué crees tú que pasaría si yo creyera que la genética desempeña un papel esencial en mi vida? Si pensara que sólo porque mis padres biológicos tomaran ciertas decisiones no voy a tener derecho a cumplir mis sueños... ¿Sabes lo que significaría eso? ¿Sabes el daño que me ha hecho ese razonamiento?

Cricket está abatido.

—No pensaba en lo que decía, lo siento...

—Haces bien en sentirlo. Porque tienes un don y dudas de él. —Niego con la cabeza para aclararme las ideas—. No puedes permitir que la vergüenza rija tu vida y quién eres. Tu apellido no significa nada. Las decisiones que tomas son tuyas.

Me mira fijamente. Le devuelvo la mirada y advierto que mis sentidos están más despiertos que nunca. La energía que fluye entre nosotros es tan poderosa que me asusta. Aparto la mirada. Seguimos ascendiendo hasta llegar a la cima, y la ciudad aparece ante nuestros ojos. Desde esta posición privilegiada, vemos los tejados de las casas, las colinas doradas, las pronunciadas pendientes, la deslumbrante bahía... Es una vista espectacular. Nos sentamos en un bloque de cemento para contemplarla mejor. Estamos en el vado de una casa particular, pero nadie nos ve. El eucalipto cuyas ramas se mecen por encima de nuestras cabezas libera su reconfortante aroma en la brisa nocturna.

Cricket respira hondo, despacio. Suspira y suelta el aire.

—Cuánto lo echaba de menos. Este olor siempre me recuerda a mi hogar.

Siento una agradable sensación porque, a pesar de tener otra vida en Berkeley, sigue pensando que su hogar está aquí.

—¿Sabes una cosa? —le digo—. Cuando era pequeña, a mis padres les daba vergüenza mi modo de vestir.

—¿De verdad? Eso sí es una sorpresa.

—Los aterrizzaba que la gente pensara que eran ellos quienes me vestían así. Que los gays me corrompían poniéndome pestañas postizas y purpurina.

Cricket se ríe, divertido.

—Pero se dieron cuenta de que yo soy así y lo aceptaron. El apoyo de mis padres me hizo ganar confianza en mí misma. Y después, ese verano, tú me enseñaste a aceptarme y a no preocuparme de lo que pensarán los demás. A partir de entonces... todo mejoró mucho.

—¿Yo hice eso?

—Sí. Y por eso te lo cuento. Nunca olvidaré el pájaro mecánico que hiciste para mí. ¿Te acuerdas? Ese que cantaba cuando abrías la portezuela de la jaula...

—¿Te acuerdas de eso? —Cricket se ha quedado perplejo.

—Y del sacapuntas mecánico al estilo de Rube Goldberg. O de la cadena de

dominós que tardaste dos semanas en preparar para disfrutar del espectáculo un minuto. Fue una maravilla. No hay que dejar de crear sólo porque lo que se cree no sea útil. A veces la belleza y la magia son razones suficientes.

Me vuelvo hacia él sin descruzar las piernas.

—Es como mi vestido de María Antonieta. No es un objeto útil, pero... No sé, llegar a un baile con un precioso vestido, confeccionado con todo lujo de detalles, que nadie más llevará y que todos recordarán es algo que deseo hacer.

Cricket contempla las luces de la ciudad, que se extienden hasta llegar a la bahía.

—Y lo conseguirás. Tendrás tu vestido.

—Sin tu ayuda, no. —Quiero darle un toquecito amistoso, pero en vez de eso le suelto—: ¿Vas a empezar mañana con mi miriñaque o no?

—Ya lo he empezado. —Me mira otra vez a los ojos—. Yo también me he quedado en casa esta noche, pero no para repartir chocolatinas.

Su gesto me conmueve.

—Cricket Bell, eres el chico más bueno del mundo.

—Ya —gruñe—. Soy un buen chico.

—¿Qué?

—Ésa fue la excusa que me dio la única novia que he tenido cuando rompí conmigo.

—Oh. —Esa revelación me pilla por sorpresa. Por fin habla de su novia—. Pues ese motivo es una estupidez. Pero de campeonato.

Cricket se inclina hacia delante. Sus rodillas casi chocan contra las mías. Por poco. Sonríe.

—Es el pan de cada día. Los buenos chicos no se llevan el gato al agua, ya lo sabes.

En esa frase llena de desprecio hacia sí mismo hay una clara alusión a Max, pero hago caso omiso.

—¿Con quién saliste?

—Era una amiga de Calliope. Salimos el año pasado.

—¿Una patinadora artística?

—Mi vida social no va mucho más allá.

Esa revelación me hace sentir mal. Las patinadoras son todas preciosas. Y, además, tienen talento. Y unas habilidades físicas prodigiosas. Me pongo de pie. Siento el martilleo de los latidos de mi corazón en los oídos.

—Tengo que irme a casa.

Se mira la muñeca, pero no lleva el reloj.

—Sí. Debe de ser muy tarde. O muy temprano. —Descendemos los ochenta escalones que llevan a la esquina de nuestra calle antes de que Cricket se detenga en seco inesperadamente.

—¡Ostras! Querías hablar de Max. Perdona. Quieres...

—Creo que esta noche teníamos que hablar —le interrumpo, mirando a la luna. Está en cuarto creciente, casi llena—. Pensaba que hablaríamos de Max, pero me equivocaba. Teníamos que hablar de ti. —Señalo mis pies.

Debajo de ellos se lee: «Bell».

La palabra está grabada en la rejilla sobre la que estoy de pie. La puso la empresa de telefonía Pacific Bell. Están en todas partes. Por toda la ciudad.

—¿Lo ves? —le digo.

—Siempre que paso por Dolores Street pienso en ti. —Las palabras escapan de sus labios—. Dolores Park. Dolores Mission. Estás en todas partes del barrio. Tú eres este barrio.

Cierro los ojos. No debería decirme esas cosas, pero no quiero que pare. Ya no puedo negar que él significa algo para mí. No tengo la fuerza necesaria para ponerle nombre a ese sentimiento. Todavía no. Pero está ahí. Abro los ojos y... se ha ido.

Sube a toda prisa las escaleras de su casa.

Otro espíritu que se esfuma por Halloween.

Capítulo 23

Me gusta probar cosas nuevas. Como cuando me hice vegana en mi primer año de instituto. Sólo duré tres días, porque echaba de menos el queso cheddar, pero lo intenté. Y siempre ando probándome sombreros en las tiendas. Son el único complemento que no soy capaz de llevar porque no va conmigo. Pero yo sigo probándomelos, porque confío en que algún día encontraré uno que me siente bien. Quizás un sombrero campana antiguo adornado con peonías de mentira, o uno de vaquero con una cinta roja.

Algún día lo encontraré. Sólo debo seguir buscándolo.

Por eso me molesta enormemente que Lindsey me diga que no me esfuerzo lo suficiente en buscar algo que me rice bien el pelo. El de las pelucas, quiero decir. Mi amiga resuelve ecuaciones de Química mientras yo intento conseguir que los rizos de mi peluca blanca cojan algo de forma con la vaporeta de mano de sus padres. Más tarde, los engancharé a la peluca de María Antonieta. Pero antes debo conseguir que estos rizos del demonio queden rizados de verdad.

—¿No tienes algo más grande? ¿O más pequeño? —Gesticulo hacia los objetos cilíndricos que tengo ante mí: bolígrafos, rotuladores, vasos y hasta un telescopio. Ninguno es del tamaño adecuado.

Pasa la página de su libro de texto, aburrida.

—Pues no. Es tu peluca. Esfuérzate más.

Busco por la habitación de Lindsey, pero sé que no encontraré nada que me vaya bien. Su cuarto está tan ordenado que ya lo habría visto. Las paredes están pintadas del mismo color amarillo que el de los lomos de su colección de libros detectivescos de Nancy Drew. Los tiene ordenados en los estantes superiores de su librería y, a continuación, por orden alfabético según autor, tiene ejemplares como: *Los más grandes espías de la Historia*, *Técnicas detectivescas para principiantes* y *El ABC de la lucha contra el delito*. Al lado de la cama tiene revisteros meticulosamente ordenados que contienen los números de los cuatro últimos años de las revistas detectivescas a las que está suscrita. Todas tienen las páginas marcadas con objetos que Lindsey quiere añadir a su colección o ha añadido ya.

Pero no hay absolutamente nada en el cuarto que sea cilíndrico y pueda servirme.

—Esta noche le espera una buena dosis de nervios al senador por Nueva York Joseph Wasserstein —dice el tupé del presentador de las noticias. Hoy hay elecciones y, como los Lim no tienen televisión por cable, en todos los canales hablan del acontecimiento. El único motivo por el que la hemos encendido es

para no oír a Neil Diamond, un cantante de pop viejísimo que lleva camisas de lentejuelas y al que la señora Lim adora. Lo tiene puesto a todo volumen. Pero, en mi opinión, ni los brillos lo salvan. Aunque, claro, eso no voy a decírselo a la madre de Lindsey. Cuando no está en el restaurante preparando platos coreanos, se hace cargo del segundo blog de seguidores más importante de Neil Diamond.

Señalo al presentador.

—Seguro que él podría ayudarme. ¿Se puede saber qué se ha puesto en la cabeza? ¿De verdad cree que no se nota? —La imagen muestra ahora al senador Wasserstein y a su familia esperando el recuento de votos. Su mujer lleva un pelo impecablemente peinado y la típica sonrisa de político, llena de dientes. El hijo adolescente, en cambio, parece bastante incómodo con la situación. La verdad es que es muy mono. Se lo digo a Lindsey y ella me responde con un:

—Madre mía. Eres totalmente predecible.

—¿Cómo?

—Su cara es un poema. Sólo te fijas en los chicos que tienen cara de enfadados.

—¡No es verdad! —Apago la tele y el vibrato de Neil hace temblar la habitación.

Lindsey se ríe.

—Ya, claro, Max es mundialmente conocido por su bonita sonrisa.

Frunzo el ceño. Hace dos domingos que Max no viene a tomar el *brunch*. Llamó la mañana siguiente a Halloween para decir que no vendría ese día ni el siguiente. No lo culpo. Les dije a mis padres que tenía más conciertos. De todos modos, lo de Norah los tiene demasiado agotados y no han ahondado en el tema. A decir verdad, espero que acaben olvidándose de que tomar el *brunch* juntos los domingos era algo obligatorio.

He visto a Max a deshoras: antes de empezar mi turno en el cine, en una pausa para comer y una vez en su apartamento, después de clase. Mis padres creían que estaba en casa de Lindsey. Pero he visto muchísimo a Cricket. Sólo tardó una noche más en acabar el miriñaque, a la que añadimos una tarde para probármelo y darle los últimos retoques. Es espectacular, inmenso. Parece que lleve el esqueleto de un rascacielos en sentido horizontal.

Y ya he acabado el jubón, con lo que ahora sólo me queda lo mejor: confeccionar el vestido. Cricket me ayudó a medir y cortar la tela. Resulta que sabe no sólo de ciencias y de matemáticas, sino también de costura, porque los trajes de su hermana necesitan de remiendos muy a menudo.

Únicamente me he topado con Calliope una vez más, antes de ir a clase,

aunque esta vez el choque fue casual. Y digo «choque» porque se dio de bruces contra mí al salir de casa. No me vio. Bueno, eso es lo que creo.

—¿Por qué siempre tienes que estar en medio? —gruñó antes de ponerse con su sesión de *footing*.

—¡Vivo aquí, por si no lo sabías! —le grité mientras me frotaba el brazo dolorido.

No me hizo caso.

Desde que Cricket y yo estamos ocupados con mi vestido, resulta más fácil comportarnos como amigos. El único momento un tanto raro fue cuando vino a mi habitación la primera vez. No se me había ocurrido ordenarla un poco, y había un sujetador de encaje rosa tirado en mitad del suelo. Él se puso del mismo color al verlo.

Yo también, la verdad.

Cricket. Eso es.

Ya sé EXACTAMENTE qué necesito para rizar la peluca.

—Ahora mismo vuelvo —le digo a Lindsey antes de bajar al primer piso. Allí está la señora Lim, atareada con el ordenador. Tengo que gritar para hacerme oír por encima de la voz de Neil—. ¿Dónde está la escoba? No he roto nada —añado por si acaso.

—Allí. —Hace un gesto, distraída, hacia el armario del vestíbulo—. ¿Puedes creer que un *troll* decir en entrada que Wayne Newton *ser* mejor que Neil Diamond?

—¡Qué ridiculez!

Me hago con la escoba. Se parece a la que utilizó Cricket para recoger mi carpeta. Salgo disparada escaleras arriba y la sostengo, victoriosa, ante Lindsey.

—¡Ajá! Una circunferencia perfecta.

Me sonrío.

—Y mucho espacio para que podamos vaporizar muchos mechones a la vez. Bien hecho.

—¿Vas a ayudarme?

—Pues claro. —Y menos mal que me ayuda, porque resulta ser una tarea de lo más farragosa y lenta—. Tienes suerte de que te quiera un montón, Lola.

Un mechón se resbala del palo de la escoba antes de lograr rizarlo, y ahogo

un grito de rabia. Lindsey se troncha, cansada pero divertida, y me contagia la risa.

—Creo que es una de las peores ideas que he tenido nunca —le confieso.

—No es una de las peores, Lola, es la peor. —Se le cae un mechón al suelo—. ¡Mecachis! —exclama, y empezamos a partirnos de la risa—. Espero que Cricket tenga razón y el vestido sea tan bonito que valga la pena el esfuerzo.

Siento que acaba de arrollarme un tren.

—¿Cuándo te ha dicho eso?

Lindsey deja de reírse.

—Esto... el domingo por la tarde.

—¿El domingo? ¿Este domingo? ¿Hablaste con él?

Lindsey se queda mirando fijamente un mechón de pelo blanco.

—Sí, bueno... Quedamos para dar una vuelta.

Suelto la escoba.

—¿CÓMO?

—No es lo que te imaginas —responde rápidamente—. Quedamos en grupo. Como amigos.

La cabeza me da vueltas.

—¿Con qué grupo? ¿Con quién?

—Me llamó por si me apetecía ir a la bolera con Calliope y con él. Y... con Charlie. Como estabas trabajando no te dijimos nada.

Me he quedado muda. Lindsey levanta el palo de la escoba y me lo coloca en las manos. Lo cojo sin pensar.

—Les hablé de Charlie en Scare Francisco, después de que te marcharas con Max —sigue diciendo—. No sé por qué, me salió así. Quizás estaba molesta porque te habías ido con Max y yo estaba sola.

El sentimiento de culpa reaparece en todo su esplendor.

—Bueno, el caso es que a Cricket se le ocurrió que podríamos quedar con Charlie como amigos primero, en grupo. Para que todo fuera más fácil.

ESA IDEA ERA MÍA. SE ME OCURRIÓ A MÍ ANTES.

—Fuimos a jugar a los bolos y... lo pasamos muy bien.

No sé qué me duele más: que no me haya dicho nada hasta ahora, que quedara con Cricket sin mí, que quedara con Calliope, o que a Cricket se le ocurriera la misma idea brillante que a mí y se haya llevado todo el mérito.

Es cierto que mi idea era una cita doble, y está claro que Cricket no sale con su hermana. Hasta ahí, vale. Pero aun así... Y funcionó. Y yo no estaba presente. Y se supone que soy su mejor amiga.

—Vaya, Lindsey... me alegro.

—Lo siento. Tendría que habértelo dicho antes. Pero no sabía qué te parecería que quedara con los gemelos, y me moría de ganas de ir. Y estabas ocupada. Has estado muy ocupada estos últimos meses.

«Desde que conociste a Max.» Podría haberlo dicho perfectamente. Vuelvo a centrarme en la tarea.

—No, me alegro de que fueras. Me alegro de que lo pasaras bien con Charlie.
—Una de las dos frases es cierta.

—También lo pasé bien con los gemelos —afirma con cautela—. Cuando Calliope se relaja un poco, puede ser divertida. Creo que tiene muchísima presión sobre los hombros.

—Ya. Eso tengo entendido.

—En serio, Lo. Creo que ya no es la bruja que era antes. Sólo quiere proteger a su hermano.

La fulmino con la mirada.

—Su hermano va a la universidad. Me parece a mí que puede apañárselas solito.

—Y Cricket dice lo que piensa, no como antes. Sin importar cómo formule la frase —añade—. Sabes que no te hizo daño a propósito. Y, cuando no estás, pregunta mil cosas sobre ti. Y sobre Max. Le gustas. Siempre le has gustado. ¿O no te acuerdas?

Dejo de rizar mechones.

—Y no quiero que me mates por lo que voy a decirte —añade rápidamente—, pero está bastante claro que a ti también te gusta él.

Siento que se me ha hecho un nudo en la garganta. Trago saliva.

—¿Y se puede saber por qué crees tú eso?

Me quita la vaporeta de la mano.

—Porque cualquiera que tenga cierto don de observación se da cuenta de que sigues estando loca por él.

Mientras pongo la mesa, descubro un recorte del diario en la esquina de mi mantel individual. Andy ha vuelto a la carga. Es un artículo sobre el aumento de las enfermedades de transmisión sexual entre adolescentes. Lo tiro a la papelera de reciclaje. ¿Acaso saben mis padres que tengo relaciones sexuales?

Sé que Max se acostó con muchas chicas (mujeres, mejor dicho) antes de conocerme. Pero se ha hecho análisis y no tiene nada. Aun así, esas mujeres misteriosas me atormentan. Me imagino a Max en oscuros rincones de bares, en su apartamento, en distintas camas, por toda la ciudad, acompañado de esas súcubos glamurosas, ebrio y perdiendo la cabeza por ellas. Max me tranquiliza diciéndome que la verdad es menos emocionante. Y casi me lo creo.

Aunque no me ayuda demasiado que esta noche, en la que yo libro, Amphetamine tenga un concierto en The Honey Pot, un local de *burlesque* en el que tengo la entrada prohibida por ser menor de edad. Intento que no me afecte el tema; ya sé que el *burlesque* es un arte, pero me siento incómoda. Me hace sentir demasiado joven. Y odio esa sensación.

Esta noche tengo demasiadas cosas en la cabeza que me atormentan.

Es viernes. ¿Vendrá Cricket este fin de semana?

Llevo dándole vueltas a lo que me dijo Lindsey toda la semana. ¿Cómo puede ser que me interese Cricket y que, a la vez, me preocupe mi relación con Max? Quiero que las cosas vayan bien con mi novio. De verdad. Se supone que todo tiene que ser fácil. No quiero más complicaciones. No quiero que me interese Cricket.

Durante la cena, Andy y Nathan intercambian miradas de preocupación por encima del pastel de hojaldre vegetariano.

—¿Te pasa algo, Lo? —pregunta Andy al fin—. Estás un poco ausente.

Aparto los ojos de la ventana de la cocina, desde la que apenas alcanzo a ver el porche delantero de los Bell.

—¿Eh? No me pasa nada, no.

Mis padres me miran sin estar convencidos cuando entra Norah. Se sienta a la mesa.

—Era Semilla de Crisantemo, la de la voz de pato. Vendrá mañana por la mañana temprano, antes de comprarse sus rasca y gana, para que le eche las cartas.

Nathan se estremece y le pone más pimienta a su porción de pastel. Y más. Y más.

Andy se mueve, incómodo, en la silla. Siempre se queja de que Nathan echa a perder los platos por pasarse con la pimienta.

—Por Dios, haz el favor de parar ya —le dice Norah a su hermano—. Vas a conseguir que le suba la tensión. Y a mí también.

—No pasa nada —dice Andy con tono cortante, aunque yo sé que le repatea que le ponga tanta pimienta.

No hemos comido tranquilamente desde que llegó ella. Y sus clientes, quienes, por cierto, no deberían gastarse la paga en lecturas de cartas ni boletos de lotería. Me vuelvo justo a tiempo para ver a una figura esbelta y alta que sube las escaleras de la casa de al lado. Y me siento tan rápido que todos dejan de reñir para ver qué ha causado esa reacción tan súbita. Cricket se da palmaditas en los bolsillos en busca de su llave. Lleva los pantalones más apretados que de costumbre.

Y el momento en el que reparo en ello, me sorprende lo que siento.

Deseo.

Encuentra la llave justo cuando se abre la puerta de la entrada. Es Calliope. Lo deja pasar y yo me derrumbo sobre la silla. No me había dado cuenta de que me había inclinado hacia delante. Andy carraspea.

—Cricket está bastante guapo últimamente.

Me pongo roja como un tomate.

—Me pregunto si tendrá novia —me dice—. ¿Tú lo sabes?

—No —musito.

Nathan se ríe.

—Me acuerdo de cuando solíais encontraros «por casualidad» para ir a pasear...

Andy mira con severidad a Nathan, quien se calla de inmediato. Norah sonrío, burlona. Así que es verdad. Todo el mundo sabía que nos gustábamos. Fantástico.

Me pongo de pie.

—Me voy a mi habitación. Tengo deberes que hacer.

—¿Un viernes por la noche? —pregunta Andy.

—Los platos —interviene Nathan.

Llevo los platos al fregadero. ¿Cenará Cricket en casa, con su familia, o se irá directo a su cuarto? Lavo los platos con tanto ímpetu que me corto sin querer con un cuchillo. Resoplo entre dientes para que no me oigan.

—¿Qué pasa? —preguntan los tres al unísono.

—Nada, que me he cortado. No pasa nada.

—Ten cuidado —dice Nathan.

A los padres se les da de perlas expresar obviedades. Bajo el ritmo y acabo mi tarea sana y salva. El traqueteo del lavavajillas resuena en la cocina mientras subo las escaleras que llevan a mi cuarto. Me desanimo de golpe: la luz está apagada. «Tranquilízate. Sólo es Cricket.» Me pongo a coser las tablas de mi vestido de María Antonieta. Pasan veinte minutos. Treinta. Cuarenta. Cincuenta. Una hora.

¿Qué hace?

La luz está encendida en la primera planta, por lo que puede que toda la familia Bell esté viendo... algo en la tele. No sé. No puedo concentrarme, y ahora estoy enfadada: con Cricket, por no estar aquí, y conmigo misma, porque eso me importe. Me quito el maquillaje y las lentillas, me pongo el pijama (no sin antes correr las cortinas) y me meto en la cama.

El reloj marca las 9.37. El grupo de Max no ha empezado a tocar todavía.

Por si no me sentía lo suficientemente mal.

No dejo de dar vueltas en la cama mientras me vienen a la mente imágenes de Cricket, de Max y de bailarinas de *burlesque* que se sientan en conchas de ostras. Estoy a punto de quedarme dormida, igual de intranquila, cuando oigo un ruidito en la ventana. Abro los ojos de par en par. ¿Lo he soñado?

Otro ruidito. La ventana no miente.

Salgo de la cama de un salto y abro las cortinas, Cricket Bell está sentado en el marco de su ventana, balanceando las piernas contra la casa. Tiene algo muy pequeño en una mano, y con la otra estaba a punto de lanzar algo. Abro la ventana y al verlo siento dentro de mí un estallido de emociones, antes calladas.

Me gusta Cricket. Tal como es.

Otra vez.

Baja la mano.

—No tenía piedrecitas.

El corazón quiere salirseme por la boca. Trago saliva.

—¿Qué tirabas? —Achino los ojos, pero no lo distingo.

—Ponte las gafas y lo verás.

Cuando vuelvo, sostiene algo en la mano. Y sonrío.

Le devuelvo la sonrisa con timidez.

—¿Qué hacías con una caja de palillos?

—Pinchar cubitos de queso para ponerlos en bandejas —dice como si nada—. ¿Por qué tenías la luz apagada?

—Estaba durmiendo.

—Pero si no son ni las diez y media. —Deja de balancear las piernas—. ¿No has quedado con tu chico?

No quiero que la conversación siga por ahí.

—Oye, si las estiras —hago un gesto hacia sus piernas— seguro que llegan hasta mi casa.

Lo intenta. No le llegan por unos centímetros, y le sonrío otra vez.

—Pues parecía que sí llegarían.

—Ah, sí. «Ahí va Cricket, el chico de las piernas monstruosamente largas. Del cuerpo largo como un día sin pan...» —bromea.

Me río, y los ojos le brillan.

—Son nuestras casas las que tendrían que estar más cerca —le digo—. Tus proporciones son perfectas.

Cricket baja las piernas y me mira detenidamente. El momento dura tanto que tengo que apartar la vista. Él también me dijo una vez que mi cuerpo era perfecto. Me sonrojo al recordarlo y por haber dicho algo así sin querer. Al fin, habla.

—Lo siento, pero no puedo más. —Entra las piernas en la habitación y desaparece.

Estoy perpleja.

—¿Cricket?

Oigo ruidos en la habitación.

—Dame cinco minutos. Aprovecha para ir al baño o haz otra cosa.

No es mala idea. No sé si la oscuridad le permite ver algo, pero un poco de maquillaje no me vendrá mal. Estoy a punto de ponerme rímel cuando me doy cuenta de... lo inapropiado que es maquillarme para alguien que no es mi novio. Decido ponerme sólo un poco de brillo de labios; pero, tan pronto como huelo el perfume del producto, me echo a temblar.

El brillo tiene sabor a cereza. Pienso en las hojas de té. El primer amor.

Vuelvo al dormitorio. Me quito con la mano el brillo de labios y de repente se oye un «plaf» contra la ventana. Y entonces veo lo que quiere hacer.

—¡Ostras! ¡No, Cricket, no!

—Aguantaré mi peso, ya verás. Tú sostenlo de ese lado, ¿vale? Por si acaso.

Sostengo con fuerza el lado del estante de su habitación que ha quitado de la pared para utilizarlo a modo de puente entre nuestras ventanas.

—¡Ten cuidado! —grito demasiado fuerte, y el puente se tambalea.

Pero él me sonríe.

—No te preocupes, ya lo tengo.

Cricket cruza a toda velocidad por el estante, hasta llegar a mí. Su cara está casi contra la mía.

—Ya puedes soltarlo —me susurra.

Estoy aguantándolo con tanta fuerza que las manos me duelen. Me aparto para que pueda entrar en mi habitación. Se desliza por la tabla para bajar y nuestras piernas se rozan. Siento una descarga eléctrica. Hacía mucho tiempo que no nos tocábamos. Es tan alto que su corazón me queda a la altura de la mejilla. Oigo los latidos.

De su corazón.

Me aparto.

—¿Se puede saber en qué pensabas? —le gruño. No logro ocultar mi nerviosismo—. Podías haberte caído y haberte roto el cuello.

—Pensaba que sería más fácil que habláramos cara a cara —me dice en voz baja.

—Podíamos quedar en la acera para dar un paseo.

Duda.

—¿Quieres que me vaya?

—¡No! Quiero decir... Ahora ya estás aquí.

El sobresalto es todavía mayor al oír que alguien llama a la puerta.

—¿Lola? —dice Nathan—. He oído un golpe. ¿Va todo bien?

Me entra el pánico. Mis padres me matarán si me ven con un chico en la habitación. ¡Aunque sea Cricket! Lo empujo para colocarlo detrás de la cama, en el suelo. Es imposible verlo desde la puerta. Me echo sobre la cama y rezo para que a Nathan no le parezca raro el ruido del somier.

—Me he caído de la cama —digo con tono soñoliento—. Estaba muy cansada. He tenido una pesadilla.

—¿Ah, sí? —Se abre la puerta y Nathan asoma la cabeza—. Hacía mucho que no tenías ninguna. ¿Quieres hablar?

—No; era una tontería. Me perseguía un lobo... o un hombre lobo, no sé. Las pesadillas no tienen sentido. No pasa nada. —«Vete ya, por favor.» Cuanto más tiempo se quede mi padre en la puerta, más probabilidades hay de que vea el puente.

—¿Seguro que te encuentras bien? Durante la cena estabas bastante distante, y cuando te has cortado...

—No me pasa nada, papá. Buenas noches.

Se queda callado pero, al poco, empieza a cerrar la puerta.

—Buenas noches. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Y casi se ha ido cuando de repente...

—¿Por qué llevas las gafas puestas si estás en la cama?

—¿Las llevo? —Me paso una mano por la cara—. Ostras. Debía de estar mucho más cansada de lo que creía.

Nathan frunce el ceño.

—Me preocupas, Lo. Últimamente no eres la misma.

No quiero hablar del tema delante de Cricket. Es lo último que me faltaba.

—Papá...

—¿Es por Norah? Ya sé que todo se ha complicado desde que llegó, pero...

—No pasa nada, papá, estoy bien. Buenas noches.

—¿Es por Max? ¿O por Cricket? Te pusiste un poco rara cuando lo viste esta noche; no era mi intención avergonzarte al decir que...

—Papá. Buenas noches.

¡DEJA DE HABLAR YA!

Suspira.

—De acuerdo, mi pequeña Lola. Pero no olvides quitarte las gafas. No quiero que las aplastes. —Las coloco en la mesilla de noche, y se va. Cricket espera a que los pasos lleguen al rellano del primer piso. Su cabeza aparece al lado de la mía y, aunque sé que está allí, no puedo evitar sobresaltarme.

—Lo que mi padre quería decir es que... —Me esfuerzo por hallar una explicación que no me deje en evidencia—. Verás, te vi llegar a casa, y justo en ese momento Norah nos hablaba de una clienta horrible que tiene. Supongo que debí de poner mala cara o algo así.

Me odio a mí misma.

Cricket se queda callado.

—Y ahora, ¿qué? —le pregunto.

Cricket me da la espalda y se apoya contra el lateral de mi cama.

—Si quieres que me vaya, me iré.

Tristeza. Deseo. Siento un dolor tan grande que no sé cómo pude creer que había desaparecido. Me quedo mirando su nuca y siento que el oxígeno empieza a escasear en la habitación. Mi corazón se ha vuelto de agua y me estoy ahogando.

—No —le digo en un susurro al fin—. Acabas de llegar.

Quiero sentir el roce con su piel otra vez. Tengo que hacerlo. Si no lo consigo, me moriré. Alargo el brazo para tocarle el pelo. Seguro que no se da cuenta. Pero, justo cuando estoy a punto de tocarlo con las yemas de los dedos, él se da la vuelta.

Y echa la cabeza hacia atrás violentamente porque casi le saco un ojo.

—¡Perdona! ¡Lo siento! —le susurro.

—¿Qué haces? —Pero lo pregunta con una sonrisa en el rostro mientras intenta meterme el dedo en el ojo. Yo se lo cojo para evitarlo y así, con ese

gesto tonto, mi mano le rodea el dedo. Pero él se fija en la tirita de colorines que llevo.

—¿Es aquí donde te has cortado?

—No es nada. —Suelto la mano, avergonzada otra vez—. Estaba lavando los platos.

Cricket me observa mientras retuerzo las manos.

—Qué uñas tan chulas —dice al cabo de un buen rato.

Son rosas con una raya negra en el centro. De repente, sé qué puedo hacer para tocarlo.

—Oye, ¿me dejas que te pinte las tuyas? —Pero ya me he puesto de pie para buscar mi laca de uñas favorita, la de color azul oscuro. Sé que no protestará.

La llevo hacia el suelo, donde él está todavía sentado. Cricket pone recta la espalda.

—¿Va a dolerme? —pregunta.

—Un montón. —Agito el bote—. Pero intenta no gritar demasiado. No quiero que Nathan vuelva a aparecer por aquí.

Cricket sonrío mientras voy en busca de mi libro de Química.

—Póntelo encima del regazo. Necesito una superficie sólida. Ahora pon las manos encima. —Estamos muy cerca el uno del otro. Más que cuando preparábamos el vestido—. Ahora necesito tu mano izquierda.

Traga saliva.

—Vale.

Cricket levanta la mano. En la palma hoy lleva dibujada una estrella. Me pregunto qué significará mientras deslizo la mano por debajo de sus dedos. Su mano da una sacudida violenta.

—Tendrás que dejarla muy quieta —le digo con una sonrisa. He conseguido tocarlo.

Le pinto las uñas del color azul «Noche de estreno» bajo la luz de la luna. Los dos estamos más relajados mientras sigo con mi tarea. Le aplico el color con unos toques delicados. No hablamos. Mi piel y su piel se tocan. Sólo un libro separa mi mano de su regazo. Siento que no deja de mirarme; y no a las manos, sino a la cara. Sus ojos quemán tanto como el sol africano.

Cuando acabo, levanto la vista y él me mira. La luna se desplaza por el cielo. Sus rayos le iluminan las pestañas, y me sorprende estar allí, en plena

oscuridad, con un chico que un día me rompió el corazón. Un chico que me besaría si yo no tuviera novio. Al que besaría si yo no tuviera novio.

A quien quiero besar.

Me muerdo el labio inferior. Cricket está hipnotizado. Me inclino hacia él, moviendo mis formas curvas hacia su sombra esbelta. El aire se vuelve tan caliente que nos abrasa. Su mirada se desplaza hacia mi camiseta. La tiene muy cerca de sus ojos.

Separo los labios.

Y entonces él se aparta dando tropezones.

—Quiero hacerlo —protesta con un quejido—. Sabes que sí.

Comprueba la firmeza del puente antes de saltar sobre él. No vuelve la cara y no ve las lágrimas que me inundan los ojos. Lo único que deja tras de sí es una mancha de laca de uñas azul en el marco de la ventana.

Capítulo 24

—Lolaaa. Mi preciosa Lolaaa. —Los ojos de Franko están rojísimos y tiene las pupilas dilatadas. Como siempre.

Rebusco en los cajones de la taquilla, tirando al suelo bolígrafos secos y manuales de instrucciones polvorientos.

—¿Has visto los cartuchos de tinta para imprimir entradas por algún sitio? —le pregunto.

—No, pero ¿te has fijado en que hoy las palomitas están especialmente inclinadas, en plan aerodinámico? Me he comido algunas. ¿Tengo algo entre los dientes?

—No —le espeto, brusca.

—Pues yo creo que se me han quedado restos de palomitas entre los dientes de delante. —Se pone de pie y explora con la lengua su propia boca, a modo de beso de tornillo autoinfligido—. Qué bonitas están las tiras hoy, ¿no te parece?

—Ya, claro.

—Sí. Bueno, no voy a ponerme a cortar una, pero si lo hiciera... pensaría: «Qué tira tan bonita.»

Como no se calle pronto, lo estrangulo. Lo digo en serio. Me queda ya muy poca paciencia. Agito las manos en dirección a St.Clair, quien está hoy en el control de entradas. Como no hay nadie, se acerca con paso relajado.

—Cámbiate por él, por el amor de Dios —le digo.

—St. Clair, qué guapo eres —le suelta Franko.

—Todo el mundo te lo parece cuando estás colocado. —St. Clair se sienta en la silla de Franko—. Largo.

Franko se marcha con paso vacilante.

—Gracias —le digo—. Es que ahora mismo... no estoy de humor.

Se encoge de hombros.

—¿Te refieres a este momento o a todo el mes de noviembre?

—No empieces —le advierto. Aunque tiene razón. Desde la humillación

absoluta que viví hace dos semanas, con lo de Cricket y su desaparición total de mi vida, he estado de lo más desagradable. Estoy dolida. Enfadada. No, mejor dicho: estoy furiosa, porque todo es culpa mía por lanzarme a sus brazos. ¿Qué pensará de mí? Seguro que nada bueno. Porque, de lo contrario, habría tenido la decencia de contestar a mis llamadas y mensajes. Y eso que iba de buena persona...

—¿Qué buena persona? —pregunta St. Clair—. ¿De quién hablas?

Ostras. He vuelto a hablar en voz alta.

—De mí. —Miento—. Digo que ya no soy buena persona.

Suspira y mira el reloj de pared.

—Pues qué bien.

—Lo siento. —Y lo digo de verdad. Mis amigos (Lindsey, Anna y St. Clair) han sido muy pacientes conmigo. Mucho más de lo que me merezco. Yo misma le expliqué a Lindsey lo que pasó, pero supongo que St. Clair y, a través de él, Anna, se han enterado de lo sucedido por Cricket. Y no sé qué les habrá dicho—. Gracias por cambiarte por Franko. Te lo agradezco de verdad.

St. Clair se encoge de hombros por segunda vez.

Trabajamos en silencio durante la siguiente hora. A medida que pasan los minutos, me siento más culpable. Tengo que cambiar de actitud. Por lo menos con mis amigos.

—Bueno, dime —le digo a St. Clair en el siguiente paréntesis de calma—, ¿qué tal fue con la familia de Anna? ¿No iban a venir su madre y su hermano para Acción de Gracias?

Me sonrío por primera vez desde que entró en la taquilla.

—Aprobé el examen.

Asiento con la cabeza, en un gesto demasiado formal.

—Felicidades.

—Gracias —me responde con la misma formalidad—. Se alojaron en casa de mi madre.

—Qué... raro, ¿no?

—La verdad es que no. Mi madre es muy maja. Es fácil llevarse bien con ella.

Arqueo una ceja.

—Oye, ¿y vosotros dónde dormisteis?

—Pues donde siempre. —Me mira, solemne—. En nuestras residencias. Separadísimos.

Me río.

—Bueno, ¿y qué tal tú? —me pregunta—. ¿Cómo te fue en Acción de Gracias? ¿Pasaste el día con tu novio?

—Esto... no. —Formulo con dificultad una explicación en la que le hablo de lo difíciles que ha puesto las cosas Norah, le digo que Max está muy ocupado y yo, castigada. Pero todo suena forzado y vacío. Porque lo es. Nos quedamos callados unos instantes—. ¿Cómo...? —Me cuesta encontrar las palabras adecuadas—. ¿Cómo sabías que tu relación con Anna iba a funcionar? Hacéis que parezca muy sencillo salir con alguien.

—Estar con Anna es sencillo. Es la mujer de mi vida.

«La mujer de mi vida.» Se me para el corazón. Yo pensaba que Max era el hombre de mi vida, pero... ¿Qué hay del otro?

¿Del primero?

—¿Tú crees que existe la media naranja? —le pregunto en voz baja—. ¿Crees que todo el mundo tiene una?

Algo asoma a los ojos de St. Clair. Quizá la tristeza.

—Sólo puedo hablar de mí —me dice—; no por los demás. Pero, en mi caso, sí que existe. Tengo que estar con Anna y lo sé. Pero es algo que tú misma debes descubrir. No puedo responder por ti a esa pregunta. Nadie puede.

—Oh.

—Lola. —Desliza la silla hasta ponerse a mi lado—. Ya sé que todo es una mierda ahora mismo. Y, para serte sincero, por nuestra amistad, te digo que el año pasado yo estaba igual que tú. Cuando conocí a Anna, yo tenía novia. Y tardé mucho en reunir el coraje necesario para tomar una decisión muy difícil. Y ahora te toca a ti hacer lo mismo.

Trago saliva.

—¿Hacer el qué?

—Dejar de engañarte.

—Lola, qué diferente estás.

La tarde siguiente estoy en el umbral de la puerta de Max. Sin peluca. Sin maquillaje. Llevo una falda sencilla y una camiseta lisa. Y la melena natural suelta sobre los hombros.

—¿Puedo pasar? —Estoy nerviosa.

—Pues claro. —Se aparta y entro.

—¿Está Johnny?

—No; sólo yo. —Max se queda en silencio unos segundos—. ¿Saben tus padres que estás aquí?

—No tienen por qué saber siempre dónde estoy.

Niega con la cabeza.

—Ya.

Avanzo hacia el sofá y cojo el libro de Noam Chomsky que descansa sobre la mesa de centro. Lo hojeo antes de volverlo a colocar en su sitio. No sé por dónde empezar. He venido en busca de respuestas. He venido para saber si es el hombre de mi vida.

Max me mira de un modo extraño. Algo se le pasa por la cabeza. Y no es mi repentina aparición. Me siento todavía más incómoda.

—¿Qué pasa? —le pregunto—. ¿Por qué me miras así?

—Perdona, es que... hoy pareces bastante más joven.

Se me cae el alma a los pies.

—¿Y eso es malo?

—No. Estás preciosa. —Y me dedica una de esas sonrisas tuyas de película—. Ven aquí.

Max se derrumba sobre su maltrecho sofá, y me abrazo a él. Nos quedamos allí sentados, en silencio. Él espera que yo hable de nuevo. Sabe que estoy aquí por algún motivo. Pero no soy capaz de decir las palabras. Creía que, al venir, ya obtendría la respuesta. No pensé en qué le diría al verlo.

¿Por qué es tan difícil ver la verdad?

Dibujo con el dedo las telarañas de su brazo. Max cierra los ojos. Paso el dedo con delicadeza por encima del pliegue del codo izquierdo, donde está el niño disfrazado de lobo blanco. Un gemido escapa de su boca, y nuestros labios se encuentran. Me coloca encima de su regazo. La corriente me arrastra y yo sucumbo ante ella.

—Lolita —me dice al oído.

Y el cuerpo entero se me paraliza.

Él no se da cuenta. Empieza a levantarme la camiseta, y ese gesto basta para despertarme. Me la bajo de un tirón. Él se sorprende.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

La voz me tiembla y no puedo controlarlo.

—¿Cuál de ellas soy, Max?

—¿Qué? —Max está aturdido—. ¿De qué hablas?

—¿De qué Dolores Nolan estás enamorado? ¿Me quieres a mí, a Lola, o a Lolita?

—¿Y eso qué narices quiere decir?

—Sabes perfectamente lo que quiere decir. Me llamas Lolita, pero te cambia el humor cuando no voy arreglada y aparento la edad que tengo de verdad. Así que, dime, ¿a cuál de las dos Lolas quieres, a la joven o a la mayor? —Un pensamiento terrible se me pasa por la cabeza—. ¿O es que sólo te gusto porque soy muy joven?

Max se pone furioso. Me aparta de su regazo y se incorpora.

—¿De verdad quieres hablar del tema ahora? ¿Justo ahora?

—¿Y cuándo si no, Max? ¿Qué momento será mejor?

Se hace con el mechero de la mesita.

—Pensaba que lo de la edad estaba más que superado. Que era algo que molestaba a otra gente; no a nosotros.

—Sólo quiero que me digas la verdad. ¿Me quieres? ¿O es sólo por la edad?

—¿¿Cómo puedes decir eso?! —Max lanza el mechero con toda su furia—. Por si lo has olvidado, permíteme que te lo recuerde: fuiste tú la que me persiguió. Yo no quería nada de esto.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que no me querías a mí?

—¡Yo no he dicho eso! —explota—. Pues claro que me moría de ganas de estar contigo. Pero los chicos como yo no podemos ir detrás de chicas como tú, ¿lo recuerdas? ¿Acaso no estamos hablando de eso? No sé qué es lo que quieres que te diga. Parece que ninguna respuesta que te doy es la apropiada.

La verdad me abofetea en plena cara.

«Parece que ninguna respuesta que te doy es la apropiada.»

—Tienes razón —susurro.

—Pues claro que tengo razón. —Se hace un silencio—. Un momento. ¿Razón sobre qué?

—Ninguna respuesta es la apropiada. Porque no la hay; no existe. Esto no puede acabar bien.

Me mira detenidamente. Nos quedamos en silencio un rato.

—No lo dirás en serio —dice Max al fin.

Me obligo a ponerme de pie.

—Creo que sí.

—¿Cómo que crees que sí? —Aprieta la mandíbula—. Después de lo mal que he tenido que pasarlo con tus padres cada domingo... ¿Tienes idea de lo que he tenido que aguantar para estar contigo?

—Precisamente por eso, Max. No «tienes que» soportar nada...

—¿Acaso tenía otra opción? —Max se acerca a mí.

—¡Sí! ¡No! No lo sé... —Estoy temblando—. Sólo intento ser sincera.

—Vaya. —Su nariz queda a apenas un centímetro de la mía—. Ahora resulta que quieres ser sincera.

Trago saliva.

—Pues, ya que nos estamos sincerando —me dice—, que sepas que ya no sé quién eres. Cada vez que te veo, eres alguien diferente. Eres una mentirosa; toda tú eres una mentira. A pesar de lo que tú creas y de lo que te hayan dicho tus padres, no tienes nada de especial. No eres más que una niña con problemas. Eso es lo que pienso de ti.

Y entonces... todo se funde a negro.

—Yo... —acierto a decir— creía que me querías.

—Yo también lo creía. Pero gracias por ayudarme a verlo todo tan claro.

Me aparto de él dando tropezones, horrorizada. En un segundo de locura transitoria pienso en echarme a sus pies, pedirle que me perdone, prometerle que seré como él quiera que sea; otra persona...

Max se cruza de brazos.

Y, en ese momento, me entran ganas de hacerle daño.

Doy un paso adelante. Y ahora soy yo la que acerca la nariz hasta ponerla a

un centímetro de la suya.

—¿Sabes qué? —le bramo—. Soy una mentirosa, tienes razón. Me gusta Cricket Bell. Y he quedado con él muchas veces. Y ha estado en mi dormitorio; y yo en el suyo. Y quiero estar con él, Max. Lo deseo.

Max tiembla de rabia.

—Vete. Ahora mismo.

Cojo mi bolso y abro la puerta de un tirón.

—No quiero verte nunca más —me dice con voz muy grave—. No eres nada para mí, ¿lo captas? Nada.

—Sí —le respondo—, lo capto. Muchas gracias por dejármelo tan claro.

Capítulo 25

Estoy mareada. Veo puntitos. Me tambaleo. ¿Voy a pie o en autobús? ¿A pie? ¿En bus? Vale, voy a pie. Pero, de repente, veo el bus y estoy subida en él y llorando como una magdalena. Un modernillo con bigote se cambia a la fila de atrás. Un señor mayor mexicano que lleva una gorra de béisbol me mira con el ceño fruncido, y una señora china que lleva puesta una chaqueta acolchada parece querer decirme algo. Pero yo me aparto y sigo llorando.

Entonces tiro de la cuerdecillas, el autobús se para y subo colina arriba. Hacia mi casa. Siento que alguien me clava las garras en el estómago, en el pecho, en el corazón. Como si quisiera sacarme las entrañas y pegármelas a la piel para que el mundo entero se ría de mí.

¿Cómo ha podido decirme eso?

¿Cómo es posible que mi vida cambie tan rápido? Estábamos bien y, de repente, al minuto siguiente... Ay, Dios mío. Se ha terminado. Quiero arrastrarme hacia la cama y desaparecer. No quiero ver a nadie. No quiero hablar con nadie. No quiero pensar ni hacer nada.

Max. Me llevo una mano al pecho y la cierro. No puedo respirar.

«Entra en casa, Dolores. Ya casi estás.»

Estoy a sólo dos casas de la mía cuando los veo. La familia Bell está enfrascada en una acalorada discusión en mitad del pequeño vado que da acceso a su casa. El señor Bell (alto y esbelto como los gemelos, pero con el cabello castaño claro) niega con la cabeza mientras gesticula hacia la calle. La señora Bell (más bajita pero con el mismo pelo que los gemelos) se pasa los dedos por las sienes. Calliope está de espaldas a mí, con los brazos en jarras. Y Cricket... me mira fijamente. Parece alterado por mi presencia. Y por el aspecto que tengo. Su cuerpo entero se vuelve hacia mí y revela otra sorpresa.

Lleva a un bebé en brazos.

Escondo la cara detrás de una cortina de pelo y subo a toda prisa las escaleras de mi casa. Los Bell se han quedado callados. Me miran y escuchan mis ahogados lloros. Los miro un instante al abrir la puerta. Alexander también está. El hermano mayor de los gemelos. No lo vi porque estaba justo detrás de Cricket y es más bajo que él.

El bebé. Claro, es la hija de Aleck, Abigail.

Max. Su nombre es un jarro de agua fría. Olvido a los Bell y doy un portazo antes de subir a mi cuarto. Nathan oye mis pisotones y me persigue.

—¿Qué te pasa, Lola? ¿Qué ha pasado?

Cierro la puerta y pongo la espalda contra ella. Me desplomo. Nathan llama a la puerta y me pregunta algo y pronto Andy y Norah están con él. La cola de Heavens to Betsy da unos golpetazos rítmicos contra la puerta.

—MAX Y YO HEMOS ROTO, ¿VALE? ¡DEJADME EN PAZ DE UNA VEZ! —Casi no puedo acabar la frase porque las palabras se me atraviesan en la garganta. Se oye un nervioso murmullo al otro lado de la puerta. Parece que Norah quiere llevarse de allí a mis padres. Oigo el tintineo de las chapas de identificación de Betsy en dirección a las escaleras hasta desaparecer.

El rellano se ha quedado en silencio.

Ya estoy sola. Sola de verdad.

Me lanzo sobre la cama, sin quitarme los zapatos. ¿Cómo ha podido Max ser tan cruel? Tiene razón: soy una mentirosa. Toda yo soy una mentira y... nada especial. «No tienes nada de especial.» Sólo soy una niña tonta que llora sobre la almohada. ¿Por qué siempre acabo igual? Después de lo de Cricket, hace dos años. Después de lo de Norah, hace ya casi dos meses. Y ahora, después de lo de Max. Siempre seré la niña tonta que llora desconsolada sobre su cama.

Ese pensamiento me hace llorar todavía más.

—¿Lola? —He perdido la noción del tiempo cuando oigo una voz que viene de la ventana—. ¿Lola? —repite la voz, esta vez con más fuerza. Lo intenta una tercera vez, un instante más tarde, pero no me levanto. Justo ahora tiene que aparecer Cricket; después de no saber nada de él en dos semanas y de no haberme devuelto las llamadas. Tiene que hacer acto de presencia ahora, cuando la tristeza ha ennegrecido mi alma.

Soy mala.

No. Max es malo. Es difícil, condescendiente. Y celoso.

Pero yo soy mucho peor. Soy una niña que juega a disfrazarse y que no es capaz de reconocerse a sí misma bajo el disfraz.

Capítulo 26

Mi parte racional me dice que debo desahogarme. Pero me he quedado sin lágrimas. Estoy vacía, seca. Y no puedo moverme.

Pero da igual, porque no quiero ir a ningún sitio.

Porque eso es lo que pasa con la depresión. Cuando la siento dentro de mí, no quiero que se vaya. Es un consuelo. Quiero enterrarme debajo de su pesada manta y llenarme de ella los pulmones. Quiero alimentarla, cultivarla. Es mía. Quiero quedármela; dormirme en sus brazos y no despertar en mucho, mucho tiempo.

Esta semana he pasado muchas horas en la cama.

Cuando duermes, nadie te pide que hagas nada. Nadie espera nada de ti. Y no tienes que enfrentarte a tus problemas. Así que me he arrastrado al instituto como he podido. Y al trabajo. Y he dormido.

Max ya no está. Y no me refiero a que ya no es mi novio, sino a que se ha marchado de verdad. Le pedí a Lindsey que fuera a su apartamento a buscar un libro que olvidé allí, y su compañero de piso le dijo que se había marchado de la ciudad el martes. Y no le dijo adónde fue.

Se ha marchado. Al fin. Sin mí.

Ojalá no me doliera pensar en él. Y no estoy triste por querer estar con él, sino porque fue muy importante en mi vida durante mucho tiempo. Era mi futuro. Y ahora ya no es nada. Yo se lo di todo, y ahora no es nada. Fue el primero, así que nunca podré olvidarlo, pero él a mí sí. Pronto seré una rayita más en el poste de su cama.

No sabía que se podía amar y odiar a alguien a la vez. Pensaba que Max y yo estaríamos juntos para siempre. Nadie me creía. Íbamos a demostrarles que se equivocaban, pero nosotros éramos los que andábamos errados. O quizá sólo era yo la que se equivocaba. ¿Pensaba Max en estar conmigo para siempre?

Esa pregunta me duele demasiado. No puedo afrontarla.

Mis padres están preocupados, pero me dejan espacio para que me recupere. Como si un corazón roto pudiera curarse.

Es casi medianoche (ni viernes ni sábado) y la luna vuelve a estar llena. Los granjeros solían referirse a la luna llena de diciembre como «luna fría» o «luna de las largas noches». Ambos calificativos son muy aptos para esta noche. Abrí antes la ventana para absorber mejor su tamaño y su frío y

alimentar así el mío. Pero ha sido un error. Hace demasiado frío. Y acabo de llegar a casa después de trabajar muchas horas. Estoy agotada y no tengo fuerzas para levantarme y cerrarla.

No puedo dormir.

La seda de mi vestido de María Antonieta descansa sobre mi mesa de costura y brilla con una palidez azul, bañada por la luz de la luna. Me faltaba tan poco para acabarlo... Todavía queda un mes y medio para el baile de invierno. Tenía tiempo de sobra.

Pero qué más da, si no voy a ir.

También me da igual no tener pareja con la que ir al baile. Lo que me duele es aparecer con un disfraz tan ridículo. Max tenía razón. El baile es una tontería. A mis compañeros de clase no les gustaría el vestido, sino que se reirían de él. Serían crueles. No sé cuánto rato llevo mirando los pliegues de la seda cuando una luz se enciende cerca de la ventana.

—¿Lola? —Alguien me llama en mitad de la noche.

Cierro los ojos. No puedo hablar.

—Sé que estás ahí. Voy a entrar, ¿vale?

Me tenso al oír el ruido que provoca su estante al chocar contra el marco de mi ventana. Me llamó desde la suya una vez, el pasado fin de semana, pero fingí no oírlo. Su cuerpo cruje contra la madera del estante y, segundos más tarde, Cricket está en mi habitación.

—¿Lola? —Siento que Cricket se arrodilla junto a la cama—. Estoy aquí —susurra—. No me hables si no quieres, pero estoy aquí.

Cierro los ojos con más fuerza.

—St. Clair me ha explicado lo que ha pasado... con Max. —Cricket espera por si intervengo. Como no digo nada, prosigue—: Perdóname por no devolvarte las llamadas. Estaba enfadado. Le expliqué a Cal lo de aquella noche en tu habitación y se puso echa una fiera. Me dijo que me había advertido que no me acercara a ti, y tuvimos una discusión muy fuerte. Estaba enfadado con ella por hablar de mí a mis espaldas. Y contigo por no decírmelo. Por si pensabas que yo no sería capaz de... enfrentarme a la situación.

Me estremezco y me hago un ovillo. ¿Por qué no le dije nada? Quizá porque tenía miedo de reconocer que las acusaciones de Calliope estaban fundadas. O porque tenía miedo de que la escuchara a ella y no a mí. Soy una idiota total. Tengo tanto miedo de Calliope como ella de mí.

—Pero... todo me está saliendo al revés. —Lo oigo desplazar el peso sobre las rodillas, nervioso—. Lo que intento decirte es que he pensado mucho en todo y no estoy enfadado contigo, sino conmigo mismo. Yo soy el que entra en tu

habitación por la ventana. El que no es capaz de apartarse de ti. Esta situación tan rara es culpa mía.

—Cricket. Esto no es culpa tuya. —Mi voz es casi un graznido.

Él se queda callado. Abro los ojos. Me mira. No aparto la mirada.

—La luna brilla mucho esta noche —me dice al fin.

—Pero es muy fría. —Las lágrimas han vuelto a encontrarme. Y empiezan a deslizarse por mis mejillas.

Cricket estira un brazo y me acaricia el cuello. Traza una línea ascendente desde allí, que sube por la mandíbula hasta llegar a la mejilla. Cierro los ojos porque me seca las lágrimas con el pulgar y lo que siento me sobrepasa. Presiona suavemente y yo vuelvo la cabeza, que queda acunada en su mano. Nos quedamos así unos minutos. Me ayuda a liberarme del peso de mis pensamientos.

—Perdóname por no decirte que había hablado con Calliope —le susurro.

Se aparta con cuidado y veo que tiene otra estrella dibujada en la palma de la mano.

—No estoy enfadado contigo, sino con ella por hablar contigo. No tenía por qué entrometerse.

—Calliope sólo estaba preocupada por ti. —Y, al decir esas palabras, me doy cuenta de que me las creo—. Tenía todo el derecho del mundo a estarlo. No soy una buena persona.

—No es verdad —me dice—. ¿Por qué dices eso?

—He sido una novia horrible. Me he portado mal con Max.

Se hace un largo silencio.

—¿Lo querías? —me pregunta en voz baja.

Trago saliva.

—Sí.

Cricket se pone triste.

—¿Y todavía lo quieres? —me interroga. Pero, antes de que pueda contestarle, añade mientras toma aire—: Da igual. No quiero saberlo. —Y, de repente, Cricket Bell se mete en mi cama. Siento su torso contra el mío, su pelvis contra la mía, y me busca con los labios.

Mis sentidos están a punto de estallar. Hace tanto tiempo que lo deseo...

Y necesito esperar un poco más.

Deslizo una mano y la coloco entre nuestras bocas, justo a tiempo. Siento la suavidad de sus labios contra mi palma. Muy lentamente, la aparto.

—No. Ya no quiero a Max. Pero no quiero entregarte a este yo roto y vacío. Quiero que me tengas cuando esté llena. Cuando pueda darte algo a cambio. Ahora mismo no tengo demasiado que ofrecerte.

Cricket se ha quedado muy quieto, pero el corazón le late con fuerza contra el mío.

—Pero ¿me querrás algún día? Lo que sentiste una vez por mí... ¿ha desaparecido?

Nuestros corazones laten al compás de un ritmo frenético y salvaje. Tocan la misma canción.

—No. Siempre ha estado aquí, conmigo.

Cricket se queda a dormir en mi cuarto. Estamos callados y, aunque no hemos hecho nada más que hablar, lo que necesito en este momento es precisamente eso: la presencia tranquilizadora de un cuerpo conocido en el que confío. Nos quedamos dormidos, presos de un sueño profundo.

De hecho, dormimos tan profundamente que no nos damos cuenta de que amanece.

Ni oímos el borboteo de la cafetera en el piso de abajo.

Y tampoco a Nathan hasta que lo tenemos encima.

Capítulo 27

Nathan agarra a Cricket de los hombros y lo saca de la cama de un tirón. Cricket intenta ponerse de pie en una esquina del cuarto mientras yo trato de ubicar, a tientas, el par de gafas más cercano.

—¿Se puede saber qué diantres pasa aquí? ¿Ha entrado mientras...? —Nathan enmudece. Ha visto el puente. Avanza hacia Cricket, quien se encoge tanto en ese momento que casi tiene la misma altura que Nathan—. ¿Cuánto hace que subes por ahí hasta el cuarto de mi hija? ¿Días? ¿Semanas? ¿Meses?

Cricket está tan avergonzado que apenas puede hablar.

—No, no. Lo siento, perdóneme.

Andy irrumpe en la habitación, furioso, con el pelo todavía alborotado por la almohada.

—¿Qué pasa? —Ve a Cricket, encogido de terror, debajo de Nathan—. ¡Oh!

—¡Haz algo! —le digo a Andy—. ¡Va a matarlo!

Veo un fogonazo de odio en la cara de Andy y recuerdo lo que Max me dijo hace siglos: que era peor lidiar con dos padres protectores que con uno solo. Pero esa expresión pronto desaparece de su rostro. Da un paso en dirección a Nathan.

—Cielo, yo también quiero matarlo. Pero hablemos antes con Lola.

Nathan está demasiado quieto. Su enfado es tal que apenas mueve la boca.

—Tú. Vete.

Cricket sale disparado hacia la ventana. Cuando Andy descubre el puente, no oculta su estupefacción. Pero no dice más que:

—Por la puerta de casa, Cricket.

Cricket levanta las manos, y es de día, y por primera vez veo que todavía tiene trocitos de uña pintados de esmalte azul.

—Sólo quiero que sepan que no hemos hecho nada más que hablar y dormir. Dormir de verdad —añade rápido—, como cuando uno cierra los ojos y tiene las manos quietas y sueña. Sueña con cosas inocentes. Nunca haría nada a sus espaldas. Nada deshonesto, quiero decir. O sea, que...

—Cricket —le suplico.

Me mira, triste.

—Lo siento. —Y se va.

Nathan sale de mi cuarto hecho un basilisco y cierra la puerta del suyo de un portazo. Andy se queda callado un buen rato. Al fin, suspira.

—¿Podrías explicarme, si no es demasiada molestia, por qué había un chico en tu cama esta mañana?

—No hemos hecho nada. ¡Tienes que creerme! Vino porque sabía que yo estaba triste. Sólo quería comprobar que estoy bien.

—Dolores, así se aprovechan los chicos de las chicas. O de otros chicos —añade—. Te atacan cuando bajas la guardia. Cuando eres vulnerable.

Esa suposición me enerva.

—Cricket jamás se aprovecharía de mí.

—Se metió en tu cama sabiendo a la perfección que sufres por otro chico.

«Y no hicimos nada más que hablar.»

Andy se cruza de brazos.

—¿Cuánto tiempo lleváis haciendo esto?

Le digo la verdad. Quiero que me crea, para que así también se dé cuenta de que Cricket es inocente.

—Sólo pasó una vez más. Pero no se quedó a dormir.

Cierra los ojos.

—¿Antes o después de que rompieras con Max?

Hundo la cabeza entre los hombros.

—Antes.

—¿Y se lo dijiste a Max?

La hundo todavía más.

—No.

—¿Y en ningún momento pensaste que lo que hacías no estaba bien?

Me he puesto a llorar.

—Somos amigos, papá.

Andy me mira, angustiado, desde el borde de la cama en el que se ha sentado.

—Lola, hija, todo el mundo sabe que el chico está enamorado de ti. Y tú también lo sabes. Él hizo muy mal en venir aquí, pero es todavía peor que tú le dieras pie. Tenías novio, ¿en qué pensabas? No se trata así a nadie. No tendrías que haber tratado a ninguno de los dos así.

No sabía que era posible sentirse todavía peor.

—Escúchame. —La cara de Andy me dice que preferiría sentarse en una alfombra de faquir a decirme lo que está a punto de decir—. Ya sé que te estás haciendo mayor y que, me guste o no, ya haces ciertas... cosas. Pero eres una joven inteligente, ya hablamos del tema, y sé que tomarás las decisiones adecuadas a partir de ahora.

No soy capaz de mirarlo a los ojos.

—Tienes que entender lo delicado que es este tema para nosotros; especialmente para Nathan. Norah tenía tu misma edad cuando se escapó de casa y se quedó embarazada. Pero conmigo puedes hablar. Quiero que me hables.

—Vale. —Apenas consigo decir esa palabra.

—Y nada de chicos en tu habitación, ¿entendido? —Espera a que asienta con la cabeza antes de ponerse de pie—. De acuerdo, entonces. Hablaré con Nathan y veré lo que podemos hacer. Pero no creas que esto se acaba así y que vas a salir de rositas.

—Ya lo sé.

Se dirige a la puerta.

—Que no se repita, ¿me oyes?

—¿Y... qué pasará cuando esté casada?

—Que compraremos un plegatín y tu marido podrá dormir en él cuando venga a visitarte.

Se me escapa la risa. Andy se acerca y me da un abrazo.

—No es una broma, Lola —me dice.

La amenaza se materializa esa misma tarde. Estoy castigada hasta que se acaben las vacaciones de Navidad. Otro mes más sin salir. Pero, a decir verdad, no me importa. Lo que temo es la segunda parte del castigo. De la que nadie habla.

Mis padres ya no confían en mí. Tengo que ganarme su confianza de nuevo.

A lo largo del día espero ver a Cricket en la ventana, pero no entra en su cuarto. A eso de las tres, veo pasar unos pantalones a rayas por la ventana de su cocina, por lo que sé que está en casa. ¿Por qué me evita? ¿Está avergonzado? ¿Enfadado? ¿Habrán llamado mis padres a los suyos? Si han hablado con el señor y la señora Bell, me muero, pero no puedo preguntárselo porque, de no haberlo hecho, estaría dándoles una idea peligrosa.

Estoy hecha un manojo de nervios cuando se enciende la luz de su cuarto. Son más de las ocho. Aparto a un lado el cuaderno de Inglés y corro hacia la ventana. Él ya está en la suya. Las abrimos a la vez y de repente la noche se llena de... sollozos.

Cricket sostiene en brazos a la hija de Aleck.

—¡Lo siento! —me grita—. ¡No me deja que la ponga en el suelo!

—¡No pasa nada! —le respondo.

Entonces caigo en la cuenta de algo. Cierro la ventana de golpe. Cricket parece sorprendido, pero levanto un dedo y muevo los labios para decirle «un momento». Arranco una hoja de mi cuaderno de espiral y anoto algo con un rotulador lila de punta gorda. Coloco la hoja contra la ventana.

«¡Mis padres! ¿Hablamos después, sin bebé?»

Cricket parece quitarse un peso de encima. Pero, después, cierra la ventana a toda prisa, preocupado. Los dos esperamos durante un tenso minuto a que mis padres entren en mi cuarto, hechos una furia. Por suerte, no es así. Pero, aunque Cricket tenga la ventana cerrada, oigo el llanto de Abigail. Cricket la mece para calmarla, pero los pucheros y lloros de la pequeña no cesan.

¿Dónde estará Aleck? ¿O su mujer? ¿No tendrían que ser ellos quienes se ocuparan de la pequeña?

Calliope irrumpe en la habitación de Cricket, le quita a Abigail de los brazos y el bebé se pone a berrear todavía más. Una mueca de sufrimiento asoma a la cara de los gemelos cuando Calliope vuelve a poner a Abigail en brazos de su hermano. La pequeña se calma un poco, pero no deja de llorar. Calliope echa un vistazo en mi dirección. Se queda de piedra. La saludo con la mano y ella me mira con cara de mala uva.

Cricket lo ve y le dice algo a su hermana que provoca que ésta acabe marchándose. La luz del cuarto de Calliope se enciende instantes después. Cricket está de espaldas a mí, meciendo a Abigail, cuando entra la señora Bell. Corro las cortinas de un tirón. Sea lo que sea lo que esté pasando en su casa, no quiero que su madre crea que los espío.

Me siento otra vez para seguir con mi redacción para clase de Inglés, pero me resulta imposible concentrarme. De nuevo vuelvo a tener esa sensación

nauseabunda de culpa. La semana pasada, cuando vi a los Bell en la puerta de su casa, parecía que pasaba algo gordo. Y en ningún momento le he preguntado a Cricket de qué se trataba. Ha estado toda la noche en mi cuarto y no se me ha pasado por la cabeza preguntárselo. Y él siempre se preocupa por lo que me pasa a mí. Soy una egoísta total.

De repente, siento que no soy digna de su amor.

Apaga la luz del cuarto y esa oscuridad se convierte en una confirmación de mis miedos. Es demasiado bueno para mí. Es dulce, amable y honesto. Cricket Bell es una persona íntegra. Y yo no merezco estar con él, por mucho que lo desee.

No vuelve a su cuarto hasta pasadas dos horas. Cuando entra por la puerta, vuelvo a abrir la ventana, y Cricket hace lo propio. Tiene el cansancio reflejado en el rostro y los hombros caídos. Hasta se le ha caído un mechón de pelo sobre la frente. Es la primera vez que Cricket no lleva el pelo totalmente hacia arriba.

—Lo siento —dice con tono cansado. Habla en voz baja porque sabe que la amenaza paterna sigue vigente—. Por lo de ayer. Por lo de esta mañana, por lo de ahora. ¿No han venido tus padres, verdad? Soy un idio...

—Basta, por favor. No tienes por qué disculparte.

—Sí, lo sé. Es nuestra regla. —Está alicaído.

—No, quiero decir que no tienes que disculparte por lo de ayer, ni por lo de esta mañana. Yo quería que estuvieras aquí, conmigo.

Levanta la cabeza. Una vez más, la intensidad de su mirada hace que me dé un vuelco el corazón.

—Soy yo quien debe disculparse —prosigo—. Sabía que algo pasaba en tu familia y no te pregunté nada. Ni se me pasó por la cabeza.

—Lola —frunce el ceño—, estás atravesando un momento difícil. Ni por asomo esperaré que te preocuparas por lo que pasa mi familia ahora mismo, de verdad.

Incluso cuando soy yo la que está equivocada, él me da la razón. No soy digna de él.

Dudo.

«Gánate su afecto.»

—Bueno, y... ¿qué pasa? Si quieres contármelo, claro. Si no, lo entiendo.

Cricket se acoda en el marco de la ventana y mira hacia el oscuro cielo. La estrella de su mano izquierda se ha vuelto borrosa por el contacto con el

agua, pero sigue ahí. Espera tanto a contestarme que me pregunto si me habrá oído. Se oye una sirena antiniebla a lo lejos. En mi habitación entra la neblina, cargada con el perfume de los eucaliptos.

—Mi hermano dejó a su mujer la semana pasada. Aleck se llevó a Abby, y ahora están aquí con nosotros hasta que decida qué va a hacer. No se encuentra demasiado bien después de lo sucedido, y por eso estamos cuidando de los dos.

—¿Dónde está su mujer? ¿Por qué se llevó Aleck a la pequeña?

—Todavía está en su apartamento. Tiene una... crisis vital.

Me rodeo con los brazos.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Se ha vuelto lesbiana?

—No. —Cricket aparta los ojos del cielo para mirarme, y veo que se siente incómodo—. Es mucho más joven que Aleck. Se casaron, se quedó embarazada enseguida y ahora se ha rebelado contra todo. Quiere vivir otra vida. Sale hasta tarde, se va de fiesta... El fin de semana pasado, mi hermano descubrió que le había sido infiel.

—Lo siento muchísimo. —Pienso en Max. Y en Cricket, en mi habitación—. Es horrible.

Se encoge de hombros y aparta la vista.

—Por eso volví. Para echarle una mano.

—¿Eso quiere decir que todavía sigues enfadado con Calliope?

—Tal vez. No lo sé. —Se pasa una mano por el pelo. El mechón que se le había deslizado sobre la frente recupera su posición original, junto al resto—. A veces, Calliope complica mucho las cosas; demasiado. Aunque supongo que yo también lo hago.

Dejo que ese pensamiento quede suspendido en el aire, y mi mente vuelve a Max. Recuerdo con vergüenza las fantasías y planes que teníamos para el futuro.

—¿Crees que la mujer de Aleck ha hecho eso porque se casó muy joven?

—No. Se han separado porque nunca tendrían que haberse casado. El único que pensaba que lo suyo duraría era Aleck, aunque era obvio que ella no era la mujer de su vida.

«La mujer de su vida.» Otra vez.

—¿Cómo sabías que no lo era?

Cricket se mira las manos y se las frota despacio.

—Porque entre ellos no había... magia. Las cosas no eran fáciles. ¿Sabes a lo que me refiero?

Mi voz es ahora un susurro.

—¿Crees que todo debe ser fácil para que una relación funcione?

Cricket desvía rápidamente la vista hacia las estrellas, consciente del significado de mis palabras.

—¡No! Quiero decir que sí, pero... a veces hay... situaciones que no permiten que sea fácil. Pero cuando se superan... entonces...

—¿Crees en segundas oportunidades? —Me muerdo el labio inferior.

—En segundas, terceras, cuartas... Las que hagan falta. El tiempo que haga falta. Si la persona es la adecuada —añade.

—Si la persona es... ¿Lola?

Esta vez, sostiene mi mirada.

—Sólo si la otra persona es Cricket.

Capítulo 28

Además de la de Cricket, tengo que recuperar la confianza de mis padres.

Soy una buena hija, de verdad. Tendré muchos defectos, pero siempre hago los deberes y las tareas de casa y casi nunca respondo. Soy una de las pocas personas de mi edad a la que le importa de verdad lo que piensen sus padres. Por eso, ahora me visto como alguien responsable (de negro, sería), he estado estudiando como una posesa para los exámenes y hago todo lo que me piden. Aunque sea tan rollo como sacar a Heavens to Betsy a dar su último paseo nocturno con una temperatura de 4°C, cosa que, por cierto, he hecho cada noche de la semana.

Quiero que mis padres recuerden que soy buena, para que así también recuerden que Cricket es bueno. Más que bueno. Vino a casa a disculparse formalmente, aunque no creo que haya servido de nada. Su nombre sigue proscrito en esta casa. Incluso después de que la señora Bell le explicara a Andy lo sucedido con Aleck y de que estuvieran hablando del tema a la hora de la cena, evitaban decir el nombre de Cricket. En su lugar, decían «Calliope y... ya sabes quién».

Por lo menos, el señor y la señora Bell no saben lo que pasó. Mis padres no les han dicho nada. Puede que tenga que darle las gracias por ello a Andy; quizá incluso a Norah. Se ha portado sorprendentemente bien conmigo.

—Dales algo de tiempo —me aconseja—. No quieras tener prisa.

Sé que precisamente eso es lo que necesito yo: tiempo.

El recuerdo de Max sigue siendo fuerte y amargo. No sabía que, a pesar de ser yo quien lo dejó, fuera posible pasarlo tan mal. Vaya, estoy bastante segura de que fui yo la que rompió la relación. Por lo menos, se lo dije primero.

Y después él hizo el resto del trabajo.

Me siento fatal por cómo acabó todo y por no ser sincera cuando estábamos juntos. Quiero disculparme. Quizás así consiga quitarme el malestar que siento y sea capaz de dejar el pasado atrás. Quizás así no me duela recordar su nombre. Le he dejado cuatro mensajes en el contestador, pero no me ha llamado. Y sigue fuera de la ciudad. Fui a Amoeba a preguntárselo a Johnny.

Las últimas palabras que me dijo Max resuenan constantemente en mi cabeza. ¿De verdad no soy nada para él? ¿Tan pronto?

No estoy lista para Cricket. De todas maneras, él está muy ocupado. Con Aleck en casa, demasiado deprimido para atender a Abigail, la pequeña ha

decidido que Cricket es su nuevo favorito. Está en casa por las vacaciones de Navidad (los dos lo estamos), y rara vez lo veo sin Abby en los brazos o agarrándolo de las piernas. La necesidad que siente la pequeña de sujetarse a alguien me resulta extremadamente familiar. Ojalá yo tuviera a alguien en quien sostenerme.

Lindsey me ayuda mucho. Me llama cada día y hablamos de todo... menos de Max o de Cricket. Aunque me dijo con tono culpable que iría al baile de invierno. Se lo pidió a Charlie y, obviamente, él le dijo que sí. Me alegro por ella.

Porque es posible estar alegre y triste a la vez.

He trasladado mi vestido de María Antonieta y el miriñaque al estudio de Nathan o, lo que es lo mismo, al cuarto de Norah. No me gusta tenerlo cerca. Puede que lo acabe algún día; para Halloween del año que viene, quizá. Se lo prestaré a Lindsey. Pero no voy a ir al baile. Sé que es una decisión acertada. Las últimas semanas de clase fueron deprimentes.

—¿Se ha muerto alguien y te has vuelto gótica de repente? —se burló Marta al verme vestida de negro de los pies a la cabeza. Sus amigos, los más modernillos del instituto, se unieron al escarnio público. Muy pronto, todo el mundo me decía que me había vuelto gótica, cosa que no es verdad (de haberlo sido, no me habría importado). Todos menos los góticos, claro, que afirmaban que lo mío era pura pose.

—No soy gótica y no se me ha muerto nadie —insistí.

Por lo menos, mi nuevo vestuario me permite estar en sintonía con mi barrio. En invierno, Castro se vuelve un mar de ropa negra moderna. El negro me ayuda a desaparecer. Y en este momento no quiero ser vista por nadie. Es sorprendente el efecto que tiene la ropa en cómo te perciben los demás (cuando te ven). El otro día estaba esperando el autobús al lado de Malcolm, que trabaja en Hot Cookie y me ha servido galletas con sabor a M&M de colores mil veces, y con el que siempre debato los méritos de Lady Gaga versus los de Madonna, y no me reconoció.

Es raro. Mi yo de verdad es un desconocido.

Las pocas personas que me reconocen siempre me preguntan si me pasa algo. Y es verdad que no estoy en mi mejor momento, pero me pregunto por qué todos asumen que me pasa algo por ir vestida de negro. La persona que suele atendernos en el banco fue incluso más allá y le mostró su preocupación a Nathan. Papá vino a casa intranquilo y tuve que calmarlo, repitiéndole una y otra vez que no me pasaba nada.

No me pasa nada.

No es verdad.

¿Quién soy?

Las luces de Navidad y los candelabros de siete brazos que parpadean en los ventanales de las casas, ferreterías, bares y restaurantes me parecen postizos. Forzados. Y me molesta especialmente el señor que, disfrazado de Santa Claus sexy, reparte bastones de caramelo y pide dinero delante de la droguería Walgreen.

Paso las vacaciones trabajando en el cine (pido más turnos para ocupar mi tiempo libre) y observando a Cricket. Suelo verlo en algún momento del día a través de alguna ventana de la casa, jugando con Abigail. Abby tiene el pelo castaño claro de su padre y su abuelo, pero en su sonrisa hay una dulzura y una pureza que me recuerdan a su tío. Cada día carga con ella a cuestas y se la lleva a pasear.

A veces, cojo el abrigo y corro tras ellos. Hemos ido a los columpios del parque, a la biblioteca a buscar libros ilustrados y a Spike a tomar un café solo (Cricket y yo) y un hombre de jengibre (Abby). Intento ser útil. Quiero ser merecedora de Cricket. Siempre sonríe al verme, pero es imposible obviar el silencioso examen al que me somete después. Parece preguntarse si estoy bien. Si hoy será el día en que lo esté. Y sé por la expresión de su rostro, siempre un poco confundida y triste, que sabe que no lo es.

Ojalá no me mirara así. He vuelto a convertirme en la culpable de su cara de ecuación difícil.

Casi de noche, cuando Abby está ya acostada, lo veo trastear en su habitación. No sé qué está fabricando, debe de ser algo pequeño, pero las piezas mecánicas y objetos desmembrados que descansan desordenados en su mesa revelan que algo tiene entre manos. Y eso me hace feliz.

La Navidad pasa como Acción de Gracias: sin nada especial que contar. Voy a trabajar (los cines siempre están a tope el día de Navidad) y Anna y St. Clair están allí. Intentan animarme jugando a ganar puntos por cada persona que se queje del precio de la entrada o que nos grite porque éstas estén agotadas. El que tenga más puntos se queda con la bolsa de gominolas con sabor a lichi por abrir que St. Clair encontró en la sala 12. No es un super premio. Pero me anima.

Los jefes han comprado gorros de Santa Claus para que los empleados nos los pongamos. El mío es el único de color rosa fucsia. Les agradezco el gesto, pero tengo una pinta ridícula.

Gano las gominolas de lichi porque soy a la que más se quejan los clientes.

Hoy es Año Nuevo. Hace frío pero brilla el sol, por lo que decido llevarme a Betsy a Dolores Park. Mi perra olfatea feliz por la calzada en busca de un lugar para dejar su rastro cuando oigo un pequeñísimo «¡O... la!».

Es Abby. Me halaga que haya dicho mi nombre. Tiene un año y medio, y su vocabulario es muy limitado. Se acerca a mí desde la zona de juegos infantiles. Lleva un minúsculo tutú rosa. Cricket avanza a zancadas detrás de ella, con las manos en los bolsillos, sonriente.

Me arrodillo para abrazar a Abby, quien se deja caer en mis brazos como sólo los niños pequeños saben hacer.

—Hola, pequeña —le digo. Ella alarga un bracito para coger el pasador turquesa que llevo en el pelo. Se me ha olvidado quitármelo. Norah (de todas las personas del mundo, tenía que ser ella) me lo ha puesto durante el desayuno. «Es Año Nuevo —me ha dicho—. Un poco de brillo no te vendrá mal.»

Cricket se hace con Abby antes de que me quite el pasador.

—Bueno, bueno. Abigail Bell, deja de hacer eso. —Pero se lo dice sonriendo y la pequeña también le sonrío.

—Creo que has hecho una muy buena amiga —le digo.

—Los niños tienen unos gustos muy dudosos —responde con cara de circunstancias.

Me río. Creo que es la primera vez que me río esta semana.

—Aunque tiene muy buen gusto en lo relativo a los accesorios para el pelo —sigue diciendo. Betsy se echa al suelo, le enseña la barriga a Cricket y él se la rasca. Sus pulseras y gomas elásticas de colorines repiquetean contra el pelaje de Betsy. Tiene el reverso de la mano, dedos incluidos, lleno de símbolos matemáticos y cálculos. Abby se acerca, dubitativa, para acariciar a mi perra—. Me alegra ver que llevas algo brillante otra vez —añade.

Dejo de reírme y me pongo roja.

—Oh, es una tontería, ya lo sé. Como es Año Nuevo, Norah pensó que...

Cricket frunce el entrecejo y de repente se pone de pie. Su sombra, esbelta y alta, se proyecta por detrás de él hasta el infinito.

—Lo decía en serio. Me alegra ver un pedacito de Lola que resurge a la superficie. —El gesto serio se transforma en una amable sonrisa—. Me da esperanzas.

Y, no sé explicar por qué, pero estoy a punto de ponerme a llorar.

—Pero... si siempre he sido yo. Me estoy esforzando muchísimo por ser yo. Un yo mejor.

Arquea las cejas.

—¿En qué planeta del universo Lola Nolan no lleva nada... de color?

Miro lo que llevo puesto.

—También tengo esto que llevo en blanco, por si no lo sabías.

La broma no surte efecto. Cricket parece estar mordiéndose la lengua para no decirme algo. Abby salta sobre la pierna izquierda de su tío y se agarra a ella con todas sus fuerzas. Él la toma en brazos y se la coloca sobre la cadera.

—Dilo ya —añado—. Lo que sea que quieras decirme.

Cricket asiente con la cabeza.

—De acuerdo. —Pone orden a sus pensamientos antes de continuar. Elige las palabras con cuidado—. Sé que te preocupa ser buena persona, una persona mejor o algo así, ¿verdad? Eso no debe cambiar tu personalidad, sino hacer que seas más tú. Pero no reconozco a esta Lola.

El corazón me da un vuelco. Siento que voy a desmayarme. Es lo que Max me dijo.

—¿Cómo? —pregunta Cricket, preocupado—. ¿Cuándo te ha dicho eso?

Me pongo roja otra vez y bajo la vista. Ojalá no pensara en voz alta cuando estoy angustiada.

—No he vuelto a verlo, si te refieres a eso. Pero antes de dejarlo me dijo que, como me disfrazaba siempre, no sabía quién era yo de verdad.

Cricket cierra los ojos. Tardo unos instantes en darme cuenta de que tiembla de rabia. Abby gimotea en sus brazos y en la cara se le dibuja un puchero.

—Lola, ¿recuerdas que me dijiste que tenía un don?

Trago saliva.

—Sí.

Abre los ojos y los clava en los míos.

—Tú también tienes uno. Y puede que haya gente que crea que si te pones un disfraz lo que haces es esconder tu identidad, pero yo creo que puede haber mucha más verdad en un disfraz que en la ropa normal y corriente. Porque dice algo de la persona que lo lleva. Yo conocía a esa Lola, porque expresaba sus deseos, sus anhelos y sus sueños para que los viera toda la ciudad. Para que los viera yo.

El corazón me retumba en los oídos, en los pulmones, en la garganta.

—Echo de menos a esa Lola —me dice.

Doy un paso hacia él. La respiración se le acelera.

Y entonces se acerca a mí.

—¡Ohhhhh! —exclama Abby.

Bajamos la vista y nos sorprende ver que la pequeña, todavía sentada a horcajadas sobre la cadera de Cricket, señala con el dedo el cielo azul de invierno. La famosa bandada de loros salvajes de San Francisco irrumpe en ese momento sobre el cielo de Dolores Park en una explosión de plumas verdes. El batir de alas de las aves y el bullicioso griterío inundan el aire. El inesperado torbellino desaparece por encima de los edificios tan rápidamente como surgió.

Me vuelvo hacia Abby. La inesperada eclosión de color, ruido y belleza en su pequeño mundo la ha dejado sin habla.

Capítulo 29

Es domingo, y mañana empiezan las clases después de las vacaciones de Navidad. Mis padres han salido y yo me he quedado en casa con Norah. Estamos viendo un maratón de programas de decoración. A las dos nos parecen ridículos por diversas razones. A Norah, porque cree que las casas re-decoradas son burguesas y, por tanto, aburridas. A mí también me lo parecen, pero en mi caso es porque siento que todos los interioristas siguen el mismo y absurdo manual de decoración.

—Me alegra ver que vuelves a ser tú misma otra vez —me dice durante una pausa publicitaria.

Llevo una peluca azul, un vestido suizo tradicional de volantes y las mangas de un jersey dorado brillante que compré en una tienda benéfica. Las he cortado para ponérmelas como calentadores en las piernas. Resoplo.

—Ya, claro. Como te gusta tanto mi modo de vestir...

Norah tiene la vista fija en el televisor, pero añade con ese tono de voz tan típico suyo:

—Yo no vestiría como tú, pero eso no quiere decir que no me guste. Y tampoco quiere decir que no me guste cómo eres.

Yo tampoco aparto los ojos del televisor, pero siento una punzada en el pecho.

—Bueno —intervengo un rato después, cuando el programa muestra el resumen de lo que ya hemos visto—, ¿qué pasa con el apartamento? ¿Te ha dicho Ronnie cuándo puedes ir?

—Sí. Me mudo antes de que acabe la semana.

—Oh. Es muy... pronto.

Ahora es ella la que resopla. El sonido es extrañamente idéntico al mío.

—Pues díselo a tu padre, que está impaciente por que me vaya. Nathan ha estado dándome la lata con el tema desde que llegué.

Ya ha hecho acto de presencia la Norah desagradecida que conozco. De repente, me alegro de que se marche. Pero me limito a negar con la cabeza. Vemos el resto del programa en silencio. Hasta que llega la siguiente pausa publicitaria.

—¿Sabes cuál es el secreto para adivinar el futuro? —me pregunta.

Me hundo en el sofá. Ya empezamos.

Norah se vuelve hacia mí y me mira.

—El secreto es que no leo las hojas de té. Y que quienes leen la mano tampoco la leen. Igual que los tarotistas no leen las cartas. Leemos a las personas. Un buen adivino sabe leer a la persona que tiene delante. Yo me limito a estudiar los símbolos que aparecen en las hojas y los uso para darles la interpretación que sé que la persona espera escuchar. —Se me acerca más—. La gente paga a gusto cuando oye lo que quiere oír.

Me estremezco. Sé que no quiero escuchar lo que va a decirme a continuación.

—Por ejemplo, si viene a verme una mujer que no lleva alianza en el dedo anular —sigue diciendo—, va escotada y lleva una falda ajustada, sé que quiere que le diga que conocerá a alguien. Y, si la falda es lo suficientemente ajustada y la mujer se siente más segura después de la favorable sesión, seguramente conozca a alguien. Puede que no sea el amor de su vida; pero, aun así, la predicción se habrá cumplido.

Frunzo el ceño todavía más. Miro fijamente la pantalla del televisor, pero los anuncios impiden que me concentre.

—Entonces... en mi caso, ¿viste ante ti a alguien que quería discusiones, enfrentamientos y rupturas? ¿Y querías que eso se volviera real?

—No. —Norah se me acerca todavía más—. Tu caso era diferente. No tengo demasiadas oportunidades de hablar contigo y de que escuches lo que quiero decirte. Así que leerte el futuro era la ocasión que necesitaba. No te dije lo que querías escuchar. Te dije lo que necesitabas oír.

Estoy aturdida. Dolida.

—¿Necesitaba oír cosas horribles?

Me pone una mano sobre la mía. Es huesuda, pero también cálida. Me vuelvo hacia ella. Me mira, compasiva.

—La relación con Max estaba en horas bajas —me dice. Ahora sí parece una adivina de verdad—. Y vi que tenías a alguien mucho más especial esperándote.

—La cereza. Tú ya sabías lo que sentía por Cricket.

Aparta la mano.

—Madre mía, hasta el cartero lo sabía. Es un buen chico, Lola. Fuiste una incauta al dejar que te sorprendieran en la cama con él; ya sabes que tus padres son muy estrictos con ese tema... Pero sé que es una buena persona. Ellos también acabarán dándose cuenta. Y sé que tú también eres buena.

Me quedo callada. Norah cree que soy buena persona.

—¿Sabes de qué me arrepiento más? —me pregunta—. De que te hayas convertido en una chica tan hermosa y fascinante... y yo no pueda atribuirme nada del mérito.

Se me hace un nudo en la garganta.

Norah se cruza de brazos y aparta la mirada.

—Tus padres me ponen de mal genio, pero son unos padres fantásticos. Tengo mucha suerte de que sean los tuyos.

—Tú también les importas. Y a mí también me importas.

Norah enmudece y se queda muy quieta. Aprovecho la oportunidad para, por primera vez desde que era pequeña, arrebujaarme contra ella. Los rígidos hombros se le derriten contra mi peso.

—Ven a vernos —le digo—. Cuando te hayas mudado.

Los anuncios relampaguean en el televisor.

Un destello.

Dos destellos.

—De acuerdo —me dice.

Estoy en el cuarto más tarde, ya de noche, cuando Lindsey me llama al móvil.

—Pensándolo bien —empieza a decir—, quizá no debería decirte nada.

—¿De qué? —El tono forzado de Lindsey me llena de temor—. ¿Qué tienes que decirme?

Lindsey respira hondo al otro lado de la línea telefónica.

—Max ha vuelto.

Me quedo de piedra.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo te has enterado?

—Acabo de verlo. Mi madre y yo estábamos de compras en el barrio de Mission y allí estaba él, bajando por la calle Valencia.

—¿Te ha visto? ¿Has hablado con él? ¿Qué aspecto tenía?

—No. Ni de broma. Y está como siempre.

No salgo de mi asombro. ¿Cuánto hace que ha regresado? ¿Por qué no me ha llamado? Ese silencio corrobora lo que me dijo, que ya no era nada para él. Así que era verdad.

Últimamente paso algunas horas del día sin pensar en él. A veces, hasta un día entero. Saber que está aquí es un revés, pero no me duele tanto como esperaba. Quizá estoy empezando a aceptar que no significo nada para él.

—Lola, respira, ¿estás bien? —me pregunta Lindsey.

—Sí, tranquila. —Y es verdad. De repente, una idea empieza a cobrar forma en mi interior—. Oye, tengo que irme, tengo que hacer una cosa. —Cojo un abrigo de pelo y mi monedero y me dispongo a salir por la puerta cuando oigo un leve «plic».

Me quedo quieta.

«Plic», vuelve a decirme mi ventana. «Plic, plic.»

El corazón me late a toda velocidad. Abro la ventana y Cricket deja la caja de palillos en la repisa. Lleva una bufanda de lana y una especie de chaqueta militar azul. Y entonces veo que lleva la bandolera de cuero colgada al hombro. Eso sí que es un revés. Se le acabaron las vacaciones. Tiene que volver a Berkeley.

Baja los brazos.

—Estás increíble.

Oh. Claro. Es la primera vez en un mes que me ve con ropa que no es negra. Le sonrío, tímida.

—Gracias.

Cricket señala mi abrigo con el dedo.

—¿Vas a algún sitio?

—Sí, estaba a punto de salir.

—¿Quieres que nos encontremos en la acera antes? ¿Les importará a tus padres?

—No están en casa.

—Vale. ¿Nos vemos ahora?

Asiento y bajo las escaleras como una exhalación.

—Vuelvo en una hora —le digo a Norah—. Es importante que haga algo esta noche.

Le quita el sonido al televisor y arquea una ceja en mi dirección.

—¿Este misterioso recado tiene que ver con cierto muchacho?

No sé a cuál de los dos se refiere, pero... la pregunta es correcta en ambos casos.

—Sí.

Me mira detenidamente unos segundos que se me hacen eternos. Pero entonces le pone el sonido a la tele.

—Bueno, vuelve antes de que estén aquí Nathan y Andy. No quiero tener que darles explicaciones.

Cricket me espera al final de las escaleras. Bajo la luz de la luna se recorta su impecable silueta. Nos miramos fijamente mientras bajo los veintiún escalones que separan mi portal de la calle.

—Tengo que volver a la universidad —me dice.

Señalo su bolsa con un gesto de la cabeza.

—Lo suponía.

—Sólo quería decirte adiós... antes de marcharme.

—Gracias. —Niego con la cabeza, nerviosa—. Quiero decir que... me alegro.

Se lleva las manos a los bolsillos.

—¿Sí?

—Sí.

Nos quedamos callados un instante. Me agito al oler el aroma a jabón y a aceite mecánico.

—Bueno... ¿Hacia dónde vas? —Gesticula en ambas direcciones de la calzada.

Señalo la dirección opuesta a donde va él a coger el tren.

—Hacia allá. Tengo que... acabar algo que empecé.

Cricket sabe a lo que me refiero por mi tono vacilante. Temo que me diga que no vaya o, peor aún, que se ofrezca a acompañarme. Pero no lo hace. Se queda callado un instante antes de añadir:

—Vale.

«Señal de confianza.»

—¿Volverás a casa pronto?

Esa pregunta le arranca una sonrisa.

—¿Me prometes que no te olvidarás de mí hasta que vuelva?

Le sonrío.

—Te lo prometo.

Y, mientras me alejo, me doy cuenta de que no sé cómo me las apañaré para dejar de pensar en él, aunque sea un minuto.

Estoy tranquila hasta que llego a su apartamento y veo las familiares paredes de estuco marrón y el arbusto de adelfas rosas. Echo un vistazo al apartamento de Max. La luz está encendida y hay movimiento detrás de la cortina. La duda se apodera de mí y me paraliza. ¿Ha sido un error venir? ¿Es un acto egoísta querer disculparse si la otra persona no quiere escuchar esas palabras?

Subo los oscuros escalones que llevan a su portal. Me alivia ver que me abre la puerta él y no Johnny, pero el alivio dura muy poco. Max me clava sus ojos ámbar. Es una mirada dura. Huele a tabaco, y no hay rastro de la menta.

—Me he... enterado de que has vuelto.

Max sigue callado.

Me obligo a no apartar la mirada.

—Sólo quería decirte que lo siento. Perdona por mentirte y por cómo acabó todo. No me porté bien contigo.

No hay respuesta.

—Bueno, vale. Es todo lo que quería decirte. Adiós, Max.

Estoy en el primer escalón, en dirección a la calle, cuando me dice:

—¿Te acostaste con él?

Me paro.

—Cuando estábamos juntos —añade.

Me vuelvo y lo miro a los ojos.

—No. Y es la verdad. Ni siquiera nos besamos.

—¿Y ahora te acuestas con él?

Me pongo colorada.

—Vaya pregunta, Max.

—¿Sí o no?

—No. Y me marcho ya. —Pero no me muevo de allí. Es la única oportunidad que tengo de averiguarlo—. ¿Dónde has estado todo el mes? Te he llamado. Quería hablar contigo.

—He estado por ahí.

—¿Dónde?

—En Santa Mónica. —Hay algo en esa afirmación que me incita a formular otra pregunta.

—¿Con... una chica?

—Con una mujer. Y yo sí que me he acostado con ella. —Y cierra dando un portazo.

Capítulo 30

Max sabe elegir las palabras y el momento en que decirlas para hacer el mayor daño posible. Lo que me dijo me dolió, pero tardé unos minutos en averiguar el porqué. No me hace daño saber que ha estado con otra mujer, sino pensar en cómo pude quererlo. Estaba completamente ciega. ¿Cómo no fui capaz de ver su lado vengativo? ¿Cómo pude comprometerme tanto con una persona cuya reacción instintiva era siempre la ira y la crueldad?

Me he disculpado. Y él ha reaccionado como siempre lo hace. Fui a su apartamento en busca de absolución y la hallé.

Adiós y hasta nunca.

Las vacaciones llegan a su fin y, con él, llega el fin de mi castigo. Se reanudan las clases. Me sorprende que tres de mis compañeros (a los que apenas conozco) se me acerquen el primer día para decirme que se alegran de que vuelva a vestirme como soy yo.

Esa reacción hace que me sienta... satisfecha. Apreciada.

Incluso Lindsey se muestra más segura de sí misma. Lo de Charlie (quien se sienta con nosotras, acompañado de otros amigos, a la hora de comer) y mi recuperación la han animado mucho. Es agradable tener a más gente a nuestro alrededor. Lo que me resulta más duro es esperar a que llegue el fin de semana. Hecho de menos la posibilidad de ver a Cricket en cualquier momento. Sin él al otro lado del cristal, mi ventana está triste.

El viernes es el día más largo de todos los que han existido en la historia y en el tiempo. Cada vez que miro el reloj parece que vayan a salirse los ojos de las cuencas. Lindsey va a matarme.

—Ya falta menos —me repite—. Ten paciencia, Ned.

Pero, justo cuando suena la campana que da fin a las clases, mi teléfono también suena. Es un mensaje de «Mujer desnuda sobre tigre»:

«No voy a casa este finde. Proyecto inesperado. ¡En la primera semana! Qué mal.»

Mi mundo se desmorona. Pero entonces me llega otro mensaje:

«Te echo de menos.»

Y un tercero:

«Espero que ahora no pase nada por decírtelo.»

El corazón me va a mil mientras escribo:

«Yo también te echo de menos. Y te echaré todavía más de menos este finde.»

«!!!!!!! = grillos cantores + sonido de campanas»

Nos enviamos mensajes durante todo el camino de regreso a casa. Estoy en una nube. Le digo que tenemos que parar para que se ponga a trabajar, y él protesta en varios mensajes, cosa que me hace todavía más feliz. Por la noche, recibo nuevos mensajes en los que me habla de los horribles amigos de su compañero de cuarto, me dice que tiene hambre o que no entiende su propia letra en los apuntes. Yo le lleno el teléfono de mensajes sobre la inminente mudanza de Norah y el pastel de mandarinas que prepara Andy porque es temporada.

Al día siguiente me levanto muy temprano. Mis padres se sorprenden al verme en el comedor tan pronto, mientras ellos desayunan.

—Pensaba que no empezabas el turno hasta las cuatro.

—Me gustaría ir a Berkeley unas horas, antes de trabajar.

Mis padres se miran, nerviosos. En ese momento entra Norah:

—Vamos, hombre, dejadla que vaya. Va a ir de todos modos.

Me dan permiso. Tengo que llamarlos cada hora, pero acepto encantada. Estoy a punto de salir cuando decido volver a mi cuarto en busca de un objeto pequeño que escondí cuidadosamente en el cajón de los calcetines. Me lo guardo en la cartera.

Me paro en New Seoul Garden. Lindsey me prepara una bolsa de comida para llevar, lo que provoca que los vagones de los dos trenes a los que subo para llegar a Berkeley huelan a comida coreana. Esta vez decido ser valiente y llamar antes de llegar a la residencia de Cricket; pero, justo en ese momento, alguien sale del edificio, así que entro sin llamar. Cruzo el patio y paso por las siguientes puertas sin ningún problema.

Y llego hasta la suya.

Levanto una mano para llamar a la puerta justo en el instante en que se oye una risa femenina al otro lado. Mis nudillos aterrizan en la madera y me estremezco. ¿Será Jessica otra vez?

La puerta se abre y aparece... Anna.

—¡Hola, vaquera sideral! —Mi amiga ha visto enseguida el minivestido de flecos plateado y las botas rojas de vaquera que llevo hoy. Durante un momento de locura transitoria, me asalta la sospecha, pero entonces se abre la puerta del todo y aparece St. Clair. Pues claro. Él y Cricket están sentados contra el lateral de la cama de Cricket. Sus piernas parecen casi las de un

muñeco al lado de las de Cricket, enfundadas en sus pantalones a rayas. Y entonces él me ve, y el espacio que lo rodea se ilumina.

Mi alma también se ilumina.

—Hola. —Se pone en pie de un salto—. Hola —repite.

—Me preocupaba que no tuvieras tiempo de comer hoy. —Levanto la bolsa con la comida y, justo en ese momento, veo que hay algunos envases vacíos de comida china para llevar en el suelo—. Oh.

Anna me sonrío con sus dientes separados.

—No te preocupes. Seguro que también se come lo que has traído.

—Su estómago es un pozo sin fondo —opina St. Clair.

—Y el tuyo, en cambio, es muy pequeñito —le dice Anna. St. Clair le da un golpecito en las piernas desde el suelo y ella se lo devuelve. Son como dos cachorritos.

Cricket gesticula hacia mí con los brazos.

—Ven, siéntate.

Miro a mi alrededor. Todas las superficies están llenas de cosas.

—Ay. Un momento —me dice. Hay un montón de papeles sobre la cama. Los aparta de golpe, sin miramientos—. Aquí. Puedes sentarte aquí.

—Nosotros tendríamos que marcharnos ya —interviene Anna—. Sólo hemos venido a traerle algo de comer a Cricket y a preguntarle cosas sobre los Juegos Olímpicos. ¿Sabes que este año se celebrarán en Francia? —Suspira—. Me muero por ir.

Su novio se mordisquee la uña del dedo meñique.

—Y estoy intentando convencerla de que, si Calliope entra en el equipo, podríamos interpretarlo como una señal e irnos de vacaciones.

Sonrío a Anna.

—¡Qué suerte tienes!

St. Clair se vuelve hacia Cricket y le muestra un dedo acusatorio.

—Confío en ti para que tu hermana se clasifique la semana que viene en el campeonato nacional, ¿eh?

El alma se me cae a los pies. El fin de semana que viene. Más tiempo alejada de Cricket.

—Sólo tiene que quedar entre las tres primeras —dice él—. Pero, descuida, si es necesario les romperé el menisco a sus oponentes.

Anna le da un toquecito en el hombro a St. Clair.

—Vamos. ¿No tenías que enseñarme eso?

—¿El qué?

Anna lo mira fijamente. Él la mira, desconcertado. Anna nos señala a Cricket y a mí con la cabeza.

—¡Ah, claro! —St. Clair se pone de pie—. ¡Eso!

Salen a toda prisa de la habitación. Se cierra la puerta y St. Clair grita desde el otro lado:

—¡Lola, Cricket también quería enseñarte... eso! —La pareja se ríe divertida mientras se aleja pasillo abajo.

Cricket aparta la vista de mí precipitadamente y coloca el envase de arroz con verduras en el microondas.

—Oh, te he traído algo con ternera —le digo al verlo calentar el plato vegetariano primero.

Sonríe y se rasca la nuca.

—Sí, lo sé. Ya lo he visto.

Le sonrío yo también y me siento en la cama.

—Así que los tres os iréis a Francia y yo me quedaré aquí... ¡Qué injusto! —exclamo medio en broma.

—Tendrías que venir tú también.

Me río.

—Sí... Seguro que mis padres no se oponen.

Pero Cricket se ha quedado pensativo.

—Oye, a Andy le encanta el patinaje sobre hielo. Si tuvieras una entrada gratis, seguro que picaría.

—¿Y se puede saber de dónde saco una entrada gratis?

Se sienta a mi lado.

—¿Qué te parecería si te dijera que es cortesía de mi tátara tatarabuelo Alexander Graham Bell, el mentiroso más rico del mundo?

Me pongo seria.

—Cricket, no podría aceptarlo.

Me da un toquecito en la bota de vaquera con su zapato de cordones.

—Medítalo.

Siento un hormigueo en el pie por el contacto. Le devuelvo el toque. Y él me da otro. Suena la alarma del microondas y él duda si levantarse o no. Estiro un brazo y le cojo la muñeca por encima de las pulseras y gomas elásticas de colores.

—No tengo mucha hambre —le digo.

Cricket se queda mirándome la mano.

Deslizo el dedo índice por debajo de una pulsera roja. Le acaricio la zona interior de la muñeca y él deja escapar un sonido casi imperceptible. Cierra los ojos. Enredo el dedo en sus pulseras para atarme más a él. Y también cierro los ojos. Nos estiramos sobre la cama y nos quedamos el uno al lado del otro, unidos en silencio, algunos minutos.

—¿Dónde está Dustin? —le pregunto al fin.

—Volverá pronto. Por desgracia.

Abro los ojos. Me mira. Me pregunto cuánto tiempo los habrá tenido abiertos.

—No pasa nada —le digo—. Vine a traerte un regalo de Navidad con retraso.

Arquea las cejas.

Sonrío.

—¡No es ese tipo de regalo! —Desenredo el dedo de sus pulseras y me doy la vuelta para coger el bolso del suelo. Rebusco en él hasta que encuentro el minúsculo objeto que rescaté del cajón de los calcetines—. La verdad es que es más bien un regalo de cumpleaños tardío.

—Qué... tardona y qué amable por tu parte.

Me vuelvo hacia él.

—Extiende la palma de la mano.

Me sonrío y hace lo que le digo.

—Seguro que ya no te acuerdas; pero, hace algunos cumpleaños, necesitabas esta pieza. —Y le coloco la minúscula llave inglesa—. Lindsey y yo estuvimos buscándola por todas partes, pero no pude dártela...

Su cara se llena de desaliento.

—Lola...

Le cierro los dedos alrededor de la palma.

—Tuve que tirar el tapón que me diste, porque me moría de pena al verlo. Pero nunca pude tirar esto. Llevo dos años y medio esperando para dártelo.

—No sé qué decir —musita.

—Gracias a ti también por esperarme —le digo.

Capítulo 31

El sábado siguiente, suena el timbre muy temprano. Me despierta de un sueño profundo, pero apenas tardo unos segundos en volver a dormirme. Me sorprendo al ver que, al poco rato, alguien me zarandea para que me levante.

—Te necesitamos en el piso de abajo —me dice Andy—. Ya mismo.

Me siento en la cama.

—¿Es Norah? ¿La han echado tan pronto?

—No. Es Calliope. Y es una emergencia.

Salgo disparada de la cama. Que Calliope tenga una emergencia sólo puede significar una cosa: que le ha pasado algo a Cricket. Hemos estado enviándonos mensajes, y por eso sé que tenía previsto venir a casa antes del campeonato nacional. Pero la luz de su cuarto estaba apagada cuando volví a casa del trabajo, ayer por la noche. No pude ver si estaba en casa o no. ¿Y si, de camino a casa, le ha pasado algo? «Ay, Dios mío, no, no, no.» Me pongo un kimono de cualquier manera y bajo las escaleras. Calliope está en nuestra sala de estar. Lleva el pelo alborotado y sin lavar, a diferencia de lo impecable que lo lleva siempre, y tiene la cara enrojecida e hinchada.

—¿Está bien? ¿Qué le ha pasado? ¿Dónde está?

Calliope se queda quieta. Ladea la cabeza, confundida.

—¿Quién?

—¡Cricket!

—No. —Calliope parece descolocada—. No se trata de Cricket, sino... de mí. Ha pasado... esto. —Me muestra una bolsa grande de papel marrón con manos temblorosas.

Me alivia tanto saber que no le ha pasado nada a Cricket y, a la vez, estoy tan trastocada por pensar que había pasado algo malo, que tiro de la bolsa con demasiada fuerza. Le echo un vistazo al interior. Está llena de tiras de gasa roja.

Y entonces sofoco un grito al entender lo que ha sucedido.

—¡Tu traje!

Calliope se echa a llorar.

—Es el de mi programa largo.

Cojo con delicadeza una de las tiras rasgadas de tela brillante.

—¿Qué ha pasado?

—Ha sido Abby. Parece que lo haya hecho un perro, pero no; ha sido ella. Cuando mamá ha bajado a desayunar, la ha visto jugando con... esto. Había dejado el traje en la planta de abajo para lavarlo. ¿Quién habría pensado que podría pasar algo así? —añade Calliope, presa ahora del pánico—. ¡No sabía que Abby tenía tanta fuerza! ¡Y mañana nos vamos! Mi sastra no está en la ciudad, y ya sé que no me soportas, pero eres mi única esperanza. ¿Podrás arreglarlo a tiempo?

Por mucho que me intrigue que yo sea su única esperanza, no hay nada que hacer.

—Lo siento —le digo—, pero no hay forma de arreglarlo. Está destrozado. Así de sencillo.

—Pero... ¡tiene que haber algo que puedas hacer!

Sostengo en la mano un puñado de jirones.

—Las tiras son tan pequeñas que casi no sirven ni para sonarte los mocos. Si las coso (si es que eso es posible), el resultado será terrible. No podrías llevarlo para competir.

—¿Por qué no te pones un traje antiguo? —interrumpe Nathan.

—Eso no puede ser. —A Andy lo horroriza la propuesta.

—¿Y por qué no? —pregunta Nathan—. No es el traje el que gana el campeonato, ¿no?

A Calliope le da un escalofrío, y en ese momento recuerdo la maldición de la segunda plaza. Seguro que ya estaba de los nervios, y encima le pasa lo del traje... Siento pena por ella.

—No —responde la chica con un hilo de voz—. No puedo ponerme un traje antiguo. —Se vuelve hacia mí y se me acerca con un gesto extrañamente familiar—. Por favor...

Me siento impotente.

—Tendría que empezar desde cero, y no tenemos...

—¿Podrías hacerme un traje nuevo? —me pregunta, desesperada.

—¡No! —le respondo—. No tenemos tiempo, es imposible.

—Por favor —me suplica—. Por favor, Lola...

Los nervios se apoderan de mí. Quiero que sepa que soy buena persona y que soy digna de su hermano.

—Vale, vale —le repito. Soy el foco de todas las miradas mientras observo los jirones. Si fueran un poco más grandes... Es imposible usarlos para crear nada.

Y, de repente, me asalta una idea.

—Y esos trajes antiguos...

Calliope gime.

—No, escúchame, ¿cuántos tienes?

Me mira con otro gesto de sobra conocido: separa los labios y frunce el ceño. La cara de ecuación difícil.

—Pues no lo sé. Un montón. Una docena, por lo menos.

—Tráemelos.

—Ya no me caben. ¡No puedo ponérmelos y no pienso hacerlo!

—No tendrás que ponértelos —la tranquilizo—. Los usaremos para crear algo nuevo.

Está a punto de perder la calma otra vez.

—¿Qué soy, una especie de Frankenstein?

En cambio, yo, después de tramar un plan, me siento mucho más tranquila.

—No voy a convertirte en Frankenstein. Voy a darte un aire nuevo.

Calliope regresa a los cinco minutos... con Cricket. Los dos cargan con un montón de telas elásticas y adornos brillantes. Cricket lleva el pelo despeinado por el sueño y no se ha puesto las pulseras. Me resulta raro verle las muñecas desnudas. Nuestros ojos se encuentran y leo de inmediato sus pensamientos: gratitud por ayudar a su hermana y dolor por la añoranza.

El dolor es mutuo.

Los guío hasta mi cuarto, escaleras arriba. Cricket se detiene en el primer escalón: no sabe si le está permitido subir. Andy le da un golpecito en la espalda, y siento un alivio inmediato.

—Seguro que entre todo esto encontramos algo que nos sirva —tranquilizo a Calliope.

Ella sigue al borde de un ataque de nervios.

—No puedo creer que la estúpida de mi sobrina me haya hecho esto.

Aprieto la mandíbula con fuerza. Supongo que yo diría lo mismo si estuviera en su situación.

—A ver, extendamos los trajes para ver qué tenemos.

—¿Dónde quieres que los extendamos?

Estoy a punto de perder la calma cuando miro el suelo y veo que Calliope tiene razón.

—Ah. Vaya. —Arrastro los montones de zapatos y de prendas a las esquinas del cuarto. Andy y Cricket me echan una mano. Nathan espera en el umbral de la puerta, evaluando la situación (y a Cricket) con preocupación. Cuando el suelo está lo suficientemente despejado, colocamos sobre él los trajes.

Todos observamos la selección de vestidos. Es un tanto abrumadora.

—¿Qué tipo de música tiene tu actuación? —pregunta Andy.

Volvemos la cabeza para mirarlo.

—¿Qué? —Andy se encoge de hombros—. Tendríamos que saberlo antes de que Lo se ponga a hacer el traje. ¿En qué te has inspirado?

Nathan pestañea.

Sonrío.

—Tiene razón. ¿Qué pieza musical es?

—Es una selección del *Romeo y Julieta* de 1968.

—No tengo ni idea de cómo es. —Señalo con el dedo mi portátil—. Descárgala.

—Tengo una idea mejor. —Calliope se sienta en mi silla y teclea su nombre en un motor de búsqueda. Una de las primeras entradas en un vídeo de su último campeonato—. Míralo.

Nos reunimos en torno a mi ordenador. La música es evocadora y romántica, con un gran componente dramático y cargada de tensión. Después se vuelve triste y, al final, acaba con un imponente *crescendo* hacia la redención. Es hermosa. Y Calliope también. Hacía mucho que no la veía patinar, y no sabía en lo que se había convertido. Quizá lo había olvidado.

O quizá me había obligado a mí misma a olvidarlo.

Los movimientos de Calliope son apasionados, gráciles y seguros. Es una *prima ballerina*. Y no sólo por cómo patina, sino por el sentimiento que transmite su rostro; sentimiento que sabe trasladar a los brazos, manos y dedos. Cada emoción que transmite la música, ella la expresa con el cuerpo. Lo vive. No me extraña que Cricket crea en su hermana. Que haya sacrificado tanto por ella. Es extraordinaria.

El vídeo llega a su fin, y todos nos hemos quedado mudos. Incluso Nathan está maravillado. De repente, siento la presencia de Calliope en la habitación. Irradia belleza y energía.

Y entonces... siento otra presencia.

Cricket está detrás de mí. Noto un levísimo toque contra la parte trasera de mi kimono de seda. Cierro los ojos. Comprendo su necesidad de tocarme. Mientras mis padres felicitan a Calliope, deslizo una mano por mi espalda. Siento que se aparta, sorprendido, pero entonces hallo su mano y la rodeo con la mía. Le acaricio la suave piel que baja por la palma de la mano. Sólo una vez.

Cricket no dice nada. Pero está quieto. Inmóvil.

Lo suelto, pero entonces es él quien me da la mano. Y repite la acción. Me acaricia la palma con el dedo, muy despacio.

No puedo contenerme. Ahogo un gemido.

En ese momento, afortunadamente, aparece la señora Bell en mi cuarto, y todos se vuelven hacia ella y no hacia mí. Todos excepto Cricket. Siento su intensa mirada clavada en mi cuerpo.

—¿Cómo va? ¿Hemos avanzado mucho? —pregunta la señora Bell.

Calliope suspira.

—Acabamos de empezar.

Doy un salto hacia delante para librarme del sentimiento que se ha apoderado de mí, a buen seguro nada apropiado en presencia de tres padres.

—Hola, señora Bell —intervengo—. Me alegro de verla de nuevo.

Se pasa el pelo corto por detrás de las orejas y se enzarza en un acalorado debate con Calliope. Parece que yo sea invisible, y me avergüenza admitir que me duele. Quiero gustarle. Cricket habla por primera vez desde que entró en casa.

—Mamá, ¿no te parece genial que Lola nos ayude? —Se pasa una mano por la muñeca, en busca de unas pulseras que no están allí.

La señora Bell levanta la vista, sorprendida por la intervención de su hijo, y,

acto seguido, me observa detenidamente con mirada severa. La incomodo. Sabe lo que siento por su hijo, o lo que él siente por mí. O las dos cosas. Ojalá llevara algo más digno. Me he puesto lo primero que he encontrado al salir de la cama, y me siento vulgar.

No es así como me habría presentado ante ella.

La señora Bell asiente con la cabeza.

—Sí, gracias. —Y se vuelve hacia Calliope.

Cricket me mira, avergonzado, pero yo le sonrío. Los dos tenemos trabajo que hacer con nuestros padres. Pero lo conseguiremos. Me vuelvo para coger una libreta, y en ese momento veo que Nathan y Andy se miran, como diciéndose algo. No sé qué significa esa mirada, pero quizás haya en ella un poco de remordimiento.

Siento una oleada de esperanza. De fuerza.

Me dispongo a empezar con el encargo, y las cosas comienzan a complicarse. Todo el mundo quiere dar su opinión, y la de la señora Bell resulta ser mucho más vehemente que la de su hija. Durante la siguiente media hora discutimos, se pisan telas y se desgarran prendas. Estoy intentando tomar las medidas de Calliope cuando, de repente, Andy choca contra mí y me clavo la esquina del escritorio.

—¡Fuera! —les grito—. ¡Salid todos!

Se quedan de piedra.

—Lo digo en serio. Marchaos todos menos Calliope. Así no hay quien trabaje.

—¡Fuera! —repite Calliope.

Todos se marchan, pero Cricket se queda detrás. Lo miro, coqueta.

—Tú también.

Me sonrío, aturdido.

Nathan carraspea desde el rellano.

—En realidad, técnicamente no tendrías que estar en el cuarto de mi hija.

—Perdone, señor. —Cricket se lleva las manos a los bolsillos—. Llámame si necesitas algo. —Mira a Calliope, pero sus ojos vuelven a mí—. Si alguna de las dos necesita algo.

Se marcha, y no puedo esconder mi sonrisa de oreja a oreja mientras vuelvo a mi tarea de tomarle las medidas a Calliope. La chica coge un rizador de pestañas y le da unos golpecitos contra la palma de la mano.

—¿Por qué no puede mi hermano estar en tu habitación?

—Oh. Bueno... no puedo traer chicos a mi habitación.

—Ya, claro. ¿No será que Nathan os pilló haciendo algo? Puaj. No quiero saberlo. No me lo digas.

Le aprieto la cinta métrica con más fuerza de la necesaria alrededor de la cintura.

—Ay.

No me disculpo. Termino en silencio la tarea. Calliope carraspea mientras anoto las medidas restantes.

—Lo siento —me dice—. Te agradezco mucho que hagas esto por mí. Sé que no me lo merezco.

Dejo de escribir.

Calliope coloca sobre la mesa el rizador de pestañas.

—Tenías razón. Yo pensaba que él lo sabía, pero no era así.

Estoy confundida.

—¿A qué te refieres?

—Cricket no sabía que es importante para nuestra familia. —Cruza los brazos—. Cuando lo aceptaron en Berkeley, decidí volver con mi antiguo entrenador. Quería mudarme aquí para estar cerca de él. Y nuestros padres, también.

Parece que Calliope quiere decirme algo más, así que espero a que continúe. Se sienta en la cama.

—Mira, no es ningún secreto que le he complicado mucho la vida a mi familia. Hay cosas que Cricket ha dejado de experimentar por mí. Y yo tampoco las he vivido, y lo odio, pero ha sido elección mía. Él no ha tenido la oportunidad de elegir. Y siempre lo ha aceptado todo con... ese buen temperamento suyo. Mi familia no habría podido sobrellevarlo de no haber sido por Cricket. Él se ha encargado de la parte más difícil: hacer que estemos felices, contentos. — Levanta la vista para mirarme—. Y quiero que sepas que me siento fatal por lo que le he hecho a mi hermano.

—Calliope, no creo que... Cricket no se siente así, ya lo sabes...

—¿Tú crees? —No le salen las palabras—. ¿Cómo lo sabes?

—Estoy segura. Cricket te quiere. Y está orgulloso de ti.

Calliope se queda en silencio unos instantes. Duele ver a alguien con tanta

fortaleza mental luchando por no desmoronarse.

—Mi familia tendría que decirle más a menudo lo extraordinario que es.

—Sí, lo es. Y sí, tendríais que decírselo más.

—Él también piensa eso de ti. Siempre lo ha pensado. —Calliope vuelve a mirarme—. Siento haberte guardado rencor por ello.

Que haya admitido su error me deja sin palabras.

Calliope coloca una mano sobre el arrugado traje que tiene a su lado.

—Respóndeme a una pregunta y ya no te mareo más. Mi hermano nunca superó lo tuyo. ¿Has pasado tú página?

Trago saliva.

—Hay personas con las que no puedes pasar página.

—Bien. Me alegra saberlo. —Calliope se pone de pie y me sonrío, triste—. Pero, si le rompes el corazón, que sepas que te partiré la cara.

Trabajamos codo con codo durante la siguiente media hora. Elegimos retazos e intercambiamos ideas. Sabe lo que quiere, pero me alegra que respete mi opinión. Cuando ya nos hemos decidido por un diseño, recoge los trajes que no necesitaré para llevárselos a casa.

—Oye, ¿dónde está tu vestido?

No sé de qué me habla.

—¿Qué vestido?

—El de María Antonieta. He visto esa cosa... el miriñaque.

—¿Cómo?

—Cricket cargaba con él en uno de los campeonatos. Lo trataba con tanto cariño que no pude evitar burlarme de él. Aunque es interesante el esfuerzo que has puesto en esos esbozos. Me dijo que también trabajaste mucho en el vestido de verdad. —Mira en todas las direcciones—. No sabía que era posible esconder un vestido que te hace un trasero más grande que una plaza de toros, pero veo que me equivocaba.

—Ah. No lo tengo aquí. Lo he dejado, no voy a ir al baile.

—¿Qué? Pero ¿por qué? ¡Si llevas medio año con el vestido!

—Ya, pero... es una tontería, ¿no? Y para ir sola...

Me mira como si fuera tonta de remate.

—Pues ve con mi hermano.

Esa sugerencia me hace muchísima ilusión. ¡Me ha dado su permiso! Pero ya lo he decidido: no voy a ir.

—El baile es el fin de semana que viene. Cricket estará en la otra punta del país por el campeonato nacional.

—Oh.

—Además, es una tontería. —Me quedo mirando los apuntes para su traje. Me tiro de un pendiente—. ¿Qué sentido tiene ir al baile con un vestido así?

—Lola —me dice sin alterarse—, no es una tontería querer ir a un baile. Ni tampoco llevar un vestido bonito y sentirse hermosa por una noche. Y no necesitas ir con nadie para hacerlo.

Me quedo en silencio.

Niega con la cabeza.

—Si no vas, es que eres tonta y no te mereces a mi hermano.

Capítulo 32

Trabajo día y noche en el traje de Calliope: les quito las costuras a los vestidos viejos, coso los nuevos retazos, añado adornos de mi cosecha... Sólo hago una pausa para asomarme a la ventana, a medianoche.

Cricket se une a mí. Se inclina hacia delante y se acoda en la repisa de la ventana con suavidad. Con esos brazos y esos dedos tan largos, la postura me recuerda a un insecto. Y me encanta.

—Gracias por ayudar a mi hermana —me dice.

Me inclino hacia delante, imitando su postura.

—Me alegra poder ser de ayuda.

Calliope se asoma a su ventana.

—¡Deja de coquetear y ponte a trabajar!

Y así se acaba mi descanso.

—Oye, Cal —la llama Cricket. La chica se asoma mientras él se quita una goma de color verde de la muñeca y se la lanza contra la cabeza. Le da justo en la nariz antes de caer entre nuestras dos casas.

—Qué infantil eres. —Y cierra la ventana de golpe.

Él me sonrío.

—Siempre pica.

—Ya sabía yo que esas gomas elásticas tenían que servir para algo.

—¿Qué color te gusta?

Le sonrío.

—El azul. Pero intenta no darme en la cara.

—Jamás haría eso. —Y lanza una rápidamente a mi lado.

Aterriza en la alfombra. La cojo y me la pongo en la muñeca.

—Eres muy hábil con los dedos. —Y lo miro con toda la intención, como diciéndole «con las gomas elásticas, quiero decir».

Se le resbalan los hombros.

—Buenas noches, Cricket Bell. —Corro las cortinas, sonriente.

—Buenas noches, Lola Nolan —me responde.

La goma elástica todavía desprende el calor de su cuerpo. Trabajo toda la noche y consigo acabar el traje cuando la luna se pone. Me derrumbo sobre la cama y me duermo con el puño sobre la goma elástica azul. Y sueño con ojos azules, uñas azules y primeros besos bañados por el polvillo azul del azúcar.

—¿Dónde está?

Estoy todavía medio dormida, pero me despierto de golpe al ver a Calliope y a su madre asomadas a mi cama. Aterrorador. ¡Esto de entrar en mi habitación sin avisar tiene que acabarse!

—¿Lo has terminado? ¿Dónde está? —repite Calliope.

Miro el reloj. Sólo he dormido dos horas. Me incorporo y pongo los pies en el suelo.

—Está... en el armario —musito mientras me arrastro hacia allí—. Tenía que colgarlo bien.

La señora Bell llega antes que yo al armario. Lo abre y contiene la respiración.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunta Calliope.

La señora Bell saca el vestido del armario y lo sostiene para que su hija pueda verlo.

—Oh, Lola... Es precioso.

Calliope se hace con el colgador y se desnuda como sólo saben hacerlo las chicas guapas y deportistas: sin asomo de pudor y delante de los demás. Aparto la mirada, avergonzada.

—¡Oh! —exclama.

Vuelvo a mirarla. Está contemplándose en mi espejo de pie. El traje es negro y las largas y finas mangas de gasa son delicadas, brillantes y seductoras. Casi parecen guantes de gala sin dedos, porque el tejido no le cubre la parte superior de los brazos y revela, elegante, el coqueto hombro. El cuerpo del traje va acompañado de una faldita, pero la parte superior de éste acaba en un cuello *halter*. Le he añadido una fina capa de gasa para que sobresalga desde el interior y así, con las lentejuelas, conseguir un toque sexy.

Es un vestido romántico pero... atrevido a la vez.

Calliope está fascinada.

—Pensaba que el traje que me harías sería una locura; algo muy Lola. Pero soy yo. Es mi pieza musical; es mi programa largo.

Y, a pesar del insulto, me siento pletórica de felicidad.

—Es mejor que el traje original —le dice la señora Bell a Calliope.

—¿De verdad? —le pregunto.

—Sí —me responden al unísono.

Me levanto del suelo y examino el traje.

—No le vendría mal que le diera unos retoquillos aquí y aquí. —Señalo dos costuras—. Pero yo creo que funcionará.

La señora Bell sonrío, relajada y aliviada.

—Tienes un don especial, Lola. Muchísimas gracias.

¡Le caigo bien! O, por lo menos, le gustan mis habilidades costureras. De momento, me vale. Por ahora.

Alguien llama a la puerta. Mis padres. Se suceden los «¡oh!» y los «¡ah!», y Calliope y yo sonreímos de oreja a oreja. Marco en el vestido los retoques que debo hacer. Seguro que puedo tenerlos listos en una hora. Vaya, es que sólo tengo una hora porque se van al aeropuerto. Los echo a todos del cuarto y, mientras coso, sonrío una y otra vez al mirar hacia la ventana de Cricket. No está. Le pido a la invisible luna poder verlo antes de que se marche.

Sesenta y cinco minutos más tarde, salgo corriendo hacia la puerta de los Bell. Calliope y sus padres están cargando las últimas maletas en el coche. Aleck también está allí, y lleva a Abby en brazos. Tiene tan mala cara como yo, pero bromea y me ofrece la mano de Abby para sostener el nuevo traje.

A Calliope la broma no le hace ni pizca de gracia.

Aleck y Abby se quedan en casa. El resto de la familia acompañará a Calliope. Este tiempo que deberá pasar solo seguramente lo anime a ponerse las pilas otra vez, aunque Andy y yo tenemos un pequeño plan para ir viendo cómo les va solos. Por si acaso. Abro la boca para preguntarles dónde está Cricket cuando el susodicho aparece de repente, bajando las escaleras deprisa.

—¡Ya llego, ya llego! —Se para en seco a apenas unos centímetros de mí. De repente, se da cuenta de que hay alguien más en el camino de entrada a la casa.

Levanto la vista. Y vuelvo a levantarla. Hasta que nuestras miradas se encuentran.

—¡Sube al coche ya! —grita Calliope—. ¡Nos vamos ahora mismo!

—Todavía llevas la goma elástica —me dice.

—Todavía voy vestida igual que cuando me viste ayer. —Me entran ganas de darme un bofetón a mí misma, porque parece que lo haya dicho como si hubiera olvidado quitármela, y no es así. Sé que la llevo. Soy muy consciente de ello.

—¡Cricket! —Esta vez es el señor Bell quien lo llama.

Quiero decirle mil cosas a Cricket, pero sé que toda su familia está mirándonos. Y él también lo sabe.

—¿Nos vemos... la semana que viene? —me pregunta.

—Buena suerte... A tu hermana. Y a ti. Por... lo que sea.

—¡Cricket! —grita al unísono el clan Bell.

—Adiós —nos decimos rápido. Está a punto de subirse en el coche cuando Aleck se agacha para decirle algo al oído. Cricket me mira y se pone rojo como un tomate. Aleck se ríe. Cricket cierra la puerta del coche con un golpe y el señor Bell arranca sin perder un segundo. Les digo adiós con la mano. Cricket me devuelve el gesto hasta que el coche dobla la esquina y se pierde de vista.

—Vaya, vaya. —Aleck ladea la cabeza para librarse de las juguetonas manos de Abby—. Así que tú y mi hermano, ¿eh?

Me arden las mejillas.

—¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que claramente te estabas derritiendo por dentro y que debía comportarse como un hombre y dar el primer paso.

—¡No es verdad! ¿Le has dicho eso?

—Pues sí. Y, si no hace nada, te sugiero que seas tú quien se le eche encima. Por si no te has dado cuenta, mi hermano es bastante bobo para estas cosas.

Cricket ha dejado un nuevo mensaje en la ventana. Está escrito con su rotulador de siempre, pero le ha añadido algo: una impresión a lápiz de mi nombre, hecha sobre el cartel de Dolores Street.

La nota dice lo siguiente: «Ve al baile, DOLORES».

Iré al baile.

—Ya me he enterado de lo de Calliope —me dice Norah el viernes por la noche—. ¿Cómo es posible que haya quedado sexta?

Suspiro.

—Sí.

En la entrevista que le hicieron después del ejercicio, Calliope estaba muy callada, pero preparada para contestar. Es una verdadera profesional. «Estoy decepcionada —dijo—, pero me alegra saber que tengo otra oportunidad.»

—Qué pena —afirma Norah.

—Bueno, el campeonato no se ha acabado —le respondo, cortante—. Todavía tiene una oportunidad.

Norah me mira, cautelosa.

—¿Crees que no lo sé? Nunca hay que tirar la toalla.

Mi familia, Lindsey y yo estamos congregados delante del televisor. Todos están echándome una mano con el vestido de María Antonieta. Sólo hay que darle los toques finales, y les agradezco la ayuda mientras esperamos a que empiece el programa largo de Calliope.

El programa corto femenino fue hace dos noches. Supimos de inmediato cuál sería el resultado con sólo ver el primer minuto de la actuación. La cámara captó algo en los ojos y en la sonrisa de Calliope: miedo. Empezó la música, y estaba claro que algo pasaba.

Todo fue muy rápido.

Las secuencias más difíciles estaban al principio del ejercicio. Suele ser así para que el patinador las afronte con más energía. Los comentaristas estaban muy agitados por el triple salto. No había sido capaz de aterrizar bien en los entrenamientos.

En este caso lo consiguió, pero se cayó en la siguiente secuencia de pasos.

La expresión de su rostro, durante unos breves segundos, fue terrible. Los comentaristas emitían sonidos compasivos mientras ella, valiente, patinaba hacia el otro lado de la pista. En nuestra sala de estar, sin embargo, se hizo un silencio sepulcral. Una temporada entera de entrenamiento para eso.

Y entonces volvió a caerse.

—No todo tiene que ver con el talento —opinó el comentarista—; la mente desempeña un papel esencial. No ha podido hacer lo que se esperaba de ella, y eso la ha alterado profundamente.

—No hay mayor carga que el propio potencial —añadió la comentarista

femenina.

Pero, como si en ese momento Calliope los oyera y se hubiera dicho «basta» a sí misma, inyectó una determinación colosal a cada músculo de su cuerpo, a cada golpe de la cuchilla sobre el hielo. Clavó un salto que estaba fuera del programa y sacó puntos extra. El resto del ejercicio fue impecable. No es imposible que consiga entrar en el equipo olímpico, pero tendrá que realizar un ejercicio impecable esta noche.

—No creo que pueda verlo. —Andy deja sobre la mesa el borde que le corresponde del vestido de María Antonieta—. ¿Y si no consigue una medalla con el traje de Lola?

La verdad es que a mí también se me ha pasado eso por la cabeza, pero, como no quiero que Andy se ponga más nervioso, me encojo de hombros.

—Bueno, no será culpa mía. Yo sólo hice el traje. Ella es la que tiene que ponérselo y patinar...

Todos dejan a un lado mi vestido cuando la cámara muestra un primer plano de Petro Petrov, un señor mayor de pelo blanco y cara curtida. Habla con ella al borde de la pista. Calliope asiente una y otra vez. La cámara no muestra un primer plano de su rostro, pero... el traje luce muchísimo.

¡Salgo por la tele! ¡Bueno, algo parecido!

—¿Has hecho ese traje en un día? —me pregunta Norah.

Nathan se acerca y me da un achuchón.

—Es sensacional. Estoy orgulloso de ti.

Lindsey sonrío de oreja a oreja.

—Quizá tendrías que haberme hecho tú mi vestido.

Fuimos de compras a principios de semana. Fui yo la que le encontró un vestido. Es muy sencillo, de corte muy favorecedor para su menuda silueta, y del mismo color rojo que sus Converse. Ella y Charlie han decidido llevar el calzado a juego.

—¿Vas a ir al baile? —Norah parece sorprendida—. Creía que no querías salir con nadie.

—Y no salgo con nadie —responde Lindsey—. Charlie sólo es un amigo.

—Un amigo muy mono —intervengo—, con el que queda bastante a menudo.

Sonríe.

—Bueno, no es nada formal. Para mí, lo primero son siempre las clases.

Los comentaristas hacen un refrito en ese momento de la trayectoria de Calliope: que si es una pena que alguien con tanto talento siempre acabe teniendo algún problema, que si cambia constantemente de entrenador y que si la perfección no se consigue así. Todos abucheamos el televisor. Siento pena por ella otra vez, por tener que vivir con esas críticas constantes, pero también una enorme admiración por no tirar la toalla. No me extraña que se haya creado una coraza tan dura para protegerse.

Me muero de ganas de que nos enseñen a la familia, cosa que no sucedió durante el programa corto de Calliope. ¿No les parece interesante que tenga un hermano gemelo? Lo llamé ayer, porque a él todavía le da demasiada vergüenza llamarme. Estaba bastante estresado, lo que es totalmente comprensible, pero conseguí hacerle reír. Y fue él quien me animó a que invitara hoy a Norah.

—Es tu familia —me dijo—. Si sabes que le importas a alguien, te esfuerzas más en conseguir cosas.

—Cricket Bell... —Le sonreí al teléfono móvil—. ¿Se puede saber cuándo te has vuelto tan sabio?

Se rió otra vez.

—Bueno, digamos que me he pasado muchas horas observando a mi familia.

Y, como si de repente el cámara me hubiera oído... ¡allí está él! Lleva un abrigo gris de lana y una estrecha bufanda a medio enroscar en el cuello. Tiene el pelo cubierto de nieve y las mejillas sonrosadas; debe de haber llegado ahora mismo a la pista. Es el invierno personificado. Es lo más hermoso que he visto en mi vida.

La cámara muestra ahora a Calliope, y tengo que morderme la lengua para no gritarle al televisor que vuelva a enseñarnos a Cricket. Petro le da un apretón de manos a Calliope, y acto seguido ella entra en la pista de hielo al son de los vítores y del griterío de la multitud. En mi sala de estar, todos contenemos la respiración mientras esperamos que nos muestren el rostro de Calliope antes de la actuación.

—No se pierdan este plano, queridos telespectadores —dice el comentarista—. ¡Calliope Bell ha venido dispuesta a pelear!

Sus ojos son fieros y su postura, decidida en los segundos previos a que suene su pieza musical. La pálida piel, los rojos labios y el oscuro cabello recogido en un elegante moño hacen que esté deslumbrante. Feroz. Empieza la música y ella se pierde en el romance, se convierte en la canción. Calliope es Julieta.

—Abre el programa con un triple Lutz —dice la comentarista femenina—. El año pasado se cayó en el Mundial al hacerlo...

Y lo clava.

—Ahora, el triple Salchow... Fijémonos en cómo inclina el cuerpo para saber si conseguirá la altura necesaria para finalizar la rotación.

Y lo clava.

Los comentaristas se quedan en silencio, hipnotizados. Calliope no sólo está clavando cada salto, sino que los vive. Su cuerpo transmite intensidad, emoción... Me imagino a las niñas que en este momento estén viendo el espectáculo. Seguro que desean ser como ella. Como lo deseé yo de pequeña. Calliope alza los brazos, victoriosa, y se acaba la actuación.

Su programa largo ha sido impecable.

La cámara enfoca al gentío, que lo celebra enfervorizado. De repente, aparecen los padres de Calliope. Se abrazan, ríen y lloran a la vez. Y, a su lado, el gemelo de pelo incontrolable de la patinadora la vitorea con todas sus fuerzas. Y el corazón quiere salirse del pecho. La cámara regresa a Calliope, quien grita y lanza un puño al aire.

¡No, volved a su hermano!

Los comentaristas se ríen.

—Absolutamente exquisita —dice el hombre—. Las posiciones, las prolongaciones... No hay nadie como Calliope Bell cuando está inspirada.

—Sí, pero... ¿le bastará para contrarrestar el desastre de su programa corto?

—Bueno, parece que la maldición sigue ahí —le contesta—. No ha podido defender los dos programas con la misma impecabilidad, pero lo que hemos visto hoy es una declaración de intenciones en toda regla. Calliope puede marcharse con la cabeza bien alta. Ha sido la mejor actuación de toda su carrera.

Calliope se pone los cubrecuchillas en los patines y se dirige a la zona de espera para que le den el resultado. La gente le lanza ositos de peluche y flores, y ella choca los cinco con varias personas. Petro le pasa un brazo por los hombros y ríen felices y nerviosos a la espera de los resultados.

Los anuncian, y la patinadora pone los ojos como platos.

Calliope Bell ha quedado segunda.

Y no puede estar más encantada.

Capítulo 33

Por fin me pongo la peluca y... mi satisfacción no es completa.

Algo sucede con la imagen que me devuelve el espejo.

El problema no es el vestido, que haría las delicias de la mismísima María Antonieta. La prenda, de color azul pálido, es femenina, gigantesca y extravagante. El cuerpo del vestido es precioso y, debajo de éste, el corsé encaja a la perfección. El resultado es una silueta de lo más favorecedora: redondea y estiliza la figura en las zonas adecuadas. En el cuello llevo un collar de piedrecitas de cristal que semejan diamantes y, en las orejas, unos brillantes pendientes con forma de candelabro. Atraigo la luz y la reflejo.

¿Será el maquillaje?

Me he puesto en el rostro una base de polvos blancos, colorete rojo y brillo de labios también rojo. María Antonieta no tenía rímel a su disposición, por lo que me he visto obligada a hacer trampa: llevo pestañas postizas. Levanto la vista. La peluca blanca se alza, imponente, más de medio metro. La he adornado con cintas azules, rosas, plumas rosas y un rruiseñor azul. Es preciosa. Una obra de arte. Me he pasado muchísimas horas preparándola.

Y... hay algo que falla.

—No estoy —digo—. He desaparecido.

Andy está desabrochando las botas militares de plataforma, preparándolas para que pueda ponérmelas. Dibuja un círculo invisible con el dedo anular.

—¿Qué quieres decir? ¡Si sólo se te ve a ti!

—No. —Trago saliva—. Aquí hay demasiada María y muy poca Lola.

Frunce el ceño.

—Pensaba que eso era precisamente lo que querías.

—Yo también lo creía, pero... me he perdido. Estoy escondida. Parece que me haya puesto un disfraz para Halloween.

—Hija, ¿y cuándo parece que no vayas disfrazada para Halloween?

—¡Papá! Lo digo en serio. —El pánico empieza a apoderarse de mí—. No puedo ir así al baile. Es demasiado exagerado.

—¡Cariño! —le grita a Nathan— Te necesitamos. Lola está diciendo unas

cosas rarísimas.

Nathan aparece en el umbral de la puerta y sonrío al verme.

—Nuestra hija acaba de decir que es... —Andy hace una pausa dramática— «demasiado exagerado».

Los dos se echan a reír.

—NO HACE GRACIA. —Y entonces ahogo un grito. El corsé me aprieta tanto las costillas que me duele al gritar.

—¡Ostras! —Nathan se ha colocado rápidamente a mi lado y me ha puesto una mano en la espalda—. Respira, hija, respira.

Ya estaba nerviosa por ir al baile y ver a mis compañeros (aunque, por lo menos, no iré sola, he quedado con Charlie y Lindsey allí), pero es que así no puedo ir. Sería una humillación pública. Necesito ver a Lindsey: seguro que ella pone orden en este caos. Pero está en mitad de una cena con juego de rol incluido, y Charlie se ha apostado un mes de masajes en la espalda a que resolverá el misterio antes que ella. Es importante que gane.

—El teléfono —resoplo—. Dadme mi teléfono.

Andy me pasa el móvil, y llamo a Cricket. Me salta su buzón de voz, como lleva pasando toda la tarde. Me llamó por la mañana para asegurarse de que iba al baile, pero desde entonces no hemos hablado. No puedo evitar fantasear con la idea de que ha subido a un avión para sorprenderme y aparecer como por arte de magia en el instituto durante la primera canción lenta, pero lo más seguro es que no dé señal porque alguna tormenta de nieve haya estropeado la línea telefónica. Esta noche es la exhibición de los campeones, en la que participa Calliope. Y él tiene que estar allí.

Pero mañana... ya habrá vuelto a casa.

Ese pensamiento me tranquiliza por el momento. Y, entonces, vuelvo a verme en el espejo y me doy cuenta de que pensar en mañana no sirve para solucionar el caos de esta noche.

—Vale. —Andy me arranca el teléfono al ver que no reacciono—. Necesitamos un plan.

—Yo tengo un plan. —Me quito las horquillas con las que sostengo la peluca en la cabeza—. Voy a quitármela. Y voy a recrear el peinado con mi propio pelo, dándole un toque moderno. —Empiezo a lanzar las horquillas contra el suelo, como si fueran dardos. Mis padres se apartan, nerviosos.

—Eso parece —empieza a decir Nathan— bastante...

—Complicado —apostilla Andy.

Me arranco la peluca y la tiro contra el escritorio.

—¿Estás segura de que quieres...? —Nathan se queda sin habla al verme arrancar las rosadas rosas de la peluca. La mitad de ellas se rompen, y Andy se tapa la boca con una mano. El siguiente en caer es el ruiseñor.

—No pasa nada —les digo—. Me lo pondré todo en el pelo; todo está bajo control. —Dejo la peluca en el suelo, levanto la vista y me pongo a gritar. Tengo el pelo enmarañado, enredado, encrespado y chafado a la vez. Todas las desgracias que pueden pasarle al pelo las tengo ahora en mi cabeza.

Andy me quita con cautela una horquilla que ha quedado huérfana, a la vez que me hago con un cepillo y me lo paso furiosa por la catástrofe que es mi pelo.

—¡Cuidado! —me grita.

—YA TENGO CUIDADO. —El cepillo se me engancha en el pelo y me echo a llorar.

Andy se vuelve hacia Nathan, nervioso.

—¿A quién podemos llamar? ¿A quién conocemos que sepa peinar?

—¡No lo sé! —responde Nathan, perdido—. ¿Llamamos a la *drag queen* que nos hizo aquel pedido tan grande la semana pasada?

—No; estará trabajando. Oye, ¿y si le decimos algo a Luis?

—Si odias a Luis. A ver, si se lo pedimos a...

—¡Ya me pongo la peluca, olvidadlo! —Siento que empiezan a resbalarme por las mejillas unos chorretes de rímel negro cuando, de repente, me tropiezo hacia atrás y piso la peluca con el pie derecho. La estructura de alambre que la sostenía queda completamente chafada.

Mis padres contienen la respiración mientras se me borra de la cabeza la escena de mi aparición en el baile de invierno vestida de María Antonieta. Tiro del corsé para poder respirar.

—Es el fin.

Se oye un ruido sordo a través de mi ventana y sé que alguien va a entrar en mi habitación.

—Sólo es el fin de la peluca.

Me abalanzo sobre él sin poder evitarlo, pero el vestido pesa tanto que me caigo y acabo dándome un golpetazo contra la alfombra. El vestido se desinfla a mi alrededor como un acordeón. No sabía que era posible morir de vergüenza. Pero creo que es lo que va a pasarme ahora mismo.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —Cricket se echa al suelo de rodillas. Me sostiene con fuerza para levantarme. Quiero derrumbarme en sus brazos, pero él me suelta delicadamente.

—¿Qué... haces aquí?

—Me marché antes del campeonato nacional. Sé lo importante que es el baile para ti y quería sorprenderte. No quería que tuvieras que ir sola, aunque sé que te las habrías apañado perfectamente —añade. Lo que es muy generoso por su parte, considerando mi estado actual—. Pero quería estar contigo cuando hicieras tu gran aparición.

Me paso una mano por las mejillas para quitarme el rímel corrido y algunos pelos de la alfombra.

—Mi gran aparición —repito.

Mis padres están atónitos por la presencia de Cricket. Él se vuelve hacia ellos para disculparse.

—Habría entrado por la puerta, pero pensé que no me oirían. Y la ventana estaba abierta...

—Nunca has dejado de... sorprendernos —afirma Andy.

Cricket sonríe y se vuelve hacia mí.

—Venga, preparémonos para ese baile.

—No voy a ir al baile —le digo.

—Tienes que ir —asegura mientras me da un toquecito en el hombro—. He venido a llevarte al baile, ¿te acuerdas?

No puedo mirarlo a los ojos.

—Tengo un aspecto ridículo.

—Oye, no es verdad —me dice con voz dulce—. Estás preciosa.

—Eres un mentiroso. —Alzo la vista, pero tengo que morderme el labio para evitar que me tiemble—. Tengo cara de oso panda. Y pelos de bruja de cuento infantil.

Cricket parece divertirse.

—No te miento, pero... tendríamos que limpiarte un poco la cara —añade.

Cricket me coge de los brazos para ayudarme a ponerme en pie. Nathan da un paso adelante, pero Andy lo agarra de un hombro. Mis padres observan

cómo Cricket me coloca bien la falda para que pueda levantarme. Me lleva al cuarto de baño que hay en mi habitación y, bajo la atenta mirada de Nathan y Andy, se pone a rebuscar entre las botellas y tubos que pueblan el estante de mi baño hasta encontrar lo que está buscando.

—¡Ajá!

Es la botella de desmaquillador.

—Calliope usa uno parecido —explica—. Lo necesita después de actuaciones especialmente duras. Precisamente por... la misma razón. —Gesticula hacia mi cara.

—¡Ay, Dios mío! —Parpadeo delante del espejo—. Parece que me haya echado un tintero por encima.

Sonríe.

—Un poco. Vamos, el agua está templada.

Nos vamos desplazando por el baño, torpes, hasta que consigo colocarme delante del lavamanos. Cricket me coloca una toalla en la parte delantera del vestido. Con gran dificultad, me inclino hacia delante. Cricket desliza los dedos por mi pelo para sostenerlo mientras me lavo la cara. Su presencia me tranquiliza. Y me agita. Desaparece la base blanca, el rímel, las pestañas postizas y el colorete. Me seco la cara y mis ojos encuentran los suyos en el espejo. Tengo la piel rosada y desnuda.

Me mira sin disimular su deseo.

El carraspeo de Nathan desde el umbral de la puerta nos sobresalta.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer con el pelo? —pregunta.

Se me cae el alma a los pies.

—Tendré que ponerme otra peluca. Una sencilla.

—Creo que puedo ayudar —dice Cricket—. Tengo algo de experiencia como peluquero.

Frunzo el ceño.

—Cricket, si llevas el pelo igual desde que te conozco... No me digas que te lo peinas así cada mañana a propósito.

—No, pero... a veces ayudo a Calliope con sus recogidos altos para las competiciones.

Arqueo las cejas.

—Una habilidad bastante rara para un chico hetero, lo sé —añade.

Siento que me derrito.

—Eres el mejor.

—Sólo tú pensarías eso. —Pero está contento.

Ya más calmada, me doy cuenta de lo que lleva puesto: un elegante traje negro ajustado y de efecto tornasolado. Los pantalones son demasiado cortos (a propósito) y revelan sus zapatos puntiagudos de siempre, además de unos calcetines azules que casan a la perfección con el tono de mi vestido.

Y me entran unas ganas locas de abalanzarme sobre él.

—Tic, tac —dice Nathan.

Me abro paso para regresar al dormitorio. Cricket señala la silla del escritorio, de modo que me levanto la falda y las enaguas por detrás para poder sentarme a duras penas. Y entonces empieza a peinarme con los dedos. Sus manos se mueven rápido con unos movimientos seguros y delicados. No se oye ni el vuelo de una mosca mientras desliza los dedos por mi cuero cabelludo y deshace todos los enredones, de las raíces a las puntas. Me echo hacia atrás para estar cerca de él. Siento que todo mi cuerpo florece.

Se inclina hacia mí y me susurra al oído.

—Se han ido.

Abro los ojos y veo que mis padres han dejado la puerta entreabierta. Pero ya no están. Se han ido. Nos sonreímos.

Cricket sigue desenredándome el pelo, y yo me refugio en sus capacidades manos. Cierro los ojos de nuevo. Y entonces... empieza a hablarme en voz baja. Sus palabras resuenan, hipnóticas, en el cuarto, como salidas de un sueño. Como si se hubiera repetido la historia a sí mismo cientos de veces.

—Había una vez una chica que le hablaba a la luna. La muchacha era misteriosa y perfecta, como sólo lo son las chicas que le hablan a la luna. En la casa de al lado vivía un chico que la observaba mientras ella se convertía, año tras año, en una chica más y más perfecta. Más y más hermosa. La contemplaba mientras ella le hablaba a la luna. El chico se preguntaba si la luna podría ayudarlo a resolver el misterio de la hermosa muchacha. De modo que se puso a mirar el cielo. Pero no podía concentrarse en la luna porque las estrellas lo distraían.

Oigo que Cricket se quita una de las gomas elásticas de la muñeca para sostener un mechón de mi pelo.

—Sigue —le digo.

Sé que sonrío.

—Y no importaba cuántas canciones y poemas ya se hubieran escrito sobre ellas porque, cada vez que el chico pensaba en la chica, las estrellas brillaban con más fuerza. Como si fuera ella quien les diera su resplandor.

»Un día, el chico tuvo que marcharse. No pudo llevarse a la chica consigo, de modo que se llevó las estrellas. Cuando miraba por su ventana, de noche, el chico empezaba fijándose en una estrella. Y pedía un deseo, y el deseo era el nombre de la chica.

»Y, al oír el nombre de la chica, aparecía otra estrella. Y las estrellas se duplicaban hasta convertirse en cuatro. Y, después, aparecían ocho, dieciséis, y así sucesivamente, en la ecuación matemática más extraordinaria que jamás haya presenciado el universo. Y, cuando hubo pasado una hora, el cielo estaba tan lleno de estrellas que el fulgor despertó a sus vecinos. Todos se preguntaban quién había encendido todas las farolas de la ciudad.

»Y había sido el chico, pensando en la chica.

Abro los ojos. El corazón me late, desbocado.

—Cricket... yo no soy así.

Deja de atusarme el pelo un instante.

—¿Qué quieres decir?

—Has imaginado una historia sobre mí, sobre un ideal que no soy yo. No soy perfecta, ni mucho menos... No me merezco tener una historia tan bonita.

—Lola, tú eres la historia.

—Pero una historia es un cuento, no es la realidad.

Cricket sonrío y se pone manos a la obra. Me coloca las rosas en el pelo.

—Ya sé que no eres perfecta. Pero precisamente son nuestras imperfecciones las que nos hacen perfectos para otra persona.

Cricket me pone otra horquilla en el pelo justo cuando le veo la palma de la mano. Una estrella. Cada estrella que se ha dibujado en la piel era para mí. Miro hacia la puerta para comprobar que sigue sin haber nadie y le cojo la mano. Cricket la mira, sorprendido.

Trazo el contorno de la estrella con un dedo.

Él mira con esos ojos tan exquisitamente azules.

Lo atraigo hacia mí y pongo mis labios sobre los suyos, sorprendidos. Y entonces beso a Cricket con todo el sentimiento que ha estado creciendo

dentro de mí desde que regresó; desde aquel verano en que nos enamoramos, desde nuestra niñez. Lo beso como jamás había besado a nadie.

Pero él no se mueve. Cricket no ha movido los labios.

Echo la cabeza hacia atrás, alarmada. He actuado sin pensar, he forzado las cosas...

Y entonces él se arrodilla y me atrae hacia sus labios.

Y su beso no es inocente. Hay una pasión y una urgencia que casi rozan el pánico. Me acerca más a su cuerpo, tanto como se lo permiten mi vestido y la silla, y me rodea con tanta fuerza que siento la presión de sus dedos contra la parte de atrás del corsé.

Me echo hacia atrás para poder respirar, mareada. Su respiración es entrecortada, y le pongo las manos en las mejillas para calmarlo.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Su respuesta está cargada de angustia. De sinceridad.

—Te quiero.

Capítulo 34

La luz de la luna inunda la habitación y revela a un frágil Cricket.

—No te lo he dicho para que tú también me lo digas —me confiesa—. Por favor, no lo digas si no lo sientes. Puedo esperar.

Me pongo de pie y aparto el vestido de la silla. Lo ayudo a levantarse y le coloco las manos alrededor de mi cintura. Me pongo de puntillas, paso mis dedos por detrás de su cuello y lo beso con delicadeza. Despacio. Su lengua encuentra la mía. Nuestros corazones laten cada vez más deprisa, y nuestros besos se vuelven cada vez más intensos, hasta que nos separamos porque nos falta el aire.

Le sonrío, mareada, y me llevo una mano a los labios. Los tengo hinchados. Los chicos buenos no besan así... Lo acerco a mí tirándole de la corbata y le susurro al oído:

—Cricket Bell, he estado enamorada de ti toda la vida.

No dice nada, pero aprieta con fuerza los dedos por detrás del cuerpo del vestido. Quiero sentir mi cuerpo contra el suyo, pero el vestido hace que el contacto resulte imposible. Me muevo en busca de una posición mejor. Cricket baja la vista y se da cuenta de que todavía llevo cierta cosa azul que él me dio, y esta vez es su dedo índice el que se desliza por debajo de mi cinta elástica.

Siento un escalofrío de felicidad.

—Nunca voy a quitármela.

Cricket me acaricia la delicada piel de la muñeca.

—Acabará cayéndose...

—Pues te pediré otra.

—Y yo te la daré. —Sonríe y acerca su nariz a la mía.

Y, de repente, me aparta de una sacudida.

Alguien sube por las escaleras. Cricket coge el rruiseñor de la mesa y me lo pone en el pelo cuando Andy asoma la cabeza por la puerta. Mi padre nos mira.

—Sólo quería saber que todo iba bien. Se está haciendo tarde; tendríais que irros.

—Bajamos en un segundo —le digo.

—Pero si todavía no te has puesto las botas. Ni te has maquillado...

—Bueno, en cinco segundos. Mejor que sean minutos.

—Voy a cronometrarlos. —Andy se marcha—. ¡Y será Nathan quien venga la próxima vez! —exclama desde las escaleras.

—¿Qué te parece? —me pregunta Cricket.

—Se te da bien. Pero que muy bien. —Le doy un toquecito en el pecho, contenta por saber que puedo tocarlo—. ¿Cómo has aprendido tanto?

—Bueno, yo diría que eres tú la que saca lo mejor de mí. —Me da un golpecito, a su vez, como respuesta—. Pero yo me refería a tu pelo.

Sonrío de oreja a oreja mientras me vuelvo hacia el espejo y...

—¡Oh!

El recogido es verdaderamente profesional. Es espléndido y está lleno de detalles, pero no resulta abrumador. Me favorece.

—Pero... es... perfecto.

—No le digas a nadie que me obligaste a peinarte bajo amenaza de muerte. —Me sonrío.

—Gracias. —No digo nada durante unos segundos. Me miro las uñas, de color azul pálido—. ¿Te acuerdas de lo que me has dicho sobre lo de ser perfecto para otra persona?

—Sí.

Mis ojos buscan los suyos.

—Yo también creo que eres perfecto para mí. Y, además... esta noche estás guapísimo. Como siempre.

Cricket parpadea, sorprendido, antes de repetir ese gesto.

—¿Estoy soñando? Porque he imaginado esas palabras muchas veces, pero nunca pensé que llegarías a decírmelas.

—¡Tres minutos! —vocifera Andy desde el piso de abajo.

Nos entra una risita nerviosa. Cricket agita la cabeza para centrarse.

—Botas. Calcetines.

Le indico dónde están y, mientras él lo prepara todo, yo me pongo rímel, me empolvo la cara y me pongo brillo de labios. Guardo el maquillaje en el bolso. Me da a mí que esta noche necesitaré retocármelo unas cuantas veces. Cricket me toma de la cintura y me lleva a la cama, y, antes de que me deposite en ella, ya me he levantado falda y enaguas. Cricket pone los ojos como platos, pero estalla en una carcajada al ver la cantidad de capas que llevo debajo.

Sonrío, feliz.

—Como ves, debajo no va sólo el miriñaque.

—Dame tu pie.

Retumba un grito desde el piso de abajo:

—¡Un minuto!

Cricket se arrodilla y me coge el pie izquierdo. Me pone el calcetín muy rápido y, a continuación, desliza la bota sobre éste. La bota chirría. Con sus delicados dedos me anuda los cordones hasta llegar a la rodilla, donde se detienen unos segundos más de lo necesario. Cierro los ojos y le pido al reloj que detenga el tiempo. Cricket tira de los cordones y aprieta las hebillas. Y repite los mismos movimientos en la otra pierna.

Es lo más sexy que me ha pasado en la vida.

—Ojalá tuviera más pies —le digo.

—Podemos repetirlo —me responde mientras tira de la última hebilla— cuando quieras.

Alguien llama a la puerta y Betsy viene corriendo hacia nosotros. Son mis padres. Cricket me ayuda a ponerme de pie.

La cara de Nathan revela un profundo asombro.

—Vaya...

Dudo.

—Pero ¿es un «vaya» bueno?

—Es un «vaya» de «me pongo de pie y te dedico una ovación» —dice Cricket.

Todos me miran y me pongo nerviosa. Me vuelvo hacia el espejo y... veo ante mis ojos un vestido espectacular, un peinado maravilloso y un rostro resplandeciente de felicidad. Y quien me devuelve la sonrisa desde el espejo es Lola.

—Una más —dice Andy—. De lado, para que podamos ver bien el peinado.

Vuelvo la cabeza para posar para otra foto.

—Es la última.

—¿Le has hecho una con las botas? —pregunta Nathan—. Lola, enseña las botas.

Me levanto el dobladillo de la falda y sonrío.

—Tic, tac.

—Me estoy conteniendo muchísimo para no parecer una loca, pero, hija mía, estás fabulosísima.

Y es verdad, porque así lo siento. Mis padres nos hacen dos rondas más de fotografías (una en la que salimos los dos y otra en la que sólo sale Cricket) antes de irnos y perdernos en la nublada noche. Para poder llegar a la acera es necesario doblar el miriñaque, levantar la falda y las enaguas y bajar de lado por las escaleras. Vamos a pie al instituto porque está cerca.

Y, además, porque no quepo en un coche.

—¡Mira, ahí vienen!

Aleck aparece en el porche de la casa vecina, con Abby en los brazos. Los saludo con la mano, y la pequeña pone los ojos como platos, igual que cuando vio a los loros en el parque.

—¡Oh! —exclama con su suave voz.

—Estáis geniales —nos dice Aleck desde el porche—. Como una regadera, pero geniales.

Sonreímos para agradecerle el cumplido y nos despedimos. Me resulta bastante difícil caminar por la acera (cosa que no me sorprende nada): tengo que ponerme de lado bastantes veces para poder pasar, e ir de la mano es tarea imposible, pero conseguimos llegar a la siguiente manzana.

—¿Todavía nos miran? —le pregunto.

—Sí. Los cuatro.

Siento mariposas en el estómago. Es un revoloteo de felicidad ante lo que va a pasar. Los dos esperamos ansiosos a que llegue el momento. Por fin, logramos doblar la esquina y Cricket me arrastra a las sombras violáceas de la primera casa. Nuestras bocas se encuentran y le paso los dedos por el pelo para atraerlo más a mí. Él intenta apoyarme contra la pared, pero reboto por el miriñaque y la falda. No dejamos de besarnos mientras nos reímos.

—Espera. —Levanto la estructura del vestido, pero esta vez la doblo hacia delante para que la superficie lisa quede por detrás—. Vale, intentémoslo de

nuevo.

Esta vez, Cricket me rodea con los brazos delicadamente y acerca su cuerpo al mío, despacio, colocando sus caderas sobre las mías y apretándome contra la casa. No importa la cantidad de tela que nos separa: el contacto entre nuestros cuerpos desata una corriente de electricidad. Y entonces nos perdemos en un mar de brazos y de dedos y bocas que se buscan hasta que sentimos que nuestros cuerpos encajan.

Y si yo soy las estrellas, Cricket Bell es una galaxia entera.

El frío viento del invierno arrecia, pero el espacio comprendido entre nuestros cuerpos es cálido y dulce. Su olor me vuelve loca. Lo beso en el cuello y voy trazando un recorrido descendente por él. No estoy segura, pero creo que lo oigo gemir. Sus dedos se deslizan, delicados, por los cordones de mi corsé y llegan hasta la camisola que llevo debajo. Sólo logran acariciar una parte pequeñísima de mi espalda, pero el temblor me recorre la columna.

Nuestros labios y nuestros cuerpos se encuentran de nuevo y se fusionan con una energía renovada que nos deja sin aliento. Cricket deja de acariciarme la espalda y empieza a recorrer con los dedos la parte delantera del corsé. Y por primera vez deseo que este vestido fuera menos aparatoso. El siguiente que me ponga será mucho más sencillo. De una capa. Y de seda. Para poder sentirlo absolutamente todo.

Cricket se aparta, con la mirada enloquecida.

—Tenemos que parar. Si no paramos...

—Ya lo sé. —Pero lo único que quiero es seguir.

Cricket me rodea con sus brazos y me abraza con fuerza, como si fuera a desaparecer en la neblina. Nos quedamos así hasta que nuestros corazones se calman un poco. Hasta que podemos volver a respirar.

A pesar de la niebla y de que las aceras están llenas de gente, todos nos ven llegar. Se apartan para dejarnos pasar, entre vítores y aplausos. Nuestras sonrisas dicen más que mil palabras. Desfilamos por las aceras del barrio de Castro, llenas de purpurina, y siento que estoy en un videoclip. Una mujer con tupé choca los cinco con Cricket, y el dueño de la tintorería ecológica, que lleva un tatuaje de los Osos Amorosos, nos silba.

Bueno, quizá sólo le silbe a Cricket. Porque está guapísimo.

Doblamos la última esquina que lleva al instituto, y me arrastra a la privacidad de un callejón. Lo miro, provocadora, a través de las pestañas postizas.

—Acabo de pintarme los labios, por si no lo sabías...

Pero Cricket, de repente, se ha puesto nervioso. Muy nervioso.

Su reacción me preocupa.

—¿Qué te pasa, Cricket? —le pregunto—. ¿Va todo bien?

Se lleva una mano al bolsillo interior de la chaqueta.

—Quería habértelo dado el día de Navidad, y después por Año Nuevo. Pero no pude acabarlo a tiempo. Y pensé que, de todas maneras, sería más apropiado dártelo hoy; asumiendo, claro, que vendrías conmigo al baile. Pero no he podido dártelo en tu habitación porque había demasiada luz, así que he tenido que esperar a que saliéramos, porque aquí está oscuro y...

—¡Cricket! ¿Qué es?

Traga saliva.

—*Buenotomatelodoy. Esperoqueteguste.*

Saca la mano del bolsillo y me coloca un pequeño artilugio dorado en la mano. El disco está todavía caliente por el contacto con su piel. Es un objeto redondo, como una polvera de maquillaje, aunque más profundo, y tiene un botoncito para abrirlo.

Y la superficie metálica tiene estrellas grabadas.

El corazón me retumba en los oídos.

—Casi me da miedo abrirlo. Es perfecto tal como es.

Cricket lo coge y lo sostiene a la altura de mis ojos.

—Aprieta el botón.

Alargo el dedo índice, tembloroso.

Clic.

Y entonces... sucede lo más maravilloso del mundo. La tapa se abre y ante mis ojos se despliega un universo en miniatura. Una luna pequeña y redonda brilla en el centro, rodeada de titilantes estrellas. Estoy asombrada. Es una escena elaborada y viva. Cricket me coloca de nuevo el autómata en la palma de la mano. Lo sostengo, maravillada, y las estrellas me guiñan un ojo, perezosas.

—Tardé tanto en hacerlo por la luna. Me costó mucho que el ciclo quedara perfecto.

Levanto la vista, perpleja.

—¿El ciclo?

Señala a la luna de verdad. Ya ha superado el cuarto creciente: tiene la mitad izquierda oscurecida. Bajo la vista. La lunita está casi iluminada del todo, pero su lado izquierdo tiene una franja oscura. Me quedo muda.

—Así no me olvidarás cuando me vaya.

Lo miro, alarmada.

Cricket reacciona rápido.

—No es que vaya a irme; quiero decir durante la semana, cuando esté en la universidad. No me marchó a ninguna parte. Me quedo aquí. Donde tú estés.

Suspiro, aliviada, mientras con la otra mano agarro con fuerza el apretado corsé.

—No has dicho nada. —Juguetea con una goma elástica—. ¿Te ha gustado?

—Cricket... es lo más maravilloso que he visto en mi vida.

Me mira, embelesado. Me rodea con los brazos y me pongo de puntillas para llegar a sus labios una vez más. Quiero besarlos toda la noche, el resto de nuestras vidas. Porque él es el hombre de mi vida. Sabe a salada bruma marina. Pero también sabe a algo dulce, a...

—Cerezas —me dice.

«Sí.» ¡Un momento! ¿Estaba hablando en voz alta otra vez?

—Sabes a cerezas. El pelo te huele a cerezas. Siempre he asociado ese olor contigo. —Cricket acerca la nariz a mi pelo y aspira—. Me parece increíble poder hacer esto. No sabes cuánto lo he deseado...

Entierro la cara en su pecho y sonrío. Algún día le explicaré la historia de mi taza de té.

En el aire hay un fugaz rumor de risas y de música. Nos llama. Lo miro a los ojos.

—¿Seguro que quieres entrar? ¿No te parece que los bailes de instituto son un poco... patéticos?

—Claro que sí, pero ¿no se supone que ésa es la gracia? —Cricket me sonrío—. Bueno, no lo sé. Nunca he ido a ninguno. Y estoy feliz, muy...

Lo interrumpo con un beso, contentísima.

—Gracias.

—¿Estás lista?

—Sí.

—¿Tienes miedo?

—No.

Me coge la mano y me la aprieta con fuerza. Con la otra, me levanto el borde del vestido. Mis botas militares de plataforma me guían. Levanto la barbilla antes de llegar al baile de la mano del chico que me dio la luna y las estrellas.

Agradecimientos

Esta novela debería tener dos apartados de agradecimientos: uno para Kiersten White y otro para los demás.

¡Oh, Kiersten! Gracias por los juegos de piratas en el jardín, la costa inglesa, los misterios de la orquídea gótica, el baile islandés, los cafés franceses y todas las demás aventuras que vivimos mientras escribía el libro. Gracias por mantenerme cuerda, pese a que esta última frase no suene especialmente cuerda. Gracias por guiarme cuidadosa y persistentemente hacia el final (una y otra vez). Y, sobre todo, gracias por ser mi amiga. Estoy muy agradecida de tenerte en mi vida.

Kate Schafer Testerman: ¿recuerdas lo de ser la agente literaria de mis sueños? Puedo asegurarte que la realidad es incluso mejor. Gracias por ser amable y la hostia a la vez.

Julie Strauss-Gabel: quiero dibujar corazones de purpurina alrededor de tu nombre. Mis novelas son mucho mejores, mucho más fuertes, gracias a ti. Gracias por guiarme, gracias por tu paciencia y gracias por descubrirme la historia que siempre había querido contar. Trabajar contigo es un placer y un honor.

Más gracias a todo el equipo de Penguin Young Readers Group. Un aplauso para Scottie Bowditch, Kristina DUEWELL, Ashley Fedor, Jeanine Henderson, Lauri Hornik, Anna Jarzab, Liza Kaplan, Doni Kay, Eileen Kreit, Katie Kurtzman, Rosanne Lauer, Linda McCarthy, Irene Vandervoort y Lisa Yoskowitz.

Gracias a mi familia, mis más entusiastas animadores: mamá, papá, Kara, Chris, Beckman, J. D., Fay y Roger. Soy muy afortunada por teneros. Os quiero.

Gracias a los siguientes autores por su amistad, sus críticas a borradores y por entender absolutamente todo: Paula Davis, Gayle Forman, Lisa Madigan, Laini Taylor, Natalie Whipple y Daisy Whitney. Sois diosas.

Gracias a los increíbles lectores de mi blog. Gracias a John Green, Nerdfightería y Wizard Rock por no olvidarse de ser geniales. Gracias a Lauren Biehl, Natalie Payne, Lisa Pressley y Michelle Wolf por ese loco y buenísimo *brunch* vegano. Gracias a Manning Krull y Marjorie Mesnis por su hospitalidad transcontinental, las terribles películas de terror y el exquisito vino. Gracias a Chris Lane por vivir en la calle adecuada, en el vecindario adecuado y en la ciudad adecuada; a Anna Pfaff por dejarme prestado el nombre de su futuro perro, y a todos aquellos que trabajan por la igualdad de gays, lesbianas, bisexuales y transexuales.

Finalmente, gracias a Jarrod Perkins. Que reconoce la importancia de un baile de fin de curso. Que cruzó el país, me llevó al baile de graduación y se puso unas Converse a juego con las mías. Que siempre me hace sentir guapa. Tú también eres guapo. Gracias por diez maravillosos años de matrimonio y todos aquellos que todavía están por venir. Vamos a pedirle a Elvis que renueve nuestros votos, ¿de acuerdo? Llevaremos nuestras Converse.



STEPHANIE PERKINS es una autora estadounidense, mayormente conocida por sus libros juveniles *Anna and the French Kiss*, *Lola and the Boy Next Door*, y el *New York Times bestseller: Isla and the Happily Ever After*. Siempre ha trabajado con libros, primero como vendedora, luego como bibliotecaria, y ahora como escritora. Stephanie nació en Carolina del Sur, se crió en Arizona, estudió en San Francisco y Atlanta, y actualmente reside en Asheville, Carolina del Norte con su esposo, Jarrod Perkins.

